Ellen G. White Estate

LA HISTORIA DE LA REDENCIÓN

ELENA G. DE WHITE

La historia de la redención

Ellen G. White

2004

Información sobre este libro

Vista General

Este libro electronic es proporcionado por Ellen G. White Estate. Se incluye en el más amplio de libertadLibros online Colección en el sitio de Elena G. De White Estate Web.

Sobre el Autor

Ellen G. White (1827-1915) es considerada como el autor más traducido de América, sus obras han sido publicadas en más de 160 idiomas. Ella escribió más de 100.000 páginas en una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiados por el Espíritu Santo, que exaltó a Jesús y se refirió a las Escrituras como la base de la fe.

Otros enlaces

Una breve biografía de Elena G. de White
Sobre la Elena G. White Estate

Licencia de Usuario Final

Para más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores, o cómo usted puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Elena

G. de White en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y les deseo la bendición de Dios a medida que lee.

Índice general

Prefacio

Hay muchos temas acerca de los cuales la señora Elena G. de White, mensajera escogida por Dios para los creyentes adventistas, recibió información en los primeros tiempos, cerca de los comienzos de su obra. Sobresale entre ellos el relativo al gran conflicto entre el bien y el mal, desde la caída de Lucifer en el cielo, y la caída del hombre, a través de los siglos del tiempo de prueba, hasta la segunda venida de Cristo, y el establecimiento del reino de Dios en la Tierra Nueva.

En 1858 el pastor White y su esposa estaban asistiendo a una reunión en Lovett's Grove, cerca de Bowling Green, en Ohio. En esa ocasión la Hna. White recibió una visión acerca de muchas cosas de importancia para la iglesia remanente. En cuanto a esa visión escribió: "En Lovett's Grove, muchos de los asuntos que yo había visto diez años antes con respecto al gran conflicto de los siglos entre Cristo y Satanás, se repitieron, y se me dijo que debía escribirlos".—Life Sketches of Ellen G. White, 162. A su debido tiempo esta revelación del gran conflicto entre Cristo y sus ángeles y Satanás y los suyos se publicó en una serie de tres libros pequeños bajo el título general de *Spiritual Gifts*.

En los años subsiguientes este tema se le presentó a la Hna. White con más detalles todavía, y en 1870 comenzó a publicar una edición ampliada de la maravillosa historia de la redención, en cuatro tomos, bajo el título general de *Spirit of Prophecy*.

Con el avance del tiempo y gracias a la luz adicional que se le dio acerca de este gran tema, y al abrirse la puerta para favorecer la difusión de estos libros tanto para el mundo como para la iglesia, la Hna. White amplió esta serie, llenó algunas lagunas que había en la historia, y presentó material adicional con respecto a los temas tratados. De este modo comenzó a circular una serie de libros más o [10]
menos voluminosos conocida con el nombre de "Serie del Conflicto de los Siglos", constituida por *Patriarcas y Profetas, Profetas y Reyes, El Deseado de Todas las Gentes, Los Hechos de los Apóstoles*

y El Conflicto de los Siglos que en total tienen más de 3.500 páginas. Estos libros están haciendo una obra maravillosa al dar a la iglesia y al mundo un conocimiento del gran plan trazado y llevado a cabo por Dios para la redención del hombre, y del propósito divino para cumplir finalmente su intención al crear a éste.

Por algunos años se ha sentido la necesidad de disponer de una presentación concisa y a la vez abarcante de este gran tema, que contenga en un solo tomo compacto los puntos descollantes de toda la historia del conflicto de los siglos tal como le fue revelada a la Hna. White. Esta necesidad queda satisfecha ahora mediante este libro, *La Historia de la Redención,* hecha posible gracias a la selección y al agrupamiento en orden natural de ciertas porciones de los relatos concisos que aparecieron en ediciones antiguas, que por mucho tiempo están ya fuera de circulación. Tal como aparece en el índice, este vívido relato ha sido extraído de *Spirit of Prophecy*, tomos 1, 3 y 4, de *Signs of the Times*, y *Early Writings (Spirituals Gifts*, tomo 1).

Las omisiones necesarias para presentar esta historia en el menor espacio posible no aparecen en el texto. Se han hecho algunos ajustes, como por ejemplo el empleo de palabras o expresiones de uso corriente en la actualidad para reemplazar ciertos arcaísmos. También, en el idioma original, se hicieron algunos ajustes de ortografía, puntuación y gramática. Fuera de esto, el texto original permanece inalterado, conservando incluso el estilo gráfico y ágil de la presentación de este tema tan importante.

El ferviente deseo y la confiada expectativa de los editores es que esta reimpresión en un solo tomo de la historia de la redención del hombre perdido y de la restauración de un mundo perdido por medio de Jesucristo nuestro Señor, ilumine a mucha gente en todo el mundo y engendre una esperanza viva en la segunda venida de Jesús.

Los Fideicomisarios de los Escritos de Elena G. de White

[11]

Una aclaración importante:

Nos hubiera gustado muchísimo poder publicar esta edición de *La Historia de la Redención* con la misma paginación del original en

inglés, pero nos ha resultado completamente imposible hacerlo. Por eso, para los lectores que tengan interés en la correspondencia entre la paginación de la edición castellana y la inglesa, estamos poniendo en cada página, al pie en tipo un poco más chico, la paginación de la edición en inglés. Esperamos, de esta manera, servir mejor a nuestros lectores.

Los Editores

[12]

[13]

Capítulo 1—La caída de Lucifer

En el cielo, antes de su rebelión, Lucifer era un ángel honrado y excelso, cuyo honor seguía al del amado Hijo de Dios. Su semblante, así como el de los demás ángeles, era apacible y denotaba felicidad. Su frente alta y espaciosa indicaba su poderosa inteligencia. Su forma era perfecta; su porte noble y majestuoso. Una luz especial resplandecía sobre su rostro y brillaba a su alrededor con más fulgor y hermosura que en los demás ángeles. Sin embargo, Cristo, el amado Hijo de Dios, tenía la preeminencia sobre todas las huestes angélicas. Era uno con el Padre antes que los ángeles fueran creados. Lucifer tuvo envidia de él y gradualmente asumió la autoridad que le correspondía sólo a Cristo.

El gran Creador convocó a las huestes celestiales para conferir honra especial a su Hijo en presencia de todos los ángeles. Este estaba sentado en el trono con el Padre, con la multitud celestial de santos ángeles reunida a su alrededor. Entonces el Padre hizo saber que había ordenado que Cristo, su Hijo, fuera igual a él; de modo que doquiera estuviese su Hijo, estaría él mismo también. La palabra del Hijo debería obedecerse tan prontamente como la del Padre. Este había sido investido de la autoridad de comandar las huestes angélicas. Debía obrar especialmente en unión con él en el proyecto de creación de la tierra y de todo ser viviente que habría de
[14] existir en ella. Ejecutaría su voluntad. No haría nada por sí mismo. La voluntad del Padre se cumpliría en él.

Lucifer estaba envidioso y tenía celos de Jesucristo. No obstante, cuando todos los ángeles se inclinaron ante él para reconocer su supremacía, gran autoridad y derecho de gobernar, se inclinó con ellos, pero su corazón estaba lleno de envidia y odio. Cristo formaba parte del consejo especial de Dios para considerar sus planes, mientras Lucifer los desconocía. No comprendía, ni se le permitía conocer los propósitos de Dios. En cambio Cristo era reconocido como Soberano del Cielo, con poder y autoridad iguales a los de Dios. Lucifer creyó que él era favorito en el cielo entre los ángeles.

Había sido sumamente exaltado, pero eso no despertó en él ni gratitud ni alabanzas a su Creador. Aspiraba llegar a la altura de Dios mismo. Se glorificaba en su propia exaltación. Sabía que los ángeles lo honraban. Tenía una misión especial que cumplir. Había estado cerca del gran Creador y los persistentes rayos de la gloriosa luz que rodeaban al Dios eterno habían resplandecido especialmente sobre él. Pensó en cómo los ángeles habían obedecido sus órdenes con placentera celeridad. ¿No eran sus vestiduras brillantes y hermosas? ¿Por qué había que honrar a Cristo más que a él?

Salió de la presencia del Padre descontento y lleno de envidia contra Jesucristo. Congregó a las huestes angélicas, disimulando sus verdaderos propósitos, y les presentó su tema, que era él mismo. Como quien ha sido agraviado, se refirió a la preferencia que Dios había manifestado hacia Jesús postergándolo a él. Les dijo que de allí en adelante toda la dulce libertad de que habían disfrutado los ángeles llegaría a su fin. ¿Acaso no se les había puesto un gober- [15]
nador, a quien de allí en adelante debían tributar honor servil? Les declaró que él los había congregado para asegurarles que no soportaría más esa invasión de sus derechos y los de ellos: que nunca más se inclinaría ante Cristo; que tomaría para sí la honra que debiera habérsele conferido, y sería el caudillo de todos los que estuvieran dispuestos a seguirlo y a obedecer su voz.

Hubo discusión entre los ángeles. Lucifer y sus seguidores luchaban para reformar el gobierno de Dios. Estaban descontentos y se sentían infelices porque no podían indagar en su inescrutable sabiduría ni averiguar sus propósitos al exaltar a su Hijo y dotarlo de poder y mando ilimitados. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo.

Los ángeles leales trataron de reconciliar con la voluntad de su Creador a ese poderoso ángel rebelde. Justificaron el acto de Dios al honrar a Cristo, y con poderosos argumentos trataron de convencer a Lucifer de que no tenía entonces menos honra que la que había tenido antes que el Padre proclamara el honor que había conferido a su Hijo. Le mostraron claramente que Cristo era el Hijo de Dios, que existía con él antes que los ángeles fueran creados, y que siempre había estado a la diestra del Padre, sin que su tierna y amorosa autoridad hubiese sido puesta en tela de juicio hasta ese momento; y que no había dado orden alguna que no fuera ejecutada con gozo por la hueste angélica. Argumentaron que el hecho de que Cristo recibiera

honores especiales de parte del Padre en presencia de los ángeles no disminuía la honra que Lucifer había recibido hasta entonces. Los ángeles lloraron. Ansiosamente intentaron convencerlo de que renunciara a su propósito malvado para someterse a su Creador,
[16] pues todo había sido hasta entonces paz y armonía, y ¿qué era lo que podía incitar esa voz rebelde y disidente?

Lucifer no quiso escucharlos. Se apartó entonces de los ángeles leales acusándolos de servilismo. Estos se asombraron al ver que Lucifer tenía éxito en sus esfuerzos por incitar a la rebelión. Les prometió un nuevo gobierno, mejor que el que tenían entonces, en el que todo sería libertad. Muchísimos expresaron su propósito de aceptarlo como su dirigente y comandante en jefe. Cuando vio que sus propuestas tenían éxito, se vanaglorió de que podría llegar a tener a todos los ángeles de su lado, que sería igual a Dios mismo, y su voz llena de autoridad sería escuchada al dar órdenes a toda la hueste celestial. Los ángeles leales le advirtieron nuevamente y le aseguraron cuáles serían las consecuencias si persistía, pues el que había creado a los ángeles tenía poder para despojarlos de toda autoridad y, de una manera señalada, castigar su audacia y su terrible rebelión. ¡Pensar que un ángel se opuso a la ley de Dios que es tan sagrada como él mismo! Exhortaron a los rebeldes a que cerraran sus oídos a los razonamientos engañosos de Lucifer, y le aconsejaron a él y a cuantos habían caído bajo su influencia que volvieran a Dios y confesaran el error de haber permitido siquiera el pensamiento de objetar su autoridad.

Muchos de los simpatizantes de Lucifer se mostraron dispuestos a escuchar el consejo de los ángeles leales y arrepentirse de su descontento para recobrar la confianza del Padre y su amado Hijo. El poderoso rebelde declaró entonces que conocía la ley de Dios, y que si se sometía a la obediencia servil se lo despojaría de su honra y nunca más se le confiaría su excelsa misión. Les dijo que tanto
[17] él como ellos habían ido demasiado lejos como para volver atrás, y que estaba dispuesto a afrontar las consecuencias, pues jamás se postraría para adorar servilmente al Hijo de Dios; que el Señor no los perdonaría, y que tenían que reafirmar su libertad y conquistar

por la fuerza el puesto y la autoridad que no se les había concedido voluntariamente.*

Los ángeles leales se apresuraron a llegar hasta el Hijo de Dios y le comunicaron lo que ocurría entre los ángeles. Encontraron al Padre en consulta con su amado Hijo para determinar los medios por los cuales, por el bien de los ángeles leales, pondrían fin para siempre a la autoridad que había asumido Satanás. El gran Dios podría haber expulsado inmediatamente del cielo a este archiengañador, pero ese no era su propósito. Daría a los rebeldes una justa oportunidad para que midieran su fuerza con su propio Hijo y sus ángeles leales. En esa batalla cada ángel elegiría su propio bando y lo pondría de manifiesto ante todos. No hubiera sido conveniente permitir que permaneciera en el cielo ninguno de los que se habían unido con Satanás en su rebelión. Habían aprendido la lección de la genuina rebelión contra la inmutable ley de Dios, y eso es irremediable. Si Dios hubiera ejercido su poder para castigar a este jefe rebelde, los ángeles subversivos no se habrían puesto en evidencia; por eso Dios siguió otro camino, pues quería manifestar definidamente a toda la hueste celestial su justicia y su juicio.

Guerra en el cielo

Rebelarse contra el gobierno de Dios era un crimen enorme. Todo el cielo parecía estar en conmoción. Los ángeles se ordenaron en compañías; cada división tenía un ángel comandante al frente. [18]
Satanás estaba combatiendo contra la ley de Dios por su ambición de exaltarse a sí mismo y no someterse a la autoridad del Hijo de Dios, el gran comandante celestial.

Se convocó a toda la hueste angélica para que compareciera ante el Padre, a fin de que cada caso quedase decidido. Satanás manifestó con osadía su descontento porque Cristo había sido preferido antes que él. Se puso de pie orgullosamente y sostuvo que debía ser igual a Dios y participar en los concilios con el Padre y comprender sus propósitos. El Señor informó a Satanás que sólo revelaría sus secretos designios a su Hijo, y que requería que toda la familia celestial,

*Así fue como Lucifer, el "portaluz", el que compartía la gloria de Dios, el ministro de su trono, mediante la transgresión se convirtió en Satanás, el "adversario". Historia de los Patriarcas y Profetas, 19.

incluido Satanás, le rindiera una obediencia absoluta e incuestionable; pero que él (Satanás) había demostrado que no merecía ocupar un lugar en el cielo. Entonces el enemigo señaló con regocijo a sus simpatizantes, que eran cerca de la mitad de los ángeles, y exclamó: "¡Ellos están conmigo! ¿Los expulsarás también y dejarás semejante vacío en el cielo?" Declaró entonces que estaba preparado para hacer frente a la autoridad de Cristo y defender su lugar en el cielo por la fuerza de su poder, fuerza contra fuerza.

Los ángeles buenos lloraron al escuchar las palabras de Satanás y sus alborozadas jactancias. Dios afirmó que los rebeldes no podían permanecer más tiempo en el cielo. Ocupaban esa posición elevada y feliz con la condición de obedecer la ley que Dios había dado para gobernar a los seres de inteligencia superior. Pero no se había hecho ninguna provisión para salvar a los que se atrevieran a transgredirla. Satanás se envalentonó en su rebelión y expresó su desprecio por la ley del Creador. No la podía soportar. Afirmó que los ángeles
[19] no necesitaban ley y que debían ser libres para seguir su propia voluntad, que siempre los guiaría con rectitud; que la ley era una restricción de su libertad; y que su abolición era uno de los grandes objetivos de su subversión. La condición de los ángeles, según él, debía mejorar. Pero Dios, que había promulgado las leyes y las había hecho iguales a sí mismo, no pensaba así. La felicidad de la hueste angélica dependía de su perfecta obediencia a la ley. Cada cual tenía una tarea especial que cumplir, y hasta el momento cuando Satanás se rebeló, había existido perfecto orden y armonía en las alturas.

Entonces hubo guerra en el cielo. El Hijo de Dios, el Príncipe celestial y sus ángeles leales entraron en conflicto con el archirrebelde y los que se le unieron. El Hijo de Dios y los ángeles fieles prevalecieron, y Satanás y sus seguidores fueron expulsados del cielo. Toda la hueste celestial reconoció y adoró al Dios de justicia. Ni un vestigio de rebeldía quedó en el cielo. Todo volvió a ser pacífico y armonioso como antes. Los ángeles lamentaron la suerte de los que habían sido sus compañeros de felicidad y bienaventuranza. El cielo sintió su pérdida.

El Padre consultó con el Hijo con respecto a la ejecución inmediata de su propósito de crear al hombre para que habitara la tierra. Lo sometería a prueba para verificar su lealtad antes que se lo pudiera considerar eternamente fuera de peligro. Si soportaba la prueba a

la cual Dios creía conveniente someterlo, con el tiempo llegaría a ser igual a los ángeles. Tendría el favor de Dios, podría conversar con ellos y éstos con él. Dios no creyó conveniente ponerlos fuera del alcance de la desobediencia. [20]

Capítulo 2—La creación

Este capítulo se basa en Génesis 1.

El padre y el Hijo emprendieron la grandiosa y admirable obra que habían proyectado: la creación del mundo. La tierra que salió de las manos del Creador era sumamente hermosa. Había montañas, colinas y llanuras, y entre medio había ríos, lagos y lagunas. La tierra no era una vasta llanura; la monotonía del paisaje estaba interrumpida por colinas y montañas, no altas y abruptas como las de ahora, sino de formas hermosas y regulares. No se veían las rocas escarpadas y desnudas, porque yacían bajo la superficie, como si fueran los huesos de la tierra. Las aguas se distribuían con regularidad. Las colinas, montañas y bellísimas llanuras estaban adornadas con plantas y flores, y altos y majestuosos árboles de toda clase, muchísimo más grandes y hermosos que los de ahora. El aire era puro y saludable, y la tierra parecía un noble palacio. Los ángeles se regocijaban al contemplar las admirables y hermosas obras de Dios.

Después de crear la tierra y los animales que la habitaban, el Padre y el Hijo llevaron adelante su propósito, ya concebido antes de la caída de Satanás, de crear al hombre a su propia imagen. Habían actuado juntos en ocasión de la creación de la tierra y de todos los seres vivientes que había en ella. Entonces Dios dijo a su Hijo:
[21] “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. Cuando Adán salió de las manos de su Creador era de noble talla y hermosamente simétrico. Era bien proporcionado y su estatura era un poco más del doble de la de los hombres que hoy habitan la tierra. Sus facciones eran perfectas y hermosas. Su tez no era blanca ni pálida, sino sonrosada, y resplandecía con el exquisito matiz de la salud. Eva no era tan alta como Adán. Su cabeza se alzaba algo más arriba de los hombros de él. También era de noble aspecto, perfecta en simetría y muy hermosa.

La inocente pareja no usaba vestiduras artificiales. Estaban revestidos de un velo de luz y esplendor como el de los ángeles. Este halo de luz los envolvió mientras vivieron en obediencia a Dios. Aunque todo cuanto el Señor había creado era perfecto y hermoso, y parecía que nada faltaba en la tierra creada por él para felicidad de Adán y Eva, les manifestó su gran amor al plantar un huerto especialmente para ellos. Parte del tiempo debían emplearlo en la placentera labor de cultivar ese huerto, y otra parte en recibir la visita de los ángeles, escuchar sus instrucciones y dedicarse a feliz meditación. Sus ocupaciones no eran fatigosas, sino agradables y vigorizantes. Ese hermoso huerto había de ser su hogar.

El Señor plantó árboles de todas clases en ese jardín, para brindar utilidad y dar belleza. Algunos de ellos estaban cargados de exuberantes frutos, de suave fragancia, hermosos a la vista y sabrosos al paladar, destinados por Dios para dar alimento a la santa pareja. Había hermosas vides que crecían erguidas, cargadas con el peso de sus frutos, diferentes de todo cuanto el hombre haya visto desde la caída. Estos eran muy grandes y de diversos colores: algunos casi [22]
negros, otros púrpura, rojo, rosa y verde claro. A los hermosos y exuberantes frutos que colgaban de los sarmientos de la vid se los llamó uvas. No se arrastraban por el suelo aunque no estaban sostenidas por soportes, pero los sarmientos se arqueaban bajo el peso del fruto. La grata tarea de Adán y Eva consistía en formar hermosas glorietas con los sarmientos de la vid y hacerse moradas con los bellos y vivientes árboles y el follaje de la naturaleza, cargados de fragantes frutos.

La tierra estaba revestida de hermoso verdor, mientras miríadas de fragantes flores de toda especie y todo matiz crecían a su alrededor en abundante profusión. Todo estaba dispuesto con buen gusto y magnificencia. En el centro del huerto se alzaba el árbol de la vida cuya gloria superaba a la de todos los demás. Sus frutos parecían manzanas de oro y plata, y servían para perpetuar la inmortalidad. Las hojas tenían propiedades medicinales.

Adán y Eva en el Edén

La santa pareja vivía muy dichosa en el Edén. Tenía dominio ilimitado sobre todos los seres vivientes. El león y el cordero ju-

gueteaban pacífica e inofensivamente a su alrededor, o se tendían a dormitar a sus pies. Aves de todo color y plumaje revoloteaban entre los árboles y las flores, y en torno de Adán y Eva, mientras sus melodiosos cantos resonaban entre los árboles en dulce acuerdo con las alabanzas tributadas a su Creador.

Adán y Eva estaban encantados con las bellezas de su hogar edénico. Se deleitaban con los pequeños cantores que los rodeaban revestidos de brillante y primoroso plumaje, que gorjeaban su me-
[23] lodía alegre y feliz. La santa pareja unía sus voces a las de ellos en armoniosos cantos de amor, alabanza y adoración al Padre y a su Hijo amado, por las muestras de amor que la rodeaban. Reconocían el orden y la armonía de la creación que hablaban de un conocimiento y una sabiduría infinitos. Continuamente descubrían en su edénica morada alguna nueva belleza, alguna gloria adicional, que henchía sus corazones de un amor más profundo, y arrancaba de sus labios
[24] expresiones de gratitud y reverencia a su Creador.

Capítulo 3—Las consecuencias de la rebelión

En medio del huerto, cerca del árbol de la vida, se alzaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, destinado especialmente por Dios para ser una prenda de la obediencia, la fe y el amor de Adán y Eva hacia él. Refiriéndose a este árbol, el Señor ordenó a nuestros primeros padres que no comieran de él, ni lo tocaran, porque si lo hacían morirían. Les dijo que podían comer libremente de todos los árboles del huerto, menos de éste, porque si comían de él seguramente morirían.

Cuando Adán y Eva fueron instalados en el hermoso huerto, tenían todo cuanto podían desear para su felicidad. Pero Dios, para cumplir sus omniscientes designios, quiso probar su lealtad antes que pudieran ser considerados eternamente fuera de peligro. Habían de disfrutar de su favor, y él conversaría con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. Permitió que Satanás los tentara. Si soportaban la prueba gozarían del perpetuo favor de Dios y de los ángeles del cielo.

Satanás quedó sorprendido con su nueva condición. Su felicidad se había disipado. Contempló a los ángeles que como él habían sido tan felices, pero que habían sido expulsados del cielo con él. Antes de su caída ni una sombra de descontento había malogrado su perfecta felicidad. Ahora todo parecía haber cambiado. Los rostros que habían reflejado la imagen de su Hacedor manifestaban ahora melan- [25]
colía y desesperación. Entre ellos había continua discordia y acerbas recriminaciones. Antes de su rebelión estas cosas eran desconocidas en el cielo. Satanás consideró entonces las terribles consecuencias de su rebelión. Se estremeció, y tuvo miedo de enfrentar el futuro y vislumbrar el fin de todas estas cosas.

Había llegado la hora de entonar felices cantos de alabanza a Dios y a su amado Hijo. Satanás había dirigido el coro celestial. Había dado la nota; luego toda la hueste angélica se había unido a él, y entonces en todo el cielo habían resonado acordes gloriosos en honor de Dios y su amado Hijo. Pero ahora, en vez de esos

dulcísimos acordes, palabras de ira y discordia resonaban en los oídos del gran rebelde. ¿Dónde está él? ¿No es acaso todo esto un horrible sueño? ¿Fue expulsado del cielo? ¿Nunca más se abrirán sus puertas para permitirle entrar? Se acerca la hora de la adoración, cuando los santos y resplandecientes ángeles se postran delante del Padre. Nunca más se unirá al cántico celestial. Nunca más se inclinará, reverente y con santo temor ante la presencia del Dios eterno.

Si pudiera volver a ser como cuando era puro, fiel y leal, de buena gana abandonaría sus pretensiones de autoridad. ¡Pero estaba perdido, más allá de toda redención, gracias a su presuntuosa rebelión! Y eso no era todo; había inducido a otros a rebelarse y los había arrastrado a su propia condición: a ángeles que nunca habían pensado poner en tela de juicio la voluntad del Cielo o dejar de obedecer la ley de Dios hasta que él introdujo esas ideas en sus mentes al presentarles la posibilidad de disfrutar de mayores bienes, y de una libertad más elevada y gloriosa. Por medio de ese sofisma
[26] los engañó. Descansaba entonces sobre él una responsabilidad de la que le hubiera gustado liberarse.

Como sus esperanzas habían sido destruidas, esos espíritus se volvieron turbulentos. En lugar de gozar de mayores bienes, estaban experimentando los tristes resultados de la desobediencia y la falta de respeto por la ley. Nunca más podrían estar esos seres infelices bajo la influencia de la tierna dirección de Jesucristo. Nunca más podrían esos espíritus ser conmovidos por el profundo y fervoroso amor, por la paz y la alegría que su presencia siempre les había inspirado, para devolvérselos en gozosa obediencia y reverente honor.

Satanás procura su restitución

Satanás tembló al contemplar su obra. Meditaba a solas en el pasado, el presente y sus planes para el futuro. Su poderosa contextura temblaba como si fuera sacudida por una tempestad. Entonces pasó un ángel del cielo. Lo llamó y le suplicó que le consiguiera una entrevista con Cristo. Le fue concedida. Entonces le dijo al Hijo de Dios que se había arrepentido de su rebelión y deseaba obtener nuevamente el favor de Dios. Deseaba ocupar el lugar que Dios le había asignado previamente, y permanecer bajo su sabia dirección.

Cristo lloró ante la desgracia de Satanás, pero le dijo, comunicándole la decisión de Dios, que nunca más sería recibido en el cielo, pues éste no podía ser expuesto al peligro. Todo el cielo se malograría si se lo recibía otra vez, porque el pecado y la rebelión se habían originado en él. Las semillas de la rebelión todavía estaban dentro de él. No había tenido, en el curso de su rebelión, motivo alguno para actuar de esa manera, y había acarreado ruina sin esperanzas, no sólo para sí mismo, sino para las huestes de ángeles que habrían [27]
sido felices en el cielo si él se hubiera mantenido fiel. La ley de Dios podía condenar, pero no perdonar.

No se arrepintió de su rebelión porque había visto la bondad de Dios, de la cual había abusado. No era posible que su amor por Dios hubiera aumentado tanto desde la caída como para conducirlo a una gozosa sumisión y una obediencia feliz a su ley, que había sido despreciada. La desgracia que experimentaba al haber perdido la dulce luz del cielo, el sentimiento de culpa que lo oprimía, y la desilusión que experimentó al ver que sus esperanzas resultaban fallidas, eran la causa de su dolor. Ser comandante fuera del cielo era muy diferente que gozar de ese honor en él. La pérdida de todos los privilegios que había tenido en el cielo le pareció demasiado grande como para soportarla. Deseaba recuperarlos.

El tremendo cambio que se había operado en su situación no había aumentado su amor a Dios, ni a su sabia y justa ley. Cuando Satanás se convenció plenamente de que no había posibilidad alguna de recuperar el favor de Dios, manifestó su maldad con odio acrecentado y ardiente vehemencia.

Dios sabía que una rebelión tan decidida no permanecería inactiva. Satanás inventaría medios para importunar a los ángeles celestiales y mostrar desdén por la autoridad divina. Como no pudo lograr que lo admitieran en el cielo, montó guardia en la entrada misma de él, para mofarse de los ángeles y buscar contiendas con ellos cuando entraban y salían. Procuraría destruir la felicidad de Adán y Eva. Trataría de incitarlos a la rebelión, con plena conciencia de que eso produciría tristeza en el cielo. [28]

La conspiración contra la familia humana

Los seguidores de Satanás salieron a su encuentro, y él se levantó, asumiendo un aire arrogante, y les informó acerca de sus planes para apartar de Dios al noble Adán y a su compañera Eva. Si de alguna manera podía inducirlos a desobedecer, Dios haría algo para perdonarlos; entonces él y todos los ángeles caídos dispondrían de una buena oportunidad para compartir con ellos la misericordia de Dios. Si eso fallaba, podrían unirse con Adán y Eva, pues una vez que hubieran transgredido la ley de Dios estarían sometidos a la ira divina lo mismo que ellos. Su transgresión también los pondría a ellos en estado de rebelión, y podrían unirse con Adán y Eva para tomar posesión del Edén y establecer allí su morada. Y si lograban tener acceso al árbol de la vida que estaba en medio del jardín, su fortaleza sería, según ellos, igual a la de los ángeles santos, y ni Dios mismo podría expulsarlos de allí.

Satanás celebró una reunión de consulta con sus ángeles malignos. No todos estaban listos para unirse con el fin de llevar a cabo ese arriesgado y terrible plan. Les dijo que no confiaría a ninguno de ellos la realización de esa tarea, porque creía que sólo él tenía suficiente sabiduría como para realizar una empresa tan importante. Quería que consideraran el asunto mientras él los dejaba con el fin de estar solo para madurar sus planes. Trató de convencerlos de que ésa era su única y su última esperanza. Si fallaban, desaparecería toda perspectiva de recuperar el cielo y controlarlo, o cualquier otra parte de la Creación de Dios.

Satanás quedó solo para madurar los planes que seguramente provocarían la caída de Adán y Eva. Temía que sus propósitos no se
[29] cumplieran. Aún más, aunque tuviera éxito al inducir a Adán y Eva a desobedecer los mandamientos de Dios y convertirlos en transgresores de su ley, si de todo ello él no recibía ningún beneficio, su propia situación no mejoraría; su culpa, en cambio sólo aumentaría.

Se estremeció al pensar en sumergir a la santa y feliz pareja en la miseria y el remordimiento que él mismo debía soportar. Parecía indeciso: a veces firme y resuelto, otras dubitativo y vacilante. Sus ángeles lo buscaban, puesto que era su dirigente, para informarle acerca de la decisión que habían tomado. Se unirían a Satanás en sus planes, para compartir con él la responsabilidad y las consecuencias.

Satanás ahuyentó sus sentimientos de desesperación y flaqueza y, como dirigente de ellos, se revistió de valor con el fin de afrontar la situación y hacer todo cuanto estuviera a su alcance para desafiar la autoridad de Dios y de su Hijo. Los informó acerca de sus planes. Si se acercaba audazmente a Adán y Eva para quejarse del unigénito Hijo de Dios, no lo escucharían en absoluto; por el contrario, estarían preparados para repeler ese ataque. Si tratara de intimidarlos con su poder -hasta hacía poco había sido un ángel provisto de gran autoridad-, tampoco podría lograr nada. Decidió que la astucia y el engaño lograrían lo que no fuera posible por la fuerza.

Se advierte a Adán y Eva

Dios reunió a la hueste angélica para tomar medidas con el fin de evitar el mal que amenazaba. Se decidió en el consejo del cielo enviar ángeles para advertir a Adán que estaba en peligro por la presencia del enemigo. Dos ángeles se apresuraron a visitar a nuestros primeros padres. La santa pareja los recibió con inocente [30] alegría, expresando su gratitud al Creador por haberlos rodeado con tal profusión de su bondad. Podían gozar de todo lo amable y atractivo, y todo parecía adaptarse sabiamente a sus necesidades; y lo que estimaban por sobre toda otra bendición era su relación con el Hijo de Dios y los ángeles celestiales, pues tenían tanto que contarles en cada visita en cuanto a las bellezas de la naturaleza que descubrían cada vez en el hermoso hogar del Edén, y tenían muchas preguntas que hacer acerca de muchas cosas que no podían comprender claramente.

Con bondad y amor los ángeles les daban la información que deseaban recibir. También les contaron la triste historia de la rebelión y la caída de Satanás. Entonces les informaron con claridad que el árbol del conocimiento había sido puesto en el jardín como prueba de su obediencia y su amor por Dios; que los santos ángeles sólo podían conservar su condición exaltada y feliz si eran obedientes; que ellos estaban en una situación similar; que podían obedecer la ley de Dios y ser inefablemente felices, o desobedecerla y perder su elevada condición y caer en la desesperación.

Dijeron a Adán y a Eva que Dios no los obligaría a obedecer; que no los había privado del poder de obrar en contra de su voluntad; que

ellos eran seres dotados de naturaleza moral, libres de obedecer o de desobedecer. Sólo había una prohibición que Dios había considerado propio imponerles hasta ese momento. Si transgredían la voluntad de Dios ciertamente morirían. Dijeron a Adán y a Eva que el ángel más excelso, que seguía en jerarquía a Cristo, no había querido obedecer la ley de Dios que había sido promulgada para gobernar a
[31] los seres celestiales; que esa rebelión había provocado guerra en el cielo, que como resultado de ella el rebelde había sido expulsado, y que todo ángel que se había unido a él para poner en tela de juicio la autoridad del gran Jehová había sido echado del cielo también; y que ese adversario caído era ahora enemigo de todos los que se preocupaban de los intereses de Dios y de su amado Hijo.

Les dijeron que Satanás se había propuesto hacerles daño, y que era necesario que los protegieran, porque podrían llegar a relacionarse con el adversario caído; pero que éste no podría causarles perjuicio mientras se mantuvieran obedientes a los mandamientos de Dios, porque si fuera necesario todos los ángeles del cielo acudirían en su ayuda antes que permitir que él los perjudicara de alguna manera. Pero si desobedecían los mandamientos de Dios, entonces Satanás tendría poder para molestarlos, confundirlos y causarles problemas. Si permanecían firmes frente a las primeras insinuaciones de Satanás, estarían tan seguros como los ángeles celestiales. Pero si cedían ante el tentador, el que no había protegido a los ángeles excelsos tampoco los protegería. Tendrían que sufrir el castigo correspondiente a su transgresión, porque la ley de Dios es tan sagrada como él mismo, y él exige obediencia perfecta de todos en el cielo y en la tierra.

Los ángeles aconsejaron a Eva que no se separara de su esposo en el desempeño de sus tareas, porque podría llegar a encontrarse con el adversario caído. Si se separaban, estarían en mayor peligro que si estuvieran juntos. Los ángeles les encargaron que siguieran estrictamente las instrucciones que Dios les había dado en relación con el árbol del conocimiento, pues si obedecían perfectamente estarían a salvo, y el adversario caído no tendría poder para engañarlos.
[32] Dios no permitiría que Satanás siguiera a la santa pareja para tentarlos constantemente. Sólo podría tener acceso a ellos en el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Adán y Eva aseguraron a los ángeles que nunca desobedecerían los expresos mandamientos de Dios, pues su mayor placer consistía en hacer su voluntad. Los ángeles se unieron a ellos en santos acordes de música armoniosa, y mientras sus himnos se elevaban a las alturas del bendito Edén, Satanás escuchaba la melodía de gozosa adoración al Padre y al Hijo. Y al escuchar aumentaba su envidia, su odio y su maldad. Comunicó entonces a sus seguidores su ardiente deseo de incitarlos (a Adán y Eva) a desobedecer, para que de esa manera acarrearan sobre sí la ira de Dios, y trocaran sus cantos de alabanza por el odio y por maldiciones a su Hacedor. [33]

Capítulo 4—La tentación y la caída

Este capítulo está basado en Génesis 3.

Satanás tomó la forma de una serpiente y entró en el Edén. Esta era una hermosa criatura alada, y mientras volaba su aspecto era resplandeciente, semejante al oro bruñido. No se arrastraba por el suelo sino que se trasladaba por los aires de lugar en lugar, y comía fruta como el hombre. Satanás se posesionó de la serpiente, se ubicó en el árbol del conocimiento y comenzó a comer de su fruto con despreocupación.

Eva, en un primer momento sin darse cuenta, se separó de su esposo absorbida por sus ocupaciones. Cuando se percató del hecho, tuvo la sensación de que estaba en peligro, pero nuevamente se sintió segura, aunque no estuviera cerca de su esposo. Creía tener sabiduría y fortaleza para reconocer el mal y enfrentarlo. Los ángeles le habían advertido que no lo hiciera. Eva se encontró contemplando el fruto del árbol prohibido con una mezcla de curiosidad y admiración. Vio que el árbol era agradable y razonaba consigo misma acerca de por qué Dios habría prohibido tan decididamente que comieran de su fruto o lo tocaran. Esa era la oportunidad de Satanás. Se dirigió a ella como si fuese capaz de adivinar sus pensamientos: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" Así, con palabras
[34] suaves y agradables, y con voz melodiosa, se dirigió a la maravillada Eva, que se sintió sorprendida al verificar que la serpiente hablaba. Esta alabó la belleza y el extraordinario encanto de Eva, lo que no le resultó desagradable. Pero estaba sorprendida, porque sabía que Dios no había conferido a la serpiente la facultad de hablar.

La curiosidad de Eva se había despertado. En vez de huir de ese lugar, se quedó allí para escuchar hablar a la serpiente. No cruzó por su mente la posibilidad de que el enemigo caído utilizara a ésta como un *médium*. Era Satanás quien hablaba, no la serpiente. Eva estaba encantada, halagada, infatuada. Si se hubiera encontrado con un personaje imponente, que hubiera tenido la forma de los ángeles

y se les pareciera, se habría puesto en guardia. Pero esa voz extraña debiera haberla conducido al lado de su esposo para preguntarle por qué otro ser podía dirigirse a ella tan libremente. En cambio, se puso a discutir con la serpiente. Le respondió: "Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis". La serpiente contestó: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal".

Satanás quería introducir la idea de que al comer del árbol prohibido recibirían una nueva clase de conocimiento más noble que el que habían alcanzado hasta entonces. Esa ha sido su especial tarea, con gran éxito, desde su caída: inducir a los hombres a espiar los secretos del Todopoderoso y a no quedarse satisfechos con lo que Dios ha revelado, y a no obedecer cuidadosamente lo que él ha ordenado. Pretende inducirlos, además, a desobedecer los mandamientos de Dios, para hacerles creer que se están introduciendo en [35] un maravilloso campo de conocimiento. Eso es pura suposición, y un engaño miserable. No logran entender lo que Dios ha revelado, y menosprecian sus explícitos mandamientos y procuran sabiduría, separados de Dios, y tratan de comprender lo que él ha decidido vedar a los mortales. Se ensoberbecen en sus ideas de progreso y se sienten encantados por sus propias vanas filosofías, pero en relación con el verdadero conocimiento andan a tientas en la oscuridad de la medianoche. Siempre están aprendiendo pero nunca son capaces de llegar al conocimiento de la verdad.

No era la voluntad de Dios que esa inocente pareja tuviera el menor conocimiento del mal. Les había otorgado el bien con generosidad, y les había evitado el mal. Eva creyó que las palabras de la serpiente eran sabias, y escuchó la audaz aseveración: "No moriréis, sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal". Con esto Satanás presentó a Dios como mentiroso. Insinuó con osadía que Dios los había engañado para evitar que alcanzaran una altura de conocimiento igual a la suya. Dios dijo: "Si coméis, moriréis". La serpiente dijo: "Si coméis, no moriréis".

El tentador aseguró a Eva que tan pronto como comiera del fruto recibiría un conocimiento nuevo y superior que la igualaría a

Dios. Llamó la atención de ella a sí mismo. Comió a su gusto del fruto del árbol, y descubrió que no sólo era inofensivo, sino además delicioso y estimulante, y le dijo que por causa de sus maravillosas propiedades para impartir sabiduría y poder Dios les había prohibido que lo comieran o aun lo tocaran, porque conocía sus maravillosas cualidades. Afirmó que por comer del fruto del árbol prohibido había
[36] adquirido la capacidad de hablar. Insinuó que Dios no cumpliría su palabra, que era sólo una amenaza para intimidarlos e impedirles lograr un gran beneficio. Además le dijo que no morirían. ¿No habían comido acaso del árbol de la vida que perpetuaba la inmortalidad? Le dijo seguidamente que Dios los estaba engañando para impedirles alcanzar un nivel de felicidad más elevado y un gozo más excelso. El tentador arrancó el fruto y se lo alcanzó a Eva. Ella lo tomó. "Ahora bien -dijo el tentador-, se les había prohibido hasta que lo tocaran, porque morirían". Le dijo entonces que no experimentaría más daño o muerte al comer el fruto que al tocarlo o sostenerlo entre las manos. Eva se envalentonó al no sentir las señales inmediatas del desagrado de Dios. Le pareció que las palabras del tentador eran sabias y correctas. Comió, y se sintió deleitada con el fruto. Su sabor le resultó delicioso, y se imaginó que estaba experimentando en sí misma sus maravillosos efectos.

Eva se transforma en tentadora

Tomó entonces del fruto y comió, e imaginó que sentía el poder vivificante de una nueva y elevada existencia como resultado de la influencia estimulante del fruto prohibido. Se encontraba en un estado de excitación extraña y antinatural cuando buscó a su esposo con las manos llenas del fruto prohibido. Le habló acerca del sabio discurso de la serpiente y manifestó su deseo de llevarlo inmediatamente junto al árbol del conocimiento. Le dijo que había comido del fruto, y que en lugar de experimentar una sensación de muerte, sentía una influencia estimulante y placentera. Tan pronto como Eva desobedeció se transformó en un medio poderoso para ocasionar la
[37] caída de su esposo.

Vi que la tristeza se insinuaba en el rostro de Adán. Parecía temeroso y atónito. Al parecer, había una lucha en su mente. Le dijo a Eva que estaba casi seguro de que se trataba del enemigo contra

el cual se los había advertido, y que de ser así, ella debía morir. La mujer le aseguró que no sentía efectos dañinos sino una influencia placentera, e insistió en que él comiera.

Adán comprendió perfectamente que su compañera había transgredido la única prohibición que se les había hecho como prueba de su fidelidad y su amor. Eva argumentó que la serpiente había dicho que no morirían, y sus palabras debían ser verdaderas, porque no sentía señales del desagrado de Dios, sino una influencia placentera, como la que experimentaban los ángeles, según ella lo imaginaba.

Adán lamentó que Eva se hubiera apartado de su lado, pero ya todo estaba hecho. Debía separarse de aquella cuya compañía tanto amaba. ¿Cómo podía permitirlo? Su amor por Eva era intenso. Y totalmente desanimado resolvió compartir su suerte. Razonaba que Eva era parte de sí mismo, y si ella debía morir, moriría con ella, porque no podía soportar el pensamiento de separarse de ella. Le faltaba fe en su misericordioso y benevolente Creador. No se le ocurrió que Dios, que lo había creado del polvo de la tierra para hacer de él un ser viviente y hermoso, y había creado a Eva para que fuera su compañera, la podía reemplazar. Después de todo, ¿no podrían acaso ser correctas las palabras de esa sabia serpiente? Allí estaba Eva ante él, tan encantadora y tan hermosa, y aparentemente tan inocente como antes de desobedecer. Manifestaba mayor amor por él que antes de su desobediencia, como consecuencia del fruto que había comido. No vio en ella señales de muerte. Eva le había hablado de la feliz influencia del fruto, de su ardiente amor por [38]
él, y decidió afrontar las consecuencias. Tomó el fruto y lo comió rápidamente, y al igual que Eva no sintió inmediatamente sus efectos perjudiciales.

La mujer creía que era capaz de discernir el bien y el mal. La lisonjera esperanza de alcanzar un nivel más elevado de conocimiento la había inducido a pensar que la serpiente era su amiga especial, que tenía gran interés en su bienestar. Si hubiera buscado a su esposo y ambos hubieran transmitido a su Hacedor las palabras de la serpiente, habrían sido librados al instante de esa artera tentación. El Señor no quería que averiguaran nada acerca del fruto del árbol del conocimiento, porque en ese caso se verían expuestos a la astucia de Satanás. Sabía que estarían perfectamente seguros si no tocaban ese fruto.

El libre albedrío del hombre

Dios instruyó a nuestros primeros padres con respecto al árbol del conocimiento, y ellos estaban plenamente informados acerca de la caída de Satanás, y del peligro de escuchar sus sugerencias. No les quitó la facultad de comer el fruto prohibido. Dejó que como seres moralmente libres creyeran su palabra, obedecieran sus mandamientos y vivieran, o creyeran al tentador, desobedecieran y perecieran. Ambos comieron, y la gran sabiduría que obtuvieron fue el conocimiento del pecado y un sentimiento de culpa. El manto de luz que los envolvía pronto desapareció, y presas del sentimiento de culpa y de haber perdido la protección divina, un temblor se apoderó de ellos y trataron de cubrir sus cuerpos desnudos.

Nuestros primeros padres decidieron creer las palabras de una
[39] serpiente, según pensaban, que no les había dado prueba alguna de su amor. No había hecho nada por su felicidad y su beneficio, mientras Dios les había dado todo lo que era bueno para comer y agradable a la vista. Doquiera descansaba la mirada había abundancia y belleza; sin embargo, Eva fue engañada por la serpiente, y llegó a pensar que se les había ocultado algo que podía hacerlos tan sabios como Dios mismo. En vez de creer en Dios y confiar en él, rechazó mezquinamente su bondad y aceptó las palabras de Satanás.

Después de su transgresión Adán imaginó al principio que experimentaba el surgimiento de una forma de vida nueva y más elevada. Pero pronto el pensamiento de su transgresión lo llenó de terror. El aire, que había sido agradable y de temperatura uniforme, parecía querer congelarlos ahora. La pareja culpable experimentaba un sentimiento de pecado. Sentían temor por el futuro, una impresión de necesidad y desnuda el alma. El dulce amor y la paz, y ese feliz y arrobado contentamiento, parecieron haber desaparecido, y en su lugar los sobrecogió una sensación de necesidad que nunca habían experimentado antes. Entonces, por primera vez, prestaron atención a lo externo. Nunca habían estado vestidos sino que los había envuelto una luz como a los ángeles celestiales. Esa luz que los rodeaba había desaparecido. Para aliviar esa sensación de necesidad y desnudez que experimentaban, trataron de buscar algo que les cubriera el cuerpo, pues, ¿cómo podrían comparecer desnudos ante Dios y los ángeles?

Su crimen apareció entonces delante de ellos en su verdadera dimensión. Su transgresión del expreso mandamiento de Dios asumió un carácter más definido. Adán censuró la insensatez de Eva al apartarse de él para ser engañada por la serpiente. Ambos se tran- [40] quilizaban pensando que Dios, que les había dado todo lo necesario para hacerlos felices, perdonaría su desobediencia por causa de su gran amor por ellos, y que su castigo no sería tan terrible después de todo.

Satanás se regocijó por su éxito. Había tentado a la mujer para que desconfiara de Dios, dudara de su sabiduría y tratara de entrometerse en sus omniscientes planes. Y por su intermedio había causado también la caída de Adán quien, como consecuencia de su amor por Eva, desobedeció el mandamiento de Dios y cayó juntamente con ella.

Las noticias de la caída del hombre se difundieron por el cielo. Todas las arpas enmudecieron. Los ángeles depusieron con tristeza sus coronas. Todo el cielo estaba conmovido. Los ángeles se sentían apenados por la vil ingratitud del hombre en respuesta a las riquezas con que Dios lo había provisto. Se celebró un concilio para decidir qué se haría con la pareja culpable. Los ángeles temían que extendieran la mano y comieran del árbol de la vida, para perpetuar así sus vidas pecaminosas.

El Señor visitó a Adán y Eva y les dio a conocer las consecuencias de su desobediencia. Cuando se percataron de la presencia majestuosa de Dios trataron de esconderse de su vista, de la que antes se deleitaban, cuando gozaban de inocencia y santidad. “Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él le respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?” El Señor no formuló esa pregunta porque necesitaba información, sino para tratar de convencer a la pareja culpable. ¿Qué te infundió vergüenza y temor? Adán reconoció su transgresión, no porque estuviera [41] arrepentido de su gran desobediencia, sino para reprochar a Dios. “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”. Entonces preguntó a la mujer: “¿Qué es lo que has hecho?” Eva respondió: “La serpiente me engañó, y comí”.

La maldición

El Señor se dirigió entonces a la serpiente: “Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida”. Así como la serpiente había sido exaltada por encima de todas las bestias del campo, sería degradada por debajo de todas ellas, y sería odiada por el hombre, por cuanto había sido el medio por el cual había actuado Satanás. “Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra”.

Dios maldijo la tierra por causa del pecado cometido por Adán y Eva al comer del árbol del conocimiento, y declaró: “Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida”. El Señor les había proporcionado lo bueno y les había evitado el mal. Entonces les declaró que comerían de él, es decir, estarían en contacto con el mal todos los días de su vida.

De allí en adelante el género humano sería afligido por las tentaciones de Satanás. Se asignó a Adán una vida de constantes fatigas
[42] y ansiedades, en lugar de las labores alegres y felices de que habían gozado hasta entonces. Estarían sujetos al desaliento, la tristeza y el dolor, y finalmente desaparecerían. Habían sido hechos del polvo de la tierra, y al polvo debían retornar.

Se les informó que debían salir de su hogar edénico. Habían cedido ante los engaños de Satanás y habían creído sus afirmaciones de que Dios mentía. Mediante su transgresión habían abierto la puerta para que Satanás tuviera fácil acceso a ellos, y ya no era seguro que permanecieran en el Jardín del Edén, no fuera que en su condición pecaminosa tuvieran acceso al árbol de la vida y perpetuaran así una vida de pecado. Suplicaron que se les permitiera quedar, aunque reconocían que habían perdido todo derecho al bendito Edén. Prometieron que en lo futuro obedecerían a Dios perfectamente. Se les informó que al caer de la inocencia a la culpa no se habían fortalecido, sino por el contrario se habían debilitado enormemente. No habían preservado su integridad cuando gozaban de un estado de

santa y feliz inocencia, mucho menos tendrían fortaleza para permanecer leales y fieles en un estado de culpa consciente. Se llenaron de profunda angustia y remordimiento. Comprendieron entonces que el castigo del pecado es la muerte.

Algunos ángeles fueron encargados de custodiar inmediatamente el acceso al árbol de la vida. El plan bien trazado por Satanás consistía en que Adán y Eva desobedecieran a Dios, recibieran su desaprobación, y entonces participaran del árbol de la vida, para que pudieran perpetuar su vida pecaminosa. Pero se envió a los santos ángeles para cerrarles el paso al árbol de la vida. En torno de estos ángeles surgían rayos de luz por todas partes, que tenían el aspecto de espadas resplandecientes. [43]

Capítulo 5—El plan de salvación

El cielo se llenó de pesar cuando todos se dieron cuenta de que el hombre estaba perdido y que el mundo creado por Dios se llenaría de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, y que no había vía de escape para el ofensor. Toda la familia de Adán debía morir. Contemplé al amante Jesús y percibí una expresión de simpatía y pesar en su rostro. Pronto lo vi aproximarse al extraordinario y brillante resplandor que rodea al Altísimo. Mi ángel acompañante dijo: "Está en íntima comunión con su Padre". La ansiedad de los ángeles parecía ser muy intensa mientras Jesús estaba en comunión con Dios. Tres veces lo encerró el glorioso resplandor que rodea al Padre, y cuando salió la tercera vez, se lo pudo ver. Su rostro estaba calmado, libre de perplejidad y duda, y resplandecía con una bondad y una amabilidad que las palabras no pueden expresar.

Entonces informó a la hueste angélica que se había encontrado una vía de escape para el hombre perdido. Les dijo que había suplicado a su Padre, y que había ofrecido su vida en rescate, para que la sentencia de muerte recayera sobre él, para que por su intermedio el hombre pudiera encontrar perdón; para que por los méritos de su sangre, y como resultado de su obediencia a la ley de Dios, el
[44] hombre pudiera gozar del favor del Señor, volver al hermoso jardín y comer del fruto del árbol de la vida.

En primera instancia los ángeles no se pudieron regocijar, porque su Comandante no les ocultó nada, sino por el contrario abrió frente a ellos el plan de salvación. Les dijo que se ubicaría entre la ira de su Padre y el hombre culpable, que llevaría sobre sí la iniquidad y el escarnio, y que pocos lo recibirían como Hijo de Dios. Casi todos lo aborrecerían y lo rechazarían. Dejaría toda su gloria en el cielo, aparecería sobre la tierra como hombre, se humillaría como un hombre, llegaría a conocer por experiencia propia las diversas tentaciones que asediarían al hombre, para poder saber cómo socorrer a los que fueran tentados; y que finalmente, después de cumplir su misión de

maestro, sería entregado en manos de los hombres, para soportar casi toda la crueldad y el sufrimiento que Satanás y sus ángeles pudieran inspirar a los impíos; que moriría la más cruel de las muertes, colgado entre el cielo y la tierra, como un culpable pecador; que sufriría terribles horas de agonía, que los mismos ángeles no serían capaces de contemplar, pues velarían sus rostros para no verla. No sólo sufriría de agonía corporal, sino de una agonía mental con la cual la primera de ningún modo se podía comparar. El peso de los pecados de todo el mundo recaería sobre él. Les dijo que moriría y se levantaría de nuevo al tercer día, que ascendería a su Padre para interceder por el hombre extraviado y culpable.

La única vía posible de salvación

Los ángeles se postraron delante de él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que mediante la suya salvaría a muchos, y que la de un ángel no podía pagar esa deuda. Sólo su vida podía ser aceptada por [45]
su Padre como rescate en favor del hombre. Les dijo que desempeñarían un papel, que estarían con él en diferentes oportunidades para fortalecerlo; que tomaría la naturaleza caída del hombre, y que su fortaleza ni siquiera se igualaría con la de ellos; que serían testigos de su humillación y sus grandes sufrimientos; y que al verificarlos y ver el odio de los hombres, se sentirían sacudidos por las más profundas emociones, y por amor a él querrían rescatarlo y librarlo de sus asesinos; pero que no debían interferir ni evitar nada de lo que contemplaran; que desempeñarían una parte en ocasión de su resurrección; que el plan de salvación había sido trazado, y que su Padre lo aceptaba.

Con santa pesadumbre Jesús consoló y animó a los ángeles, y les informó que después de estas cosas los que él redimiera estarían con él, y que mediante su muerte rescataría a muchos y destruiría al que tenía el poder de la muerte. Que su Padre le daría el reino y su grandeza debajo de todos los cielos, y que lo poseería para siempre jamás. Satanás y los pecadores serían destruidos, y no perturbarían nunca más el cielo ni la nueva tierra purificada. Jesús encareció a la hueste celestial que aceptara el plan que su Padre había aceptado, y que se regocijaran en el hecho de que por medio de su muerte el

hombre caído podría de nuevo ser exaltado para obtener el favor de Dios y gozar del cielo.

Entonces éste se llenó de un gozo inefable. Y la hueste angélica entonó un himno de alabanza y adoración. Pulsaron sus arpas y entonaron una nota más elevada que nunca antes por la gran misericordia y la condescendencia de Dios al entregar a su muy Amado para que muriera por una raza de rebeldes. La alabanza y la adoración se
[46] derramaron por la abnegación y el sacrificio de Jesús; por el hecho de que consintiera en dejar el seno de su Padre y eligiera una vida de sufrimiento y angustia, para morir una muerte ignominiosa con el fin de dar vida a otros.

El ángel dijo: "¿Piensas tú que el Padre entregó a su amado Hijo sin conflicto alguno? No, no. El mismo Dios del cielo tuvo que luchar para decidir si dejaría perecer al hombre culpable o daría a su amado Hijo para que muriera por él". Los ángeles estaban tan interesados por la salvación del hombre que se podía encontrar entre ellos a quienes hubieran estado dispuestos a abandonar la gloria y dar su vida por el hombre perdido. "Pero -dijo mi ángel acompañante-, de nada valdría. La transgresión es tan grande que la vida de un ángel no puede pagar la deuda. Nada fuera de la muerte y la intercesión de su Hijo podía pagar la deuda y salvar al hombre perdido del pesar y la miseria sin esperanzas".

Pero a los ángeles se les asignó una tarea, es a saber, subir y bajar con el bálsamo fortalecedor procedente de la gloria, para suavizar los sufrimientos del Hijo de Dios y servirle. También tendrían la tarea de guardar y proteger a los súbditos de la gracia de los ángeles impíos y de las tinieblas que constantemente arrojaría contra ellos Satanás. Vi que era imposible que Dios alterara o cambiara su ley para salvar al hombre perdido y a punto de perecer; por eso permitió que su amado Hijo muriera por la transgresión del hombre.

Satanás se regocijó una vez más con sus ángeles de que hubiera podido derribar al Hijo de Dios de su exaltada posición al provocar la caída del hombre. Dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría dominarlo e impedir que
[47] cumpliera el plan de salvación.

Se me mostró a Satanás como fue una vez, un ángel feliz y exaltado. Después lo vi como es ahora. Su aspecto sigue siendo principesco. Sus rasgos siguen siendo nobles, porque es un ángel

caído. Pero la expresión de su rostro está llena de ansiedad, preocupación, infelicidad, malicia, odio, deseos de causar daño, engaño y toda clase de mal. Observé en forma especial esa frente que fue tan noble. A partir de sus ojos comienza a retroceder. Observé que por tanto tiempo se ha inclinado al mal que toda buena cualidad se ha rebajado y se ha desarrollado todo rasgo maligno. Sus ojos son astutos, irónicos y manifiestan profunda penetración. Su cuerpo es grande, pero su piel cuelga suelta de sus manos y su rostro. Cuando lo contemplé, su barbilla reposaba sobre su mano izquierda. Parecía que estaba entregado a una profunda meditación. Una sonrisa se dibujaba en su rostro, que me hizo temblar, pues estaba llena de maldad y de astucia satánica. Es la sonrisa que esboza justamente antes de apoderarse de su víctima, y cuando la entrampa en sus redes es cada vez más horrible.

Humildemente y con indecible pesar Adán y Eva abandonaron el hermoso jardín donde habían sido tan felices hasta que desobedecieron la orden de Dios. La atmósfera había cambiado. Ya no se mantenía invariable como antes de la transgresión. Dios los vistió con túnicas de pieles para cubrirlos de la sensación de frío y calor a la que estaban expuestos.

La inmutable ley de Dios

Todo el cielo se lamentó por la desobediencia y la caída de Adán y Eva, que habían acarreado la ira de Dios sobre toda la especie humana. Ya no podían tener comunión directa con Dios y se habían [48]
sumergido en la miseria y la desesperación. No se podía cambiar la ley de Dios para que se adaptara a la necesidad del hombre, porque de acuerdo con el plan de Dios ésta nunca debía perder su fuerza ni anular el más pequeño de sus requerimientos.

Los ángeles de Dios fueron comisionados para que visitaran a la pareja caída y le informaran que aunque no podían conservar su santa condición ni su hogar edénico por causa de la transgresión de la ley de Dios, su caso no era totalmente desesperado. Se les informó que el Hijo de Dios, que había conversado con ellos en el Edén, se había sentido impulsado por la piedad, en vista de su condición desesperada, y que se había ofrecido voluntariamente para soportar el castigo que les correspondía, y morir para que los seres humanos

pudieran vivir por fe en la expiación que Cristo proponía hacer por ellos. Por medio de Jesús se había abierto una puerta de esperanza para que el hombre, a pesar de su gran pecado, no quedara bajo el dominio completo de Satanás. La fe en los méritos de Hijo de Dios elevaría de tal manera a éste que podría resistir las artimañas de Satanás. Se le concedería un tiempo de prueba durante el cual, por medio de una vida de arrepentimiento y fe en la expiación del Hijo de Dios, podría ser redimido de su trangresión a la ley del Padre y elevado así hasta un nivel donde sus esfuerzos por guardar la ley de Dios podrían ser aceptados.

Los ángeles les comunicaron el pesar que se experimentó en el cielo cuando se anunció que ellos habían transgredido la ley de Dios, lo que había inducido a Cristo a llevar a cabo el gran sacrificio de su propia vida preciosa.

Cuando Adán y Eva se dieron cuenta de cuán exaltada y santa es
[49] la ley de Dios, cuya transgresión requería un sacrificio tan costoso para salvarlos de la ruina junto con su posteridad, rogaron que se les permitiera morir o que sus descendientes experimentaran el castigo de su transgresión, antes que el amado Hijo de Dios hiciera un sacrificio tan grande. La angustia de Adán iba en aumento. Se dio cuenta de que sus pecados eran de tal magnitud que implicaban terribles consecuencias. ¿Cómo podía ser posible que el tan honrado Comandante celestial, que había caminado y conversado con él cuando gozaba de santa inocencia, a quien los ángeles honraban y adoraban, fuera depuesto de su exaltada posición para morir por causa de su pecado?

Se informó a Adán que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. La ley de Jehová, fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, era tan sagrada como Dios mismo; y por esa razón el Señor no podía aceptar la vida de un ángel como sacrificio por su transgresión. Su ley es de más importancia a su vista que los santos ángeles que rodean su trono. El Padre no podía abolir ni modificar un solo precepto de su ley para adaptarla a la condición caída del ser humano. Pero el Hijo de Dios, que junto con el Padre había creado al hombre, podía ofrecer por éste una expiación que el Señor podía aceptar, mediante el don de su vida en sacrificio, para recibir sobre sí la ira de su Padre. Los ángeles informaron a Adán que así

como su transgresión había acarreado muerte y ruina, la vida y la inmortalidad aparecerían como resultado del sacrificio de Cristo.

Una vislumbre de futuro

A Adán se le revelaron importantes acontecimientos del futuro, desde su expulsión del Edén hasta el diluvio y más allá, hasta la primera venida de Cristo a la tierra; su amor por Adán y su poste- [50]
ridad inducirían al Hijo de Dios a condescender al punto de tomar la naturaleza humana para elevar así, por medio de su propia humillación, a todos los que creyeran en él. Ese sacrificio sería de suficiente valor como para salvar a todo el mundo; pero sólo unos pocos aprovecharían la salvación ofrecida por medio de un sacrificio tan extraordinario. La mayor parte no cumpliría las condiciones requeridas para ser participantes de la gran salvación de Dios. Preferirían el pecado y la transgresión de la ley del Señor antes de arrepentirse y obedecer, para descansar por fe en los méritos y el sacrificio ofrecidos. Este sacrificio era de un valor tan inmenso, como para hacer más precioso que el oro fino, y que el oro de Ofir, al hombre que lo aceptara.

Se transportó a Adán a través de las generaciones sucesivas para que viera el aumento del crimen, la culpa y la contaminación, porque el hombre cedería a sus inclinaciones naturalmente fuertes a desobedecer la santa ley de Dios. Se le mostró que la maldición del Señor recaería cada vez con más fuerza sobre la raza humana, el ganado y la tierra, por causa de la permanente transgresión del hombre. Se le mostró también que la iniquidad y la violencia irían en aumento constante; sin embargo, en medio de toda la marea de la miseria y la desgracia humana siempre habría unos pocos que conservarían el conocimiento de Dios y que permanecerían incontaminados en medio de la prevaleciente degeneración moral. Adán debió comprender lo que era el pecado: la transgresión de la ley. Se le mostró que la especie cosecharía degeneración moral, mental y física como resultado de la transgresión, hasta que el mundo se llenara de toda clase de miseria humana. [51]

Los días del hombre fueron acortados por causa de su propio pecado al desobedecer la justa ley de Dios. La especie se depreció tanto finalmente que causó la impresión de ser inferior y casi sin

valor. Generalmente los hombres fueron incapaces de apreciar el misterio del Calvario y los grandes y sublimes hechos de la expiación y el plan de salvación, por causa de su sometimiento al ánimo carnal. Sin embargo, a pesar de su debilidad y de las debilitadas facultades mentales, morales y físicas de la especie humana, Cristo, fiel al propósito que lo indujo a salir del cielo, continúa manifestando interés en estos débiles, despreciados y degenerados ejemplares de la humanidad, y los invita a ocultar su debilidad y sus muchas deficiencias en él. Si están dispuestos a acudir a él, el Señor lo está para suplir todas sus necesidades.

Los sacrificios

Cuando Adán, de acuerdo con las indicaciones especiales de Dios, presentó una ofrenda por el pecado, fue para él una ceremonia sumamente penosa. Tuvo que levantar la mano para tomar una vida que sólo Dios podía dar, para presentar su ofrenda por el pecado. Por primera vez estuvo en presencia de la muerte. Al contemplar la víctima sangrante en medio de las contorsiones de su agonía, se lo indujo a observar por fe al Hijo de Dios, a quien esa víctima prefiguraba, y que moriría como sacrificio en favor del hombre.

Esta ceremonia, ordenada por Dios, debía ser un constante recordativo para Adán, como asimismo un reconocimiento penitencial de su pecado. Este acto de tomar una vida dio a Adán una impresión
[52] más profunda y perfecta de su transgresión, que para expiarla se requirió nada menos que la muerte del amado Hijo de Dios. Se maravilló de la infinita bondad y del incomparable amor puesto de manifiesto al dar semejante rescate para salvar al culpable. Cuando Adán daba muerte a la víctima inocente, le parecía que estaba derramando con su propia mano la sangre del Hijo de Dios. Se dio cuenta de que si hubiera permanecido fiel al Señor y leal a su santa ley, jamás habrían muerto ni hombres ni animales. No obstante los sacrificios, al señalar hacia la gran y perfecta ofrenda del amado Hijo de Dios, le permitían vislumbrar una estrella de esperanza que iluminaba las tinieblas de su terrible futuro, y le proporcionaban alivio en tu total desesperanza y ruina.

Al principio se consideró que el jefe de cada familia era dirigente y sacerdote de su propio conjunto familiar. Más tarde, cuando la

especie se multiplicó sobre la tierra, algunos hombres señalados por Dios realizaron la solemne ceremonia de los sacrificios en favor del pueblo. La sangre de los animales debía relacionarse en la mente de los pecadores con la sangre del Hijo de Dios. La muerte de la víctima debía ser una evidencia para todos que el castigo del pecado es la muerte. Mediante el acto del sacrificio el pecador reconocía su culpa y manifestaba su fe, por cuyo intermedio preveía el inmenso y perfecto sacrificio del Hijo de Dios, prefigurado por las ofrendas de animales. Sin la expiación provista por el Hijo de Dios, no podría haber derramamiento de bendiciones o salvación por parte de Dios con respecto al hombre. El Señor es celoso del honor de su ley. Su transgresión produjo una espantosa separación entre el Padre y el hombre. A Adán en su inocencia se le concedió comunión directa,
libre y gozosa con su Hacedor. Después de su transgresión Dios se [53]
comunicaría con él por medio de Cristo y los ángeles. [54]

Capítulo 6—Caín y Abel y sus ofrendas

Este capítulo está basado en Génesis 4:1-15.

Cain y Abel, los hijos de Adán, tenían caracteres muy distintos. Abel temía a Dios. Caín, en cambio, albergaba sentimientos de rebeldía y murmuraba contra Dios por causa de la maldición pronunciada sobre su padre y porque la tierra había sido maldita por su pecado. A estos hermanos se les había enseñado todo lo concerniente a la provisión hecha para la salvación de la raza humana. Se les requirió que pusieran en práctica un sistema basado en la humilde obediencia, que manifestaran reverencia hacia Dios y su fe y su dependencia en el Redentor prometido, por medio de la muerte de los primogénitos del rebaño y la presentación solemne de ellos junto con su sangre como holocausto ofrecido al Señor. Ese sacrificio los induciría a recordar siempre su pecado y al Redentor venidero, que habría de ser el gran sacrificio realizado en favor del hombre.

Caín trajo su ofrenda a Dios mientras murmuraba y manifestaba infidelidad en su corazón con respecto al Sacrificio prometido. No estaba dispuesto a seguir estrictamente el plan de obedecer y conseguir un cordero para ofrecerlo con los frutos de la tierra. Simplemente tomó lo de la tierra y pasó por alto el requerimiento de Dios. El Señor había hecho saber a Adán que sin derramamiento de sangre no hay remisión del pecado. Caín no se preocupó siquiera
[55] por llevar lo mejor de sus frutos. Abel aconsejó a su hermano que no se presentara delante del Señor sin la sangre de los sacrificios. Caín, puesto que era el mayor, no quiso escuchar a su hermano. Despreció su consejo, y con dudas y murmuraciones con respecto a la necesidad de las ofrendas ceremoniales, presentó su ofrenda. Pero Dios no la aceptó.

Abel trajo los primogénitos de su rebaño, y de los mejores, como Dios lo había ordenado; y con humilde reverencia presentó su ofrenda con plena fe en el Mesías venidero. Dios la aceptó. Una luz procedente del cielo consumió la ofrenda de Abel. Caín no vio

manifestación alguna de que la suya hubiera sido aceptada. Se airó con el Señor y con su hermano. Dios estuvo dispuesto a enviar a un ángel para que conversara con él.

Este le preguntó por qué estaba enojado, y le informó que si obraba bien y seguía las indicaciones que Dios le había dado, el Señor lo aceptaría y apreciaría su ofrenda. Pero que si no se sometía humildemente a los planes de Dios, y no creía ni le obedecía, ésta no podría ser aceptada. El ángel dijo a Caín que no había injusticia de parte de Dios, ni favoritismo por Abel, sino que como consecuencia de su propio pecado y desobediencia al expreso mandamiento del Señor, no podía aceptar su ofrenda; pero que si obraba bien sería aceptado por el Altísimo, y su hermano lo escucharía y él tomaría la delantera porque era el mayor.

Pero aun después de haber sido fielmente instruido, Caín no se arrepintió. En lugar de censurarse y aborrecerse por su incredulidad, siguió quejándose de la injusticia y la parcialidad de Dios. E impulsado por sus celos y su odio contendió con Abel y lo cubrió de reproches. Este mansamente señaló el error de su hermano y le demostró que el mal estaba en él mismo. Pero Caín odió a su [56]
hermano desde el momento cuando Dios le manifestó las pruebas de su aceptación. Abel trató de apaciguar su ira al recordarle la compasión que Dios había tenido al conservar con vida a sus padres cuando podría habérsela quitado inmediatamente. Le dijo que Dios los amaba, pues si así no hubiera sido no habría dado a su Hijo, inocente y santo, para que soportara la ira que el hombre merecía sufrir por su desobediencia.

El comienzo de la muerte

Mientras Abel justificaba el plan de Dios, Caín se enojó, y su odio creció y ardió contra Abel hasta que en un arrebato de ira le dio muerte. El Señor preguntó a Caín dónde estaba su hermano, y éste contestó con una mentira: “No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Dios le informó que estaba al tanto de su pecado, que conocía todos sus actos, hasta los pensamientos de su corazón, y le dijo: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la

tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra”. La maldición sobre la tierra fue al principio muy leve; pero entonces [después de la muerte de Abel] recayó sobre ella una doble maldición.

Caín y Abel representan dos clases de personas: los justos y los impíos, los creyentes y los incrédulos, que debían existir desde la caída del hombre hasta la segunda venida de Cristo. Caín, que mató a su hermano Abel, representa a los impíos que tendrían envidia de los justos y los odiarían porque serían mejores que ellos. Sentirían
[57] celos de los justos y los perseguirían y matarían porque sus buenas obras condenarían su conducta pecaminosa.

La vida de Adán fue una vida de tristeza, humildad y continuo arrepentimiento. Al enseñar a sus hijos y a sus nietos a temer a Jehová, con frecuencia se le reprochó amargamente su pecado, que había causado tanta miseria a su posteridad. Cuando salió del hermoso Edén, el pensamiento de que debía morir lo sacudió de horror. La muerte le pareció una terrible calamidad. Por primera vez se puso en contacto con la tremenda realidad de la muerte en la familia humana cuando su propio hijo Caín asesinó a su hermano Abel. Lleno de amargo remordimiento por causa de su propia transgresión, privado de su hijo Abel, con plena conciencia de que Caín era asesino, y reconociendo la maldición que Dios había pronunciado sobre él, el corazón de Adán se quebrantó de dolor. Con mucha amargura se reprochó su primer gran pecado. Suplicó el perdón de Dios por medio del Sacrificio prometido. Sentía profundamente la ira de Dios por el crimen perpetrado en el paraíso. Fue testigo de la corrupción general que finalmente obligó a Dios a destruir a los habitantes de la tierra por medio de un diluvio. La sentencia de muerte que había pronunciado sobre él su Hacedor, que al principio le había parecido terrible, después de haber vivido algunos siglos le pareció justa y misericordiosa de parte de Dios, pues ponía fin a una vida miserable.

Cuando Adán vio las primeras señales de decadencia en la naturaleza, cuando cayeron las hojas y se marchitaron las flores, se lamentó mucho más de lo que los hombres en la actualidad se lamentan por causa de sus muertos. Las flores marchitas no eran la mayor causa de su pena, por ser más tiernas y delicadas, sino los altos,
[58] nobles y robustos árboles que perdían sus hojas y se deterioraban; eran para él un preanuncio de la destrucción general de la hermosa

naturaleza que Dios había creado para que beneficiara especialmente al hombre.

A sus hijos y a los hijos de ellos, hasta la novena generación, les describió las perfecciones de su hogar en el Edén, y también su caída y sus terribles resultados, y la carga de pesar que le sobrevino como consecuencia de la escisión que se produjo en su familia y que desembocó en la muerte de Abel. Les mencionó los sufrimientos que Dios había permitido que cayeran sobre él para enseñarle la necesidad de adherirse estrictamente a su ley. Les declaró que el pecado sería castigado en cualquiera de sus manifestaciones. Les suplicó que obedecieran a Dios, quien sería misericordioso con ellos si lo amaban y lo temían.

Los ángeles se comunicaron con Adán después de su caída y le informaron acerca del plan de salvación, y de que la raza humana no estaba fuera del alcance de la redención. A pesar de la terrible separación que se había producido entre Dios y el hombre, se había hecho provisión en la ofrenda de su amado Hijo, por medio de quien éste podía ser salvo. Pero su única esperanza era vivir una existencia de humilde arrepentimiento y fe en la provisión hecha. Todos los que aceptaran a Cristo como su único Salvador gozarían de nuevo del favor de Dios por medio de los méritos de su Hijo. [59]

Capítulo 7—Set y Enoc

Este capítulo está basado en Génesis 4:25, 26; 5:3-8, 18-24; Judas 14, 15.

Set era un personaje respetable, y debía ocupar el lugar de Abel en lo que se refiere a la rectitud. Pero era tan hijo de Adán como el pecador Caín, y no había heredado de la naturaleza de éste más bondad natural de la que aquél había recibido. Nació en pecado, pero por la gracia de Dios, y al aceptar las fieles instrucciones de su padre Adán, honró a Dios pues hizo su voluntad. Se apartó de los descendientes corruptos de Caín y trabajó, como lo habría hecho Abel si hubiera vivido, para inducir a los pecadores a reverenciar y obedecer al Señor.

Enoc era santo. Sirvió a Dios con corazón indiviso. Se dio cuenta de la corrupción de la familia humana y se apartó de los descencientes de Caín a quienes reprendió por su gran maldad. Había en la tierra quienes reconocían al Señor, lo temían y lo adoraban. Pero el justo Enoc se sentía tan perturbado por la creciente maldad de los impíos, que no se relacionaba con ellos cada día, por temor de verse afectado por su infidelidad y que sus pensamientos no siempre se dirigieran a Dios con la santa reverencia que merecía su carácter excelso. Su alma se afligía pues todos los días veía cómo pisoteaban la autoridad divina. Decidió apartarse de ellos, y pasar la mayor parte del tiempo en soledad, que dedicaba a la meditación y la oración. Permanecía
[60] ante el Señor y oraba para saber su voluntad más perfectamente, de manera que la pudiera cumplir. Dios se comunicaba con Enoc por medio de sus ángeles y le daba sus divinas instrucciones. Le hizo saber que no siempre contendería con el hombre en su rebelión, que su propósito era destruir la raza pecadora mediante las aguas de un diluvio que caería sobre la tierra.

El puro y hermoso jardín del Edén, de donde habían sido expulsados nuestros primeros padres, permaneció en la tierra hasta que Dios decidió destruirla por medio del diluvio. El Señor había

plantado ese jardín y lo había bendecido de manera especial, y en su maravillosa providencia lo sacó del mundo, y lo devolverá a éste más gloriosamente adornado que antes que fuera retirado. El Altísimo se propuso preservar una muestra de la perfección de la creación, libre de la imprecación mediante la cual maldijo la tierra.

El Señor desplegó más ampliamente ante Enoc el plan de salvación, y por medio del espíritu de profecía lo condujo a lo largo de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes acontecimientos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo. Judas 14.

Enoc estaba preocupado por los muertos. Le parecía que los justos y los impíos irían juntos al polvo y que ése sería su final. No comprendía claramente el tema de la vida de los justos más allá de la tumba. En visión profética se lo instruyó con respecto al Hijo de Dios, que habría de morir como sacrificio en favor del hombre, y se le mostró la venida de Cristo en las nubes de los cielos, acompañado por una hueste de ángeles, para dar vida a los justos muertos y rescatarlos de sus sepulturas. También vio la corrupción que prevalecería en el mundo cuando Cristo apareciera por segunda [61] vez, que habría una generación jactanciosa, presuntuosa y testaruda, en abierta rebelión contra la ley de Jehová, para negar al único Dios soberano y a nuestro Señor Jesucristo, pisotear su sangre y despreciar su expiación. Vio a los justos coronados de gloria y honor mientras se separaba a los impíos de la presencia del Señor para ser consumidos por el fuego.

Enoc repitió fielmente al pueblo todo lo que Dios le había revelado por medio del espíritu de profecía. Algunos creyeron sus palabras y se apartaron de su impiedad para temer y adorar al Altísimo.

La traslación de Enoc

Enoc crecía en espiritualidad a medida que se comunicaba con Dios. Su rostro irradiaba un fulgor santo que perduraba mientras instruía a los que escuchaban sus palabras llenas de sabiduría. Su apariencia digna y celestial llenaba de reverencia a la gente. El Señor amaba a Enoc porque éste lo seguía consecuentemente, aborrecía la iniquidad y buscaba con fervor el conocimiento celestial para cumplir a la perfección la voluntad divina. Anhelaba unirse aun más

estrechamente a Dios, a quien temía, reverenciaba y adoraba. El Señor no podía permitir que Enoc muriera como los demás hombres; envió pues a sus ángeles para que se lo llevaran al cielo sin que experimentara la muerte. En presencia de los justos e impíos Enoc fue retirado de entre ellos. Los que lo amaban pensaron que Dios podía haberlo dejado en alguno de los lugares donde solía retirarse, pero después de buscarlo diligentemente, en vista de que no lo
[62] pudieron encontrar, informaron que no estaba en ninguna parte, pues el Señor se lo había llevado.

Mediante la traslación de Enoc, descendiente del caído Adán, el Altísimo nos enseña una lección de suma importancia: que todos los que por fe confían en el Sacrificio prometido y obedecen fielmente sus mandamientos serán recompensados. Aquí se presentan nuevamente las dos clases que existirían hasta la segunda venida de Cristo: los justos y los malvados, los rebeldes y los leales. Dios recordará a los justos, los que lo temen. Los respetará, honrará y les dará la vida eterna por causa de su amado Hijo. Pero a los malvados, que pisotean su autoridad, los destruirá y los eliminará de la tierra, y serán como si nunca hubieran existido.

Puesto que Adán cayó de su estado de perfecta felicidad al de miseria y pecado, corría el peligro de que se desalentara y se preguntase: "¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos" (Malaquías 3:14), puesto que una pesada maldición descansa sobre la raza humana, y la muerte es la suerte de todos nosotros? Pero las instrucciones que Dios dio a Adán, y que fueron repetidas por Set y ejemplificadas por Enoc, eliminaron las tinieblas y la oscuridad, y dieron al hombre la esperanza de que así como por medio de Adán vino la muerte, por medio de Jesús, el Redentor prometido, vendrían la vida y la inmortalidad.

Mediante el caso de Enoc se enseñó a los descorazonados fieles que aunque estaban entre gente corrupta y pecadora, que vivía en abierta y osada rebelión contra Dios, su Creador, si obedecían y tenían fe en el Redentor prometido podrían vivir una vida justa como el fiel Enoc, serían aceptados por el Señor y finalmente llegarían al
[63] trono celestial.

Enoc, que se apartó del mundo y dedicó mucho tiempo a la oración y la comunión con Dios, representa a los fieles de los últimos

días, que se apartarán del mundo. La injusticia prevalecerá en proporción terrible sobre la tierra. Los hombres se entregarán a toda imaginación de sus corrompidos corazones para llevar a cabo su filosofía engañosa y su rebeldía contra la autoridad del cielo.

El pueblo de Dios se apartará de las costumbres injustas de los que los rodean y buscará la pureza de pensamiento y santa conformidad con la voluntad divina hasta que su excelsa imagen se refleje en él. Como Enoc, se estarán preparando para la traslación al cielo. Mientras se esfuerzan por instruir y amonestar al mundo, no se amoldarán al espíritu y las costumbres de los incrédulos, sino que los condenarán mediante su santa manera de vivir y su ejemplo piadoso. La traslación de Enoc poco antes de la destrucción del mundo por medio del diluvio representa la traslación de todos los justos que vivirán en la tierra antes de la destrucción de ésta por medio del fuego. Los santos serán glorificados en presencia de los que los odiaron por su leal obediencia a los justos mandamientos de Dios. [64]

Capítulo 8—El diluvio

Este capítulo está basado en Génesis 6; 7; 8; 9:8-17.

Los descentientes de Set fueron llamados hijos de Dios; los de Caín, hijos de los hombres. Cuando los hijos de Dios se mezclaron con los hijos de los hombres, los primeros se corrompieron y, al casarse con los segundos perdieron, mediante la influencia de sus esposas, su carácter santo y peculiar, y se unieron con los hijos de Caín para practicar la idolatría. Muchos dejaron a un lado el temor de Dios y pisotearon sus mandamientos. Pero unos pocos obraron justamente; eran los que temían y honraban a su Creador. Noé y su familia se contaban entre los pocos justos que había.

La maldad del hombre era tan grande, y aumentó hasta un extremo tal, que Dios se arrepintió de haberlo creado sobre la tierra, pues vio que su maldad era mucha, y que todo designio de los pensamientos de su corazón era de continuo solamente el mal.

Más de cien años antes del diluvio el Señor envió un ángel al fiel Noé para hacerle saber que no tendría más misericordia de los miembros de la raza corrupta. Pero no quería que ignoraran su propósito. Instruiría a Noé y lo transformaría en un fiel predicador para advertir al mundo acerca de la destrucción que se avecinaba, a fin de que los habitantes de la tierra no tuvieran excusa. El patriarca
[65] debía predicar a la gente, y también construir un arca según las indicaciones de Dios para salvación de sí mismo y su familia. No sólo debía predicar, sino que su ejemplo al construir el arca habría de convencer a todos que creía lo que predicaba.

Noé y su familia no estaban solos al temer y obedecer a Dios. Pero el patriarca era el más piadoso y santo de todos los hombres de la tierra, y a él preservó Dios para que llevara a cabo su voluntad al construir el arca y advertir al mundo acerca de su próxima condenación. Matusalén, el abuelo de Noé, vivió hasta el mismo año cuando ocurrió el diluvio; y hubo otros que creyeron en la predicación de Noé y le ayudaron en la construcción del arca, que murieron antes

que las aguas de éste cayeran sobre la tierra. Condenó al mundo por su predicación y su ejemplo al construir el arca.

Dios dio a todos los que querían la oportunidad de arrepentirse y volverse a él. Pero no creyeron en la predicación de Noé. Se burlaron de sus advertencias y ridiculizaron la construcción de aquel inmenso navío sobre tierra seca. Los esfuerzos del patriarca para reformar a sus congéneres no tuvieron éxito. Por más de cien años perseveró en sus intentos por conducir a los hombres al arrepentimiento y a Dios. Cada golpe que se daba en el arca equivalía a una predicación. Noé dirigía, predicaba y trabajaba, mientras la gente lo contemplaba con asombro y lo consideraba fanático.

La construcción del Arca

Dios le dio las dimensiones exactas del arca e indicaciones definidas con respecto a cada detalle de la construcción. En muchos sentidos no se asemejaba a un navío sino más bien a una casa cuyo fundamento era como un barco para que pudiera flotar sobre el [66] agua. No había ventanas en las paredes laterales. Tenía tres pisos de altura y la luz que recibía provenía de una ventana que estaba en el techo. La puerta estaba al costado. Los diferentes compartimentos preparados para recibir a los animales estaban construidos de tal manera que la ventana superior los iluminaba a todos. El arca fue hecha con madera de gofer o ciprés, que duraba cientos de años sin deteriorarse. Era una construcción de gran resistencia, que la sabiduría del hombre no podía inventar. Dios fue el arquitecto y Noé su maestro constructor.

Después que el patriarca hizo todo lo que pudo para que cada porción de la obra estuviera bien hecha, era imposible que ésta, por sí misma, pudiera resistir la violencia de la tormenta que Dios en su ira desataría sobre la tierra. La tarea de completar la construcción fue un proceso lento. Cada tabla fue ajustada cuidadosamente, y todas sus junturas calafateadas con brea. Todo lo que el hombre podía hacer se hizo para que la obra fuera perfecta; pero, después de todo, sólo Dios podía librar esa construcción de las iracundas y poderosas ondas, por medio de su poder milagroso.

Al principio una cantidad de gente recibió en apariencias las amonestaciones de Noé, pero esas personas no se volvieron ple-

namente a Dios con verdadero arrepentimiento. Se les dio tiempo antes que llegara el diluvio, durante el cual serían probadas. Pero no soportaron la prueba. Las venció la degeneración prevaleciente, y finalmente se unieron a otros que eran corruptos y que se mofaban del fiel Noé y lo escarnecían. No quisieron abandonar sus
[67] pecados y continuaron practicando la poligamia y entregándose a la complacencia de sus pasiones corrompidas.

Su tiempo de prueba estaba por terminar. Los incrédulos y burlones habitantes del mundo experimentarían una especial manifestación del poder de Dios. Noé había seguido fielmente las instrucciones que el Señor le había dado. El arca se terminó exactamente como el Altísimo lo había indicado. Había almacenado grandes cantidades de alimentos para hombres y bestias. Y una vez que todo estuvo listo, Dios ordenó al fiel Noé: "Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación".

Los animales entran en el Arca

Se enviaron ángeles para reunir en los bosques y los campos a los animales que Dios había creado. Iban delante de ellos, y éstos los seguían, de dos en dos, macho y hembra, y los animales limpios en grupos de a siete. Esos animales, desde los más feroces hasta los más mansos e inofensivos, entraron solemne y pacíficamente en el arca. El cielo parecía cubierto de aves de todas clases. Llegaron volando hasta el arca, de dos en dos, macho y hembra, y de las aves limpias en grupos de a siete. El mundo los contemplaba maravillado, algunos con temor, pero se habían endurecido tanto en su rebelión, que esa suprema manifestación del poder de Dios tuvo sólo una influencia momentánea sobre ellos. Durante siete días los animales llegaron hasta el arca, y Noé los acomodó en los lugares que les había preparado.

Mientras la raza condenada contemplaba el sol que brillaba con toda su gloria, y la tierra revestida de una belleza casi edénica, ahuyentó sus crecientes temores con diversiones ruidosas, y mediante
[68] sus actos de violencia parecían invocar sobre sí la caída de la ya presente ira de Dios.

Todo estaba listo entonces para cerrar el arca, cosa que Noé no podía hacer desde su interior. La mofadora multitud vio un ángel que

descendió del cielo revestido de un resplandor semejante al de un relámpago. Cerró la maciza puerta exterior, y emprendió de nuevo su viaje rumbo al cielo.

La familia de Noé estuvo siete días en el arca antes que la lluvia comenzara a descender sobre la tierra. En ese tiempo se prepararon para su larga permanencia en ella mientras las aguas cubrieran la tierra. Fueron días de blasfemas diversiones para la multitud incrédula. Puesto que la profecía de Noé no se cumplió inmediatamente después de su entrada en el arca, ésta creía que el patriarca estaba engañado y que era imposible que el mundo pudiera ser destruido por un diluvio. Antes de eso no había habido lluvia sobre la tierra. Una especie de vapor surgía de las aguas, que Dios hacía descender de noche como rocío, para revitalizar la vegetación y hacerla florecer.

A pesar de la solemne demostración del poder de Dios que habían contemplado, de la inusitada presencia de los animales que venían de los bosques y los campos en dirección del arca, del ángel de Dios que descendió del cielo revestido de luz y terrible majestad para cerrar la puerta, los impíos endurecieron su corazón y continuaron divirtiéndose y mofándose de las manifestaciones del poder divino.

Se desata la tempestad

Pero al octavo día los cielos se oscurecieron. El rugido del trueno y el vívido resplandor de los relámpagos comenzaron a aterrorizar a hombres y animales. Desde las nubes la lluvia descendía sobre ellos. [69]
Era algo que no habían visto antes y sus corazones comenzaron a desfallecer de temor. Los animales iban de un lado al otro presas de salvaje terror, y sus alaridos discordantes parecían un lamento que preanunciaba su propio destino y la suerte de los hombres. La tormenta aumentó en violencia hasta que las aguas parecían descender del cielo como tremendas cataratas. Los ríos se salieron de madre y las aguas inundaron los valles. Los fundamentos del abismo también se rompieron. Chorros de agua surgían de la tierra con fuerza indescriptible, arrojando rocas macizas a cientos de metros de altura, para luego caer y sepultarse en las profundidades de la tierra.

La gente vio primero la destrucción de las obras de sus manos. Sus espléndidos edificios, sus jardines y huertas tan hermosamente arreglados, donde habían ubicado sus ídolos, fueron destruidos por rayos del cielo. Sus ruinas se esparcieron por todas partes. Habían erigido altares en los bosques, consagrados a sus imágenes, en los cuales habían ofrecido sacrificios humanos. Lo que Dios detestaba fue destruido ante ellos por la ira divina, y temblaron ante el poder del Dios viviente, Hacedor de los cielos y la tierra, y se les hizo saber que sus abominaciones y horribles sacrificios idolátricos habían acarreado su destrucción.

La violencia de la tormenta aumentó, y entre la furia de los elementos se escuchaban los lamentos de la gente que había despreciado la autoridad de Dios. Arboles, edificios, rocas y tierra salían disparados en todas direcciones. El terror de hombres y animales era indescriptible. El mismo Satanás, obligado a permanecer en medio de la furia de los elementos, temió por su vida. Se había deleitado
[70] al dirigir a esa raza tan poderosa, y quería que viviera para poner en práctica por medio de ella sus abominaciones, y aumentar su rebelión contra el Dios del cielo. Profería imprecaciones contra Dios acusándolo de injusticia y crueldad. Mucha gente, como Satanás, blasfemaba contra el Señor, y si hubieran podido llevar a cabo los propósitos de su rebelión, lo hubieran expulsado de su trono de justicia.

Mientras muchos blasfemaban y maldecían a su Creador, otros, con frenético temor, extendían las manos hacia el arca y rogaban que se los dejara entrar. Pero eso era imposible. Dios había cerrado la puerta, la única entrada, y dejó a Noé adentro y a los impíos afuera. Sólo él podía abrir la puerta. El temor y el arrepentimiento de esta gente se produjo demasiado tarde. Tuvieron que reconocer que había un Dios viviente más poderoso que el hombre, a quien habían desafiado y contra quien habían blasfemado. Lo invocaron fervorosamente, pero el oído divino estaba cerrado a sus clamores. Algunos, desesperados, trataron de entrar a la fuerza en el arca, pero esa firme estructura resistió todos sus embates. Otros se aferraron a ella hasta que los arrebató la furia de la corriente, o las rocas y los árboles que volaban en todas direcciones.

Los que habían despreciado las advertencias de Noé y habían ridiculizado al fiel predicador de la justicia, se arrepintieron de-

masiado tarde de su incredulidad. El arca se sacudía y se agitaba vigorosamente. Los animales que estaban dentro de ella expresaban mediante diferentes sonidos su temor descontrolado; sin embargo, en medio de la furia de los elementos, la elevación del nivel de las aguas y las violentas arremetidas de árboles y rocas, el arca avanzaba con seguridad. Algunos ángeles sumamente fuertes la guiaban y la protegían de todo peligro. Su preservación a cada instante de esa [71]
terrible tempestad de cuarenta días y cuarenta noches fue un milagro del Todopoderoso.

Los animales amenazados por la tempestad acudieron a los hombres, pues preferían estar cerca de los seres humanos, como si esperaran que ellos los auxiliaran. Algunos ataron a sus hijos a fuertes animales, e hicieron otro tanto consigo mismos, pues sabían que éstos lucharían por su vida, y treparían a las cumbres más altas para huir de las aguas que subían. La tempestad no moderó su furia, sin embargo; las aguas, en cambio, aumentaron de nivel más rápidamente que al principio. Algunos se ataron a altos árboles ubicados en las cumbres más elevadas de la tierra, pero éstos fueron desarraigados y lanzados con violencia por el aire como si alguien los hubiera arrojado con furia, junto con piedras y lodo, sobre las olas que avanzaban y bullían. Sobre esas cumbres seres humanos y bestias luchaban por conservar su posición, hasta que todos fueron arrojados a las espumosas aguas que casi llegaban a esos lugares. Por fin esas cimas fueron alcanzadas también, y los hombres y los animales que se hallaban allí perecieron por igual arrastrados por las aguas del diluvio.

Noé y su familia observaban ansiosamente el descenso de las aguas. El patriarca deseaba salir y pisar tierra firme nuevamente. Envió un cuervo que salió del arca y volvió. No recibió la información que deseaba, y entonces envió una paloma, la cual, al no encontrar donde posarse, regresó al arca. Después de siete días soltó de nuevo una paloma, y cuando vieron la rama de olivo en su pico, los ocho miembros de la familia se regocijaron mucho, pues habían estado por largo tiempo en el arca. [72]

Nuevamente descendió un ángel y abrió la puerta. Noé podía sacar la parte superior, pero no podía abrir lo que Dios había cerrado. El Señor habló con Noé por medio del ángel que abrió la puerta, y

ordenó a su familia que saliera del arca con todos los seres vivientes que había en ella.

El sacrificio de Noé y la promesa de Dios

Noé no se olvidó de Dios, que los había protegido tan bondadosamente; en seguida erigió en cambio un altar y tomó de todos los animales limpios y las aves limpias, y los ofreció en holocausto sobre él para manifestar así su fe en Cristo, el gran Sacrificio, y su gratitud a Dios por su maravillosa protección. La ofrenda de Noé ascendió a Dios como un dulce aroma. La aceptó y bendijo a Noé y a su familia. De esta manera se enseñó una lección a todos los seres que habrían de vivir sobre la tierra: cada vez que se manifiesta la misericordia y el amor de Dios hacia nosotros, lo primero que deberíamos hacer es agradecerle y rendirle culto con humildad.

Y para que el hombre no se atemorizara cuando viera agolparse las nubes y cuando lloviera, y para que no estuviera constantemente afligido, con el temor de otro diluvio, Dios bondadosamente animó a la familia de Noé mediante una promesa: "Estableceré mi pacto con vosotros, y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra,
[73] se dejará ver entonces mi arco en las nubes... Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra".

¡Qué condescendencia de parte de Dios! ¡Qué compasión con el hombre falible fue poner el hermoso y multicolor arco iris en las nubes como prueba del pacto del gran Dios con el hombre! Ese arco debía manifestar a todas las generaciones el hecho de que Dios destruyó a los habitantes de la tierra mediante un diluvio a causa de su gran maldad. Era su propósito que cuando los niños de las generaciones sucesivas lo vieran en las nubes y preguntaran por qué se extendía por los cielos ese magnífico arco, sus padres se refirieran a la destrucción del mundo antiguo por medio del diluvio porque la gente se había entregado a toda clase de impiedad, y las manos

del Altísimo le habían dado forma y lo habían colocado en el cielo como señal de que Dios nunca más enviaría las aguas de un diluvio sobre la tierra.

Ese símbolo que aparece en las nubes debe confirmar la fe de todos y afianzar su confianza en Dios, pues es una prueba de la misericordia y la bondad divinas hacia el hombre, y que aunque el Señor se vio obligado a destruir la tierra por medio del diluvio, su misericordia sigue envolviendo el planeta. Dios dijo que se acordaría del hombre cuando viera el arco en las nubes. No debemos entender que alguna vez se iba a olvidar de él. No. Lo que ocurre es que habla con el hombre en su propio idioma, para que éste lo pueda comprender mejor. [74]

Capítulo 9—La torre de Babel

Este capítulo se basa en Génesis 11:1-9.

Algunos de los descendientes de Noé pronto comenzaron a apostatar. Una parte siguió el ejemplo de Noé y obedeció los mandamientos divinos; otros fueron rebeldes e incrédulos, y ni siquiera creían lo mismo con respecto al diluvio. Algunos no creían en la existencia de Dios, y en sus mentes atribuyeron esa catástrofe a causas naturales. Otros creían que Dios existía y que había destruido a la raza antediluviana por medio de un diluvio; y sus sentimientos, a semejanza de los de Caín, se rebelaron contra Dios porque había destruido a los hombres que habitaban la tierra y la había maldecido por tercera vez mediante ese cataclismo.

Los enemigos de Dios se sentían diariamente reprobados por la conducta justa y la vida piadosa de los que lo amaban, obedecían y exaltaban. Los incrédulos se consultaron y decidieron separarse de los fieles, cuyas vidas justas constituían una constante restricción para su conducta impía. Viajaron hasta alejarse bastante de ellos, y escogieron una gran planicie para habitar en ella. Construyeron una ciudad, y concibieron la idea de edificar una enorme torre que llegara hasta las nubes, para poder vivir juntos en la ciudad y en la
[75] torre, y no ser dispersados jamás.

Pensaban que estarían seguros en caso de otro diluvio, pues la torre que iban a construir se elevaría a una altura superior a la que habían alcanzado las aguas en ocasión del diluvio, que todo el mundo los honraría, que serían como dioses y gobernarían a la gente. Esa torre fue planeada para exaltar a sus constructores, y diseñada para desviar de Dios la atención de los que vivieran sobre la faz de la tierra, a fin de que se unieran a ellos en su idolatría. Antes que terminara la construcción, la gente ya vivía en la torre. Algunas habitaciones habían sido espléndidamente amobladas y decoradas para ser dedicadas a sus ídolos. Los que no creían en

Dios se imaginaban que si su torre llegaba hasta las nubes, podrían descubrir las causas del diluvio.

Se exaltaron a sí mismos frente a Dios. Pero él no permitiría que completaran su obra. La torre alcanzaba ya una gran altura cuando el Señor envió dos ángeles para que los confundieran en su trabajo. Se había encargado a ciertos hombres que recibieran indicaciones de los que trabajaban en lo alto, y que pedían materiales para su trabajo, de manera que el primero se comunicaba con el segundo, y éste con el tercero, hasta que el pedido llegaba a los que estaban abajo. A medida que el mensaje pasaba de uno a otro en su descenso, los ángeles confundieron sus lenguas, y cuando el pedido llegó a los obreros que estaban abajo se proveyó material que no se había pedido. Y cuando después de un laborioso proceso éste llegaba a los obreros que estaban en la cumbre, no era lo que querían. Chasqueados y enojados reprochaban entonces a los que suponían culpables.

Después de esto no hubo armonía en su trabajo. Enojados los unos con los otros, sin saber a qué atribuir los malentendidos y las extrañas palabras que oían, abandonaron la obra, se separaron
los unos de los otros, y se esparcieron por toda la tierra. Hasta ese [76]
momento los hombres habían hablado un solo idioma. Un rayo del cielo, como una señal de la ira divina, destruyó la parte superior de la torre y la arrojó por tierra. De esa manera Dios quiso mostrar al
hombre rebelde que él es el Ser supremo. [77]

Capítulo 10—Abrahán y la simiente prometida

Este capítulo está basado en Génesis 12:1-5; 13; 15; 16; 17; 21; 22:1-19.

El Señor escogió a Abrahán para que cumpliera su voluntad. Se le indicó que abandonara su nación idólatra y se separara de sus familiares. Dios se le había revelado en su juventud y le había dado entendimiento preservándolo de la idolatría. Había planeado hacer de él un ejemplo de fe y verdadera devoción para su pueblo que más tarde viviera sobre la tierra. Su carácter se destacaba por su integridad, su generosidad y su hospitalidad. Imponía respeto puesto que era un poderoso príncipe de su pueblo. Su reverencia y amor a Dios y su estricta obediencia a su voluntad le ganaron el reconocimiento de sus siervos y vecinos. Su piadoso ejemplo y su conducta correcta, junto con las fieles instrucciones que impartía a sus siervos y a toda su familia, los indujo a temer, amar y reverenciar al Dios de Abrahán.

El Señor se le apareció y le prometió que su simiente sería tan numerosa como las estrellas del cielo. También le anunció, mediante la figura del pavor de una gran oscuridad que descendió sobre él, la larga esclavitud de sus descendientes en Egipto.

En el principio Dios dio a Adán una sola esposa, para manifestarle cuál era su plan. Nunca quiso el Señor que el hombre tuviera varias mujeres. Lamec fue el primero que se apartó en este aspecto
[78] del sabio plan de Dios. Tuvo dos esposas, que causaron discordia en su familia. La envidia y los celos de ambas lo hicieron infeliz. Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, cada uno tomó para sí tantas esposas como le parecía. Ese fue uno de los grandes pecados de los habitantes del mundo antiguo, que atrajo sobre ellos la ira de Dios. Esa costumbre fue practicada después del diluvio, y se hizo tan común que aún algunos justos la siguieron y tuvieron varias esposas. Sin embargo,

no fue menor su pecado, porque se corrompieron y se apartaron en ese aspecto de la orden de Dios.

El Señor dijo a Noé y a su familia, los que se salvaron en el arca: "Porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación". Génesis 7:1. Noé tenía una sola esposa, y su familia unida y disciplinada recibió la bendición de Dios. Porque los hijos de Noé también eran justos fueron preservados en el arca con su justo padre. Dios no sancionó la poligamia en ningún caso. Va contra su voluntad. Sabía que destruiría la felicidad del hombre. La paz de Abrahán fue malograda en gran medida gracias a su infeliz unión con Agar.

Vacilación ante las promesas divinas

Después que el patriarca se separó de Lot el Señor le dijo: "Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada". "Vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y [79]
tu galardón será sobremanera grande... Dijo también Abram: mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa".

Como Abrahán no tenía hijos, pensó en un comienzo que su fiel siervo Eliezer podría llegar a ser su hijo adoptivo y su heredero. Pero Dios le informó que este siervo no sería ni hijo ni heredero, sino que tendría un hijo verdaderamente suyo. "Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia".

Si Abrahán y Sara hubieran esperado con fe inconmovible el cumplimiento de la promesa de que tendrían un hijo, se habrían evitado muchos sinsabores. Creían que las cosas sucederían como Dios las había prometido, pero no podían creer que Sara, a su edad, pudiera tener un hijo. Ella sugirió un plan por medio del cual creía que se podría cumplir la promesa de Dios. Suplicó al patriarca que tomara a Agar por esposa. En esto ambos manifestaron falta de fe y perfecta confianza en el poder divino. Al escuchar la voz de Sara y al tomar a Agar como esposa, Abrahán no soportó la prueba de su

fe en el ilimitado poder de Dios, y acarreó mucha infelicidad sobre Sara y sobre sí mismo. El Señor quería probar la firmeza de la fe y la confianza del patriarca en sus promesas.

La arrogancia de Agar

Agar era orgullosa y jactanciosa, y se comportó con arrogancia frente a Sara. Se vanagloriaba de que sería la madre de la gran nación que Dios le había prometido a Abrahán. Y éste se vio obligado a
[80] escuchar las quejas de Sara con respecto a la conducta de la sierva, y sus acusaciones de que el patriarca se había equivocado en este asunto. Este se afligió y le dijo a Sara que Agar era su sierva, y que estaba a sus órdenes, pero no quiso despedirla porque iba a ser la madre del hijo mediante el cual se cumpliría la promesa, según él creía. Dijo a Sara que no habría tomado a Agar por esposa si ella no se lo hubiera pedido de manera especial.

También se vio obligado a escuchar las quejas de la sierva por los abusos de Sara. Estaba perplejo. Si trataba de rectificar los errores cometidos contra Agar, aumentaría los celos y la infelicidad de Sara, su primera y muy amada esposa. Entonces la sierva huyó. Un ángel de Dios la encontró y la confortó, a la vez que le reprochó su conducta arrogante y le ordenó que regresara a la casa de su señora y le rindiera obediencia.

Después del nacimiento de Ismael el Señor se manifestó nuevamente a Abrahán y le dijo: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo". De nuevo el Señor repitió por medio de su ángel la promesa de dar un hijo a Sara, y que ella sería madre de muchas naciones. El patriarca aún no comprendía la promesa de Dios. Inmediatamente pensó en Ismael, como si por medio de él habrían de surgir las numerosas naciones prometidas, y entonces exclamó, impulsado por el amor que sentía por su hijo: "¡Ojalá Ismael viva delante de ti!"

De nuevo Dios le dio la promesa a Abrahán en forma más definida: "Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él". Algunos ángeles fueron enviados por
[81] segunda vez a fin de hablar con Abrahán mientras iban en camino pa-

ra destruir Sodoma, y le repitieron la promesa en forma más definida aún que Sara tendría un hijo.

El hijo prometido

Después del nacimiento de Isaac la gran alegría manifestada por Abrahán y Sara indujo a Agar a ponerse muy celosa. Ismael había sido instruido por su madre en el sentido de que él iba a ser bendecido especialmente por Dios, como hijo de Abrahán, y heredero de todo lo que se le había prometido al patriarca. Compartió, por lo tanto, los sentimientos de su madre, y se sintió enojado por el gozo manifestado ante el nacimiento de Isaac. Lo despreció, porque creyó que se lo preferiría a él. Sara observó la actitud de Ismael contra su hijo Isaac, y se sintió profundamente ofendida. Informó a Abrahán con respecto a la conducta irrespetuosa de Ismael hacia ella y su hijo Isaac, y le dijo: "Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo".

Abrahán se sintió profundamente preocupado. Ismael era su hijo, y lo quería mucho. ¿Cómo podía despedirlo? Oró a Dios en medio de su perplejidad porque no sabía qué hacer. El Señor informó al patriarca por medio de sus ángeles que escuchara la voz de Sara, su mujer, y que no permitiera que su afecto por su hijo o por Agar le impidiera cumplir la voluntad de ella. Esto era lo único que podía hacer para restaurar la armonía y la felicidad en la familia. Recibió la consoladora promesa, por parte del ángel, de que Ismael, aunque separado de la casa de su padre, no moriría ni sería olvidado por Dios, porque se lo preservaría por causa de que era hijo de Abrahán. [82]
También el Señor le prometió hacer de Ismael una gran nación.

El patriarca tenía una disposición noble y generosa que se puso de manifiesto en su ferviente intercesión en favor de los habitantes de Sodoma. Su fuerte espíritu sufrió mucho. Estaba abrumado de pesar, y su amor paternal fue profundamente conmovido cuando despidió a Agar y a su hijo Ismael para que peregrinaran como extranjeros por tierra ignota.

Si Dios hubiera sancionado la poligamia no habría dicho a Abrahán que despidiera a Agar y a su hijo. Mediante este caso quiso enseñarnos a todos una lección, es a saber, que los derechos y la felicidad de la relación matrimonial deben ser respetados y

preservados siempre, aun a costa de grandes sacrificios. Sara era la primera y la única verdadera esposa de Abrahán. Tenía derechos, como esposa y madre, que nadie más podía tener en el seno de la familia. Reverenciaba a su esposo y lo llamaba señor, pero sentía celos de que sus afectos fueran compartidos con Agar. El Señor no reprendió a Sara por la actitud que asumió. Los ángeles, en cambio, reprendieron a Abrahán por desconfiar del poder de Dios, lo que lo indujo a tomar a Agar por esposa con la idea de que por medio de ella se cumplirían las promesas.

La prueba suprema de su fe

De nuevo el Señor consideró conveniente probar la fe del patriarca por medio de una prueba tremenda. Si hubiera soportado la primera prueba y hubiera aguardado con paciencia que la promesa se cumpliera en Sara, y no hubiera tomado a Agar por esposa, no habría
[83] sido sometido a la prueba más dura que haya experimentado hombre alguno. El Señor le ordenó: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moria, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré".

Abrahán no fue incrédulo ni vacilante; por el contrario, muy temprano, de mañana, tomó dos de sus siervos e Isaac, su hijo, junto con la leña para el holocausto, y se fue en dirección del lugar acerca del cual el Señor le había hablado. Nada dijo a Sara acerca de la naturaleza de su viaje, porque sabía cuánto amaba a Isaac, y que ese afecto la induciría a desconfiar de Dios y a no entregar a su hijo. El patriarca no permitió que el amor paternal lo dominara y lo indujera a rebelarse contra Dios. El mandamiento del Señor había sido calculado para sacudirlo profundamente. "Toma ahora a tu hijo". Y entonces, como para probar un poco más su corazón, añadió: "Tu único, Isaac, a quien amas"; es decir, al único hijo de la promesa, "y ofrécelo allí en holocausto".

Durante tres días este padre viajó con su hijo y tuvo suficiente tiempo para pensar y dudar de Dios si se hubiera sentido inclinado a ello. Pero no lo hizo. Tampoco pensó que la promesa se cumpliría ahora por medio de Ismael, porque Dios le había dicho con toda seguridad que por medio de Isaac se cumpliría finalmente.

Abrahán creía que Isaac era el hijo de la promesa. También creía que Dios había hablado con claridad cuando le ordenó que lo ofreciera en holocausto. No dudó de la promesa de Dios; en cambio creyó que si el Señor, que en su providencia había permitido que Sara tuviera un hijo en su vejez, le había pedido que tomara la vida de su hijo, se la podría dar de nuevo y levantar a Isaac de entre los [84]
muertos.

El patriarca dejó a los siervos a mitad de camino y se decidió a ir solo con su hijo para adorar al Señor un poco más allá. No podía permitir que lo acompañaran y que impulsados por su amor a Isaac se sintieran inducidos a impedir que se cumpliera lo que Dios le había ordenado hacer. Tomó la leña de manos de ellos y la cargó sobre los hombros de su hijo. También llevó el fuego y el cuchillo. Estaba listo para cumplir la terrible misión que Dios le había encomendado. El padre y el hijo caminaban juntos.

"Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos". El decidido, amante y sufrido padre avanzó con firmeza al lado de su hijo. Cuando llegaron al lugar que Dios le había señalado levantó un altar allí y puso la leña en orden lista para el sacrificio, y entonces informó a Isaac que Dios le había mandado ofrecerlo en holocausto. Le repitió la promesa que el Señor le había hecho varias veces, de que por medio de él llegaría a ser una gran nación, y que al cumplir la orden de Dios de quitarle la vida Dios cumpliría su promesa porque era capaz de levantarlo de entre los muertos.

El mensaje del ángel

Isaac creyó en Dios. Se le había enseñado a obedecer sin titubeos a su progenitor, y amaba y reverenciaba al Dios de su padre.
Podría haberse resistido si hubiera querido. Pero después de abrazar [85]
afectuosamente al anciano, se sometió, y permitió que éste lo atara sobre la leña. Y cuando la mano del padre se levantó para quitar la vida de su hijo, un ángel de Dios, que había estado observando toda la fidelidad de Abrahán en su camino al monte Moria, lo llamó desde

el cielo y le dijo: "Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.

"Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos y fue Abraham y tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo".

El patriarca había soportado plenamente y con nobleza la prueba a que fue sometido, y gracias a su fidelidad redimió su falta de perfecta confianza en Dios que lo indujo a tomar a Agar por esposa. Después de esta manifestación de fe y confianza por parte de Abrahán, Dios le renovó su promesa: "Y llamó el ángel de Jehová a Abraham segunda vez desde el cielo, y dijo: Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto haz hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo, de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la
[86] tierra, por cuanto obedeciste a mi voz".

Capítulo 11—El casamiento de Isaac

Este capítulo se basa en Génesis 24.

Los canenos eran idólatras, y el Señor había ordenado a su pueblo que no se casara con ellos para que no lo llevaran a la idolatría. Abrahán era anciano y esperaba morir pronto. Pero Isaac todavía no se había casado. Al patriarca le preocupaba la influencia corruptora que rodeaba a Isaac, y ansiaba escoger una esposa para él que no lo apartara de Dios. Encargó este asunto a su fiel y experimentado siervo, que administraba todo lo que tenía.

Abrahán le solicitó que hiciera un solemne juramento delante del Señor en el sentido de que no tomaría esposa para Isaac de entre los cananeos, sino que iría a la familia de Abrahán, que creía en el Dios verdadero, a fin de escoger allí una mujer para Isaac. Le encargó que se cuidara de no llevar a su hijo al país de donde él había venido, porque allí casi todo el mundo se había entregado a la idolatría. Si no podía encontrar una esposa para Isaac que estuviera dispuesta a dejar su familia para venir a vivir donde él estaba, entonces podría sentirse libre del juramento que había hecho.

No se dejó que este importante asunto quedara en manos de Isaac, para que él lo resolviera solo, independientemente de su padre. Abrahán dijo a su servidor que Dios enviaría su ángel delante de él para dirigirlo en esa misión. El siervo a quien se encargó el asunto [87]
comenzó su largo viaje. Cuando llegó a la ciudad donde vivían los parientes del patriarca oró fervientemente a Dios a fin de que lo dirigiera en la elección de una esposa para Isaac. Pidió que se le dieran evidencias de modo que no se equivocara en el asunto. Se sentó a descansar junto a una fuente, que era un lugar donde mucha gente se reunía. Notó en forma particular los modales agradables y la conducta cortés de Rebeca, y llegó a la conclusión, por las evidencias que le había pedido al Señor, que ésta era la que Dios se había complacido en elegir para que llegara a ser la esposa de Isaac. La joven invitó al siervo a la casa de su padre. Allí comunicó

a éste y a su hermano las evidencias que había recibido del Señor en el sentido de que Rebeca debía ser la esposa de Isaac, el hijo de su amo.

Entonces el siervo de Abrahán les dijo: "Ahora, si vosotros hacéis misericordia y verdad con mi señor, declarádmelo; y si no, declarádmelo; y me iré a la diestra o a la siniestra". El padre y el hermano respondieron: "De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte malo ni bueno. He aquí Rebeca delante de ti; tómala y vete, y sea mujer del hijo de tu señor, como lo ha dicho Jehová. Cuando el criado de Abraham oyó sus palabras, se inclinó en tierra ante Jehová".

Cuando todo estuvo arreglado, y se había conseguido el consentimiento del padre y el hermano, se consultó a Rebeca en el sentido de si estaría dispuesta a ir con el siervo de Abrahán a un lugar tan distante de la familia de su padre para convertirse en la esposa de Isaac. Por causa de lo que había sucedido ella creyó que Dios la había elegido para que fuera la esposa de Isaac, "y ella respondió:
[88] Sí, iré".

Los contratos matrimoniales se tramitaban entonces generalmente entre los padres; no obstante, no se obligaba a nadie a que se casara con alguien que no podía amar. Pero los hijos tenían confianza en el juicio de sus padres, y seguían sus consejos, y brindaban su afecto a los que habían elegido para ellos sus piadosos padres. Se consideraba que era delictuoso seguir una conducta distinta de ésta.

Un ejemplo de obediencia filial

Isaac había sido educado en el temor de Dios para vivir una vida de obediencia. Y cuando llegó a los cuarenta años aceptó que el experimentado y piadoso siervo de su padre eligiera esposa en su lugar. Creía que Dios dirigiría las cosas con respecto a su mujer.

El caso de Isaac está registrado como ejemplo a seguir por los hijos de las generaciones posteriores, especialmente de los que profesan temer a Dios. La conducta seguida por Abrahán en la educación de Isaac, que lo indujo a vivir una existencia de noble obediencia, está registrada también en beneficio de los padres y debiera inducirlos a ordenar su casa después de sí. Debieran instruir a sus hijos para que se sometan a su autoridad y la respeten, y debieran comprender que descansa sobre ellos la responsabilidad de guiar los afectos de

sus hijos para que los pongan en personas que según su juicio les indica van a ser compañeros adecuados para sus hijos e hijas. [89]

Capítulo 12—Jacob y Esau

Este capítulo se basa en Génesis 25:19-34; 27:1-32.

DIOS conoce el fin desde el principio. Sabía, antes que Jacob y Esaú nacieran, qué clase de carácter iba a desarrollar cada uno. Sabía que Esaú no tendría un corazón inclinado a obedecerle. Contestó la ansiosa oración de Rebeca y le informó que tendría dos hijos, y que el mayor serviría al menor. Le presentó la historia futura de sus hijos, y le dijo que serían dos naciones, una mayor que la otra, y que el mayor serviría al menor. El primogénito disponía de ciertas ventajas especiales y privilegios particulares que no le correspondían a ningún otro miembro de la familia.

Isaac amaba a Esaú más que a Jacob porque éste le traía carne de los animales que cazaba. Le gustaba su carácter audaz y valeroso, que se manifestaba en su tendencia a cazar animales salvajes. Jacob, en cambio, era el hijo favorito de la madre, porque era de disposición bondadosa, lo que la hacía muy feliz. Había aprendido lo que su madre le enseñó, es a saber, que el mayor serviría al menor, y en su razonamiento juvenil llegó a la conclusión de que esta promesa no se podría cumplir mientras Esaú dispusiera de los privilegios que se conferían a los primogénitos. De modo que cuando éste llegó una vez del campo agotado y con hambre, aprovechó la oportunidad
[90] para obtener ventajas de la necesidad de su hermano, y le propuso darle un guiso si estaba dispuesto a renunciar a toda pretensión a su primogenitura, y Esaú se la vendió a Jacob.

Aquél se casó con dos mujeres idólatras lo que causó gran pena a Isaac y Rebeca. A pesar de ello, el patriarca amaba a Esaú más que a Jacob, y cuando creyó que estaba por morir, le pidió que le preparara una comida para poder bendecirlo antes de morir. Esaú no le dijo a su padre que había vendido su primogenitura a Jacob, y que había confirmado la venta con un juramento. Rebeca escuchó las palabras de Isaac y se acordó de lo que había dicho el Señor: "El mayor servirá al menor", y se dio cuenta de que Esaú había

tomado con liviandad el asunto de la primogenitura puesto que se la había vendido a Jacob. Convenció a éste de que había que engañar a su padre para recibir su bendición fraudulentamente, porque creía que no se la podría obtener de otra manera. Al principio el joven no estuvo dispuesto a llevar a cabo este engaño, pero finalmente consintió en realizar el plan de su madre.

Rebeca estaba al tanto de que Isaac prefería a Esaú, y se satisfizo con la idea de que la persuasión no lo haría cambiar de propósito. En lugar de confiar en Dios, en cuyas manos están todos los acontecimientos de la vida, manifestó su falta de fe al convencer a Jacob de que había que engañar a su padre. La conducta del joven en este asunto no recibió la aprobación de Dios. Rebeca y Jacob debieran haber esperado que el Señor llevara a cabo sus propósitos a su manera y a su tiempo, en lugar de tratar de cumplir la profecía valiéndose de una mentira.

Si Esaú hubiera recibido la bendición de su padre, la que se confería a los primogénitos, su prosperidad sólo podría haber provenido de Dios, y él lo hubiera bendecido con prosperidad, o hubiera traído [91]
adversidad sobre él, de acuerdo con su conducta. Si hubiera amado y reverenciado a Dios, como lo hacía el justo Abel, el Señor lo hubiera aceptado y bendecido. Pero si como Caín no hubiera tenido respeto por Dios ni por sus mandamientos, sino que hubiera seguido su propia conducta corrompida, no habría recibido ninguna bendición de Dios, sino que habría sido rechazado por él, como Caín. Si la conducta de Jacob hubiera sido justa, si hubiera estado dispuesto a amar y temer a Dios, habría sido bendecido por el Señor y la mano prosperadora de Dios habría sido con él, aunque no hubiera recibido las bendiciones y los privilegios generalmente concedidos a los primogénitos.

Los años de exilio de Jacob

Rebeca se arrepintió amargamente por el mal consejo que dio a Jacob, porque gracias a eso tuvo que separarse de su hijo para siempre. Este se vio obligado a huir para salvar la vida de la ira de Esaú, y ella nunca más lo volvió a ver. Isaac vivió muchos años después de bendecir a Jacob, y se convenció, por la conducta de Esaú y Jacob, que la bendición realmente le correspondía a este último.

Este no se sentía feliz con sus casamientos, aunque sus esposas eran hermanas. Formalizó un contrato matrimonial con Labán teniendo en vista a su hija Raquel, a quien amaba. Después de servir siete años por ésta, Labán lo engañó y le dio en cambio a Lea. Cuando se dio cuenta de que lo habían engañado, y que Lea había desempeñado su parte en la estafa, no la pudo amar. Su tío quería conservar los fieles servicios de Jacob por un tiempo más prolon-
[92] gado, y por eso lo engañó dándole a Lea en lugar de Raquel. Jacob reprendió a Labán por tratar con tanta liviandad sus afectos al darle a Lea, a quien no amaba. El padre rogó a Jacob que no la repudiara, pues en ese tiempo ésto se consideraba una tremenda desgracia, no sólo para la esposa sino para toda la familia. Jacob se vio en una situación muy difícil, pero decidió finalmente conservar a Lea y casarse también con su hermana. Aquélla recibió mucho menos amor que Raquel, por supuesto.

Labán fue egoísta en su trato con Jacob. En lo único que pensó fue en sacar ventajas de las fieles labores de su sobrino. Este podría haberse apartado mucho antes del artero Labán, pero temía encontrarse con Esaú. Escuchó las quejas de los hijos de aquél, que decían: “Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha adquirido toda esta riqueza. Miraba también Jacob el semblante de Labán, y veía que no era para con él como había sido antes”.

Estaba angustiado; no sabía qué camino tomar. Llevó su caso al Señor y le suplicó que lo dirigiera. El Altísimo respondió misericordiosamente su angustiada oración. “Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, que yo estaré contigo.

“Envió, pues, y llamó a Raquel y a Lea al campo donde estaban sus ovejas, y les dijo: Veo que el semblante de vuestro padre no es para conmigo como era antes; mas el Dios de mi padre ha estado conmigo. Vosotras sabéis que con todas mis fuerzas he servido a vuestro padre; y vuestro padre me ha engañado y me ha cambiado el salario diez veces; pero Dios no le ha permitido que me hiciese mal”. Jacob les contó el sueño que le había dado Dios, en el cual le dijo que abandonara a Labán y regresara a casa de sus parientes. Raquel y Lea también expresaron su insatisfacción por los procedimientos
[93] de su padre. “¿Tenemos acaso parte o heredad en la casa de nuestro padre? ¿No nos tiene ya como por extrañas, pues que nos vendió, y

aun se ha comido del todo nuestro precio? Porque toda la riqueza que Dios ha quitado a nuestro padre, nuestra es y de nuestros hijos; ahora, pues, haz todo lo que Dios te ha dicho”.

El regreso a Canaán

En ausencia de Labán, Jacob tomó su familia y todo lo que tenía y partió. Cuando ya se encontraba a tres días de camino, Labán se enteró de que se había ido, y se enojó mucho. Lo persiguió decidido a traerlo de vuelta a la fuerza. Pero el Señor se compadeció de Jacob, y cuando Labán ya estaba por alcanzarlo, le dio un sueño a éste en el cual le dijo que no le hiciera nada a Jacob, es decir, no debía obligarlo a volver ni instarlo a hacerlo mediante declaraciones lisonjeras. Cuando Labán se encontró con Jacob le preguntó por qué se había ido sin avisar llevándose a sus hijas como si fueran prisioneras de guerra. Labán le dijo: “Poder hay en mi mano para haceros mal; mas el Dios de tu padre me habló anoche diciendo: guárdate que no hables a Jacob descomedidamente”. Entonces éste detalló a Labán la conducta egoísta que había tenido hacia él, puesto que sólo había tomado en cuenta su propio beneficio. Llamó la atención de su tío a la rectitud de su conducta mientras estuvo con él y le dijo: “Nunca te traje lo arrebatado por las fieras: yo pagaba el daño; lo hurtado así de día como de noche a mí me lo cobrabas. De día me consumía el calor, y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos. Así he estado veinte años en tu casa; catorce años te
serví por tus dos hijas, y seis años por tu ganado, y has cambiado mi [94]
salario diez veces. Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham y temor de Isaac, no estuviera conmigo, de cierto me enviarías ahora con las manos vacías; pero Dios vio mi aflicción y el trabajo de mis manos, y te reprendió anoche”.

Entonces Labán aseguró a Jacob que tenía interés en sus hijas y en sus nietos, y que no les haría ningún mal. Propuso que formalizaran un pacto. En ese momento dijo Labán: “Ven, pues, ahora y hagamos pacto tú y yo, y sea por testimonio entre tú y yo. Entonces Jacob tomó una piedra, y la levantó por señal. Y dijo Jacob a sus hermanos: Recoged piedras. Y tomaron piedras e hicieron un majano, y comieron allí sobre aquel majano”.

Y Labán dijo: "Atalaye Jehová entre tú y yo, cuando nos apartemos el uno del otro. Si afligieres a mis hijas, o si tomares otras mujeres además de mis hijas, nadie está con nosotros; mira, Dios es testigo entre nosotros dos".

Jacob hizo un solemne pacto delante del Señor en el sentido de que no tomaría otras esposas. "Dijo más Labán a Jacob: He aquí este majano y he aquí esta señal que he erigido entre tú y yo. Testigo sea este majano, testigo sea esta señal, que ni yo pasaré de este majano contra ti ni tú pasarás de este majano y de esta señal contra mí, para mal. El Dios de Abraham y el Dios de Nacor juzgue entre nosotros, el Dios de sus padres. Y Jacob juró por aquel a quien temía Isaac su padre".

Cuando prosiguió su camino, ángeles le salieron al encuentro. Y cuando los vio, dijo: "Campamento de Dios es éste". Vio a los ángeles de Dios en un sueño acampados en torno del de él. Entonces envió un humilde y conciliador mensaje a su hermano Esaú: "Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: Vinimos a tu hermano
[95] Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él. Entonces Jacob tuvo gran temor, y se angustió; y distribuyó el pueblo que tenía consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos, en dos campamentos. Y dijo: Si viene Esaú contra un campamento y lo ataca, el otro campamento escapará.

"Y dijo Jacob: Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Jehová, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien; menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos. Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo; no venga acaso y me hiera la madre con los hijos. Y tú has dicho: Yo te daré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que no se
[96] puede contar por la multitud".

Capítulo 13—Jacob y el ángel

(Este capítulo se basa en Génesis 32:24-33:11.)

El error de Jacob al recibir fraudulentamente la bendición que correspondía a su hermano recayó con fuerza sobre él, y por eso temía que Dios permitiera que Esaú le quitara la vida. En su angustia oró a Dios durante toda la noche. Se me mostró que un ángel estuvo de pie ante Jacob, y le presentó la verdadera naturaleza de su error. Cuando éste intentó irse Jacob se aferró a él y no lo dejó partir. Le suplicó con lágrimas. Afirmó que estaba profundamente arrepentido de sus pecados y del mal que había cometido contra su hermano, por cuya causa había tenido que abandonar durante veinte años la casa de su padre. Se aventuró a mencionar las promesas de Dios y las señales de su favor que de tanto en tanto había recibido mientras estuvo ausente.

El patriarca luchó con el ángel toda la noche para suplicar su bendición. Este parecía resistir sus oraciones recordándole continuamente sus pecados mientras trataba de alejarse. Pero él había resuelto aferrarse al ángel, no por la fuerza, sino gracias al poder de la fe viviente. En su angustia se refirió a su íntimo arrepentimiento, a la profunda humillación que había experimentado por causa de sus errores. El ser celestial escuchaba su oración con aparente indiferencia, tratando continuamente de librarse de él. Podía haber ejercido [97] su poder sobrenatural para lograrlo, pero prefirió no hacerlo.

Cuando vio que no podía persuadir a Jacob, para convencerlo de su poder sobrenatural tocó su muslo que se dislocó inmediatamente. Pero el patriarca no quiso abandonar sus fervorosos esfuerzos por causa del dolor corporal. Quería obtener una bendición, y el sufrimiento físico no logró distraer su mente de ese propósito. Su determinación fue más fuerte al final del conficto que en su comienzo. Su fe aumentó en fervor y perseverancia hasta el mismo fin, hasta el amanecer. Estaba dispuesto a no dejar ir al ángel antes de obtener su bendición. “Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices”. El ángel le preguntó

entonces: "¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido".

La fe que prevalece

La fe perseverante de Jacob por fin prevaleció. Se aferró con firmeza del ángel hasta que obtuvo la bendición que deseaba, y la seguridad del perdón de sus pecados. Su nombre cambió entonces de Jacob, el suplantador, a Israel, que significa príncipe de Dios. "Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma". Era Cristo quien estuvo con Jacob aquella noche; con él luchó; a él retuvo con perseverancia
[98] hasta que éste lo bendijo.

El Señor escuchó las súplicas de Jacob y cambió los propósitos del corazón de Esaú. No sancionó, sin embargo, su conducta equivocada. Su vida estuvo llena de dudas, perplejidades y remordimientos por causa de su pecado, hasta el momento cuando luchó fervientemente con el ángel, y tuvo la evidencia de que Dios lo había perdonado.

"Venció al ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó; en Betel le halló, y allí habló con nosotros. Mas Jehová es Dios de los ejércitos; Jehová es su nombre". Oseas 12:4, 5.

Esaú marchaba entretanto frente a un ejército contra Jacob, con el propósito de darle muerte. Pero mientras éste luchaba con el ángel aquella noche, otro ángel fue enviado para tocar el corazón de Esaú mientras dormía. En su sueño vio a su hermano exiliado por veinte años de la casa de su padre, porque temía por su vida. Y notó su dolor al enterarse de que su madre había muerto. Vio la humildad de Jacob y a los ángeles de Dios que lo rodeaban. Soñó que cuando lo encontrara ya no tendría la intención de causarle daño. Cuando despertó contó su sueño a sus cuatrocientos hombres y les dijo que no le hicieran mal, pues el Dios de su padre estaba con Jacob. Y cuando se encontraran con él, ninguno de ellos debería hacerle daño.

"Alzando Jacob sus ojos, miró, y he aquí que venía Esaú, y los cuatrocientos hombres con él... Y él pasó delante de ellos y se inclinó

a tierra siete veces, hasta que llegó a su hermano. Pero Esaú corrió a su encuentro y lo abrazó, y se echó sobre su cuello, y le besó; y lloraron". Jacob insistió para que Esaú aceptara una ofrenda de paz, pero él la rechazó. Jacob lo instó diciéndole: "Acepta, te ruego, mi presente que te he traído, porque Dios me ha hecho merced, y todo [99]
lo que hay aquí es mío. E insistió con él, y Esaú lo tomó".

Una lección objetiva

Jacob y Esaú representan dos clases: El primero, a los justos, y el segundo, a los impíos. La angustia que Jacob experimentó cuando Esaú marchaba contra él con sus cuatrocientos hombres, representa la angustia que experimentarán los justos cuando se promulgue el decreto de muerte contra ellos inmediatamente antes de la venida del Señor. Cuando los impíos se reúnan a su alrededor se llenarán de angustia, pues, al igual que Jacob, no podrán ver salvación para sus vidas. El ángel se puso delante del patriarca y éste se asió de aquél y luchó con él toda la noche. Así también los justos, en su momento de prueba y angustia, lucharán en oración con Dios, como Jacob luchó con el ángel. El patriarca en su angustia oró toda la noche para verse libre de la mano de Esaú. Los justos en su angustia mental clamarán a Dios día y noche para verse libres de la mano de los impíos que los rodearán.

Jacob confesó su indignidad: "Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo". Los justos en su angustia se sentirán profundamente convencidos de su falta de méritos, y con muchas lágrimas reconocerán su completa indignidad y, al igual que Jacob, se aferrarán de las promesas de Dios por medio de Jesucristo, hechas precisamente para pecadores tan dependientes, tan desamparados y tan arrepentidos.

El patriarca se aferró firmemente del ángel en su aflicción, y no lo dejó partir. Mientras le suplicaba con lágrimas éste le recordó sus errores pasados y trató de librarse de él, para probarlo. Así también serán probados los justos en el día de su angustia, para que [100]
manifiesten la fortaleza de su fe, su perseverancia, e inconmovible confianza en el poder de Dios para librarlos.

Jacob no quiso desistir. Sabía que Dios era misericordioso y recurrió a su misericordia. Señaló su pasada tristeza por sus errores

y su arrepentimiento, e insistió en que se lo librara de las manos de Esaú. Su oración importuna continuó toda la noche. Al recordar sus errores pasados casi se desesperó. Pero sabía que tendría que recibir ayuda de Dios, o si no, perecería. Se aferró fuertemente del ángel e insistió en su pedido con clamores fervientes y angustiosos, hasta que prevaleció.

Así ocurrirá con los justos. Cuando recuerden los acontecimientos de su vida pasada, sus esperanzas casi desaparecerán. Pero cuando comprendan que es un caso de vida o muerte, clamarán fervorosamente a Dios y pedirán que tenga en cuenta su tristeza pasada por sus pecados, y su humilde arrepentimiento, y entonces invocarán su promesa: "¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo". Isaías 27:5. Ofrecerán entonces, de día y de noche, sus fervientes peticiones a Dios. El Señor no habría oído la oración de Jacob ni habría salvado misericordiosamente su vida si éste no se hubiera arrepentido antes del error que cometió al pretender obtener la bendición de Dios por medio de un fraude.

Los justos, como Jacob, manifestarán una fe sin claudicaciones y una ferviente determinación, que no será avasallada. Serán conscientes de su indignidad, pero no tendrán pecados ocultos que confesar. Si los tuvieran, y si no se hubieran arrepentido de ellos, cuando los recordaran, justo en el momento cuando los tortura el
[101] temor y la angustia, y una intensa sensación de indignidad, se sentirían agobiados. La desesperación destruiría su ardiente fe, y no tendrían confianza para rogar a Dios con fervor por su liberación, y dedicarían esos preciosos momentos a confesar pecados ocultos y a deplorar su condición desesperada.

Se concede a todos un tiempo de prueba a fin de que se preparen para el día del Señor. Si alguien descuida esa preparación y no presta atención a las fieles advertencias dadas, estará sin excusa. La lucha fervorosa y perseverante de Jacob con el ángel debería ser un ejemplo para los cristianos: venció porque tuvo determinación y manifestó persistencia.

Todos los que deseen la bendición de Dios, se aferren de sus promesas y sean tan fervientes y perseverantes como Jacob, triunfarán como él. Hoy se ejerce tan poco la verdadera fe y la de muchos profesos creyentes es tan débil, porque son negligentes en las cosas espirituales. No están dispuestos a esforzarse, a negarse a sí mismos,

a agonizar ante el Señor, a orar larga y fervorosamente para obtener las bendiciones, y por eso no las consiguen. La fe que prevalecerá finalmente durante el tiempo de angustia debe ser puesta en práctica cada día ahora. Los que no hacen esfuerzos vigorosos para ejercer hoy una fe perseverante no estarán preparados para vivir la fe que los capacitará para estar en pie en el día de la prueba. [102]

Capítulo 14—Los hijos de Israel

Este capítulo está basado en Génesis 37; 39; 41-48; Éxodo 11:1-4.

Jóse escuchaba las instrucciones de su padre y temía al Señor. Era más obediente a sus justas enseñanzas que cualquiera de sus hermanos. Atesoraba sus instrucciones y amaba y obedecía a Dios con integridad de corazón. Se sentía apenado por la conducta errónea de alguno de ellos, y con mansedumbre les aconsejaba que se portaran bien y abandonaran sus malas acciones. Esto sólo los exasperaba. José aborrecía el pecado de tal manera que no podía soportar que sus hermanos pecaran contra Dios. Informó del asunto a su padre con la esperanza de que su autoridad contribuyera a reformarlos. Esta presentación de sus errores enfureció a sus hermanos. Se daban cuenta de que su padre amaba mucho a José y le tenían envidia. Esta se convirtió en odio y finalmente en crimen.

El ángel de Dios se comunicó con José mientras dormía, y él con toda inocencia transmitió el mensaje a sus hermanos: "He aquí que atábamos manojos en medio del campo, y he aquí que mi manojo se levantaba y estaba derecho, y que vuestros manojos estaban alrededor y se inclinaban al mío. Respondieron sus hermanos: ¿Reinarás tú sobre nosotros, o señorearás sobre nosotros? Y le aborrecieron aún más a causa de sus sueños y sus palabras.

"Soñó aun otro sueño, y lo contó a sus hermanos diciendo: He
[103] aquí que he soñado otro sueño, y he aquí que el sol y la luna y once estrellas se inclinaban a mí. Y lo contó a su padre y a sus hermanos; y su padre le reprendió, y le dijo: ¿Qué sueño es éste que soñaste? ¿Acaso vendremos yo y tu madre y tus hermanos a postrarnos en tierra ante ti? Y sus hermanos le tenían envidia, mas su padre meditaba en esto".

José en Egipto

Los hermanos de José se propusieron matarlo primero, pero finalmente se conformaron con venderlo como esclavo para impedir

que llegara a ser superior a ellos. Pensaban que lo habían enviado a donde no los molestaría más con sus sueños, y donde no existía la menor posibilidad de que se cumplieran. Pero Dios empleó los procedimientos de ellos para que precisamente se cumpliera lo que habían resuelto que jamás ocurriese: que él se enseñoreara de ellos.

El Señor no permitió que José fuera solo a Egipto. Los ángeles prepararon el camino para la recepción que allí se le iba a dar. Potifar, funcionario de la corte de Faraón, capitán de la guardia, lo compró a los ismaelitas. Y el Altísimo estuvo con José, le dio prosperidad y le ganó la simpatía de su amo, de tal manera que éste encomendó al cuidado del joven todo lo que poseía. “Y dejó todo lo que tenía en manos de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía”. Se consideraba abominación que un hebreo preparara alimentos para un egipcio.

Cuando se lo tentó para que se desviara de la senda recta, para que violara la ley de Dios y traicionara a su amo, resistió firmemente y dio evidencias del poder elevador del temor de Dios en la respuesta [104]
que dio a la esposa de su señor. Después de referirse a la gran confianza de éste, y al hecho de que le había confiado todo lo que tenía, exclamó: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?” Nadie lograría que se desviara de la senda de la justicia para que pisoteara la ley de Dios ni con halagos ni con amenazas.

Cuando se lo acusó falsamente de haber cometido un nefando crimen, no se hundió en la desesperación. Consciente de su inocencia y su justicia continuó confiando en Dios. Y el Señor, que lo había sostenido hasta ese momento, no lo abandonó. Fue aherrojado y lanzado a una lóbrega celda. Pero el Señor convirtió en bendición incluso esa desgracia. Suscitó la simpatía del encargado de la prisión, y pronto José estuvo a cargo de todos los presos.

Aquí tenemos un ejemplo para todas las generaciones de creyentes que habrían de vivir sobre la tierra. Aunque estén expuestos a la tentación debieran saber que hay una defensa al alcance de la mano, y que si finalmente no reciben protección será por su propia culpa. Dios será un pronto auxilio y su Espíritu será un escudo. Aunque estén rodeados de las más terribles tentaciones hay una fuente de fortaleza a la cual pueden recurrir para resistirlas.

¡Cuán tremendo fue el embate que se lanzó contra la naturaleza moral de José! Provino de alguien que ejercía influencia, de

una persona bien preparada para desviarlo. No obstante, con cuánta prontitud y firmeza resistió. Sufrió por causa de su virtud y su integridad, porque la que quería desviarlo se vengó de la integridad que no pudo derrotar, y gracias a su influencia lo envió a prisión,
[105] acusándolo falsamente de un delito que no había cometido. José sufrió entonces porque no quiso claudicar. Había puesto su reputación y sus intereses en las manos de Dios. Y aunque se permitió que fuera afligido por cierto tiempo, para prepararlo con el fin de que ocupara un puesto importante, el Señor protegió esa reputación que había sido ensombrecida por una malvada acusadora, y más tarde, a su debido tiempo, permitió que aquélla resplandeciera. Dios usó incluso de la prisión como un camino que lo conduciría a su elevación. La virtud proporcionará a su debido tiempo su propia recompensa. El escudo que protegía el corazón de este joven era el temor de Dios, que lo indujo a ser fiel y justo con su amo, y leal a su Señor.

Aunque José fue exaltado y llegó a ocupar el cargo de gobernante de toda la tierra, no se olvidó del Señor. Sabía que era extranjero en tierra extraña, que estaba separado de su padre y de sus hermanos que a menudo lo habían entristecido, pero creía firmemente que la mano del Altísimo había dirigido todo para que ocupara un puesto importante. A la par que dependía de Dios constantemente, cumplía con fidelidad los deberes de su cargo como gobernador de la tierra de Egipto.

José caminó con Dios. No permitió que se lo desviara de la senda de la justicia para desobedecer la ley de Dios ni con halagos ni con amenazas. Su dominio propio y su paciencia en la adversidad, y su inalterable fidelidad, han quedado registrados para beneficio de todos los que habrían de vivir más tarde sobre la tierra. Cuando sus hermanos reconocieron su pecado en su presencia, los perdonó ampliamente y manifestó mediante sus actos generosos y amantes que no albergaba resentimiento por la forma cruel como lo habían
[106] tratado previamente.

Días de prosperidad

Los hijos de Israel no eran esclavos. Jamás habían vendido ni su ganado, ni sus tierras, ni se habían vendido a sí mismos para

conseguir alimentos de Faraón como había ocurrido con muchísimos egipcios. Se les proporcionó una porción de tierra donde podían morar con sus rebaños y sus ganados, en atención a los servicios que José había prestado al reino. Faraón apreciaba la sabiduría que había manifestado éste en la administración de todo lo relacionado con el gobierno, especialmente los preparativos que hizo para los largos años de hambre que tuvo que soportar la tierra de Egipto. Creía que todo el reino estaba en deuda con él por la prosperidad que produjo su sabía administración, y como prueba de su gratitud le dijo: "La tierra de Egipto delante de ti está; en lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos; habiten en la tierra de Gosén; y si entiendes que hay entre ellos hombres capaces, ponlos por mayorales del ganado mío".

"Así José hizo habitar a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramesés, como mandó Faraón. Y alimentaba José a su padre y a sus hermanos, y a toda la casa de su padre, con pan, según el número de los hijos".

El rey de Egipto no cobró impuestos ni al padre de José ni a sus hermanos, y a éste se le concedió el privilegio de proporcionarles una generosa provisión de alimentos. El rey decía a sus gobernadores: "¿No estamos acaso en deuda con el Dios de José, y con él mismo, por esta generosa provisión de alimentos? ¿Acaso no se debe a su sabiduría el hecho de que gocemos de tanta abundancia? ¡Mientras [107]
otros países perecen, nosotros tenemos bastante! Su administración ha enriquecido grandemente al reino".

"Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación. Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra. Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra".

La opresión

El nuevo rey de Egipto se dio cuenta de que los hijos de Israel eran sumamente valiosos para el reino. Muchos de ellos eran obreros capaces e inteligentes, y no estaba dispuesto a perder el fruto de sus labores. Este rey ubicó a los hijos de Israel entre los esclavos que habían vendido al reino sus rebaños, sus ganados, sus tierras, y también se habían vendido a sí mismos. "Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los molestaran con sus cargas; edificaron para Faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés.

"Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel. Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban
[108] con rigor".

Forzaban a sus mujeres a trabajar en el campo como si fueran esclavas. No obstante, éstas no disminuían en número. Cuando el rey y sus funcionarios se dieron cuenta de que aumentaban constantemente, celebraron consulta para obligarlos a cumplir una cierta cantidad de labor cada día. Trataban de someterlos mediante duro trabajo, y se enfurecían porque no podían lograr que su número disminuyera ni podían tampoco destruir su espíritu independiente.

Y puesto que no pudieron cumplir sus propósitos, endurecieron sus corazones para avanzar un poco más. El rey ordenó que se diera muerte a los hijos varones tan pronto como nacieran. Satanás estaba detrás de todo esto. Sabía que surgiría un libertador entre los hebreos que los rescataría de la opresión. Creyó que si podía inducir al rey a destruir a los niños varones, el propósito de Dios se malograría. Pero las mujeres temían a Dios y no cumplieron la orden del rey de Egipto; por el contrario, dejaron con vida a los niños varones.

Esas mujeres no se atrevieron a dar muerte a los niños hebreos, y porque no obedecieron el mandamiento del rey el Señor les dio prosperidad. Cuando éste se enteró de que su orden no había sido obedecida, se enojó muchísimo. Entonces le dio a ésta un carácter más definido y más amplio. Encargó a todo su pueblo que mantuviera estricta vigilancia y dijo: "Echad al río a todo hijo que nazca y a toda hija preservad la vida".

Moisés

Cuando este cruel decreto estaba en plena vigencia, nació Moisés. Su madre lo ocultó tanto como pudo ya que no disponía de ningún medio de protección. Entonces preparó una barquilla con [109] juncos, y la calafateó con asfalto y brea, para que el agua no penetrara, y la puso a la orilla del río mientras su hermana permanecía por las inmediaciones aparentando indiferencia. Ella observaba ansiosamente, sin embargo, para ver qué ocurriría con su hermanito. Los ángeles también estaban vigilando para que ningún mal sobreviniera al desamparado niño, que había sido encomendado al cuidado de Dios por una madre afectuosa mediante fervientes oraciones mezcladas con lágrimas.

Estos ángeles dirigieron las pisadas de la hija de Faraón hacia el río, justamente al sitio donde yacía el pequeño e inocente extranjero. A ésta le llamó la atención esa pequeña barquilla, y ordenó a una de sus damas de compañía que se la trajera. Cuando levantaron la tapa de esa barquilla construida en forma tan singular, vieron un hermoso bebé, "y he aquí que el niño lloraba". Y "tuvo compasión de él". Se dio cuenta de que una tierna madre hebrea había recurrido a ese medio tan especial para preservar la vida de su tan amado bebé, y decidió al instante adoptarlo como hijo. La hermana de Moisés se adelantó inmediatamente para preguntar: "¿Iré a llamarte una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño? Y la hija de Faraón respondió: Ve".

Con alegría se apresuró la hermana a buscar a su madre para comunicarle las buenas nuevas y conducirla apresuradamente a la presencia de la hija de Faraón. Esta le encargó que criara a su propio hijo, por lo que le pagaría generosamente. Con gratitud la madre se dedicó a su feliz tarea, pero ahora con seguridad. Creía que Dios había preservado la vida de su hijo. Fielmente aprovechó la preciosa oportunidad de educarlo para que fuera útil en la vida. [110] Fue más exigente en su instrucción que con cualquiera de sus otros hijos, porque tenía confianza de que se lo había preservado para que realizara una gran tarea. Gracias a sus fieles enseñanzas introdujo en su joven mente el temor de Dios y el amor a la verdad y la justicia.

No limitó sus esfuerzos a esto, sino que oró fervorosamente para que Dios preservara a su hijo de toda influencia corruptora. Le ense-

ñó a postrarse y a orar a Dios, al Dios viviente, al único que podría oírlo y ayudarle en cualquier emergencia. Trató de impresionar su mente con el carácter pecaminoso de la idolatría. Sabía que pronto se lo separaría de su presencia y se lo entregaría a su regia madre adoptiva, y que entonces lo rodearían influencias calculadas para que perdiera su fe en la existencia del Creador de los cielos y la tierra.

Las instrucciones que recibió de sus padres eran de tal carácter que fortificaron su mente y lo libraron de la vanagloria y la corrupción del pecado, y de caer en el orgullo en medio del esplendor y la extravagancia de la corte. Tenía una mente aguda y un corazón comprensivo que nunca olvidó las piadosas impresiones que recibió en su infancia. Su madre lo preservó tanto como pudo, pero tenía la obligación de separarse de él cuando se acercó a los doce años, y entonces se convirtió en el hijo de la hija de Faraón.

Satanás fue derrotado en esto. Al inducir al rey para que destruyera a los niños varones creyó desbaratar los propósitos de Dios y destruir al que el Señor suscitaría para que librara a su pueblo. Pero ese mismo decreto, mediante el cual se condenaba a muerte a los niños hebreos, fue el medio que empleó el Altísimo para ubicar a
[111] Moisés en el seno de la familia real, donde gozaría de ventajas para convertirse en un hombre erudito y eminentemente calificado para conducir a su pueblo y sacarlo de Egipto.

Faraón esperaba exaltar a su nieto adoptivo pues quería ubicarlo en el trono. Lo educó para que capitaneara los ejércitos de Egipto y los dirigiera en la batalla. Moisés llegó a ser sumamente favorecido en la corte de Faraón, y se lo honró porque manifestó una pericia y una sabiduría superiores en el arte de la guerra. “Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras”. Hechos 7:22. Los egipcios consideraban que Moisés era un personaje notable.

Preparación especial para dirigir

Hubo ángeles que instruyeron a Moisés en el sentido de que Dios lo había elegido para librar a los hijos de Israel. A los dirigentes del pueblo de Dios también se les informó por medio de los ángeles que el momento de su liberación se estaba acercando y que Moisés era el

hombre que Dios usaría para llevar a cabo esa tarea. Este creyó que los hijos de Israel serían librados por medio de una guerra, y que él se pondría al frente de la hueste hebrea para dirigir la batalla contra los ejércitos de Egipto y librar a sus hermanos del yugo de opresión. Al tener esto en vista Moisés dominaba sus afectos para que no lo ligaran demasiado a su madre adoptiva y a Faraón, no fuera que estos sentimientos le impidieran hacer la voluntad de Dios.

El Señor preservó a Moisés del daño que podrían haberle causado las influencias corruptoras que lo rodeaban. Los principios de verdad recibidos en su infancia por parte de sus padres piadosos nunca cayeron en el olvido. Y cuando más necesitaba de protección de [112]
las influencias corruptoras de la vida de la corte, las lecciones de su infancia rindieron su fruto. El temor de Dios estaba siempre delante de él. Y tan grande era el amor por sus hermanos, y su respeto por la fe hebrea, que nunca ocultó su parentesco ni siquiera por el honor de ser considerado heredero de la familia real.

Cuando ya tenía cuarenta años, "salió a sus hermanos y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían; entonces dijo al que maltrataba al otro: ¿Por qué golpeas a tu prójimo? Y él respondió: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto ha sido descubierto. Oyendo Faraón acerca de este hecho procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de delante de Faraón y habitó en la tierra de Madián". El Señor dirigió su camino, y encontró hogar en casa de Jetro, un hombre que adoraba a Dios. Era pastor, y también sacerdote de Madián. Sus hijas pastoreaban su ganado. Pero muy pronto las manadas de Jetro quedaron a cargo de Moisés, quien se casó con una de las hijas de éste, y permaneció en Madián durante cuarenta años.

Moisés se precipitó al matar al egipcio. Suponía que el pueblo de Israel entendía que él había sido suscitado por la especial providencia de Dios para librarlo. Pero el Señor no intentaba librar a los hijos de Israel mediante el arte de la guerra, según creía Moisés, sino mediante su propio poder, para que la gloria fuera solamente suya. Dios usó, sin embargo, la acción de Moisés al dar muerte al egipcio [113]

para cumplir su propósito. En su providencia el Señor lo puso en el seno de la familia real de Egipto donde recibió una educación cabal; no obstante, no estaba preparado todavía para que Dios le confiara la gran tarea para la cual lo había llamado. No podía dejar abruptamente la corte del rey ni las comodidades que se le habían otorgado como nieto del monarca para llevar a cabo la tarea especial que el Señor le había asignado. Debía tener oportunidad de adquirir experiencia en la escuela de la adversidad y de la pobreza, y ser educado en ella. Mientras vivía en el exilio el Señor envió a sus ángeles para que lo instruyeran especialmente con respecto al futuro. Allí aprendió más plenamente las grandes lecciones del dominio propio y la humildad. Pastoreó las manadas de Jetro, y mientras llevaba a cabo sus humildes deberes como pastor, el Señor lo estaba preparando para que se convirtiera en el pastor espiritual de sus ovejas, es a saber, el pueblo de Israel.

Mientras Moisés conducía su manada por el desierto y se aproximaba al monte de Dios, es decir, a Horeb, "se le apareció el ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza". "Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, que fluye leche y miel... ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel".

Había llegado el momento cuando Dios trocaría el báculo del pastor por la vara de Dios, a la cual haría poderosa para el cumplimiento de señales y maravillas, para librar a su pueblo de la opresión
[114] y para preservarlos cuando fuesen perseguidos por sus enemigos.

Moisés aceptó llevar a cabo la misión. Primero visitó a su suegro con el fin de obtener su consentimiento para regresar con su familia a Egipto. No se atrevió a compartir con Jetro el mensaje que tenía para Faraón, por temor a que no estuviera dispuesto a permitir que su esposa y sus hijos lo acompañaran en una misión tan peligrosa. El Señor lo fortaleció y disipó sus temores al decirle: "Ve y vuélvete
[115] a Egipto, porque han muerto todos los que procuraban tu muerte".

Capítulo 15—Se manifiesta el poder de Dios

Este capítulo está basado en Éxodo 5:1-12:28.

Los hijos de Israel pasaron muchos años sirviendo a los egipcios. Sólo unas pocas familias descendieron a Egipto; pero allí se convirtieron en una enorme multitud. Al estar rodeados por la idolatría, muchos perdieron el conocimiento del Dios verdadero y se olvidaron de su ley. Y se unieron a los egipcios en su culto del sol, la luna y las estrellas, y de animales e imágenes, obra de manos de hombres.

Todo lo que rodeaba a los hijos de Israel había sido calculado para que se olvidaran del Dios viviente. Pero había entre los hebreos algunos que conservaron el conocimiento del verdadero Dios, Creador del cielo y de la tierra. Estos se lamentaban de que sus hijos cada día presenciaran las abominaciones de los idólatras que los rodeaban, y aun participaran de ellas para inclinarse ante las deidades egipcias, hechas de madera y de piedra, y ofrecer sacrificios a esos objetos inanimados. Los fieles se afligían, y en su angustia clamaban al Señor que los rescatara del yugo egipcio, que los sacara de Egipto para que pudieran librarse de la idolatría y de las influencias corruptoras que los rodeaban.

Pero muchos hebreos preferían permanecer en la esclavitud antes que ir a un país nuevo y hacer frente a las dificultades de semejante
viaje. Por eso el Señor no los libró mediante el primer despliegue [116]
de las señales y maravillas que hizo delante de Faraón. Dirigió más plenamente los acontecimientos para que se desarrollara en su plenitud el carácter tiránico de éste, y para manifestar su gran poder ante los egipcios, como asimismo ante su pueblo, de manera que éste se sintiera ansioso de abandonar Egipto y se decidiera a servir a Dios.

Aunque muchos israelitas se habían contaminado con la idolatría, los fieles permanecían firmes. No habían ocultado su fe; por el contrario, reconocían abiertamente ante los egipcios que servían al único Dios verdadero y viviente. Repetían constantemente las

evidencias de la existencia de Dios y su poder a partir de la creación. Los egipcios tuvieron oportunidad de conocer la fe de los hebreos y a su Dios. Habían tratado de aplastar a los fieles adoradores del Dios verdadero, y se sentían frustrados porque no lo habían conseguido ni mediante amenazas, ni con promesas de recompensas, ni por medio de un tratamiento cruel.

Los dos últimos reyes que habían ocupado el trono de Egipto habían sido tiranos y habían tratado cruelmente a los hebreos. Los ancianos de Israel intentaron animar la fe desfalleciente de los israelitas recordándoles las promesas hechas a Abrahán y las palabras proféticas de José justamente antes de su fallecimiento, cuando preanunció la liberación de su pueblo de Egipto. Algunos escucharon y creyeron. Otros consideraban su triste condición, y no tenían esperanzas.

El ambiente influyó sobre Israel

Los egipcios se enteraron de las expectativas de liberación de los hijos de Israel, se burlaron de ellas y se referían irónicamente
[117] al poder de su Dios. Señalaban la situación de los israelitas, que eran sólo una nación de esclavos, y burlonamente les decían: "Si vuestro Dios es tan misericordioso, y si es más poderoso que los dioses egipcios, ¿por qué no los libra? ¿Por qué no manifiesta su grandeza, y por qué su poder no los exalta?"

Los egipcios entonces llamaban la atención de los israelitas a su propio pueblo, que adoraba dioses de su propia elección, y que según los israelitas eran falsos. Les decían alborozados que sus dioses les daban prosperidad, alimento, ropa y muchas riquezas, y que habían entregado a los israelitas en sus manos para que los sirvieran, y que disponían de poder para oprimirlos y aún quitarles la vida, de manera que dejaran de ser un pueblo. Se burlaban de la idea de que los hebreos alguna vez pudieran librarse de su esclavitud.

Faraón se vanagloriaba diciendo que le gustaría ver al Dios de los hebreos librándolos de sus manos. Estas palabras destruyeron las esperanzas de muchos hijos de Israel. Les parecía que era cierto lo que el rey y sus consejeros decían. Sabían que se los estaba tratando como esclavos, y que debían soportar exactamente el grado de opresión que sus capataces quisieran ejercer sobre ellos. Habían

perseguido y dado muerte a sus hijos. Sus propias vidas eran una carga pesada, a pesar de que creían en el Dios del cielo y lo adoraban.

Entonces comparaban su condición con la de los egipcios. Estos no creían en absoluto en un Dios viviente capaz de salvar o destruir. Algunos de ellos adoraban ídolos, imágenes de madera y piedra, mientras otros rendían culto al sol, a la luna y a las estrellas; pero prosperaban y eran ricos. Algunos hebreos pensaban que si el Señor era superior a todos los dioses no los dejaría sometidos a la esclavitud [118]
en medio de una nación idólatra.

Los fieles siervos de Dios comprendían que el Señor había permitido que fueran a Egipto por causa de su infidelidad como pueblo y a su disposición a casarse con gente de otras naciones, para ser de ese modo arrastrados a la idolatría. Y declaraban firmemente ante sus hermanos que el Altísimo pronto los sacaría de Egipto y que quebrantaría el yugo de opresión.

Llegó el momento cuando el Señor iba a responder las oraciones de su pueblo oprimido, para sacarlo de Egipto con un despliegue tan grande de su poder, que los egipcios se verían obligados a reconocer que el Dios de los hebreos, a quien habían despreciado, era superior a todos los dioses. Los castigaría además por su idolatría y por sus orgullosas baladronadas acerca de las bendiciones que habrían derramado sobre ellos sus dioses inertes. El Señor iba a glorificar su nombre para que otras naciones pudieran oír algo acerca de su poder y temblaran ante lo extraordinario de sus acciones, y para que su pueblo, al presenciar sus obras milagrosas, se apartara definitivamente de la idolatría y le rindiera un culto sin mácula.

Al liberar a Israel de Egipto Dios manifestó plenamente sus misericordias especiales en favor de su pueblo en presencia de todos los egipcios. El Señor consideró adecuado ejecutar sus juicios sobre Faraón para que éste aprendiera por triste experiencia, ya que de otra manera no se convencería, que su poder era superior al de todos los demás. Para que su nombre fuera proclamado por toda la tierra, daría una prueba ejemplar y demostrativa a todas las naciones acerca de su poder divino y su justicia. Era el propósito de Dios que esta exhibición de poder fortaleciera la fe de su pueblo, de modo que su [119]
posteridad lo adorara siempre sólo a él, al que había llevado a cabo tantas misericordiosas maravillas en su favor.

Moisés declaró a Faraón, después que éste ordenó que los israelitas hicieran ladrillos sin proporcionarles paja, que el Dios a quien pretendía desconocer lo obligaría a someterse a sus requerimientos y a aceptar su autoridad como gobernante supremo.

Las plagas

Los milagros de la vara que se convirtió en serpiente y del río que se convirtió en sangre no conmovieron el duro corazón de Faraón; por el contrario, sólo lograron que aumentara su odio por los israelitas. Las artimañas de los magos lo indujeron a creer que estos milagros se hacían por arte de magia, pero cuando desapareció la plaga de las ranas tuvo abundante evidencia de que no era así. Dios podría haberlas hecho desaparecer convirtiéndolas en polvo en un instante, pero no lo hizo para que después que desaparecieran el rey y los egipcios no dijeran que había sido obra de magia como la que sus magos podían llevar a cabo. Las ranas murieron y tuvieron que juntarlas en montones. Podían ver sus cuerpos muertos y verificar que contaminaban la atmósfera. En este caso el rey y todo Egipto tuvieron evidencias que su vana filosofía no pudo disipar, en el sentido de que esta obra no era fruto de la magia, sino un juicio del Dios del cielo.

Los magos no pudieron producir piojos. El Señor no permitió ni siquiera que lograran una apariencia, para su propia vista y la de
[120] los egipcios, de que podían producir la plaga de piojos. Quería que Faraón no tuviera la menor excusa para justificar su incredulidad. Obligó incluso a los magos mismos a declarar: “Dedo de Dios es éste”.

La siguiente plaga fue un enjambre de moscas. No se trataba de esas moscas inofensivas que suelen molestarnos en algunas épocas del año, pues las que descendieron sobre Egipto eran grandes y venenosas. Sus picaduras eran muy dolorosas tanto para los hombres como para los animales. Dios separó a su pueblo de los egipcios y no permitió que las moscas aparecieran por su territorio.

El Señor envió entonces una plaga dañina sobre el ganado, y al mismo tiempo preservó los animales de los hebreos para que ninguno de ellos muriera. A continuación vino una plaga de úlceras sobre hombres y animales, y ni siquiera los magos pudieron librarse

de ella. Envió después sobre Egipto una plaga de granizo mezclado con fuego, relámpagos y truenos. Las plagas eran anunciadas de antemano para que nadie pudiera decir que se habían producido por casualidad. El Señor demostró a los egipcios que toda la tierra estaba a las órdenes del Dios de los hebreos: que el trueno, el granizo y la tormenta obedecían su voz. Faraón, el orgulloso rey que preguntó en cierta ocasión: "¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?" se humilló y dijo: "He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos". Suplicó a Moisés que intercediera ante Dios por él, para que cesaran los terribles truenos y relámpagos.

El Señor envió a continuación una terrible plaga de langostas. El rey decidió que cayeran las plagas en vez de someterse a Dios. Sin remordimiento vio que su reino se abatía bajo el milagro de estos tremendos juicios. Dios envió entonces tinieblas sobre Egipto. La gente no sólo carecía de luz; la atmósfera, además, estaba enrarecida, [121]
de manera que resultaba difícil respirar, pero los hebreos gozaban de una atmósfera límpida y de luz en todas sus moradas.

Dios envió otra terrible plaga sobre Egipto, más tremenda que todas las anteriores. El rey y sus sacerdotes idólatras se oponían al último requerimiento de Moisés. Quería que se permitiera a los hebreos salir de Egipto. Moisés describió a Faraón y al pueblo de Egipto, como asimismo a los israelitas, la naturaleza y el efecto de la última plaga. Esa noche, tan terrible para los egipcios y tan gloriosa para el pueblo de Dios, se instituyó el solemne rito de la pascua.

Era sumamente duro para el rey egipcio y para su pueblo orgulloso e idólatra someterse a los requerimientos del Dios del cielo. El rey de Egipto se demoró muchísimo en ceder. Cuando se veía sumamente afligido cedía un poco; pero cuando la aflicción desaparecía trataba de negar todo lo que había prometido. Así cayeron sobre Egipto una plaga tras otra, y él cedía sólo lo que se veía obligado a ceder por causa de las terribles manifestaciones de la ira de Dios. Persistió en su rebelión incluso cuando la nación egipcia se hallaba en ruinas.

Moisés y Aarón describieron a Faraón la naturaleza de cada plaga que sobrevendría si no quería dejar salir a Israel. Cada vez esas plagas sobrevinieron exactamente como se las había predicho; no obstante, el rey no quiso ceder. Al principio sólo quería darles permiso para ofrecer sacrificios a Dios en la tierra de Egipto. Después,

cuando la nación había sufrido ya bastante la ira de Dios, quería dejar salir sólo a los hombres. A continuación, cuando la nación egipcia estaba prácticamente destruida por la plaga de langostas,
[122] permitió que salieran también los niños y las esposas, pero no quería dejar salir al ganado. Entonces Moisés le dijo que el ángel de Dios quitaría la vida de su primogénito.

Cada plaga se acercaba más a él y era más dura, y ésta iba a ser más terrible que todas las otras. Pero el orgulloso rey estaba furioso y no quiso humillarse. Y cuando los egipcios vieron los grandes preparativos que estaban haciendo los israelitas para esa noche portentosa, se burlaron de la marca de sangre que vieron en
[123] sus puertas.

Capítulo 16—Israel escapa de la esclavitud

Este capítulo está basado en Éxodo 12:29-15:19.

Los hijos de Israel habían seguido las instrucciones dadas por Dios; y mientras el ángel de la muerte pasaba de casa en casa entre los egipcios, ellos estaban listos para el viaje esperando que el monarca rebelde y sus dignatarios les permitieran salir.

"Y aconteció que a la media noche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales. Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto. E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, e idos; y bendecidme también a mí. Y los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra; porque decían: Todos somos muertos.

"Y llevó el pueblo su masa antes que se leudase, sus masas envueltas en sus sábanas sobre sus hombros. E hicieron los hijos de [124]
Israel contorme al mandamiento de Moisés, pidiendo de los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos. Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios".

El Señor había revelado esto a Abrahán cerca de cuatrocientos años antes de su cumplimiento: "Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza". Génesis 15:13, 14.

"También subió con ellos grande multitud de toda clase de gentes, y ovejas, y muchísimo ganado". Los hijos de Israel salieron con sus posesiones, que no pertenecían a Faraón porque nunca se las

habían vendido. Jacob y sus hijos llevaron sus ganados y rebaños con ellos cuando llegaron a Egipto. Los hijos de Israel se habían vuelto sumamente numerosos, y sus rebaños y su ganado habían aumentado mucho. Dios había castigado a los egipcios mediante las plagas que derramó sobre ellos, y los instó a que apuraran a su pueblo para que saliera de Egipto con todo lo que poseía.

"Y luego que Faraón dejó ir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, porque dijo Dios: Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto. Mas hizo Dios que el pueblo rodease por el camino del desierto del Mar Rojo. Y subieron los hijos de Israel de Egipto armados. Tomó también consigo Moisés los huesos de José, el cual había juramentado a los hijos de Israel diciendo: Dios ciertamente
[125] os visitará, y haréis subir mis huesos de aquí con vosotros.

La columna de fuego

"Y partieron de Sucot y acamparon en Etam, a la entrada del desierto. Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego".

El Señor sabía que los filisteos se opondrían a que pasaran por su tierra. Dirían: "Huyeron de sus amos en Egipto", y les harían guerra. Por lo tanto, al enviarlos por el camino del mar, se reveló como un Dios compasivo y criterioso. El Altísimo informó a Moisés que Faraón los perseguiría, y los dirigió al lugar exacto donde deberían acampar ante el mar. Le dijo que sería honrado ante Faraón y todo su ejército.

Después que los hebreos estuvieron fuera de Egipto algunos días, los egipcios dijeron a Faraón que sus esclavos habían huido y que nunca más regresarían para servirlo. Y se lamentaron por haberles permitido salir de Egipto. Era una pérdida muy grande para ellos el no contar más con sus servicios, y se arrepintieron de haberles permitido salir. A pesar de todo lo que habían sufrido por los castigos de Dios, estaban tan endurecidos por causa de su permanente rebelión, que decidieron perseguir a los hijos de Israel

para llevarlos a la fuerza nuevamente a Egipto. El rey encabezó un gran ejército y seiscientos carros y los persiguió, y los alcanzó cuando estaban acampados junto al mar.

"Y cuando Faraón se hubo acercado, los hijos de Israel alzaron sus ojos, y he aquí que los egipcios venían tras ellos; por lo que los hijos de Israel temieron en gran manera, y clamaron a Jehová. [126] Y dijeron a Moisés: ¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto. Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos".

¡Cuán pronto perdieron los israelitas su confianza en Dios! Habían visto todos los castigos que lanzó sobre Egipto para convencer al rey de que dejara salir a Israel, pero cuando su confianza en Dios fue sometida a prueba murmuraron a pesar de que habían visto las evidencias de su poder en su maravillosa liberación. En vez de confiar en Dios en su momento de necesidad, murmuraron ante el fiel Moisés, recordándole las expresiones de incredulidad que habían formulado en Egipto. Lo acusaron de ser la causa de todas sus dificultades. El los animó a confiar en Dios y a refrenar sus expresiones de incredulidad, y que vieran lo que el Señor haría en favor de ellos. Moisés oró fervientemente al Señor para que librara a su pueblo escogido.

Liberación en el Mar Rojo

"Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco". Dios quería que Moisés comprendiera que obraría en [127] favor de su pueblo, que la necesidad de éste sería su oportunidad. Cuando avanzaran tanto como fuera posible, debía instarlos a que prosiguieran; tenía que usar la vara que Dios le había dado para dividir las aguas.

“Y he aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios para que los sigan; y yo me glorificaré en Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería; y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando me glorifique en Faraón, en sus carros y en sus gentes de a caballo. Y el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquéllos, y alumbraba a Israel de noche, y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros”.

Los egipcios no podían ver a los hebreos, porque una nube de espesas tinieblas se extendía ante ellos, pero era plenamente luminosa para los israelitas. Así manifestó Dios su poder para probar a su pueblo, para ver si confiaba en él después de darle tales pruebas de su cuidado y su amor, y para reprender su incredulidad y su murmuración. “Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron por en medio del mar, en seco, teniendo las aguas como un muro a su derecha y a su izquierda”. Las aguas se elevaron y permanecieron a ambos lados, cual muros congelados,
[128] mientras Israel caminaba en medio del mar sobre tierra seca.

El ejército egipcio se vanaglorió toda la noche de que los hijos de Israel estarían nuevamente en su poder. Creían que no tenían posibilidad de escapar, porque delante de ellos se extendía el Mar Rojo, y su gran ejército los cercaba por detrás. Por la mañana, cuando llegaron al mar, he aquí que había un camino seco porque las aguas se habían dividido y parecían muros a ambos lados, y los hijos de Israel estaban a mitad de camino en medio del mar, caminando sobre tierra seca. Esperaron un instante para decidir cuál sería el mejor camino que podían seguir. Estaban chasqueados y airados porque cuando los hebreos se encontraban casi en su poder, y ellos estaban seguros de tenerlos en sus manos, un camino inesperado se había abierto para ellos en el mar. Decidieron, pues, seguirlos.

“Y siguiéndolos los egipcios, entraron tras ellos hasta la mitad del mar, toda la caballería de Faraón, los carros y su gente de a caballo. Aconteció en la vigilia de la mañana, que Jehová miró el campamento de los egipcios desde la columna de fuego y nube, y

trastornó el campamento de los egipcios, y quitó las ruedas de sus carros y los trastornó gravemente. Entonces los egipcios dijeron: Huyamos de delante de Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios".

Estos se aventuraron a entrar en el camino que Dios había preparado para su pueblo, y los ángeles de Dios se infiltraron en medio de su ejército y sacaron las ruedas de los carros. Se sintieron muy molestos. Avanzaron lentamente y comenzaron a tener dificultades. Recordaron los castigos que el Dios de los hebreos había derramado sobre ellos en Egipto para obligarlos a dejarlos salir, y ahora imaginaron que Dios podría entregar a todos en manos de los israelitas. Comprendieron que Dios estaba peleando en favor de éstos, se sin- [129]
tieron sumamente atemorizados y ya se disponían a huir de ellos cuando "Jehová dijo a Moisés: extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas vuelvan sobre los egipcios, sobre sus carros, y sobre su caballería.

"Entonces Moisés extendió su mano sobre el mar, y cuando amanecía, el mar se volvía en toda su fuerza, y los egipcios al huir se encontraron con el mar; y Jehová derribó a los egipcios en medio del mar. Y volvieron las aguas, y cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército de Faraón que había entrado tras ellos en el mar; no quedó de ellos ni uno. Y los hijos de Israel fueron por en medio del mar, en seco, teniendo las aguas por muro a su derecha y a su izquierda. Así salvó Jehová aquel día a Israel de mano de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar. Y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo".

Cuando los hebreos presenciaron la maravillosa obra de Dios manifestada en la destrucción de los egipcios, se unieron en un himno inspirado de sublime elocuencia y grato loor. [130]

Capítulo 17—Las peregrinaciones del pueblo de Israel

Este capítulo se basa en Éxodo 15:23-26; 16:1-18.

Los hijos de Israel peregrinaron por el desierto durante tres días y no pudieron encontrar agua suficientemente buena para beber. Padecían sed, y "el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber? Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron. Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó; y dijo: Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios enviaré a ti, porque yo soy Jehová tu sanador".

Parecía que los hijos de Israel tenían el corazón inclinado a la incredulidad. No estaban dispuestos a soportar dificultades en el desierto. Cuando se encontraban con problemas en el camino, los consideraban imposibilidades. Su confianza en Dios flaqueaba, y sólo podían ver la muerte ante sí. "Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos, pues nos habéis
[131] sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud".

No habían sufrido, en verdad, los tormentos del hambre. Por el momento tenían alimentos, pero temían por el futuro. No veían cómo podía subsistir la hueste de Israel, durante su larga travesía por el desierto, con los sencillos alimentos de que disponía, y en su incredulidad suponían que sus hijos perecerían de hambre. El Señor quería que sus alimentos escasearan y que enfrentaran dificultades, para que sus corazones se volvieran al que los había ayudado hasta ese momento, y para que creyeran en él. Estaba dispuesto a ser para

ellos una ayuda constante. Si lo invocaban en su necesidad, él les daría señales de su amor y de su continuo cuidado.

Pero parecía que no estaban dispuestos a confiar en el Señor ni un poco más si no podían ver con sus ojos las constantes evidencias de su poder. Si verdaderamente hubieran tenido fe y una firme confianza en Dios, habrían soportado alegremente los inconvenientes y obstáculos, y aun el verdadero sufrimiento, puesto que el Señor había obrado de una manera tan maravillosa para librarlos de la esclavitud. Además, el Altísimo les prometió que si obedecían sus mandatos ninguna enfermedad les sobrevendría, pues les había dicho: "Yo soy Jehová tu sanador".

Después de esta definida promesa de Dios era en verdad una incredulidad culpable de parte de ellos anunciar que sus hijos perecerían de hambre. Habían sufrido muchísimo en Egipto por causa del exceso de trabajo. Sus hijos habían sido asesinados, y en respuesta a sus oraciones y a su angustia el Señor los había liberado misericordiosamente. Les prometió ser su Dios, aceptarlos como su pueblo y conducirlos a una tierra amplia y buena.

Pero estaban listos para desfallecer ante cada dificultad que
debían soportar en su camino a esa tierra. Habían sufrido mucho [132]
mientras servían a los egipcios, pero no podían soportar el sufrimiento mientras servían a Dios. Estaban dispuestos a abandonarse a sombrías dudas y a sumergirse en el desánimo cada vez que se los probaba. Murmuraron contra Moisés, el consagrado siervo de Dios, lo responsabilizaron de todas sus pruebas, y expresaron el malvado deseo de haberse quedado en Egipto, donde podían sentarse junto a las ollas de carne y comer pan hasta hartarse.

Una lección para nuestros días

La incredulidad que evidenciaban las murmuraciones de los hijos de Israel ilustran la condición del pueblo de Dios que vive ahora sobre la tierra. Muchos repasan su historia, y se maravillan de su incredulidad y sus continuas murmuraciones, después que el Señor hizo tanto por ellos, y les dio tantas evidencias de su amor y su cuidado. Creen que ellos no hubieran sido desagradecidos. Pero algunos de los que piensan así murmuran y se quejan ante cosas de muy poca importancia. No se conocen a sí mismos. Dios

frecuentemente prueba su fe en cosas pequeñas; y no las soportan mejor que los antiguos israelitas.

Muchos ven que son suplidas sus necesidades del momento, pero no confían en el Señor para el futuro. Manifiestan incredulidad y se entregan al abatimiento y el desánimo ante posibles necesidades. Algunos se preocupan constantemente por el temor de pasar necesidades y que sus hijos tengan que sufrir. Cuando surgen dificultades o se ven en aprietos -cuando se somete a prueba su amor y su fe en Dios- evitan la prueba y se quejan del procedimiento empleado
[133] por Dios para purificarlos. Se verifica que su amor no es puro ni perfecto; no es capaz de soportar todas las cosas.

La fe de los hijos del Dios del cielo debería ser fuerte, activa y perseverante: la certeza de lo que se espera. En ese caso se expresarán de este modo: "Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre", porque ha obrado generosamente conmigo.

Algunos consideran que la abnegación es un verdadero sufrimiento. Se complace el apetito pervertido. Y el dominio de las apetencias malsanas induce incluso a muchos profesos cristianos a retroceder, como si la inanición fuese la consecuencia directa de un régimen alimentario sencillo. Y como los hijos de Israel prefieren la esclavitud, la enfermedad y hasta la muerte, antes que verse privados de las ollas de carne. Pan y agua es todo lo que se promete al remanente en el tiempo de angustia.

El maná

"Y cuando el rocío cesó de descender, he aquí sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto? Porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: Es el pan que Jehová os da para comer. Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que pudiere comer; un gomer por cabeza, conforme al número de vuestras personas, tomaréis cada uno para los que están en su tienda.

"Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió
[134] conforme a lo que había de comer. Y les dijo Moisés: Ninguno deje

nada de ello para mañana. Mas ellos no obedecieron a Moisés, sino que algunos dejaron de ello para otro día, y crió gusanos, y hedió; y se enojó contra ellos Moisés. Y lo recogían cada mañana, cada uno según lo que había de comer; y luego que el sol calentaba, se derretía.

"En el sexto día recogieron doble porción de comida, dos gomeres para cada uno; y todos los príncipes de la congregación vinieron y se lo hicieron saber a Moisés. Y él les dijo: Esto es lo que ha dicho Jehová: Mañana es el santo día de reposo, el reposo consagrado a Jehová; lo que habéis de cocer, cocedlo hoy, y lo que habéis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana. Y ellos lo guardaron hasta la mañana, según lo que Moisés había mandado, y no se agusanó, ni hedió. Y dijo Moisés: Comedlo hoy, porque hoy es día de reposo para Jehová; hoy no hallaréis en el campo. Seis días lo recogeréis; mas el séptimo día es día de reposo; en él no se hallará".

El Señor no es ahora menos exigente con respecto al sábado que cuando dio las precedentes indicaciones a los hijos de Israel. Les dijo que en el sexto día cocieran lo que tenían que cocer, y que cocinaran, es decir, hirvieran lo que tenían que hervir, a fin de prepararse para descansar el sábado.

Dios manifestó su gran cuidado y su amor por su pueblo al enviarles pan del cielo. "Pan de nobles [ángeles] comió el hombre" (Salmos 78:25), o sea, alimento provisto por los ángeles. El triple milagro del maná -doble cantidad en el sexto día, nada en el séptimo y su conservación durante el sábado, cuando se descomponía en los otros días- fue hecho para impresionarlos con respecto a la santidad del sábado. [135]

Después de recibir alimentos en abundancia, se avergonzaron de su incredulidad y sus murmuraciones, y prometieron confiar en Dios en el futuro, pero pronto olvidaron su promesa y fracasaron en la primera prueba de su fe.

El agua de la roca

Viajaron por el desierto de Sin, y acamparon en Refidim, y no había agua para que la gente bebiera. "Y altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: Danos agua para que bebamos. Y Moisés les

dijo: ¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová? Así que el pueblo tuvo allí sed, y murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados? Entonces clamó Moisés a Jehová diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? De aquí a un poco me apedrearán.

"Y Jehová dijo a Moisés: Pasa adelante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel; y toma también en tu mano tu vara con que golpeaste el río, y ve. He aquí que yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Oreb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel. Y llamó el nombre de aquel lugar Masah y Meriba, por la rencilla de los hijos de Israel, y porque tentaron a Jehová, diciendo: ¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?".

Dios guió a los hijos de Israel para que acamparan en ese lugar, donde no había agua, para probarlos, para ver si lo buscarían en su apuro, o murmurarían como lo habían hecho anteriormente. En vista de lo que Dios había hecho por ellos mediante su maravillosa
[136] liberación, deberían haber creído en él en medio de su preocupación. Deberían haber comprendido que no los dejaría perecer de sed, puesto que les había prometido aceptarlos como su pueblo. Pero en vez de suplicar al Señor con humildad para que satisficiera sus necesidades, murmuraron contra Moisés, y le pidieron agua.

Dios constantemente había manifestado su poder de una manera maravillosa ante ellos, para que comprendieran que todos los beneficios que habían recibido provenían de él, que podía otorgárselos o quitárselos de acuerdo con su voluntad. A veces lo entendían en forma plena, y se humillaban profundamente delante del Señor; pero cuando tenían sed o hambre le echaban toda la culpa a Moisés, como si hubieran salido de Egipto para darle el gusto a él. Moisés se sentía afligido por causa de sus crueles murmuraciones. Preguntó al Señor qué podía hacer ya que la gente estaba a punto de apedrearlo. El Altísimo le mandó que golpeara la roca con la vara de Dios. La nube de su gloria reposó directamente delante de la roca. "Hendió las peñas en el desierto, y les dio a beber como de grandes abismos, pues sacó de la peña corrientes, e hizo descender aguas como ríos". Salmos 78:15, 16.

Moisés golpeó la roca, pero Cristo estuvo junto a él e hizo fluir agua de la peña. El pueblo tentó al Señor en su sed, y dijo: "Si nos ha traído hasta aquí, ¿por qué no nos da agua, así como nos dio pan?" Este "si" puso de manifiesto su culpable incredulidad, e indujo a Moisés a temer que Dios los castigara por causa de sus impías murmuraciones. Dios probó la fe de sus hijos, pero éstos no soportaron la prueba. Murmuraron por el alimento y por el agua, y acusaron a Moisés. Por su incredulidad, el Señor permitió que sus enemigos los atacaran, para manifestar a su pueblo de dónde procedía su fortaleza. [137]

Librados de Amalec

"Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim. Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano. E hizo Josué como le dijo Moisés, peleando contra Amalec; y Moisés y Aarón y Ur subieron a la cumbre del collado. Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Ur sostenían sus manos, uno de un lado y el otro del otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol".

Moisés extendió sus manos hacia el cielo, con la vara de Dios en su mano derecha, para suplicar la ayuda de Dios. Entonces Israel prevaleció y rechazó a sus enemigos. Cuando Moisés bajaba las manos, era evidente que Israel pronto perdía todo lo que había ganado, y comenzaba a ser vencido por sus enemigos. Moisés nuevamente levantaba las manos hacia el cielo, e Israel prevalecía, y el enemigo era rechazado.

Ese acto de Moisés, de levantar las manos hacia Dios, debía enseñar a Israel que mientras pusieran su confianza en Dios y se aferraran a su fortaleza y exaltaran su trono, él pelearía por ellos y subyugaría a sus enemigos. Pero cuando dejaran de aferrarse de su fortaleza y confiaran en su propia fuerza, serían incluso más débiles que sus enemigos que no conocían a Dios, y éstos prevalecerían

sobre ellos. Entonces "Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada.

"Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro,
[138] y di a Josué que raeré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre Jehová-nisi; y dijo: Por cuanto la mano de Amalec se levantó de generación en generación". Si los hijos de Israel no hubieran murmurado contra el Señor, él no habría permitido que sus enemigos hicieran guerra contra ellos.

La visita de Jetro

Antes de salir de Egipto Moisés había enviado a su esposa y a sus hijos a casa de su suegro. Y después que Jetro oyó hablar de la maravillosa liberación de los israelitas de Egipto, visitó a Moisés en el desierto, y le llevó su esposa y sus hijos. "Y Moisés salió a recibir a su suegro, y se inclinó, y lo besó; y se preguntaron el uno al otro, cómo estaban, y vinieron a la tienda, y Moisés contó a su suegro todas las cosas que Jehová había hecho a Faraón y a los egipcios por amor de Israel, y todo el trabajo que habían pasado en el camino, y cómo los había librado Jehová.

"Y se alegró Jetro de todo el bien que Jehová había hecho a Israel, al haberlo librado de mano de los egipcios. Y Jetro dijo: Bendito sea Jehová, que os libró de manos de los egipcios y de la mano de Faraón, y que libró al pueblo de la mano de los egipcios. Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos. Y tomó Jetro, suegro de Moisés, holocaustos y sacrificios para Dios; y vino [vinieron] Aarón y todos los ancianos de Israel para comer con el suegro de Moisés delante de Dios".

Gracias a su perspicacia Jetro pronto se dio cuenta que las cargas
[139] que recaían sobre Moisés eran demasiado grandes, puesto que la gente le traía todos sus problemas, y él los instruía con respecto a los estatutos y a la ley de Dios. Dijo a Moisés: "Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Está por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer. Además escoge tú de entre todo el

pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez. Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así aliviarás la carga de sobre ti, y la llevarán ellos contigo. Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás sostenerte, y también todo este pueblo irá en paz a su lugar.

"Y oyó Moisés la voz de su suegro, e hizo todo lo que dijo. Escogió Moisés varones de virtud de entre todo Israel, y los puso por jefes sobre el pueblo, sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo; el asunto difícil lo traían a Moisés, y ellos juzgaban todo asunto pequeño. Y despidió Moisés a su suegro, y éste se fue a su tierra".

Moisés no estaba fuera del alcance de las instrucciones de su suegro. Dios lo había exaltado mucho y había obrado maravillas por medio de su mano. Sin embargo no adujo que Dios lo había escogido para instruir a otros, que había realizado maravillas por su intermedio, y que por lo tanto no necesitaba que nadie lo instruyera. Escuchó de buen grado las sugerencias de su suegro, y adoptó su plan puesto que era sabio. [140]

Capítulo 18—La ley de Dios

Este capítulo está basado en Éxodo 19 Y 20.

Después que los hijos de Israel salieron de Refidim llegaron al "desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte. Y Moisés subió a Dios: y Jehová lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros visteis lo que hice a los egipcios y cómo os tomé sobre alas de águila, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardaréis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel. Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo".

Este hizo entonces un pacto solemne y aceptó a Dios como su gobernante, y por medio de él los israelitas se convirtieron en los súbditos especiales de su divina autoridad. "Entonces Jehová dijo a Moisés: He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo habló contigo, y también para que te crean para siempre". Cuando los hebreos enfrentaban dificultades en el
[141] camino, estaban dispuestos a murmurar contra Moisés y Aarón, y los acusaban de haber sacado de Egipto a las huestes de Israel para destruirlas. Dios quería honrar a Moisés en presencia de ellos, para que se sintieran inducidos a confiar en sus instrucciones, y supieran que había puesto su Espíritu en él.

Preparativos para acercarse a Dios

El Señor dio a Moisés directivas definidas a fin de que el pueblo se preparara para que él pudiera acercarse a ellos, y para que pudieran oír su voz anunciada, no por ángeles, sino por Dios mismo. "Y

Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, porque el tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí".

Se pidió a la gente que se abstuviera de labores y cuidados mundanos, y que se dedicara a meditaciones devocionales. También les pidió que lavaran sus vestiduras. No es menos exigente ahora que en aquel entonces. Es un Dios de orden, y requiere de su pueblo sobre la tierra que practique hábitos de estricta limpieza. Los que adoran al Señor con ropas sucias y sin bañarse, no comparecen delante de él de una manera aceptable. No se complace con su falta de reverencia, y no aceptará el culto de adoradores sucios, porque de ese modo insultan a su Hacedor. El Creador de los cielos y de la tierra considera de tanta importancia la limpieza que dijo: "Y laven sus vestidos".

"Y señalarás términos al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado [142] o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando suene largamente la bocina, subirán al monte". Este mandamiento tenía como propósito impresionar la mente de ese pueblo rebelde con una profunda veneración por Dios, autor de todas sus leyes y la autoridad de la cual ellas emanaban.

La manifestación de Dios y su terrible majestad

"Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento". La hueste angélica que acompañaba a la divina majestad llamó al pueblo mediante un sonido semejante al de una trompeta, que aumentó en intensidad hasta que toda la tierra tembló.

"Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera". La majestad divina descendió en una nube con un glorioso cortejo de ángeles que parecían llamas de fuego.

"El sonido de la bocina iba aumentando en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante. Y descendió Jehová sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó Jehová a Moisés sobre la cumbre del monte, y Moisés subió. Y Jehová dijo a Moisés: Desciende, ordena al pueblo que no traspase los límites para ver a Jehová, porque caerá multitud de ellos. Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acerquen a Jehová, para que Jehová
[143] no haga en ellos estragos".

De ese modo entonces el Señor promulgó su ley en medio de una terrible majestad desde la cima del Sinaí, para que su pueblo creyera. Acompañó la promulgación de la ley con una sublime exhibición de su autoridad, para que supieran que es el único Dios verdadero y viviente. No se permitió que Moisés entrara en la nube de gloria, sino que se acercara y penetrara en las espesas tinieblas que lo rodeaban. Y estuvo de pie entre el pueblo y el Señor.

Se promulga la ley de Dios

Después que el Señor hubo dado todas esas evidencias de su poder, les dijo quién era: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre". El mismo Dios que manifestó su poder entre los egipcios, dio entonces su ley:

"No tendrás dioses ajenos delante de mí.

"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.

"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.

"Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de
[144] tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el

mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.

"Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen sobre la tierra que Jehová tu Dios te da.

"No matarás.

"No cometerás adulterio.

"No hurtarás.

"No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

"No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo".

Los dos primeros mandamientos pronunciados por Jehová atacan la idolatría, porque ésta, al ser practicada, induce al hombre a sumirse muchísimo en el pecado y la rebeldía, y resultaría con el tiempo en la ofrenda de sacrificios humanos. El Señor quería proteger a su pueblo para que ni se acercara a tales abominaciones. Los cuatro primeros mandamientos se dieron para mostrar al hombre cuáles son sus deberes hacia el Altísimo. El cuarto es el eslabón que une al gran Dios con el hombre. El sábado fue dado especialmente en beneficio del hombre y para honra del Señor. Los seis últimos preceptos señalan el deber del hombre hacia sus semejantes.

El sábado había de ser una señal entre Dios y su pueblo para siempre. De esta manera se manifestaría la señal: todos los que guardaran el sábado pondrían de manifiesto mediante esa enseñanza que eran adoradores del Dios viviente, Creador de los cielos y la tierra. El sábado sería una señal entre el Señor y su pueblo mientras hubiera gente sobre la tierra que le sirviese. [145]

"Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos. Y Moisés respondió al pueblo: No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis.

"Entonces el pueblo estuvo a lo lejos, y Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios. Y Jehová dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que he hablado desde el cielo con vosotros". La majestuosa presencia del Señor en el Sinaí y

las conmociones que produjo en la tierra su presencia, los terribles truenos y relámpagos que acompañaron la manifestación de Dios, impresionaron la mente de la gente con un temor y una reverencia tales por su sagrada majestad, que instintivamente retrocedieron delante de la subyugadora presencia del Altísimo, no fuera que no pudieran soportar su terrible gloria.

El peligro de la idolatría

Una vez más Dios quiso guardar a los hijos de Israel de la idolatría. Les dijo: "No hagáis conmigo dioses de plata, ni dioses de oro os haréis". Estaban en peligro de imitar el ejemplo de los egipcios, y de hacer imágenes que representaran a Dios.

El Señor dijo a Moisés: "He aquí yo envío mi ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre
[146] está en él. Pero si en verdad oyeres su voz e hicieres todo lo que yo te dijere, seré enemigo de tus enemigos, y afligiré a los que te afligieren. Porque mi ángel irá delante de ti y te llevará a la tierra del amorreo, del heteo, del fereseo, del cananeo, del heveo y del jebuseo, a los cuales yo haré destruir". El ángel que iba delante de Israel era el Señor Jesucristo. "No te inclinarás a sus dioses, ni los servirás, ni harás como ellos hacen; antes los destruirás del todo, y quebrarás totalmente sus estatuas. Mas a Jehová vuestro Dios serviréis y él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti". Éxodo 23:20-25.

Dios quería que su pueblo entendiera que sólo él debía ser objeto de adoración; y que cuando vencieran a las naciones idólatras que los rodearan no debían conservar ni una sola de sus imágenes de su culto, sino que debían destruirlas completamente. Muchas de esas deidades paganas eran muy costosas, y artísticamente confeccionadas, como para tentar a los que habían presenciado el culto idólatra, tan común en Egipto, para que consideraran esos objetos inanimados con cierto grado de reverencia. El Señor quería que su pueblo supiera que a causa de la idolatría de esas naciones, que los había inducido a practicar toda clase de impiedad, él usaría a los israelitas como su instrumento para castigarlos y destruir sus dioses.

"Yo enviaré mi terror delante de ti, y consternaré a todo el pueblo donde entres, y te daré la cerviz de todos tus enemigos. Enviaré delante de ti la avispa, que eche fuera al heveo, al cananeo y al heteo, delante de ti. No los echaré de delante de ti en un año, para que no quede la tierra desierta, y se aumenten contra ti las fieras del campo. Poco a poco los echaré de delante de ti, hasta que te multipliques y tomes posesión de la tierra. Y fíjate tus límites desde [147]
el Mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el desierto hasta el Eufrates, porque pondré en tus manos a los moradores de la tierra, y tú los echarás de delante de ti. No harás alianza con ellos, ni con sus dioses. En tu tierra no habitarán, no sea que te hagan pecar contra mí sirviendo a sus dioses, porque te será tropiezo". Éxodo 23:27-33. Dios dio estas promesas a su pueblo con la condición de que le obedeciera. Si servía al Señor plenamente, haría grandes cosas por él.

Después que Moisés hubo recibido los juicios de Dios, y los hubo escrito para el pueblo, juntamente con las promesas que se cumplirían si obedecían, el Señor le dijo: "Sube ante Jehová, tú, y Aarón, Nadab, y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis desde lejos. Pero Moisés solo se acercará a Jehová; y ellos no se acerquen, ni suba el pueblo con él. Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho". Éxodo 24:1-3.

Moisés no escribió los Diez Mandamientos sino los juicios que Dios les había intimado a observar, y las promesas que se cumplirían con la condición de que los obedecieran. Se las leyó al pueblo, y éste se comprometió a obedecer todas las palabras que el Señor había dicho. Moisés escribió entonces en un libro la solemne promesa de ellos, y ofreció sacrificios al Altísimo en favor del pueblo. "Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre estas cosas". Éxodo 24:7, 8. El pueblo repitió su solemne promesa al [148]
Señor de que haría todo lo que él había dicho, y serían obedientes.

La eterna ley de Dios

La ley de Dios existía antes que el hombre fuera creado. Los ángeles estaban gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno del Señor. Después que Adán y Eva fueron creados, el Altísimo les dio a conocer su ley. No fue escrita entonces; pero Jehová la repitió en presencia de ellos.

El día de reposo del cuarto mandamiento fue instituido en el Edén. Después de haber hecho el mundo y haber creado al hombre sobre la tierra, hizo el sábado para el hombre. Después del pecado y la caída de Adán nada se eliminó de la ley de Dios. Los principios de los Diez Mandamientos existían antes de la caída y eran de tal naturaleza que se adecuaban a las condiciones de los seres santos. Después de la caída no se cambiaron los principios de esos preceptos, sino que se añadieron algunos tomando en cuenta la condición caída del hombre.

Se estableció un sistema que requería el sacrificio de animales, para mantener constantemente frente al hombre caído lo que la serpiente logró que Eva no creyera, es a saber, que la paga de la desobediencia es muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesaria la muerte de Cristo como sacrificio, para que de esa manera fuera posible que el hombre se librara de ese castigo, y al mismo tiempo se preservara el honor de la ley de Dios. El sistema de sacrificios debía enseñar humildad al hombre, en vista de su condición caída, y debía conducirlo al arrepentimiento y a confiar sólo en
[149] el Señor para el perdón de sus pasadas transgresiones a su ley, por medio del prometido Redentor. Si la ley de Dios nunca hubiera sido traspasada nunca habría habido muerte, ni habría habido necesidad de preceptos adicionales para adaptarlos a la condición caída del hombre.

Adán enseñó la ley de Dios a sus descendientes, y ésta fue transmitida por los fieles a través de las generaciones sucesivas. La constante transgresión de la ley de Dios requirió el derramamiento de un diluvio sobre la tierra. La ley fue preservada por Noé y su familia que por obrar bien fueron salvados en el arca mediante un milagro de Dios. Noé enseñó los Diez Mandamientos a sus descendientes. El Señor preservó a un pueblo propio, a partir de Adán, en cuyo corazón estaba su ley. Dice que Abrahán "oyó... mi voz, y guardó

mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes”. Génesis 26:5.

El Señor se le apareció a Abrahán y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera”. Génesis 17:1, 2. “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti”. Ver. 7.

Después requirió que Abrahán y su descendencia se circuncidaran, lo que era un círculo cortado en la carne, como señal de que Dios los había cortado y separado de todas las naciones para que constituyeran su tesoro especial. Mediante esa señal se comprometían solemnemente a no contraer matrimonio con personas provenientes de otras naciones, porque si lo hacían podían perder su reverencia por Dios y su santa ley, y llegarían a ser semejantes a los pueblos idólatras que los rodeaban. [150]

Mediante el acto de la circuncisión aceptaban solemnemente cumplir su parte de las condiciones del pacto hecho con Abrahán, es a saber, mantenerse separados de todas las naciones y ser perfectos. Si los descendientes de Abrahán se hubieran mantenido separados de las otras naciones, no habrían caído en la idolatría. Al mantenerse separados de las otras naciones, la gran tentación de participar de sus costumbres pecaminosas y de revelarse contra Dios no hubiera existido para ellos. Perdieron en gran medida su carácter peculiar y santo al mezclarse con las naciones que los rodeaban. A fin de castigarlos, el Señor trajo hambre sobre la tierra, lo que los obligó a descender a Egipto para preservar su vida. Pero Dios no los olvidó mientras estaban en Egipto, por causa de su pacto con Abrahán. Permitió que fueran oprimidos por los egipcios para que se volvieran a él en su angustia, eligieran su gobierno justo y misericordioso, y obedecieran sus requerimientos.

Sólo unas pocas familias descendieron al principio a Egipto. Crecieron hasta convertirse en una gran multitud. Algunos fueron cuidadosos al instruir a sus hijos en la ley de Dios, pero muchos israelitas habían visto tanta idolatría que tenían ideas confusas acerca de la ley de Dios. Los que temían a Dios clamaban con angustia de espíritu para que se quebrantara el yugo de su gravosa esclavitud, y para que el Señor los sacara de la tierra de su cautiverio a fin de que

pudieran servirlo libremente. Dios escuchó sus clamores y suscitó a Moisés como instrumento suyo para que llevara a cabo la liberación de su pueblo. Después de salir de Egipto, y de la división de las
[151] aguas del mar Rojo delante de ellos, el Señor los probó para ver si confiaban en el que los había sacado, una nación de otra nación, por medio de señales, tentaciones y maravillas. Pero no pudieron soportar la prueba. Murmuraron contra el Señor por las dificultades que encontraron en el camino, y manifestaron su deseo de regresar otra vez a Egipto.

Escritas en tablas de piedra

Para que no tuvieran excusa, el Señor mismo condescendió a descender al Sinaí, envuelto en gloria y rodeado por sus ángeles, y en una forma sublime e impresionante dio a conocer su ley de los Diez Mandamientos. No confió en nadie para enseñarla, ni siquiera en sus ángeles, sino que dio su ley con voz audible al oído de todo el pueblo. Ni aun entonces confió en la frágil memoria de una gente proclive a olvidar sus requerimientos, sino que los escribió con su propio dedo en tablas de piedra. Eliminó toda posibilidad de que mezclaran sus santos preceptos con tradiciones, o que confundieran sus requerimientos con las costumbres de los hombres.

Se acercó entonces aún más a su pueblo, tan dispuesto a apartarse, de modo que no se limitó a dejarle los diez preceptos del Decálogo. Ordenó a Moisés que escribiera lo que le iba a decir, es a saber, juicios y leyes con indicaciones precisas con respecto a lo que quería que hicieran, para que así guardaran los diez preceptos que habían sido grabados en tablas de piedra. Esas indicaciones y esos requerimientos específicos se dieron para inducir al hombre falible a obedecer la ley moral, que tan dispuesto está a transgredir.

Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como le fue
[152] dada a Adán después de su caída, y preservada en el arca por Noé, y observada por Abrahán, no habría habido necesidad del rito de la circuncisión. Y si los descendientes de Abrahán hubieran guardado el pacto, del cual la circuncisión era una garantía, nunca hubieran caído en la idolatría ni se habría permitido que descendieran a Egipto ni habría habido necesidad de que Dios proclamara su ley desde el Sinaí y la grabara en tablas de piedra, ni que salvaguardara esos

preceptos mediante las indicaciones, los juicios y los estatutos que le dio a Moisés.

Juicios y estatutos

Este escribió esos juicios y estatutos procedentes de los labios de Dios mientras se encontraba con él en el monte. Si el pueblo de Dios hubiera obedecido los principios contenidos en los Diez Mandamientos, no habría habido necesidad de las indicaciones definidas dadas a Moisés, que él escribió en un libro, con relación a su deber hacia Dios y hacia sus semejantes. Las indicaciones difinidas que el Señor le dio a Moisés con respecto al deber de su pueblo hacia sus semejantes y al extranjero, son los principios de los Diez Mandamientos simplificados, y presentados en forma definida para que no pudieran caer en error.

El Señor instruyó a Moisés claramente con respecto a los sacrificios ceremoniales que debían terminar con la muerte de Cristo. El sistema de sacrificios preanunciaba la ofrenda de Cristo como Cordero sin mancha.

El Altísimo estableció primeramente el sistema de ofrendas y sacrificios con Adán después de su caída; éste los enseñó a sus descendientes. Este sistema se corrompió antes del diluvio por causa de los que se separaron de los fieles seguidores del Señor y se dedicaron [153]
a la construcción de la torre de Babel. Ofrecieron sacrificios a los dioses que ellos mismos se hicieron en lugar de ofrecérselos al Dios del cielo. Lo hicieron no porque tuvieran fe en el Redentor venidero, sino porque creían que podrían agradar a sus dioses al ofrecer una gran cantidad de animales sobre sus altares contaminados e idolátricos. Su superstición los indujo a caer en enormes extravagancias. Enseñaban a la gente que mientras más valiosos fueran los sacrificios que ofrecía, mayor placer proporcionarían a sus ídolos, y mayores serían también la prosperidad y las riquezas de la nación. Por esa razón a menudo se ofrecían sacrificios humanos a esos dioses inertes. Esas naciones tenían leyes y reglamentos sumamente crueles para controlar las acciones de la gente. Esas leyes fueron promulgadas por hombres cuyos corazones no habían sido suavizados por la gracia; y aunque podían condonar el más degradante de los crímenes,

una pequeña ofensa los inducía a castigarla con el más cruel de los castigos.

Moisés tenía presente esto cuando dijo a Israel: “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es ésta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo
[154] pongo hoy delante de vosotros?” Deuteronomio 4:5-8.

Capítulo 19—El santuario terrenal

Este capítulo está basado en Éxodo 25-40.

El tebernaculo fue hecho de acuerdo con el mandamiento de Dios. El Señor suscitó hombres y los habilitó con facultades sobrenaturales para llevar a cabo una obra sumamente ingeniosa. No se permitió que ni Moisés ni sus obreros planificaran la forma ni los métodos de construcción del edificio. Dios mismo trazó el plano y se lo dio a Moisés, con indicaciones definidas en cuanto a su tamaño y sus formas, y los materiales que debían emplearse en la construcción, y especificó cada mueble que se colocaría en él. Le presentó un patrón en miniatura del santuario celestial, y le ordenó que hiciera todo de acuerdo con el modelo que se le había mostrado en el monte. Moisés escribió todas estas indicaciones en un libro y las leyó delante de la gente más influyente.

Entonces el Señor pidió al pueblo que trajera una ofrenda voluntaria, para que le hicieran un santuario, de manera que pudiera morar entre ellos. "Y salió toda la congregación de los hijos de Israel de delante de Moisés. Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del tabernáculo de reunión y para toda su obra, y para las sagradas vestiduras. Vinieron así hombres como mujeres, todos los voluntarios de corazón, y trajeron cadenas y zarcillos, anillos y [155]
brazaletes, y toda clase de joyas de oro; y todos presentaban ofrendas de oro a Jehová".

Era necesario realizar grandes y costosos preparativos. Había que reunir materiales preciosos y costosos. Pero el Señor aceptaba solamente las ofrendas voluntarias. La devoción a la obra de Dios y el sacrificio sincero se requerían en primer lugar a fin de preparar un sitio para el Altísimo. Y cuando ya estaba en marcha la construcción del santuario, y la gente estaba trayendo sus ofrendas a Moisés, y cuando él las estaba presentando a los obreros, todos los hombres sabios que estaban dedicados a la obra evaluaron las ofrendas y

vieron que la gente había traído suficiente e incluso más de lo que se podía usar. Y Moisés proclamó por el campamento lo siguiente: “Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más”.

Una advertencia para las generaciones venideras

Las repetidas murmuraciones de los israelitas, y las manifestaciones de la ira de Dios por causa de sus transgresiones, aparecen registradas en la historia sagrada en beneficio del pueblo de Dios que habría de vivir después sobre la tierra, pero muy especialmente para que constituyeran una advertencia para los que vivieran cerca del fin del tiempo. Incluso sus actos de devoción, la energía y la generosidad manifestada al traer sus ofrendas voluntarias a Moisés aparecen registrados en beneficio del pueblo del Señor. Su ejemplo al preparar con tanta alegría los materiales para el tabernáculo son
[156] un ejemplo para todos los que verdaderamente aman y adoran al Altísimo. Los que aprecian la bendición de la sagrada presencia de Dios, cuando preparan la construcción de un lugar para encontrarse con él, debieran manifestar más interés y celo en esa obra sagrada, y debieran adjudicarle un valor proporcionalmente mayor a las bendiciones celestiales que a las comodidades terrenales. Debieran comprender que están edificando una casa para el Señor.

Ciertamente es importante que un edificio que se levanta expresamente para que Dios se encuentre con su pueblo debiera ser edificado con cuidado, para que sea cómodo, limpio y conveniente, puesto que ha de ser dedicado al Señor y ofrecido a él, y se le ha de solicitar que more en su casa, para que ésta adquiera un carácter sagrado gracias a su santa presencia. Se debiera dar lo suficiente a Jehová, y en forma voluntaria, para poder llevar a cabo la obra con amplitud, de manera que los obreros puedan decir: “No traigan más ofrendas”.

De acuerdo con el modelo

Cuando estuvo terminada la construcción del tabernáculo, Moisés examinó toda la obra, la comparó con el modelo y con las in-

dicaciones que había recibido de Dios, y verificó que cada porción concordara con el modelo; y bendijo al pueblo.

El Señor dio un modelo del arca a Moisés, con indicaciones especiales en cuanto a cómo hacerla. Esta debía contener las tablas de la ley, sobre las cuales Dios mismo había grabado con su propio dedo los Diez Mandamientos. Parecía un baúl, y estaba revestida de oro puro por dentro y por fuera. Tenía un adorno semejante a una corona de oro alrededor de su parte superior. La tapa de esta arca [157]
era el propiciatorio, hecha de oro macizo. En cada extremo de éste había un querubín labrado en oro puro y macizo. Sus rostros estaban dirigidos el uno frente al del otro, y contemplaban con reverencia hacia abajo en dirección del propiciatorio, para representar a todos los ángeles celestiales que contemplan con interés y reverencia la ley depositada en el arca del santuario celestial. Estos querubines tenían alas. Una de ellas se extendía hacia lo alto, mientras la otra cubría su cuerpo. Esto ocurría con cada ángel. El arca del santuario terrenal era una réplica de la verdadera arca del cielo. Allí, al lado del arca celestial, se mantienen de pie los ángeles vivientes, a cada extremo del arca, cada uno de los cuales cubre el propiciatorio con una de sus alas, elevándolas hacia lo alto, mientras con la otra cubren sus cuerpos en señal de reverencia y humildad.

Se pidió a Moisés que colocara en el arca terrenal las tablas de piedra. Se las llamó tablas del testimonio; y el arca recibió el nombre de arca del testimonio, porque contenían el testimonio de Dios en los Diez Mandamientos.

Los dos compartimientos

El tabernáculo estaba constituido por dos compartimientos separados por una cortina o velo. Todos los muebles del tabernáculo estaban hechos de oro macizo, o revestidos de oro. Las cortinas del tabernáculo ofrecían una variedad de colores, combinados en forma sumamente bella, y en esas cortinas había querubines bordados con hilos de oro y plata, para representar a la hueste angélica que está relacionada con la obra del santuario celestial y que son ángeles que ministran en favor de los santos que se encuentran en la tierra. [158]

Detrás del segundo velo estaba el arca del testimonio, y una hermosa y rica cortina se extendía delante de ella. Esta cortina

no llegaba hasta el cielo raso del edificio. La gloria de Dios, que se manifestaba sobre el propiciatorio, podía ser vista desde ambos compartimientos, pero en un grado mucho menor en el primero de ellos.

Directamente delante del arca, pero separado por las cortina, estaba el altar de oro del incienso. El fuego que ardía en ese altar había sido encendido por Dios mismo, y se lo cuidaba reverentemente alimentándolo con tanto incienso, que llenaba el santuario con su humo fragante de día y de noche. Su perfume se extendía por kilómetros a la redonda en torno del tabernáculo. Cuando el sacerdote ofrecía el incienso delante del Señor, miraba hacia el propiciatorio. Aunque no lo veía, sabía que estaba allí, y cuando el incienso se elevaba como una nube, la gloria del Señor descendía sobre el propiciatorio y llenaba el lugar santísimo y era visible también en el lugar santo, y esa gloria a menudo llenaba de tal modo ambos compartimientos, que el sacerdote se veía impedido de oficiar y obligado a mantenerse de pie junto a la puerta del tabernáculo.

El sacerdote que en el lugar santo dirigía sus plegarias por fe hacia el propiciatorio, que no podía ver, representa al pueblo de Dios que dirige sus plegarias a Cristo quien se encuentra frente al propiciatorio del santuario celestial. No puede ver a su Mediador con sus ojos naturales, pero mediante el ojo de la fe puede ver a Cristo frente al propiciatorio, y le dirige sus oraciones, y con seguridad suplica los beneficios de su obra mediadora.

Estos sagrados compartimientos no tenían ventanas que permitieran entrar la luz. El candelabro hecho de puro oro se mantenía
[159] encendido de noche y de día, y proporcionaba luz para ambos compartimientos. La luz de las lámparas del candelabro se reflejaba en las tablas recubiertas de oro que se hallaban a ambos lados del edificio, como asimismo sobre los muebles sagrados y sobre las cortinas de hermosos colores con querubines bordados con hilos de oro y plata, cuyo aspecto era tan glorioso que no se lo puede describir. No hay lengua capaz de expresar la sagrada hermosura, el encanto y la gloria que se veían en esos compartimientos. El oro del santuario reflejaba los diferentes matices de las cortinas, que parecían ostentar los colores del arco iris.

Sólo una vez al año el sumo sacerdote podía entrar en el lugar santísimo después de preparativos sumamente solemnes y cuida-

dosos. Y ningún ojo mortal, salvo el del sumo sacerdote, podía contemplar la sagrada grandiosidad de este compartimiento, porque era la morada especial de la gloria visible de Dios. El sumo sacerdote siempre entraba temblando, mientras la gente aguardaba su regreso en medio del más solemne silencio. Sus más fervientes deseos eran que Dios los bendijera. Frente al propiciatorio Dios mantenía comunión con el sumo sacerdote. Si éste permanecía más tiempo del que parecía conveniente, la gente a menudo comenzaba a aterrorizarse, temerosa de que por causa de sus pecados o algún pecado del sacerdote la gloria del Señor le hubiera quitado la vida. Pero cuando oían el sonido de las campanillas que llevaba en su vestimenta, sentían un profundo alivio. Salía entonces el sumo sacerdote y bendecía al pueblo.

Cuando la obra del tabernáculo estuvo terminada, "una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba". [160]
"Porque la nube de Jehová estaba de día sobre el tabernáculo, el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas".

El tabernáculo se construyó de tal manera que se lo podía desarmar en piezas para llevarlo en ocasión de todos sus viajes.

La nube guiadora

El Señor condujo a los israelitas en todas sus peregrinaciones por el desierto. Cuando era para el bien del pueblo y la gloria de Dios que levantaran sus tiendas en cierto lugar y moraran allí, el Altísimo lo manifestaba mediante la columna de nube que descendía directamente sobre el tabernáculo. Y allí permanecía hasta que el Señor quería que emprendieran el viaje de nuevo. Entonces la nube de gloria se elevaba por encima del tabernáculo, y así volvían a viajar.

En todos sus viajes manifestaban un orden perfecto. Cada tribu llevaba un estandarte con el emblema de la casa de su padre, y cada una de ellas había recibido la orden de acampar junto a su estandarte. Y cuando viajaban, las diferentes tribus marchaban en orden, cada una junto a su propio estandarte. Cuando descansaban de sus viajes,

erigían el tabernáculo, y entonces las diferentes tribus levantaban sus tiendas en orden, justamente en el lugar que Dios les había mandado, alrededor del tabernáculo, a cierta distancia de él.

Durante sus viajes llevaban el arca del pacto delante de ellos.
“Y la nube de Jehová iba sobre ellos de día, desde que salieron del
[161] campamento. Cuando el arca se movía, Moisés decía: Levántate, oh
Jehová, y sean dispersados tus enemigos, y huyan de tu presencia
los que te aborrecen. Y cuando ella se detenía, decía: Vuelve, oh
[162] Jehová, a los millares de millares de Israel”.

Capítulo 20—Los espías y su informe

Este capítulo está basado en Números 13:1-14:39.

El Señor mandó a Moisés que enviara hombres a espiar la tierra de Canaán, que él iba a dar a los hijos de Israel. Para cumplir este propósito se debía seleccionar a un dirigente de cada tribu. Salieron y después de cuarenta días regresaron de su investigación, se presentaron delante de Moisés y Aarón y toda la congregación de Israel, y les mostraron los frutos de la tierra. Estuvieron de acuerdo en que se trataba de una buena tierra, y exhibieron los ricos frutos que habían traído como evidencia de ello. Un racimo de uvas que trajeron era tan enorme, que debían llevarlo entre dos hombres colgado de una vara. También trajeron higos y granadas, que allí se producían en abundancia.

Después de referirse a la fertilidad de la tierra, todos menos dos se expresaron con desánimo en cuanto a la capacidad de ellos de poseerla. Dijeron que la gente que moraba en la tierra era muy fuerte, y que sus ciudades estaban rodeadas de grandes y elevados muros; y, además, vieron allí a los hijos del gigante Anac. A continuación describieron a la gente que moraba por los alrededores de Canaán, y se refirieron a la imposibilidad de poseer alguna vez la tierra.

Cuando el pueblo escuchó este informe dio rienda suelta a su desilusión con amargos reproches y clamores. No se detuvieron a re- [163] flexionar y razonar que si Dios los había traído hasta allí, ciertamente les daría la tierra. Cedieron de inmediato al desánimo. Limitaron el poder del Santo y no confiaron en Dios, que los había conducido hasta ese instante. Cubrieron de reproches a Moisés y murmuraron uno con el otro diciendo: "Este es entonces el fin de todas nuestras esperanzas. Para obtener esta tierra hemos viajado desde Egipto".

Caleb y Josué trataron de lograr que se los escuchara, pero la gente estaba tan excitada que no podía tener la calma suficiente para oír a estos dos hombres. Cuando se tranquilizaron un poco Caleb se aventuró a hablar. Dijo a la gente: "Subamos luego, y tomemos

posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos”. Pero los hombres que fueron con ellos dijeron: “No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros”. Y siguieron repitiendo su mal informe, y afirmaron que todos los hombres eran de elevada estatura. “También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos.

Israel vuelve a murmurar

“Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán,
[164] y volvámonos a Egipto. Entonces Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros delante de toda la multitud de la congregación de los hijos de Israel”.

Los israelitas no solo dieron rienda suelta a sus quejas contra Moisés, sino que acusaron a Dios mismo de obrar deshonestamente con ellos al prometerles una tierra que no eran capaces de poseer. Su espíritu rebelde se agitó de tal manera que con completo olvido del brazo poderoso de la omnipotencia que los había sacado de la tierra de Egipto y los había conducido hasta ese momento mediante una serie de milagros, resolvieron elegir un comandante que los llevara de regreso a Egipto, donde habían sido esclavos y donde habían sufrido tantas dificultades. En efecto, nombraron a un capitán, con lo que descartaron a Moisés, su paciente y sufrido dirigente; y se quejaron amargamente de Dios.

Moisés y Aarón cayeron sobre sus rostros delante del Señor y en presencia de toda la asamblea de la congregación, para implorar misericordia de Dios en favor de ese pueblo rebelde. Pero su angustia y su pesar eran demasiado grandes para expresarlos con palabras. Permanecieron postrados en medio de un total silencio. Caleb y Josué rasgaron sus vestiduras como expresión de su profunda pena. “Y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo:

La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradara de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis".

"Su amparo se ha apartado de ellos". Es decir, los cananeos habían llenado la medida de su iniquidad, y la protección divina se [165] había apartado de ellos, y aunque se sentían perfectamente seguros, no estaban preparados para la batalla; y por virtud del pacto de Dios, esa tierra les pertenecía a los israelitas. Pero en lugar de que estas palabras tuvieran el efecto deseado sobre el pueblo, aumentaron su decidida rebelión. Se enfurecieron y clamaron en alta voz y con gritos de ira que Caleb y Josué debían ser apedreados, lo que habrían hecho si el Señor no se hubiera interpuesto mediante un impresionante despliegue de su terrible gloria en el tabernáculo de la congregación delante de todos los hijos de Israel.

La victoriosa súplica de Moisés

Moisés acudió al tabernáculo para conversar con Dios. "Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos. Pero Moisés respondió a Jehová: Lo oirán luego los egipcios, porque de en medio de ellos sacaste a este pueblo con tu poder; y lo dirán a los habitantes de esta tierra, los cuales han oído que tú, oh Jehová, estabas en medio de este pueblo, que cara a cara aparecías tú, oh Jehová, y que tu nube estaba sobre ellos, y que de día ibas delante de ellos en columna de nube, y de noche en columna de fuego; y que has hecho morir a este pueblo como a un solo hombre; y las gentes que hubieran oído tu fama hablarán, diciendo: Por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto".

Una vez más Moisés rehusó permitir que se destruyera a Israel y que se hiciera de él una nación más poderosa que ésta. Este fervoroso [166]
siervo de Dios manifestó de esa manera su amor por Israel y puso

en evidencia su celo por la gloria de su Hacedor y el honor de su pueblo: "Tú has perdonado a este pueblo desde la salida de Egipto hasta ahora, has sido paciente y misericordioso hasta este momento frente a su ingratitud; por indignos que hayan sido, tu misericordia permanece inalterable". Y a continuación rogó: "Por lo tanto, ¿no quisieras perdonarlos una vez más, y añadir otra muestra de tu divina paciencia a las muchas que ya has manifestado?"

"Entonces Jehová dijo: Yo lo he perdonado conforme a tu dicho. Mas tan ciertamente como vivo yo, y mi gloria llena toda la tierra, todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá. Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión".

De regreso al desierto

El Señor ordenó a los hebreos que regresaran al desierto en dirección del Mar Rojo. Se habían acercado a la buena tierra, pero por causa de su malvada rebelión perdieron su derecho a gozar de la protección de Dios. Si hubieran aceptado el informe de Caleb y Josué, y hubieran avanzado inmediatamente, Dios les habría dado la tierra de Canaán. Pero fueron incrédulos y manifestaron un espíritu tan insolente contra Dios que acarrearon sobre sí la sentencia de que
[167] nunca entrarían en la tierra prometida. Piadosa y misericordiosamente Dios los envió de regreso al Mar Rojo, porque los amalecitas y los cananeos, mientras ellos perdían tiempo murmurando, se informaron de las incursiones de los espías y se prepararon para hacer guerra contra los hijos de Israel.

"Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: ¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí, las querellas de los hijos de Israel, que de mí se quejan?" El Señor ordenó a Moisés y Aarón que dijeran al pueblo que haría lo que habían pedido. Habían dicho: "¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!" Dios iba a cumplir la palabra de ellos. Ordenó a sus siervos que les dijeran que todos los que tuvieran veinte años o más caerían en el desierto, por causa de su rebelión

y de su queja contra Dios. Sólo Caleb y Josué entrarían en la tierra de Canaán. "Pero a vuestros niños, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis".

El Señor declaró que los hijos de los hebreos peregrinarían cuarenta años en el desierto, a partir de su salida de Egipto, a causa de la rebelión de sus padres hasta que todos éstos murieran. Tendrían que soportar y sufrir la consecuencia de su iniquidad por cuarenta años, de acuerdo con la cantidad de días que habían inspeccionado la tierra, un día por año. "Y conoceréis mi castigo". Debían comprender plenamente que ese era el castigo por la idolatría y por sus rebeldes quejas que habían obligado al Señor a mudar sus propósitos con respecto a ellos. A Caleb y a Josué les prometió una recompensa aparte de todo el resto de la hueste de Israel, pues ésta había perdido su derecho a implorar el favor y la protección de Dios. [168]

Capítulo 21—El pecado de Moisés

Este capítulo está basado en Números 20.

La consegración de Israel se encontró otra vez en medio del desierto, en el mismo lugar donde Dios la probó poco después de su salida de Egipto. El Señor les hizo salir entonces agua de la roca, que continuó fluyendo precisamente hasta el momento cuando ellos llegaron de nuevo junto a ella, y el Señor ordenó que esa fuente viva dejara de fluir, para examinarlos una vez más a fin de ver si soportarían la prueba de su fe o si nuevamente se quejarían de él.

Cuando los hebreos se sintieron sedientos y no pudieron encontrar más agua, se impacientaron, y no recordaron el poder de Dios que les había sacado agua de la roca cerca de cuarenta años antes. En lugar de confiar en el Señor se quejaron de Moisés y Aarón y les dijeron: "¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová!" Es decir, deseaban encontrarse entre los que fueron destruidos por la plaga que cayó como resultado de la rebelión de Coré, Datán y Abiram.

Clamaron de este modo en medio de su ira: "¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementeras,
[169] de higueras, de viñas y de granadas; ni aún de agua para beber. Y se fueron Moisés y Aarón delante de la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne a la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás agua de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él mandó.

Moisés cede ante la impaciencia

“Y reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y les dijo: ¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir agua de esta peña? Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces; y salieron muchas aguas, y bebió la congregación, y sus bestias. Y Jehová dijo a Moisés y Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado”.

En esto Moisés pecó. Se cansó de las constantes quejas de la gente contra él y los mandamientos de Dios, tomó la vara, y en lugar de hablar a la roca como Dios había mandado, la golpeó dos veces diciendo: “¿Os hemos de hacer salir agua de esta peña?” En esto habló precipitadamente con sus labios. No dijo: “Dios les va a dar ahora una nueva evidencia de su poder al sacar agua de esta roca”. No adjudicó el poder y la gloria a Dios por el agua que salió de la peña, y por eso mismo no lo glorificó delante de la gente. Por causa de esta falla de Moisés, Dios no le permitió que condujera al pueblo a la tierra prometida. [170]

La necesidad de la manifestación del poder de Dios invistió de gran solemnidad esa ocasión, y Moisés y Aarón debieran haberla aprovechado para causar una impresión favorable sobre el pueblo. Pero Moisés estaba excitado, impaciente y enojado con la gente, por causa de sus quejas, y dijo: “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?” Al expresarse de esa manera admitió virtualmente que la queja de Israel era correcta cuando le adjudicaban a él la salida del pueblo de Dios de Egipto. El Señor había perdonado a la gente transgresiones mayores que este error de Moisés, pero no podía considerar el pecado de un dirigente del pueblo como si fuera el de uno de sus dirigidos. No podía excusar el pecado de Moisés y permitirle entrar en la tierra prometida.

Jehová dio aquí a su pueblo una prueba irrefutable de que quien había producido esa maravillosa liberación y los había sacado de la esclavitud de Egipto era el Angel poderoso, y no Moisés, y que ese Angel era el que iba delante de ellos en todas sus peregrinaciones, y acerca del cual había dicho: “He aquí yo envío mi ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas

rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él". Éxodo 23:20, 21.

Moisés se adjudicó la gloria que pertenecía a Dios, y obligó al Señor a hacer algo en este caso que convenciera para siempre al rebelde Israel que no era Moisés quien los había sacado de Egipto, sino Dios mismo. El Altísimo había encargado a Moisés la dirección de su pueblo, mientras el poderoso Angel iba delante de ellos en todas sus jornadas y los conducía en todas sus peregrinaciones.
[171] Puesto que estaban tan inclinados a olvidar que el Señor los conducía por medio de su Angel, y a acreditar al hombre lo que solamente podía llevar a cabo el poder de Dios, los había probado para ver si le obedecerían o no. Pero cada vez que los sometió a prueba fracasaron. En lugar de crecer y reconocer que el Señor les había señalado senderos con evidencias de su poder y con señales concluyentes de su cuidado y su amor, desconfiaron del Altísimo y adjudicaron a Moisés su salida de Egipto, acusándolo de ser la causa de todos sus desastres. Moisés había soportado su testarudez con notable paciencia. En una ocasión incluso amenazaron apedrearlo.

Un duro castigo

Jehová iba a borrar para siempre esta impresión de sus mentes al prohibir a Moisés que entrara en la tierra prometida. Dios había honrado mucho a Moisés. Le había revelado su inmensa gloria. Lo había puesto en sagrada proximidad con él en el monte, y había condescendido a conversar con él como un hombre que habla con su amigo. Había comunicado a Moisés, y por su intermedio al pueblo, su voluntad, sus estatutos y leyes. El hecho de que fuera exaltado y honrado por Dios de esa manera le dio a su error una enorme magnitud. Moisés se arrepintió de ese error y se humilló profundamente delante de Dios. Expuso ante todo Israel el pesar que sentía por su pecado. No podía ocultar las consecuencias de su falta, y por eso les dijo que por no dar gloria a Dios no podía conducirlos a la tierra prometida. Entonces les preguntó que si un error de su parte
[172] era tan grande que merecía semejante corrección por parte de Dios, cómo consideraría el Señor sus constantes quejas al acusarlo a él (a Moisés) de las inusuales sanciones del Señor por causa de sus pecados.

En este caso particular Moisés había permitido que el pueblo albergara la impresión de que él había sacado agua de la roca, cuando debiera haber dado gloria al nombre del Señor ante su pueblo. Dios iba a zanjar entonces el asunto con su pueblo manifestando que Moisés era solamente un hombre, que seguía la dirección de Alguien más poderoso que él, es a saber, el Hijo de Dios. En este sentido los iba a dejar sin duda alguna. Cuando se da mucho, se requiere mucho. Moisés había sido sumamente favorecido con visiones especiales de la majestad de Dios. Se le había impartido en suma abundancia la luz y la gloria del Señor. Su rostro había reflejado sobre el pueblo la gloria que el Altísimo había permitido que resplandeciera sobre él. Todos serán juzgados de acuerdo con los privilegios que hayan tenido, y la luz y los beneficios que hayan recibido.

Los pecados de hombres buenos, cuyo comportamiento general ha sido digno de imitación, resultan especialmente ofensivos para Dios. Permiten que Satanás triunfe, que perturbe a los ángeles de Dios con los fracasos de sus instrumentos elegidos, y da a los impíos ocasión de manifestar arrogancia delante de Dios. El Señor mismo había guiado a Moisés de una manera especial, y le había revelado su gloria como no lo había hecho con nadie sobre la tierra. Era naturalmente impaciente, pero se había aferrado firmemente de la gracia de Dios y había implorado con humildad sabiduría del cielo para ser fortalecido por el Señor y vencer así su impaciencia, al punto que Dios se refirió a él diciendo que era el hombre más manso que podría encontrarse sobre la faz de toda la tierra. [173]

Aarón falleció en el monte Hor, porque el Señor había dicho que no entraría en la tierra prometida, porque como Moisés había pecado cuando salió agua de la roca en Meriba. Moisés y los hijos de Aarón lo sepultaron en el monte, para que la gente no cediera a la tentación de llevar a cabo una gran ceremonia en torno de su cuerpo, y cayera así en el pecado de la idolatría. [174]

Capítulo 22—La muerte de Moises

Este capítulo se basa en Deuteronomio 31-34.

Moises pronto iba a morir. Se le ordenó entonces reunir a los hijos de Israel antes de su muerte para informarles acerca de todas las peregrinaciones de la hueste hebrea desde su partida de Egipto, y todas las grandes transgresiones de sus padres, que les habían acarreado los juicios de Dios, y habían obligado al Señor a decirles que no entrarían en la tierra prometida. Sus padres habían muerto en el desierto, de acuerdo con la palabra del Señor. Sus hijos habían crecido, y en ellos había de cumplirse la promesa de posesión de la tierra de Canaán. Muchos de ellos eran pequeños cuando se dio la ley, y no recordaban en absoluto la grandiosidad de ese evento. Otros nacieron en el desierto, y frente a la posibilidad de que no comprendieran la necesidad de obedecer los Diez Mandamientos y todas las leyes y reglamentos dados a Moisés, Dios lo instruyó para que recapitulara los Diez Mandamientos y todas las circunstancias relacionadas con la promulgación de la ley.

Moisés había escrito en un libro todas las leyes y los reglamentos dados por Dios, y había registrado fielmente todas las instrucciones que había ido dando por el camino, y todos los milagros que había realizado en favor de ellos, y todas las murmuraciones de los hijos de
[175] Israel. Moisés también registró el hecho de que había sido vencido como consecuencia de sus quejas.

Instrucciones finales a Israel

Todo el pueblo se hallaba reunido delante de él, y leyó los acontecimientos de su historia pasada del libro que había escrito. También leyó las promesas que Dios les había hecho en el caso de que fueran obedientes, y las maldiciones que les sobrevendrían si eran desobedientes.

Moisés les dijo que por su rebelión Dios en varias oportunidades había tenido la intención de destruirlos, pero que él había intercedido

por ellos tan fervorosamente que el Señor los había perdonado con generosidad. Les recordó los milagros que hizo el Altísimo ante Faraón y toda la tierra de Egipto. Les dijo: "Mas vuestros ojos han visto todas las grandes obras que Jehová ha hecho. Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que seáis fortalecidos, y entréis y poseáis la tierra a la cual pasáis para tomarla". Deuteronomio 11:7, 8.

Moisés advirtió especialmente a los hijos de Israel que no fueran seducidos por la idolatría. Los instó con fervor a que obedecieran los mandamientos de Dios. Si obedecían al Señor y lo amaban y servían con un amor íntegro, les daría lluvias a su tiempo, haría crecer la vegetación y aumentaría sus ganados. Gozarían de privilegios especiales e importantes, y triunfarían sobre sus enemigos.

Moisés instruyó a los hijos de Israel con sinceridad y en forma impresionante. Sabía que era la última vez que les iba a dirigir la palabra. Terminó escribiendo en un libro todas las leyes, los reglamentos y estatutos que Dios le había dado, y las distintas instrucciones concernientes a las ofrendas y los sacrificios. Puso el libro en [176]
manos de hombres que ejercían cargos sagrados y les solicitó que, para salvaguardarlo, lo pusieran al lado del arca, donde el cuidado de Dios se ejercía continuamente. Había que preservar ese libro de Moisés para que los jueces de Israel pudieran referirse a él en todos los casos en que fuera necesario. La gente que está sometida al error a menudo interpreta los requerimientos de Dios de manera que se ajusten a su propio caso; por eso se guardó el libro de Moisés en un lugar sumamente sagrado, para que se recurriera a él en lo futuro.

Moisés puso fin a sus últimas instrucciones al pueblo mediante un discurso poderoso y profético, patético y elocuente. Bajo la inspiración de Dios bendijo por separado a las tribus de Israel. En sus palabras finales se espació bastante sobre la majestad de Dios y la excelencia de Israel, que perduraría para siempre si obedecía los mandamientos de Dios y se aferraba a su fortaleza.

El fallecimiento y la resurrección de Moisés

"Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está en frente de Jericó; y le mostró Jehová toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalí, y la tierra de Efraín

y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el Mar Occidental; el Neguev y la llanura, la vega de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar. Y le dijo Jehová: Esta es la tierra de que juré a Abrahán, a Isaac y a Jacob diciendo: A tu descendencia la daré. Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá. Y murió allí Moisés, siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. Y
[177] lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, en frente de Bet-peor; y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy. Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor".

Dios no quiso que nadie subiera con Moisés a la cumbre del Pisga. Allí éste se mantuvo de pie, sobre la elevada prominencia de la cumbre de ese monte, en la presencia de Dios y de los ángeles celestiales. Después de haber contemplado Canaán a su satisfacción, se reclinó a descansar como un guerrero fatigado. Lo asaltó el sueño, pero era el sueño de la muerte. Los ángeles tomaron su cuerpo y lo sepultaron en el valle. Los israelitas nunca pudieron encontrar el lugar donde fue sepultado. Ese funeral, celebrado en secreto, tenía como propósito evitar que la gente pecara contra el Señor cometiendo idolatría con su cuerpo.

Satanás se alegró muchísimo de haber conseguido éxito al lograr que Moisés pecara contra Dios. Por causa de esa transgresión cayó bajo el dominio de la muerte. Si hubiera seguido siendo fiel, y su vida no hubiera sido malograda por esa única transgresión, al no dar gloria a Dios cuando salió agua de la roca, podría haber entrado en la tierra prometida y haber sido trasladado al cielo sin pasar por la muerte. Miguel, o sea Cristo, y los ángeles que sepultaron a Moisés, descendieron del cielo después que permaneció en la tumba por algún tiempo y lo resucitaron para llevarlo al cielo.

Cuando Cristo y los ángeles se aproximaron a la tumba, Satanás y sus ángeles aparecieron junto a ella y montaron guardia en torno del cuerpo de Moisés para que no fuera retirado de allí. Al acercarse Cristo y sus ángeles, Satanás resistió ese avance, pero fue obligado a retroceder por la gloria y el poder de Cristo y sus ángeles. El
[178] adversario reclamó el cuerpo de Moisés por causa de esa única transgresión; pero Cristo mansamente recurrió a su Padre al decir: "El Señor te reprenda". Judas 9. Cristo dijo a Satanás que sabía que Moisés se había arrepentido humildemente de ese único error, que

no había más manchas en su carácter, y que su nombre permanecía en los libros del cielo sin mácula alguna. Entonces el Señor resucitó el cuerpo de Moisés que el diablo había reclamado.

En ocasión de la transfiguración de Cristo, Moisés y Elías, que fueron trasladados al cielo, fueron enviados para hablar con el Señor con respecto a sus sufrimientos, y para ser portadores de la gloria de Dios para su amado Hijo. Moisés fue grandemente honrado por el Altísimo. Tuvo el privilegio de hablar con el Señor cara a cara, como un hombre que habla con su amigo, y Dios le reveló su excelente gloria, como no lo hizo con nadie más. [179]

Capítulo 23—La entrada en la tierra prometida

Este capítulo está basado en Josué 1; 3-6; 23; 24.

Después de la muerte de Moisés, Josué había de ser el dirigente de Israel que tendría que conducirlos a la tierra prometida. Había sido su primer ministro durante la mayor parte del tiempo que los israelitas dedicaron a peregrinar por el desierto. Había visto las maravillosas obras realizadas por Dios por medio de Moisés, y comprendía bien la disposición del pueblo. Era uno de los dos espías que fueron enviados a explorar la tierra prometida, y uno de los dos que dio un fiel informe de su riqueza y que los animó a poseer la tierra con el poder de Dios. Estaba bien calificado para llevar a cabo esa importante tarea. El Señor prometió a Josué que estaría con él como había estado con Moisés, y que obraría para que Canaán le resultara fácil de conquistar, con la condición de que fuera fiel y guardara todos sus mandamientos. El estaba preocupado por saber cómo cumpliría su comisión de conducir al pueblo a la tierra de Canaán, pero estas palabras de ánimo disiparon sus temores.

Josué mandó a los hijos de Israel que se prepararan para un viaje de tres días, y ordenó a todos los hombres de guerra que estuvieran listos para la batalla. "Entonces respondieron a Josué, diciendo: Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos
[180] adonde quiera que nos mandes. De la manera que obedecimos a Moisés en todas las cosas, así te obedeceremos a ti; solamente que Jehová tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés. Cualquiera que fuere rebelde a tu mandamiento, y no obedeciere tus palabras en todas las cosas que le mandes, que muera; solamente que te esfuerces y seas valiente".

El cruce del Jordán por parte de los israelitas debía ser milagroso. "Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros. Y habló Josué a los sacerdotes, diciendo: Tomad el arca del pacto, y pasad delante del pueblo. Y ellos tomaron el arca del pacto y fueron delante del pueblo. Entonces Jehová dijo a

Josué: Desde este día comenzaré a engrandecerte delante de los ojos de todo Israel, para que entiendan que como estuve con Moisés, así estaré contigo”.

El cruce del Jordán

Los sacerdotes debían ir al frente del pueblo y llevar el arca que contenía la ley de Dios. Y cuando sus pies tocaron los bordes del Jordán, las aguas se separaron comenzando por arriba, y los sacerdotes pasaron llevando el arca que era un símbolo de la presencia divina; y la hueste de los hebreos los siguió. Cuando los sacerdotes llegaron al medio del Jordán, se les ordenó que permanecieran en el lecho del río hasta que pasara toda la hueste de Israel. En esa ocasión la generación de israelitas que vivía en ese momento se convenció de que las aguas del Jordán estaban sometidas al mismo poder que sus padres habían visto manifestarse ante ellos en el Mar Rojo cuarenta años antes. Muchos de ellos habían pasado el Mar
Rojo cuando eran niños. Ahora cruzaron el Jordán como hombres [181]
de guerra, perfectamente bien equipados para la batalla.

Cuando las huestes de Israel cruzaron el Jordán, Josué ordenó a los sacerdotes que salieran del río. Tan pronto como éstos, que llevaban el arca del pacto, salieron del río y estuvieron en pie en tierra seca, el Jordán comenzó a avanzar como antes y recuperó todos sus límites previos. Este maravilloso milagro llevado a cabo en favor de los israelitas aumentó grandemente su fe. Para que no fuera olvidado jamás, el Señor intimó a Josué a ordenar a hombres notables, uno de cada tribu, que sacara piedras del lecho del río, en el lugar donde los pies de los sacerdotes habían estado mientras la hueste hebrea lo cruzaba, para llevarlos sobre los hombros, y levantar un monumento en Gilgal, a fin de conservar el recuerdo del hecho de que Israel cruzó el Jordán por tierra seca. Después que los sacerdotes hubieron salido del Jordán, Dios retiró su mano poderosa y las aguas se abalanzaron como una tremenda catarata para seguir su curso.

Cuando todos los reyes de los amorreos y los cananeos oyeron que el Señor había detenido las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel, sus corazones se disolvieron de temor. Los israelitas habían dado muerte a dos de los reyes de Moab, y su cruce milagroso por en medio de las aguas impetuosas y arrolladoras del Jordán los llenaron

de tremendo terror. Josué circuncidó entonces a toda la gente que había nacido en el desierto. Después de esta ceremonia celebraron la Pascua en las llanuras de Jericó. "Y Jehová dijo a Josué: Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto".

Las naciones paganas habían denigrado a Jehová y a su pueblo porque los hebreos no habían poseído la tierra de Canaán que
[182] esperaban ocupar inmediatamente después de salir de Egipto. Sus enemigos triunfaron cuando ellos permanecieron peregrinando tanto tiempo en el desierto, y se envalentonaron y ensoberbecieron delante del Señor al declarar que no era capaz de llevarlos a la tierra de Canaán. Pero ahora habían cruzado en seco el Jordán, y ya sus enemigos no podían echarles nada más en cara.

El maná había seguido cayendo hasta ese momento; pero ahora que los israelitas estaban a punto de poseer Canaán y comer del fruto de la tierra ya no lo necesitaban más, y dejó de caer.

El capitán de las huestes de Jehová

Cuando Josué se apartó de los ejércitos de Israel para meditar y pedir a Dios que su presencia lo acompañara de una manera especial, vio a un hombre de elevada estatura, revestido de atuendos militares, con una espada desnuda en la mano. Josué no estaba seguro si pertenecía o no a los ejércitos de Israel, pero tampoco parecía enemigo. En su celo se aproximó a él y le dijo: "¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? El respondió: No; mas como príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo".

No era un ángel común. Era el Señor Jesucristo que había conducido a los hebreos por el desierto envuelto en la columna de fuego de noche y en la columna de nube de día. El lugar era santo por causa
[183] de su presencia; por eso se le ordenó a Josué que se descalzara.

Entonces el Señor instruyó a Josué en cuanto a lo que debía hacer para tomar Jericó. Todos los hombres de guerra recibieron la orden de rodear la ciudad una vez por día durante seis días, y cuando llegara el séptimo debían rodearla siete veces.

La toma de Jericó

“Llamando, pues, Josué hijo de Nun a los sacerdotes, les dijo: Llevad el arca del pacto, y siete sacerdotes lleven bocinas de cuerno de carnero delante del arca de Jehová. Y dijo al pueblo: Pasad, y rodead la ciudad; y los que están armados pasarán delante del arca de Jehová. Y así que Josué hubo hablado al pueblo, los siete sacerdotes, llevando las siete bocinas de cuerno de carnero, pasaron delante del arca de Jehová y tocaron las bocinas; y el arca del pacto de Jehová los seguía.

“Y los hombres armados iban delante de los sacerdotes y tocaban las bocinas, y la guardia iba tras el arca, mientras las bocinas sonaban continuamente. Y Josué mandó al pueblo diciendo: Vosotros no gritaréis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día que yo os diga: Gritad; entonces gritaréis. Así que él hizo que el arca de Jehová diera una vuelta alrededor de la ciudad, y volvieron luego al campamento, y allí pasaron la noche”.

La hueste hebrea marchaba en perfecto orden. Primero iba un grupo selecto de hombres armados, revestidos de sus atuendos militares, no para manifestar su pericia con las armas, sino para creer y obedecer las órdenes que se les dieran. A continuación seguían siete sacerdotes con trompetas. Enseguida venía el arca de Jehová, de oro
resplandeciente, con un halo de gloria que la envolvía, llevada por [184]
sacerdotes cubiertos de sus ricas vestimentas especiales que ponían de manifiesto su cargo sagrado. El vasto ejército de Israel seguía en perfecto orden, y cada tribu avanzaba bajo su respectivo estandarte. Así rodearon la ciudad con el arca de Dios. No se escuchaba ruido alguno a no ser las pisadas de la poderosa hueste, y el solemne sonido de las trompetas, cuyos ecos se extendían por las colinas y por toda la ciudad de Jericó.

Con asombro y alarma los vigías de la ciudad condenada observaban cada movimiento y lo comunicaban a los que ejercían autoridad. No podían decir qué significaba todo ese espectáculo. Algunos se burlaban de la idea de que la ciudad pudiera ser tomada de esa manera, pero otros estaban despavoridos al contemplar el esplendor del arca y el aspecto solemne y digno de los sacerdotes y del ejército de Israel que los seguía, con Josué al frente. Recordaban que cuarenta años antes el Mar Rojo se había partido en dos ante ellos, y

que hacía poco se había abierto un camino para que pudieran cruzar el Jordán. Estaban demasiado aterrorizados para hacer bromas. Se esmeraban en mantener cerradas las puertas de la ciudad, y en poner a poderosos guerreros para que las gurdaran.

Durante seis días los ejércitos de Israel dieron vueltas en torno de la ciudad. En el séptimo día la rodearon siete veces. A la gente se le ordenó, como siempre, que guardara silencio. Solamente debía oírse el sonido de las trompetas. El pueblo debía estar atento, y cuando los trompetistas emitieran un sonido más prolongado, debían clamar a gran voz porque Dios les había entregado la ciudad. "Al séptimo día se levantaron al despuntar el alba, y dieron vuelta a la ciudad de la misma manera siete veces; solamente ese día dieron vuelta
[185] alrededor de ella siete veces. Y cuando los sacerdotes tocaron las bocinas la séptima vez, Josué dijo al pueblo: Gritad, porque Jehová os ha entregado la ciudad... Entonces el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas; y aconteció que cuando el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, gritó con gran vocerío, y el muro se derrumbó. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron".

Dios quería demostrar a los israelitas que no podían atribuirse la conquista de Canaán. El Capitán de las huestes de Jehová venció a Jericó. El y sus ángeles estaban implicados en esa victoria. Cristo ordenó a los ejércitos del cielo que derribaran los muros de Jericó y prepararan así una entrada para Josué y los ejércitos de Israel. Dios, mediante este maravilloso milagro, no solamente fortaleció la fe de su pueblo en su capacidad de subyugar a sus enemigos, sino que los reprendió por su anterior incredulidad.

Jericó había desafiado a los ejércitos de Israel y al Dios del cielo. Y cuando contemplaron la hueste de Israel que marchaba alrededor de su ciudad cada día, sus habitantes se sintieron alarmados. Pero contemplaban sus poderosas defensas, sus muros elevados y sólidos, y se sentían seguros de que podrían resistir cualquier ataque. Pero cuando sus poderosos muros de repente se resquebrajaron y cayeron con un estrépito semejante al de un fortísimo trueno, quedaron paralizados de terror y no pudieron ofrecer resistencia.

Josué, dirigente sabio y consagrado

El carácter santo de Josué no ostentaba mancha alguna. Era un sabio dirigente. Su vida estaba totalmente dedicada a Dios. Antes de morir reunió a las huestes hebreas y siguiendo el ejemplo de [186]
Moisés recapituló sus peregrinaciones por el desierto y tambien la obra misericordiosa llevada a cabo por el Señor en favor de ellos. Acto seguido les habló con elocuencia. Les contó que el rey de Moab estaba en guerra con ellos y había llamado a Balaam para que los maldijera; pero Dios no quiso "escuchar a Balaam, por lo cual os bendijo repetidamente". Después les dijo: "Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quien sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová".

"Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos".

El pueblo renovó su pacto con Josué. Le dijeron: "A Jehová nuestro Dios serviremos, y su voz obedeceremos". Josué escribió las palabras de este pacto en el libro que contenía las leyes y los estatutos dados a Moisés. Recibió el amor y el respeto de todo Israel, y su muerte fue sumamente lamentada. [187]

Capítulo 24—El Arca de Dios y las vicisitudes de Israel

Este capítulo está basado en 1 Samuel 3-6; 2 Samuel 6; 1 Reyes 8.

El arca de Dios era un cofre sagrado, confeccionado para contener los Diez Mandamientos, que eran una manifestación de Dios mismo. Se consideraba que esta arca era la gloria y la fortaleza de Israel. La señal de la presencia divina se manifestaba sobre ella de día y de noche. Los sacerdotes que servían delante de ella eran dedicados a su santo oficio mediante ritos sagrados. Usaban un pectoral adornado con piedras preciosas de diferentes materiales, los mismos que constituyen los doce fundamentos de la ciudad de Dios. Sobre el pectoral se encontraban los nombres de las doce tribus de Israel, grabados en piedras preciosas engarzadas con oro. Era una prenda muy rica y hermosa, suspendida de los hombros de los sacerdotes, y que les cubría el pecho.

A la derecha y a la izquierda del pectoral se veían dos piedras más grandes, que brillaban con mucho resplandor. Cuando los jueces tenían que tratar asuntos difíciles, que no podían decidir por sí mismos, se los enviaba a los sacerdotes, quienes consultaban a Dios y el Señor respondía. Si su veredicto era favorable, y si quería concederles buen éxito, un halo de luz y gloria reposaba especial-
[188] mente sobre la piedra preciosa ubicada a la derecha. Si en cambio desaprobaba el asunto, una especie de vapor o nube parecía cubrir la piedra preciosa de la izquierda. Cuando consultaban a Dios con respecto a una batalla, si la piedra preciosa de la derecha quedaba envuelta en luz, quería decir: "Vayan, y sean prosperados". Si en cambio la piedra de la izquierda se envolvía en una nube, quería decir: "No vayan, no van a prosperar".

Cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo una vez al año, para ejercer su ministerio delante del arca en la abrumadora presencia de Dios, consultaba al Señor, y éste a menudo respondía con voz audible. Cuando no lo hacía de viva voz, los sagrados rayos

de su gloria descansaban sobre el querubín que se encontraba al lado derecho del arca, en señal de aprobación o favor. Si rechazaba el requerimiento, una nube envolvía al querubín de la izquierda.

Cuatro ángeles del cielo acompañaban siempre el arca de Dios en todas sus peregrinaciones, para protegerla de cualquier peligro y para cumplir toda misión que se les requiriera en relación con ella. Jesús, el Hijo de Dios, seguido por los ángeles celestiales, iba delante del arca cuando ésta se aproximaba al Jordán; las aguas se dividieron delante de su presencia. Cristo y los ángeles permanecieron junto al arca y los sacerdotes en el lecho del río hasta que todo Israel cruzó el Jordán. Cristo y los ángeles acompañaron al arca cuando ésta giraba en torno de Jericó, y finalmente derribaron sus macizos muros y entregaron la ciudad en manos de Israel.

El resultado del descuido de Elí

Cuando Elí era sumo sacerdote elevó a sus hijos a la dignidad sacerdotal. Sólo Elí tenía permiso para entrar en el lugar santísimo [189] una vez al año. Sus hijos ministraban junto a la puerta del tabernáculo y oficiaban en relación con las ofrendas de animales y en el altar de los sacrificios. Continuamente abusaban de su cargo sagrado. Eran egoístas, codiciosos, glotones y libertinos. Dios reprobó a Elí por su culpable negligencia con respecto a la disciplina familiar. Elí reprendía a sus hijos pero no los mantenía en sujeción. Después de ubicarlos en el sagrado cargo del sacerdocio, Elí oyó hablar de la conducta de ellos, de cómo defraudaban a los hijos de Israel en sus ofrendas, de sus audaces transgresiones de la ley de Dios y de su conducta violenta que indujo a pecar a Israel.

El Señor dio a conocer al niño Samuel los juicios que lanzaría sobre la casa de Elí a causa de la negligencia de éste. "Y Jehová dijo a Samuel: He aquí haré yo una cosa en Israel, que a quien la oyere, le retiñirán ambos oídos. Aquel día yo cumpliré contra Elí todas las cosas que he dicho sobre su casa, desde el principio hasta el fin. Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado. Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas".

Las transgresiones de los hijos de Elí eran tan audaces, tan insultantes para un Dios santo, que no había sacrificio que pudiera expiar esas violaciones voluntarias de su ley. Esos sacerdotes pecadores profanaban los sacrificios que representaban al Hijo de Dios. Y mediante su conducta blasfema pisoteaban la sangre de la expiación, de la cual provenía la virtud de todos los sacrificios.

Samuel transmitió a Elí las palabras del Señor; "entonces él
[190] dijo: Jehová es; haga lo que bien le pareciere". Elí sabía que Dios había sido deshonrado, y se sentía pecador. Admitió que Dios estaba castigando su negligencia culpable. Dio a conocer a todo Israel la palabra del Señor transmitida por medio de Samuel. Al hacerlo creyó corregir en cierta medida su pasada negligencia pecaminosa. El mal pronunciado contra el sacerdote no demoró en producirse.

Los israelitas guerrearon contra los filisteos y fueron vencidos, y cuatro mil de entre ellos murieron. Los hebreos estaban atemorizados. Sabían que si otras naciones llegaban a oír algo acerca de su derrota, se sentirían animadas a hacerles la guerra también. Los ancianos de Israel llegaron a la conclusión de que su fracaso se debía a que el arca de Dios no estaba con ellos. Enviaron gente a Silo para que buscara el arca del pacto. Se acordaron del cruce del Jordán y de la fácil victoria obtenida sobre Jericó cuando llevaban el arca, y decidieron que todo lo que necesitaban era tenerla entre ellos, y que de ese modo triunfarían sobre sus enemigos. No se dieron cuenta de que su fortaleza dependía de su obediencia a la ley que estaba dentro del arca, que era una manifestación de Dios mismo. Los indignos sacerdotes, es a saber, Ofni y Finees, estaban junto al arca sagrada, violando de ese modo la ley de Dios. Estos pecadores llevaron el arca al campamento de Israel. La confianza de los guerreros se restableció, y se sintieron seguros del éxito.

Los Filisteos toman el Arca

"Aconteció que cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló.
[191] Cuando los filisteos oyeron esa voz de júbilo, dijeron: ¿Qué voz de gran júbilo es ésta en el campamento de los hebreos? Y supieron que el arca de Jehová había sido traída al campamento. Y los filisteos tuvieron miedo, porque decían: Ha venido Dios al campamento. Y

dijeron: ¡Ay de nosotros! Pues antes de ahora no fue así. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses poderosos? Estos son los dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto. Esforzaos, oh filisteos, y sed hombres, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; sed hombres, y pelead. Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fue tomada, y muertos los dos hijos de Elí, Ofni y Finees”.

Los filisteos creían que esta arca era el dios de los israelitas. No sabían que el Dios viviente, creador de los cielos y la tierra, y que dio su ley en el Sinaí, enviaba prosperidad y adversidad de acuerdo con la obediencia o la transgresión a su santa ley que estaba dentro del arca sagrada.

Hubo una gran mortandad en el pueblo de Israel. Elí estaba sentado junto al camino, esperando con corazón tembloroso las noticias procedentes del ejército. Temía que el arca de Dios pudiera ser tomada y contaminada por la hueste filistea. Un mensajero procedente del ejército corrió hasta Silo e informó a Elí que sus dos hijos habían muerto. Pudo soportar esa noticia con cierta calma, porque tenía razones para esperarla. Pero cuando el mensajero añadió: “Y el arca de Dios ha sido tomada”, Elí se tambaleó angustiado sobre su silla, cayó de espaldas y murió. Participó de la ira de Dios que descendió sobre sus hijos. Era en gran medida culpable de sus transgresiones, por su criminal negligencia al no mantenerlos en sujeción. La toma [192]
del arca de Dios por parte de los filisteos se consideró la mayor calamidad que podría sobrevenir a Israel. La esposa de Finees, que estaba por dar a luz, llamó Icabod a su hijo diciendo: “Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios”.

En la tierra de los Filisteos

El Señor permitió que su arca fuera tomada por sus enemigos, para mostrar a Israel cuán vano era confiar en ella, símbolo de su presencia, mientras se hallaban transgrediendo los mandamientos que contenía. El Altísimo quiso humillarlos al retirar de en medio de ellos el arca sagrada, de la cual se vanagloriaban diciendo que era la fuente de su fortaleza y confianza.

Los filisteos se sentían triunfadores porque tenían, según creían, al famoso dios de los israelitas, que había llevado a cabo tan grandes maravillas para ellos y que los había convertido en el terror de sus enemigos. Llevaron el arca de Dios a Asdod, y la ubicaron en un espléndido templo, erigido en honor del más popular de sus dioses, es a saber, Dagón, y la pusieron junto a su ídolo. A la mañana siguiente los sacerdotes de esos dioses entraron al templo, y se aterrorizaron al descubrir que Dagón había caído en tierra sobre su rostro delante del arca del Señor. Lo levantaron y lo pusieron en su lugar primitivo. Creyeron que podría haber caído accidentalmente. Pero al otro día lo encontraron caído como la vez anterior, sobre su rostro, en el suelo, y la cabeza del ídolo y sus dos manos estaban separadas del cuerpo.

Los ángeles de Dios, que siempre acompañaban al arca, arrojaron
[193] en tierra ese ídolo inerte, y después lo mutilaron, para poner de manifiesto que Dios, el Dios viviente, está por encima de todos los dioses, y que en su presencia toda deidad pagana no es nada. Los paganos reverenciaban mucho a su dios, Dagón; y cuando lo encontraron mutilado sin remedio, caído sobre su rostro delante del arca de Dios, se sintieron tristes y lo consideraron un mal presagio para los filisteos. Se lo interpretó como que los filisteos y todos sus dioses se verían sometidos a los hebreos y destruidos por estos, y que el Dios de los israelitas sería más grande y poderoso que todos los dioses. Sacaron el arca del Señor del templo de su ídolo, y la dejaron en otro lugar.

Los filisteos conservaron el arca de Dios durante siete meses. Habían vencido a los israelitas y habían tomado el arca de Dios, que suponían era la fuente de su poder, y creyeron que siempre estarían a salvo y no tendrían más temor de los ejércitos de Israel. Pero en medio de su regocijo a consecuencia de su éxito, se escuchó un lamento por toda la tierra, que se adjudicó al arca del Señor. La llevaron aterrorizados de lugar en lugar, y por donde iba la destrucción la seguía, hasta que se sintieron tan perplejos que no sabían qué hacer con ella. Los ángeles que la acompañaban la protegieron de todo daño. Los filisteos no se atrevían a abrirla, porque como Dagón había tenido que enfrentar semejante destino, temían tocarla o acercarse a ella. Llamaron a los sacerdotes y a los adivinos y les preguntaron qué podían hacer con el arca de Dios. Estos aconsejaron que se la enviara al pueblo al cual pertenecía, con una costosa ofrenda por el pecado,

para que si el Señor quería aceptarla los sanara. También tuvieron que comprender que la mano del Altísimo estaba sobre ellos porque habían tomado su arca, que pertenecía solamente a Israel. [194]

El Arca vuelve a Israel

Algunos no estaban de acuerdo con que se hiciera esto. Era demasiado humillante devolver el arca, e insistieron en que ningún filisteo pusiera en peligro su vida por llevar el arca de Dios a Israel, ya que les había causado tanta muerte. Sus consejeros suplicaron al pueblo que no endureciera su corazón como los egipcios y Faraón lo habían hecho, para que no les sobrevinieran mayores aflicciones y plagas. Y como todos tenían miedo de tomar el arca del Señor, les aconsejaron diciendo: "Haced, pues, ahora un carro nuevo, y tomad luego dos vacas que críen, a las cuales no haya sido puesto yugo, y uncid las vacas al carro, y haced volver sus becerros de detrás de ellas a casa. Tomaréis luego el arca de Jehová, y la pondréis sobre el carro, y las joyas de oro que le habéis de pagar en ofrenda por la culpa, las pondréis en una caja al lado de ella; y la dejaréis que se vaya. Y observaréis; si sube por el camino de su tierra a Bet-semes él nos ha hecho este mal tan grande; y si no, sabremos que no es su mano la que nos ha herido, sino que esto ocurrió por accidente. Y aquellos hombres lo hicieron así; tomando dos vacas que criaban, las uncieron al carro, y encerraron en casa sus becerros... y las vacas se encaminaron por el camino de Bet-semes, y seguían camino recto, andando y bramando, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda".

Los filisteos sabían que no era posible obligar a las vacas a apartarse de sus terneros para dejarlos en casa a menos que un poder invisible las impulsara. Las vacas se fueron directamente a Bet-semes bramando por sus terneros, pero apartándose de ellos en línea recta. Los jefes de los filisteos siguieron el arca hasta los límites de Bet-semes. No se atrevían a confiar plenamente a las [195] vacas el arca sagrada. Temían que si algún mal le acontecía, mayores calamidades les sobrevendrían. No sabían que los ángeles de Dios acompañaban al arca y conducían a las vacas en su camino al lugar que les correspondía.

Se castiga la presunción

La gente de Bet-semes estaba cosechando en el campo y cuando vio el arca de Dios sobre el carro tirado por las vacas, se regocijó en gran manera. Sabían que esto era obra de Dios. Las vacas tiraron del carro que llevaba el arca hasta una gran piedra, y allí se quedaron quietas. Los levitas tomaron el arca de Jehová y la ofrenda de los filisteos, y ofrecieron en holocausto el carro y las vacas que habían traído el arca sagrada, y la ofrenda de los filisteos, en honor de Dios. Los jefes de los filisteos regresaron a Ecrón y la plaga cesó.

Los hombres de Bet-semes sentían curiosidad por saber qué gran poder residía en esa arca, que la capacitaba para hacer tantas cosas maravillosas. Consideraban que en ella residía ese poder, y no lo atribuían al Señor. Sólo hombres apartados para el oficio sagrado podían contemplar el arca desprovista de sus coberturas, sin ser muertos, porque contemplarla así era como mirar a Dios mismo. Y la gente satisfizo su curiosidad y abrió el arca para escudriñar sus secretos, lo que los paganos no se habían atrevido a hacer, de modo que los ángeles que cuidaban el arca dieron muerte a más de cincuenta mil personas.

Y la gente de Bet-semes temió al arca y dijo: "¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios santo? ¿A quién subirá desde nosotros?
[196] Y enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: Los filisteos han devuelto el arca de Jehová; descended, pues, y llevadla con vosotros". La gente de Quiriat-jearim llevó el arca de Jehová a la casa de Abinadab y santificó a su hijo para que la cuidara. Por veinte años los hebreos estuvieron dominados por los filisteos, fueron sumamente humillados y se arrepintieron de sus pecados, y Samuel intercedió por ellos, y Dios volvió a ser misericordioso con ellos. Y los filisteos hicieron guerra contra ellos, y el Señor nuevamente obró en forma milagrosa en favor de Israel, y vencieron a sus enemigos.

El arca permaneció en casa de Abinadab hasta que David llegó a ser rey. Reunió entonces a todos los hombres escogidos de Israel, treinta mil, y fue a buscar el arca de Dios. La colocó sobre un carro nuevo y la trajeron desde la casa de Abinadab. Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro. David y toda la casa de Israel tocaban delante del Señor toda clase de instrumentos musicales. "Cuando

llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano al arca de Dios, y la sostuvo; porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios". Uza estaba enojado con los bueyes, porque habían tropezado. Manifestó desconfianza en Dios, como si el que había traído el arca de la tierra de los filisteos no pudiera cuidarla. Los ángeles que la cuidaban hirieron a Uza por poner presuntuosa e impacientemente su mano en el arca de Dios.

"Y temiendo David a Jehová aquel día, dijo: ¿Cómo ha de venir a mí el arca de Jehová? De modo que David no quiso traer para sí el arca de Jehová a la ciudad de David; y la hizo llevar David a la casa de Obed-edom geteo". David sabía que era pecador, y temía que como Uza podía caer de alguna manera en la presunción y acarrear [197] sobre sí la ira de Dios. "Y estuvo el arca de Jehová en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa".

Dios quería enseñar a su pueblo que si bien es cierto el arca era terror y muerte para los que desobedecían los mandamientos que se hallaban en ella, también era bendición y fortaleza para los que los obedecían. Cuando David se enteró de que la casa de Obed-edom había recibido gran bendición, y que todo lo que tenía prosperaba por causa del arca de Dios, se sintió muy ansioso de traerla a su propia ciudad. Pero antes de aventurarse a mover el arca sagrada, David se consagró a Dios y también mandó a todos los hombres de gran autoridad en el reino que se abstuvieran de todo negocio mundanal y de todo lo que pudiera distraer sus mentes de la sagrada devoción. Así se santificarían para traer el arca sagrada a la ciudad de David. "Entonces David fue, y llevó con alegría el arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David...

"Metieron, pues, el arca de Jehová, y la pusieron en su lugar en medio de una tienda que David le había levantado; y sacrificó David holocaustos y ofrendas de paz delante de Jehová".

En el templo de Salomón

Cuando Salomón terminó de edificar el templo reunió a los ancianos de Israel y a los hombres más influyentes de entre el pueblo para traer el arca del pacto del Señor de la ciudad de David. Estos

hombres se consagraron a Dios y con gran solemnidad y reverencia acompañaron a los sacerdotes que llevaban el arca. "Y llevaron el
[198] arca de Jehová, y el tabernáculo de reunión, y todos los utensilios sagrados que estaban en el tabernáculo, los cuales llevaban los sacerdotes y levitas. Y el rey Salomón, y toda la congregación de Israel que se había reunido con él, estaban con él delante del arca, sacrificando ovejas y bueyes, que por la multitud no se podían contar ni numerar".

Salomón siguió el ejemplo de su padre David. Cada vez que daba seis pasos ofrecía un sacrificio. Con cantos, música y gran ceremonia "los sacerdotes metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines. Porque los querubines tenían extendidas las alas sobre el lugar del arca, y así cubrían los querubines el arca y sus varas por encima".

Habían edificado un santuario sumamente espléndido, de acuerdo con el modelo que se le mostró a Moisés en el monte y que más tarde el Señor le presentó a David. El santuario terrenal fue hecho de acuerdo con el celestial. Además de los querubines ubicados sobre la cubierta del arca, Salomón hizo dos ángeles más de gran tamaño, de pie en cada extremo del arca, para representar a los ángeles celestiales que siempre protegen la ley de Dios. Es imposible describir la belleza y el esplendor de este templo. Allí, tal como en el tabernáculo, se llevó el arca sagrada con orden, reverencia y solemnidad, y se la ubicó en su sitio entre las alas de los dos grandes querubines que estaban de pie sobre el piso.

El coro sagrado unió sus voces a la de toda clase de instrumentos músicos para alabar a Dios. Y mientras las voces en perfecto acuerdo con los instrumentos de música resonaban por el templo y se extendían por el aire hacia Jerusalén, la nube de la gloria de Dios tomó posesión de la casa como había ocurrido anteriormente con el
[199] tabernáculo. "Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová".

El rey Salomón se puso de pie sobre una plataforma de bronce ubicada delante del altar y bendijo al pueblo. Enseguida se arrodilló y con las manos extendidas hacia el cielo elevó una ferviente y

solemne oración a Dios mientras la congregación se postraba con el rostro hacia tierra. Cuando terminó su plegaria, un fuego milagroso descendió del cielo y consumió el sacrificio.

A causa de los pecados de Israel la calamidad que Dios dijo alcanzaría al templo si su pueblo se apartaba de él se cumplió algunos siglos después de su construcción. Dios prometió a Salomón que si permanecía fiel, y su pueblo obedecía sus mandamientos, ese glorioso templo permanecería para siempre en todo su esplendor, como una evidencia de la prosperidad y las espléndidas bendiciones que descenderían sobre Israel como resultado de su obediencia.

El cautiverio de Israel

Dios permitió que Israel fuera llevado en cautiverio por causa de su transgresión de los mandamientos del Señor y sus malas acciones, para humillarlo y castigarlo. Antes de la destrucción del templo, Dios informó a unos pocos de sus fieles siervos el destino de ese edificio, que era el orgullo de Israel, y que ellos idolatraban mientras al mismo tiempo pecaban contra Dios. También les reveló el cautiverio de Israel. Esos hombres justos, inmediatamente antes de la destrucción del templo, sacaron el arca sagrada que contenía las tablas de piedra, [200] y con dolor y pesar la ocultaron secretamente en una caverna donde estaría escondida del pueblo de Israel por causa de sus pecados, para no serles restituida nunca más. El arca sigue escondida. Nadie la ha perturbado jamás desde que se la escondió. [201]

Capítulo 25—La primera venida de Cristo

Se me llevó a la época cuando Jesús iba a tomar naturaleza humana, humillarse como hombre y soportar las tentaciones de Satanás.

Su nacimiento careció de grandeza mundanal. Nació en un establo y su cuna fue un pesebre; no obstante, su nacimiento fue honrado más que el de cualquiera de los hijos de los hombres. Los ángeles del cielo dieron información a los pastores acerca del advenimiento de Jesús, y la luz y la gloria de Dios acompañaron su testimonio. Las huestes celestiales pulsaron sus arpas y glorificaron al Señor. Anunciaron con tono de triunfo el advenimiento del Hijo de Dios a un mundo caído para llevar a cabo la obra de la redención, y brindar mediante su muerte felicidad y vida eterna al hombre. El Altísimo honró la venida de su Hijo. Los ángeles lo adoraron.

El bautismo de Jesús

Los ángeles de Dios acudieron al lugar de su bautismo, el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y reposó sobre él, y mientras la gente permanecía presa de gran asombro, con los ojos fijos en él, se oyó la voz del Padre, procedente del cielo, que decía: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco".

Juan no estaba seguro de que fuera el Salvador el que había
[202] venido a ser bautizado por él en el Jordán. Pero Dios había prometido darle una señal por medio de la cual podría saber quién era el Cordero de Dios. Esa señal se cumplió cuando la paloma celestial reposó sobre Jesús y la gloria de Dios resplandeció a su alrededor. Juan alzó la mano y señalando al Señor clamó con fuerte voz: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Juan 1:29.

El ministerio de Juan

Juan informó a sus discípulos que Jesús era el prometido Mesías, el Salvador del mundo. Cuando su obra estaba por concluir, les

enseñó a dirigir su mirada hacia él y a seguirlo como el gran Maestro. La vida de Juan estuvo llena de pesar y abnegación. Anunció el primer advenimiento de Cristo pero no se le permitió ser testigo de sus milagros y disfrutar del poder que manifestaba. Cuando Jesús comenzó a presentarse como Maestro, Juan se dio cuenta de que tenía que morir. Rara vez se oía su voz, salvo en el desierto. Su vida fue solitaria. No se aferró a la familia de su padre para gozar de su sociabilidad, sino que los dejó para cumplir su misión. Multitudes abandonaban sus atareadas ciudades y aldeas y se reunían en el desierto para escuchar las palabras de ese maravilloso profeta. Juan hincó el hacha en la raíz del árbol. Reprobó el pecado sin tomar en cuenta las consecuencias, y preparó el camino para el Cordero de Dios.

Herodes se sintió impresionado al escuchar los testimonios poderosos y certeros de Juan, y con profundo interés preguntó qué debía hacer para ser su discípulo. Este estaba al tanto del hecho de que el rey quería casarse con la mujer de su hermano, mientras aquél
todavía vivía, y con fidelidad le dijo que eso no era correcto. Pero [203]
Herodes no estaba dispuesto a hacer sacrificios. Se casó con la mujer de su hermano, y como resultado de la influencia de ésta prendió a Juan y lo puso en la cárcel, con la intención, sin embargo, de soltarlo después. Mientras se hallaba allí confinado, se enteró por medio de sus discípulos de las poderosas obras de Jesús. No podía escuchar sus palabras llenas de gracia, pero los discípulos le informaron y lo consolaron con lo que habían oído. Pronto Juan fue decapitado como resultado de la influencia de la mujer de Herodes. Vi que los más humildes discípulos que siguieron a Jesús y fueron testigos de sus milagros y escucharon las consoladoras palabras que brotaban de sus labios, fueron mayores que Juan el Bautista, es decir fueron más exaltados y honrados, y derivaron mayor placer de la vida.

Juan vino con el espíritu y el poder de Elías para proclamar el primer advenimiento de Jesús. Se me señalaron los últimos días y vi que Juan representa a los que saldrán con el espíritu y el poder de Elías para anunciar el día de la ira y la segunda venida de Jesús.

La tentación

Después del bautismo de Jesús en el Jordán, fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. El Espíritu Santo lo preparó para la experiencia especial de esas fieras tentaciones. Durante cuarenta días fue tentado por Satanás, y en su transcurso no comió nada. Todo lo que había a su alrededor era desagradable, tendiente a quebrantar la naturaleza humana. Estaba rodeado por bestias feroces y por el diablo, en un lugar desolado y solitario. El
[204] Hijo de Dios estaba pálido y exhausto por causa del ayuno y el sufrimiento. Pero su camino estaba trazado, y debía cumplir la tarea que había venido a realizar.

Satanás se aprovechó de los sufrimientos del Hijo de Dios y se preparó para asediarlo con diversas tentaciones, con la esperanza de vencerlo ya que se había humillado y se había hecho hombre. El enemigo apareció con esta tentación: "Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan". Tentó a Jesús a que aceptara dar pruebas de su carácter mesiánico por medio del ejercicio de su poder divino. Jesús le contestó con mansedumbre: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios". Lucas 4:3, 4.

Satanás trataba de disputar con Jesús con respecto a su condición de Hijo de Dios. Se refirió a su debilidad y a sus sufrimientos, y con fanfarronería afirmó que era más fuerte que Cristo. Pero las palabras procedentes del cielo: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (Lucas 3:22), fueron suficientes para sostener a Jesús durante todos sus sufrimientos. Vi que Cristo no tenía por qué convencer a Satanás de su poder y del hecho de que era el Salvador del mundo. Este disponía de suficiente evidencia de la exaltada posición y la autoridad del Hijo de Dios. Su indisposición para someterse a la autoridad de Cristo le había cerrado las puertas del cielo.

El enemigo, para manifestar su poder, llevó a Jesús a Jerusalén y lo ubicó sobre uno de los pináculos del templo, y allí lo tentó a que diera evidencia de que era Hijo de Dios arrojándose desde esa altura vertiginosa. El adversario pronunció estas palabras de la inspiración: "Porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te
[205] guarden; y, en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra". Jesús le respondió diciendo: "Dicho está: No

tentarás al Señor tu Dios”. Lucas 4:10-12. Satanás quería que Jesús se envalentonara con las misericordias de su Padre y que arriesgara su vida antes de cumplir su misión. Esperaba de ese modo que el plan de salvación fracasara; pero éste tenían fundamentos demasiado profundos para que el enemigo lo pudiera derribar o malograr.

Cristo es un ejemplo para todos los cristianos. Cuando se los tiente o se discutan sus derechos, deben soportar todo con paciencia. No deben creer que tienen derecho a invocar al Señor para que manifieste su poder con el fin de lograr la victoria sobre sus enemigos, a menos que de esa manera se honre y se glorifique directamente a Dios. Si Jesús se hubiera arrojado desde el pináculo del templo, no habría glorificado a su Padre, porque nadie hubiera sido testigo de ese acto sino sólo Satanás y los ángeles de Dios. Y habría sido tentar a Dios manifestar su poder frente a su más acerbo enemigo. Habría significado ceder ante aquel a quien había venido a vencer.

“Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero se la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás”. Lucas 4:5-8.

Satanás presentó a Jesús los reinos de la tierra en su aspecto más atractivo. Si Jesús hubiera estado dispuesto a adorarlo, él se habría ofrecido a renunciar a sus pretensiones de poseer la tierra. Pero si el plan de salvación se cumplía plenamente y Jesús moría para redimir al hombre, Satanás sabía que su propio poder se reduciría, [206]
finalmente le sería arrebatado y sería destruido. Por lo tanto era su plan bien estudiado impedir, dentro de lo posible, el cumplimiento de esta gran obra que había sido comenzada por el Hijo de Dios. Si el plan para redimir al hombre fracasara, Satanás podría conservar el reino que en aquel entonces reclamaba. Y si lograba buen éxito, se alababa a sí mismo pensando que reinaría en oposición al Dios del cielo.

Se reprende al tentador

Satanás se regocijó cuando Jesús puso a un lado su poder y su gloria y dejó el cielo. Creyó que el Hijo de Dios quedaba entonces a

merced de su poder. La tentación dio tan fáciles resultados con la santa pareja en el Edén, que esperaba que como consecuencia de su poder y su astucia satánica podría derribar inclusive al Hijo de Dios, y que de ese modo podría salvar su propia vida y su reino. Si podía tentar a Jesús a apartarse de la voluntad de su Padre, lograría su propósito. Pero el Señor enfrentó al tentador con esta reprensión: "Vete de mí, Satanás". Sólo se inclinaría ante su Padre.

Satanás pretendía que el dominio de la tierra le pertenecía, y le sugirió a Jesús que podía evitar todos sus sufrimientos: que no necesitaba morir para obtener los reinos de este mundo; si lo adoraba poseería la tierra y la gloria de reinar sobre ellos. Pero Cristo se mantuvo firme. Sabía que llegaría el momento cuando con su propia vida rescataría el reino usurpado por Satanás, y que después de un tiempo todo el cielo y toda la tierra se someterían a él. Eligió una vida de sufrimiento, más su terrible muerte, como el camino señalado por su Padre para que pudiera llegar a ser el legítimo
[207] heredero de los reinos de la tierra que le serían entregados en sus manos como posesión eterna. También Satanás le será entregado para ser destruido por la muerte, para que nunca más pueda molestar
[208] a Jesús y a los santos en gloria.

Capítulo 26—El ministerio de Cristo

Cuando Satanás terminó sus tentaciones, se apartó de Jesús por un tiempo, y los ángeles le prepararon alimento en el desierto para fortalecerlo, y la bendición de su Padre reposó sobre él. El enemigo había fracasado con sus más fieras tentaciones; pero esperaba el momento cuando Jesús se dedicara a su ministerio, en cuyo transcurso, en diferentes ocasiones, puso a prueba su astucia contra él. Todavía esperaba prevalecer sobre él estimulando a los que no querían recibirlo para que lo aborrecieran y trataran de destruirlo.

El adversario celebró un concilio con sus ángeles. Estaban desilusionados y llenos de ira al ver que no habían logrado nada contra el Hijo de Dios. Decidieron que debían ser más astutos y usar su poder máximo para inspirar inseguridad en las mentes de sus compatriotas con respecto al hecho de que era el Salvador del mundo, para desanimar de ese modo a Jesús en el cumplimiento de su misión. No importaba cuán exigentes fueran los judíos en el cumplimiento de sus ceremonias y sacrificios, si se los podía mantener ciegos al mensaje de las profecías y si se lograba hacerlos creer que el Mesías debía aparecer como un poderoso rey mundano, se los podía inducir a despreciar y rechazar a Jesús.

Se me mostró que Satanás y sus ángeles estuvieron muy ocupados durante el ministerio de Cristo induciendo a los hombres a [209] manifestar incredulidad, odio y burla. A menudo cuando Jesús presentaba alguna verdad incontrovertible para reprobar sus pecados, la gente se llenaba de ira. El enemigo y sus demonios los instaban entonces a tomar la vida del Hijo de Dios. Más de una vez tomaron piedras para arrojárselas, pero los ángeles lo protegieron y lo apartaron de la airada multitud para ponerlo a salvo. En otra oportunidad, cuando la verdad pura brotó de sus santos labios, la multitud le echó mano y lo llevó al borde de un risco con la intención de despeñarlo. Surgió entonces una discusión entre ellos en cuanto a lo que debían hacer con él, y los ángeles una vez más lo ocultaron de la vista de la

multitud, de modo que pudo pasar por en medio de ella y proseguir su camino.

Satanás todavía esperaba que el plan de salvación fracasara. Ejerció todo su poder para endurecer el corazón de la gente y amargar sus sentimientos en contra de Jesús. Esperaba que muy pocos lo recibieran como Hijo de Dios, al punto que él considerara que sus sufrimientos y su sacrificio eran demasiado grandes para beneficiar a un grupo tan pequeño. Pero vi que si sólo hubiera habido dos que aceptaran a Jesús como Hijo de Dios y creyeran en él para la salvación de sus almas, habría llevado a cabo el plan.

Alivio para los que sufrían

Jesús comenzó su obra quebrantando el poder de Satanás sobre los que sufrían. Restauró la salud del enfermo, dio vista al ciego y sanó al tullido, induciéndolo a saltar de alegría y glorificar a Dios. Restauró la salud de los que habían estado enfermos por muchos
[210] años sometidos al cruel poder de Satanás. Con palabras llenas de gracia consolaba al flaco, al tembloroso y al desanimado. A los débiles, acosados por el sufrimiento, y a quienes el enemigo retenía triunfante, Jesús los arrebató de su puño devolviéndoles la sanidad del cuepo y dándoles gran alegría y felicidad. Resucitó a los muertos, y éstos glorificaron a Dios por el maravilloso despliegue de su poder. Hizo obras extraordinarias en favor de todos los que creían en él.

La vida de Cristo estuvo llena de palabras y actos saturados de benevolencia, simpatía y amor. Siempre estuvo atento para escuchar las quejas de los que acudían a él, y para darles alivio. Multitudes llevaban en su propio cuerpo las evidencias de su poder divino. No obstante, después que las obras estuvieron realizadas, muchos se avergonzaron del humilde pero poderoso predicador. Puesto que los dirigentes no creían en él, el pueblo no estaba dispuesto a aceptar a Jesús. Fue varón de dolores, experimentado en quebranto. No podían soportar el ser gobernados por los principios manifestados en su vida sobria y abnegada. Deseaban gozar de los honores que confiere el mundo. Sin embargo, muchos siguieron al Hijo de Dios y escucharon sus enseñanzas, regocijándose con las palabras tan llenas de gracia que surgían de sus labios. Esas palabras, sumamente significativas, eran tan claras que hasta el más simple las podía entender.

Oposición ineficaz

Satanás y sus ángeles cegaron los ojos y oscurecieron el entendimiento de los judíos, e impulsaron a la gente más importante y a los dirigentes para que tomaran la vida del Salvador. Otros fueron enviados para prender a Jesús, pero cuando se acercaron adonde él [211]
estaba fueron dominados por un gran asombro. Lo vieron lleno de simpatía y compasión al verificar las desgracias del género humano. Lo escucharon dirigir palabras de ánimo, con amor y ternura, al débil y al afligido. También lo oyeron reprender con voz autoritaria el poder de Satanás y liberar a sus cautivos. Escucharon las expresiones llenas de sabiduría que procedían de sus labios, y se sintieron cautivados; no pudieron ponerle las manos encima. Regresaron sin Jesús ante los sacerdotes y ancianos.

Cuando se les preguntó: "¿Por qué no le habéis traído?" relataron lo que habían visto de sus milagros, de las santas palabras llenas de sabiduría, amor y entendimiento que habían escuchado, y terminaron diciendo: "Nunca habló hombre alguno como este hombre". Los principales sacerdotes los acusaron de estar engañados, y algunos de los dignatarios se avergonzaron de que no lo hubieran prendido. Los sacerdotes preguntaron burlonamente si alguno de los dirigentes había creído en él. Vi que muchos de los magistrados y ancianos creían en Jesús, pero Satanás impedía que lo reconocieran; temían más el reproche de la gente que a Dios.

Hasta entonces la astucia y el odio de Satanás no habían logrado desbaratar el plan de salvación. Se acercaba el momento cuando debía cumplirse el propósito por el cual Jesús había venido a este mundo. El enemigo y sus ángeles se consultaron y decidieron inspirar a la propia nación a la cual pertenecía Cristo para que reclamara ansiosamente su sangre y acumulara sobre él crueldad y escarnio. Esperaban que Jesús no soportara semejante tratamiento y no conservara su humildad y su mansedumbre. [212]

Mientras Satanás trazaba sus planes, Jesús revelaba cuidadosamente a sus discípulos los sufrimientos por los cuales tendría que pasar, cómo sería crucificado y cómo se levantaría de nuevo al tercer día. Pero el entendimiento de ellos estaba embotado y no podían entender lo que quería decirles.

La transfiguración

La fe de los discípulos se fortaleció muchísimo en ocasión de la transfiguración, cuando se les permitió contemplar la gloria de Cristo y escuchar la voz del cielo que daba testimonio de su carácter divino. Dios decidió dar a los seguidores de Jesús una prueba contundente de que era el Mesías prometido, para que cuando vinieran el amargo pesar y la desilusión de la crucifixión no perdieran por completo su confianza. En el momento de la transfiguración el Señor envió a Moisés y a Elías para que hablaran con Jesús con respecto a sus sufrimientos y su muerte. En lugar de elegir a los ángeles para que conversaran con su Hijo, Dios envió a los que habían pasado por las vicisitudes de la tierra.

Elías había andado con Dios. Su obra había sido penosa y difícil, porque el Señor había reprendido los pecados de Israel por su intermedio. Era un profeta de Dios; no obstante, se vio obligado a huir de lugar en lugar para salvar su vida. Sus propios connacionales lo perseguían como si fuera una bestia feroz, para destruirlo. Pero Dios trasladó a Elías. Los ángeles lo llevaron en gloria y en triunfo hasta el cielo.

Moisés fue más grande que todo otro hombre que haya vivido antes que él. Fue grandemente honrado por Dios, y tuvo el privilegio
[213] de hablar con el Señor cara a cara, como alguien cuando habla con su amigo. Se le permitió ver la luz resplandeciente y la excelente gloria que rodean al Padre. El Señor libró por medio de Moisés a los hijos de Israel de la esclavitud egipcia. Fue intermediario entre Dios y su pueblo, y a menudo se interpuso a la ira de Dios. Cuando el enojo del Señor se encendió grandemente contra Israel por su incredulidad, sus murmuraciones y sus graves pecados, el amor de Moisés por ellos fue sometido a prueba. Dios le propuso destruirlos y hacer de él una poderosa nación. Moisés manifestó su amor por Israel al suplicar fervorosamente en su favor. En su angustia oró a Dios para que desviara su fiero enojo y perdonara a Israel, o eliminara su nombre de su libro.

Moisés pasó por la muerte, pero Miguel descendió y le dio vida antes que su cuerpo viera corrupción. Satanás trató de retener ese cuerpo, pretendiendo que le pertenecía; pero Miguel lo resucitó y lo llevó al cielo. El enemigo se quejó amargamente contra Dios,

acusándolo de injusto al permitir que le fuera arrebatada su presa; pero Cristo no reprendió a su adversario, a pesar de que el siervo de Dios había caído como resultado de sus tentaciones. Mansamente remitió el caso a su Padre: "El Señor te reprenda". Judas 9.

Jesús dijo a sus discípulos que había entre ellos algunos que no pasarían por la muerte hasta que vieran que el reino de Dios descendía con poder. Esta promesa se cumplió en ocasión de la transfiguración. El rostro de Jesús estaba transformado y resplandecía como el sol. Su túnica era blanca y fulguraba. Moisés estaba allí para representar a los que serían levantados de entre los muertos en ocasión de la aparición de Jesús. Y Elías, que fue trasladado sin pasar por la muerte, representaba a los que serán transformados en inmortales cuando Cristo venga por segunda vez y sean trasladados [214]
al cielo sin pasar por la muerte. Los discípulos contemplaron con asombro y temor la excelsa majestad de Jesús y la nube que los envolvió, y escucharon la voz de Dios que con majestad terrible exclamó: "Este es mi Hijo amado: Oídle". [215]

Capítulo 27—Cristo traicionado

Se me llevó al momento cuando Jesús comió la Pascua con sus discípulos. Satanás había engañado a Judas y lo había inducido a creer que era uno de los verdaderos discípulos de Cristo, pero su corazón siempre fue carnal. Había visto las poderosas obras del Señor, había estado con él durante su ministerio, y se había sometido a la abrumadora evidencia de que era el Mesías; pero Judas era calculador y codicioso; amaba el dinero. Se quejó airado por el costoso perfume derramado sobre Jesús.

María amaba a su Señor. El había perdonado sus pecados, que eran muchos. Había levantado de entre los muertos a su muy amado hermano, y creía que nada era demasiado costoso para ofrendárselo. Mientras más caro fuera el perfume, de mejor manera podía ella expresar su gratitud al Salvador dedicándoselo.

Judas, como excusa por su codicia, sugirió que el perfume podría haberse vendido para dar el dinero a los pobres. Pero no se trataba de que se preocupara por ellos, porque era egoísta, y a menudo se apropiaba, para su propio uso, de lo que se le había confiado con el fin de que fuera dado a los pobres. Judas no se había preocupado de la comodidad y ni siquiera de las necesidades de Jesús, pero para excusar su codicia a menudo se refería a los pobres. Este acto de
[216] generosidad de parte de María constituyó una tajante reprensión de su carácter codicioso. Ya estaba preparado el camino para que la tentación de Satanás encontrara franca acogida en el corazón de Judas.

Los sacerdotes y dirigentes de los judíos aborrecían a Jesús, pero las multitudes se apiñaban para escuchar sus palabras llenas de sabiduría y para presenciar sus poderosas obras. La gente se sentía impulsada por el más profundo interés y seguía ansiosamente al Señor para escuchar las instrucciones de este maravilloso Maestro. Muchos de los dirigentes creían en él, pero no se atrevían a confesar su fe para no ser despedidos de la sinagoga. Los sacerdotes y ancianos decidieron que algo había que hacer para apartar de Jesús

la atención de la gente. Temían que todos creyeran en él. No se sentían seguros. Tenían que perder su puesto o dar muerte al Señor. Y después de darle muerte, aún habría quienes serían monumentos vivientes de su poder.

El Maestro había resucitado a Lázaro de entre los muertos, y los dirigentes temían que si daban muerte a Jesús el resucitado daría testimonio de la grandeza de su poder. La gente se agolpaba para ver al que había regresado de entre los muertos, y los dirigentes decidieron eliminar a Lázaro también para terminar con ese entusiasmo. Entonces podrían lograr que el pueblo volviera a las tradiciones y doctrinas de los hombres, para diezmar el eneldo y el comino, y de nuevo podrían ejercer influencia sobre él. Se pusieron de acuerdo para prender a Jesús mientras estuviera solo, porque si trataban de arrebatárselo a la multitud, cuando la mente de la gente estaba concentrada en él, ésta los apedrearía.

Judas sabía cuán ansiosos estaban de prender a Jesús y se ofreció a los principales sacerdotes y ancianos para venderlo por unas [217]
cuantas monedas de plata. Su amor el dinero lo indujo a traicionar a su Señor para ponerlo en manos de sus más acerbos enemigos. Satanás estaba obrando directamente por intermedio de Judas, y en medio de las escenas impresionantes de la última cena el traidor estaba trazando planes para entregar a su Maestro. Con pesar Jesús dijo a sus discípulos que todos ellos se escandalizarían en él aquella noche. Pero Pedro afirmó con vehemencia que si todos los demás se escandalizaban, él no lo haría. Jesús le dijo: "Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos". Lucas 22:31, 32.

En el jardín

Vi a Jesús en el jardín con sus discípulos. Con profundo pesar les suplicó que velaran y oraran, para que no cayera en tentación. Sabía que su fe sería probada y que sus esperanzas resultarían fallidas, y que necesitarían toda la fortaleza que pudieran lograr como resultado de una estricta vigilia y la ferviente oración. Con fuertes clamores y llantos Jesús oraba: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Lucas 22:42. El Hijo de

Dios oraba con agonía. Grandes gotas de sangre se agolpaban sobre su rostro y caían en tierra. Los ángeles se reunían en ese lugar, testigos de la escena, pero sólo a uno se comisionó para que fuera y fortaleciera al Hijo de Dios en su angustia. No había gozo en el cielo. Los ángeles depusieron sus coronas y dejaron sus arpas, y contemplaron con profundo interés y en silencio a Jesús. Querían
[218] rodear al Hijo de Dios, pero el comandante de los ángeles no lo permitió, para que al contemplar la traición de que sería objeto Cristo no se decidieran a librarlo; porque el plan había sido trazado, y se tenía que cumplir.

Después de orar Jesús se acercó a sus discípulos, pero éstos estaban durmiendo. En esa hora tremenda no gozaba de la simpatía ni de las oraciones ni siquiera de sus discípulos. Pedro, tan celoso poco tiempo antes, dormía profundamente. Jesús le recordó sus declaraciones terminantes y le dijo: "¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?" Mateo 26:40. Tres veces el Hijo de Dios oró con agonía.

Judas traiciona a Jesús

Entonces apareció Judas con su grupo de hombres armados. Se acercó como de costumbre al Maestro para saludarlo. El grupo rodeó a Jesús; pero entonces él manifestó su poder divino cuando dijo: "¿A quién buscáis?" "Yo soy". Cayeron de espaldas en el suelo. Jesús formuló la pregunta para que pudieran ser testigos de su poder y tuvieran evidencia de que podría librarse de sus manos si lo quería.

Los discípulos comenzaron a albergar esperanzas cuando vieron que esa multitud armada de palos y espadas caía en tierra tan rápidamente. Cuando se levantaron y rodearon de nuevo al Hijo de Dios, Pedro desenvainó su espada e hirió a un siervo del sumo sacerdote y le cortó una oreja. Jesús le ordenó que envainara su espada diciéndole: "¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?" Mateo 26:53. Vi que cuando pronunció estas palabras el rostro de los ángeles se animó
[219] de esperanza. Querían, en ese momento y allí mismo, rodear a su Comandante y dispersar a la airada multitud. Pero nuevamente el pesar se apoderó de ellos cuando Jesús añadió: "¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?"

Mateo 26:54. Los corazones de sus discípulos también se hundieron en la desesperación y la amarga frustración cuando vieron que Jesús permitía que sus enemigos se lo llevaran.

Los discípulos temieron por su propia vida y todos lo abandonaron y huyeron. Jesús quedó solo en manos de una turba asesina. ¡Oh, qué triunfo fue ése para Satanás! ¡Y qué tristeza y qué pesar para los ángeles de Dios! Muchas legiones de santos ángeles, frente a cada una de las cuales había un ángel comandante de elevada estatura, fueron enviadas para ser testigos de la escena. Se los envió para que registraran todo insulto lanzado contra el Hijo de Dios y toda crueldad practicada con él, y para anotar todo espasmo de angustia que Jesús sufriera; porque los mismos hombres que se unieron en esa terrible escena lo verán todo de nuevo impreso en vívidos caracteres. [220]

Capítulo 28—El juicio de Cristo

Los angeles, cuando dejaron el cielo, depusieron con tristeza sus resplandecientes coronas. No las podían usar mientras su Comandante estuviera sufriendo y tuviera que llevar una corona de espinas. Satanás y sus ángeles estaban muy ocupados en la sala del tribunal tratando de destruir todo sentimiento humano y toda simpatía hacia Jesús. La misma atmósfera, pesada, estaba contaminada por su influencia. Los principales sacerdotes y los ancianos estaban inspirados por ellos cuando insultaban y maltrataban a Jesús en una forma sumamente difícil de soportar para la naturaleza humana. El enemigo esperaba que tanta burla y violencia arrancara del Hijo de Dios alguna queja o murmuración; o que manifestara su poder divino y se librara de la multitud y que de esa manera fracasara el plan de salvación.

La negación de Pedro

Pedro siguió a su Señor después de la traición. Tenía ansias de ver qué ocurriría con Jesús. Pero cuando se lo acusó de ser uno de sus discípulos, el temor de perder su propia seguridad lo indujo a declarar que no conocía a ese hombre. Los discípulos se destacaban por la pureza de su lenguaje y Pedro, para convencer
[221] a sus acusadores de que no era uno de los discípulos de Cristo, negó la tercera acusación con maldiciones y juramentos. Jesús, que estaba a cierta distancia de Pedro, le lanzó una mirada llena de pesar y reprobación. Entonces el discípulo recordó las palabras que le había dirigido en el aposento alto, como asimismo sus propias categóricas declaraciones: "Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré". Mateo 26:33. Había negado a su Señor con maldiciones y juramentos; pero la mirada del Maestro suavizó el corazón de Pedro y lo salvó. Lloró amargamente y se arrepintió de su gran pecado, se convirtió, y entonces estuvo preparado para fortalecer a sus hermanos.

En la sala del tribunal

La multitud pedía a gritos la sangre de Jesús. Lo azotaron cruelmente, lo cubrieron con una vieja túnica real color púrpura, y ciñeron su sagrada frente con una corona de espinas. Le pusieron una caña en la mano, se inclinaron ante él y para burlarse lo saludaron diciéndole: "¡Salve, rey de los judíos!" Juan 19:3. Entonces tomaron la caña que tenía en la mano y le golpearon la cabeza de modo que las espinas penetraron en sus sienes y la sangre comenzó a correr por su rostro y su barba.

A los ángeles les costaba soportar ese espectáculo. Hubieran querido librar a Jesús, pero el ángel comandante lo impidió, diciéndoles que había que pagar un gran rescate por el hombre; pero añadió que sería completo y que provocaría la muerte del que tenía el imperio de la muerte. Jesús sabía que los ángeles estaban presenciando la escena de su humillación. El más débil de entre ellos podría haber conseguido que esa multitud burladora cayera inerme y podría haber librado al Señor. [222] Sabía que si se lo solicitaba a su Padre, los ángeles lo librarían inmediatamente. Pero era necesario que soportara la violencia de los hombres para poder llevar a cabo el plan de salvación.

El Maestro permaneció manso y humilde delante de la furiosa multitud, mientras cometían con él los abusos más viles. Escupieron su rostro, ese rostro del cual un día querrán ocultarse, que dará luz a la ciudad de Dios y que resplandecerá más que el sol. Cristo no lanzó una mirada de enojo a sus ofensores. Cubrieron su cabeza con una vieja prenda de vestir para impedirle ver, y entonces le abofetearon el rostro mientras clamaban: "Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?" Lucas 22:64. Hubo conmoción entre los ángeles. Hubieran rescatado inmediatamente a Jesús, pero el ángel comandante no lo permitió.

Algunos de sus discípulos habían recuperado la suficiente confianza como para entrar donde él se hallaba y presenciar el juicio. Esperaban que manifestara su poder divino y se librara de manos de sus enemigos y los castigara por su crueldad hacia él. Sus esperanzas ascendían y descendían según iban sucediéndose las distintas escenas. A veces dudaban y temían haber sido engañados. Pero la voz que oyeron en el monte de la transfiguración, y la gloria que contemplaron, fortaleció su fe de que él era el Hijo de Dios. Recor-

daron las escenas de las que habían sido testigos, los milagros que habían visto hacer a Jesús al sanar a los enfermos, abrir los ojos de los ciegos, destapar los oídos de los sordos, reprender y echar los demonios, resucitar a los muertos, y hasta calmar el viento y el mar.

No podían creer que tuviera que morir. Esperaban que todavía se levantara con poder, y que con su voz llena de autoridad dispersara
[223] a la multitud sedienta de sangre, como cuando entró en el templo y despidió a los que estaban haciendo un mercado de la casa de Dios, cuando huyeron de delante de su presencia como si los persiguiera un grupo de soldados armados. Los discípulos esperaban que Jesús manifestara su poder y convenciera a todos de que era el rey de Israel.

La confesión de Judas

Judas se llenó de amargo remordimiento y vergüenza por su infamia al traicionar a Cristo. Y cuando observó el maltrato que tuvo que soportar el Salvador, se sintió abrumado. Había amado a Jesús, pero más aún al dinero. No creyó que el Señor permitiera que lo prendieran los hombres que él había conducido. Esperaba que realizara un milagro para librarse de ellos. Pero cuando vio la multitud enfurecida en la sala del tribunal, sedienta de sangre, sintió profundamente su culpa; y mientras muchos acusaban con vehemencia a Jesús, Judas avanzó impetuosamente en medio de la multitud, para confesar que había pecado al traicionar sangre inocente. Ofreció a los sacerdotes el dinero que le habían pagado, y les rogó que dejaran libre al Señor, declarando que éste no tenía culpa alguna.

Por breves instantes el disgusto y la confusión mantuvieron en silencio a los sacerdotes. No querían que la gente se diera cuenta de que habían contratado a uno de los profesos seguidores de Jesús para que lo traicionara y lo entregara en sus manos. Querían ocultar el hecho de que habían buscado al Señor como si fuera un ladrón, y lo habían prendido en secreto. Pero la confesión de Judas y su aspecto macilento y culpable pusieron en evidencia a los sacerdotes
[224] delante de la multitud, revelando que había sido el odio la causa de que prendieran al Maestro. Mientras Judas afirmaba en alta voz que Jesús era inocente, los sacerdotes replicaron: “¿Qué nos importa a

nosotros? ¡Allá tú!" Mateo 27:4. Tenían a Cristo en sus manos, y estaban decididos a no soltarlo. Judas, abrumado de pesar, arrojó el dinero que ahora despreciaba a los pies de los que lo habían contratado, e impulsado por la angustia y el horror salió y se ahorcó.

Jesús tenía muchos simpatizantes en el grupo que lo rodeaba, y el hecho de que no respondiera a las numerosas preguntas que se le hacían asombraba a la multitud. Frente al escarnio y la violencia de la turba, ni un gesto, ni una expresión de molestia se dibujaba en sus rasgos. Tenía una actitud digna y compuesta. Los espectadores lo contemplaban maravillados. Comparaban su perfecta forma y su comportamiento firme y digno con la apariencia de los que se habían sentado en juicio contra él, y se decían mutuamente que tenía mucho más la apariencia de un rey que cualquiera de los dirigentes. No tenía señales de ser criminal. Su mirada era bondadosa, luminosa y libre de temor; su frente amplia y elevada. Cada rasgo suyo estaba definidamente señalado por la benevolencia y la nobleza. Su paciencia y su tolerancia eran tan poco humanas que muchos temblaron. Aun Herodes y Pilato se sintieron sumamente perturbados frente a su porte noble y divino.

Jesús ante Pilato

Desde el mismo principio Pilato se convenció de que Jesús no era un hombre ordinario. Creía que era una persona excelente y totalmente inocente de lo que se lo acusaba. Los ángeles que contemplaban la escena notaron la convicción del gobernador romano, [225]
y para salvarlo de comprometerse en el terrible acto de entregar a Jesús para ser crucificado un ángel fue enviado a la esposa de Pilato y le dio información por medio de un sueño de que el juicio en que su esposo estaba participando era el del Hijo de Dios, y que era inocente. Inmediatamente ella le envió un mensaje para declarar que había sufrido mucho en sueños con respecto a Jesús, y para advertirle que no tuviera nada que ver con ese santo. El mensajero, abriéndose paso apresuradamente entre la multitud, puso la carta en manos de Pilato. Al leerla, éste tembló y se puso pálido, y decidió inmediatamente no tener nada que ver con enviar a Cristo a la muerte. Si los judíos querían la sangre de Jesús, él no prestaría su influencia para que lo lograran; al contrario, trataría de librarlo.

Enviado a Herodes

Cuando Pilato oyó que Herodes se encontraba en Jerusalén, sintió gran alivio, porque esperaba librarse de toda responsabilidad en el juicio y condenación de Jesús. Inmediatamente lo envió con sus acusadores a Herodes. Este gobernante se había endurecido en el pecado. El asesinato de Juan el Bautista había dejado en su conciencia una mancha de la que no se podía librar. Cuando oyó hablar de Cristo y de las poderosas obras que estaba realizando, temió y tembló, pues creía que se trataba de Juan el Bautista que había resucitado de entre los muertos. Cuando el Maestro fue puesto en sus manos por Pilato, Herodes consideró ese acto como un reconocimiento de su poder, su autoridad y su juicio. Esto tuvo el efecto de amistar a dos
[226] dirigentes que antes habían sido enemigos. Herodes se alegró de ver a Jesús, pues esperaba que realizara algún poderoso milagro para complacerlo. Pero no era la obra del Señor satisfacer la curiosidad y procurar su propia seguridad. Ejercería su poder divino y milagroso para salvar a los demás, pero no en su propio beneficio.

Cristo nada respondió a las numerosas preguntas que le hizo Herodes; tampoco replicó a sus enemigos que lo acusaban con vehemencia. El rey se enfureció porque aparentemente Jesús no temía su poder, y con sus soldados lo denigró, se burló de él y lo maltrató. Pero se asombró del aspecto noble y divino de Jesús en medio de ese vergonzoso maltrato, y como temía condenarlo lo envió de vuelta a Pilato.

Satanás y sus ángeles estaban tentando a este último tratando de conducirlo a su propia ruina. Le sugirieron que si no quería tomar parte en la condenación de Jesús otros lo harían; que la multitud estaba sedienta de su sangre; y que si no lo entregaba para ser crucificado perdería su poder y sus honores mundanales, y se lo denunciaría como creyente en el impostor. Por temor de perder su poder y su autoridad, Pilato consintió en dar muerte a Cristo. Y aunque puso la sangre del Señor sobre sus acusadores y la multitud lo recibió con el clamor de: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos" (Mateo 27:25), Pilato no se libró; fue culpable de la sangre del Maestro. Por sus intereses egoístas, por su amor al honor de los grandes de la tierra, entregó a la muerte a un inocente. Si

Pilato hubiera seguido sus propias convicciones, no habría tenido nada que hacer con la condenación de Jesús.

El aspecto y las palabras del Señor durante su juicio causaron una profunda impresión en las mentes de los muchos que se hallaban presentes en esa ocasión. El resultado de la influencia ejercida [227]
entonces resultó evidente después de su resurrección. Entre los que se añadieron a la iglesia había muchos cuya convicción comenzó en el momento del juicio de Cristo.

Satanás se airó muchísimo cuando vio que la crueldad con que los judíos habían tratado a Jesús a instancias suyas no había logrado que emitiera la más mínima queja. Aunque había tomado sobre sí la naturaleza humana, estaba sostenido por una fortaleza divina, y no se apartó en lo más mínimo de la voluntad de su Padre. [228]

Capítulo 29—La crucifixión de Cristo

Cristo, el precioso Hijo de Dios, fue conducido y entregado al pueblo para ser crucificado. Los discípulos y creyentes de las regiones circunvecinas se unieron a la multitud que seguía a Jesús rumbo al Calvario. La madre del Señor también estaba allí sostenida por Juan, el discípulo amado. Su corazón estaba herido por una angustia inenarrable; no obstante ella, junto con los discípulos, esperaba que mudara la penosa escena, y que Jesús manifestara su poder y apareciera ante sus enemigos como el Hijo de Dios. Pero de nuevo su corazón de madre desfalleció al recordar las palabras mediante las cuales él se había referido brevemente a las cosas que estaban sucediendo ese día.

Apenas había pasado Jesús por la puerta de la casa de Pilato cuando trajeron la cruz preparada para Barrabás y la depositaron sobre sus hombros magullados y sangrantes. También cargaron con cruces a los compañeros de Barrabás que debían sufrir la muerte al mismo tiempo que el Señor. El Salvador llevó su cruz unos pocos pasos pero, por causa de la pérdida de sangre y el excesivo cansancio y el dolor, cayó desmayado al suelo.

Cuando recuperó el sentido, nuevamente la colocaron sobre sus hombros y lo obligaron a avanzar. Vaciló unos pocos pasos mientras cargaba la pesada cruz, y entonces cayó al suelo como si estuviera
[229] sin sentido. Al principio lo creyeron muerto, pero finalmente recuperó el conocimiento una vez más. Los sacerdotes y dirigentes no manifestaron la menor compasión por los sufrimientos de su víctima; pero se dieron cuenta de que le era imposible llevar un paso más ese instrumento de tortura. Mientras pensaban qué podían hacer, Simón, un cireneo que venía en dirección contraria, se encontró con la multitud. Lo tomaron entonces a instancias de los sacerdotes, y lo obligaron a llevar la cruz de Cristo. Los hijos de Simón eran discípulos de Jesús, pero él mismo nunca había tenido relación con él.

Una gran multitud siguió al Salvador al Calvario, y muchos de sus integrantes se burlaban de él y lo ridiculizaban; pero muchos lloraban y repetían sus alabanzas. Los que habían sido sanados de diversas enfermedades, los que habían resucitado de entre los muertos, se refirieron con voz fervorosa a sus maravillosas obras, y manifestaron el deseo de saber qué había hecho para que se lo tratara como malhechor. Pocos días antes lo habían acompañado en medio de gozosos hosannas mientras sacudían ramas de palmeras cuando él entraba triunfalmente en Jerusalén. Pero muchos de los que habían dado clamores de alabanza, porque en ese momento era popular hacerlo, ahora lanzaban el grito de "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"

Clavado en la cruz

Al llegar al lugar de ejecución, los condenados fueron atados a los instrumentos de tortura. Mientras los dos ladrones se debatían en manos de los que los extendían sobre sus cruces, Jesús no ofreció resistencia. Su madre contempló la escena con agonizante suspenso, con la esperanza de que hiciera un milagro para salvarse. Vio sus [230]
manos extendidas sobre la cruz, esas manos queridas que siempre habían dispensado bendiciones, y que se habían alargado tantas veces para sanar a los que sufrían. Cuando trajeron martillos y clavos, y éstos atravesaron la tierna carne de Jesús para asegurarlo a la cruz, los discípulos, con el corazón quebrantado, apartaron de la cruel escena el cuerpo desfalleciente de la madre de Cristo.

El Señor no formuló queja alguna; su rostro seguía pálido y sereno, pero grandes gotas de sudor perlaban su frente. No hubo mano piadosa que enjugara de su rostro el rocío de la muerte, ni palabras de simpatía e inmutable fidelidad que sostuvieran su corazón humano. Estaba pisando totalmente solo el lagar, y del pueblo nadie estuvo con él. Mientras los soldados llevaban a cabo su odiosa tarea, y él sufría la más aguda agonía, oró por sus enemigos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Lucas 23:34. Esta oración de Jesús por sus enemigos abarca al mundo, pues se refiere a cada pecador que habrá de vivir hasta el fin del tiempo.

Después que Jesús fue clavado a la cruz, varios hombres fuertes la levantaron y la colocaron con gran violencia en el lugar preparado con ese fin, causando al Hijo de Dios la más dolorosa agonía. Y

entonces se produjo una escena terrible. Los sacerdotes, dirigentes y escribas se olvidaron de la dignidad de sus sagrados cargos, y se unieron con la turba para burlarse y reírse del agonizante Hijo de Dios diciéndole: “Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo”. Lucas 23:37. Y otros repetían burlonamente entre ellos: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar”. Marcos 15:31. Los dignatarios del templo, los curtidos soldados, el mal ladrón en la cruz y los viles
[231] y crueles que se hallaban entre la multitud, todos se unieron para maltratar a Cristo.

Los ladrones que fueron crucificados con Jesús sufrieron la misma tortura física que él. Pero sólo uno de ellos se endureció; el dolor lo desesperó y le infundió rebeldía. Se unió a las burlas de los sacerdotes y vilipendió a Jesús diciéndole: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Lucas 23:39. El otro malhechor no era un criminal endurecido. Cuando oyó las diatribas de su compañero de fechorías, “le reprendió, diciendo: ¿Ni aún temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo”. Vers. 40, 41. Acto seguido, cuando su corazón sintió la atracción de Cristo, la iluminación celestial invadió su mente. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de una cruz, vio a su Redentor, a su única esperanza, y se dirigió a él con humilde fe: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Vers. 42, 43.*

Con asombro los ángeles consideraron el infinito amor de Jesús quien, mientras sufría la más atroz agonía mental y física, sólo pensó en los demás y animó a creer al alma penitente. Al derramar su vida hasta la muerte, manifestó un amor por los hombres más fuerte que ésta. Muchos de los que fueron testigos de esas escenas del Calvario más tarde se afirmaron en la fe de Cristo.

Los enemigos del Señor aguardaron su muerte entonces con impaciente esperanza. Creían que esos acontecimientos eliminarían
[232] para siempre los rumores de su poder divino y la maravilla de sus milagros. Se complacían en pensar en que entonces no necesitarían

*Si traducimos este versículo de la siguiente manera; “De cierto te digo hoy que estarás conmigo en el Paraíso” obtenemos el verdadero significado del texto.

temblar más por causa de su influencia. Los indiferentes soldados que extendieron el cuerpo de Jesús en la cruz se repartieron sus ropas y contendieron por una prenda tejida pero sin costura. Finalmente decidieron el asunto echando suertes. La pluma movida por la inspiración describió con exactitud esta escena cientos de años antes que ocurriera: "Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies... repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes". Salmos 22:16, 18.

Una lección de amor filial

Los ojos de Jesús se pasearon sobre la multitud que se había reunido para contemplar su muerte, y vio a los pies de la cruz a Juan que sostenía a María, su madre. Ella había regresado al lugar donde se desarrollaba esa terrible escena, pues era incapaz de permanecer por más tiempo alejada de su Hijo. La última lección que el Señor dio se refirió al amor filial. Contempló el rostro dolorido de su madre y en seguida miró a Juan; y dijo, dirigiéndose a ella: "Mujer, he ahí tu hijo" y a continuación dijo al discípulo: "He ahí tu madre". Juan 19:26, 27. Juan comprendió perfectamente las palabras de Jesús, y el sagrado cometido que se le había confiado. Inmediatamente alejó a la madre de Cristo de la terrible escena del Calvario. Desde ese momento la cuidó como si fuera un hijo solícito, y la llevó a su propia casa. El perfecto ejemplo de amor filial dado por Cristo resplandece sin haber perdido su fulgor en medio de las penumbras del pasado. Mientras soportaba aguda tortura, no se olvidó de su madre, e hizo [233]
todas las provisiones necesarias para asegurar su futuro.

La misión de la vida terrenal de Cristo estaba casi terminada. Tenía la lengua seca y exclamó: "Sed tengo". Empaparon una esponja con vinagre y hiel, y se la ofrecieron para que bebiera; cuando la probó, la rechazó. Y entonces el Señor de la vida y la gloria comenzó a agonizar como rescate por la especie humana. El sentimiento de pecado, que acarreó la ira del Padre sobre el sustituto del hombre, contribuyó a que la copa que bebía fuera tan amarga, y quebrantó el corazón del Hijo de Dios.

En su condición de sustituto y seguridad del hombre, la iniquidad de éste fue depositada sobre Cristo; se lo contó entre los transgresores para que pudiera redimirlos de la maldición de la ley. La culpa

de cada descendiente de Adán de todas las épocas oprimía su corazón; y la ira de Dios y la terrible manifestación de su disgusto frente a la iniquidad llenaron de consternación el alma de su Hijo. El apartamiento del rostro divino de junto al Salvador en esa hora de suprema angustia atravesó su corazón con un pesar que jamás podrá comprender plenamente el hombre. Cada espasmo soportado por el Hijo de Dios en la cruz, las gotas de sangre que fluyeron de su frente, sus manos y sus pies, las convulsiones de agonía que sacudieron su cuerpo y la ineludible angustia que llenó su alma cuando su Padre ocultó su rostro de él, hablan al hombre diciéndole: "Por amor a ti el Hijo de Dios consintió en permitir que estos terribles crímenes fueran depositados sobre él; por ti saqueó los dominios de la muerte y abrió las puertas del Paraíso y la vida inmortal". El que calmó las airadas olas por medio de su palabra y caminó por las ondas
[234] coronadas de espuma, que hizo temblar a los demonios y logró que huyera la enfermedad al toque de su mano, el que resucitó muertos y abrió los ojos de los ciegos, se ofreció en la cruz como el único sacrificio en lugar del hombre. El, el portador del pecado, soportó el castigo legal que merecía la iniquidad, y se hizo pecado por el hombre.

Satanás hirió el corazón de Jesús con sus fieras tentaciones. El pecado, tan aborrecible a su vista, se acumuló sobre él hasta que gimió bajo su peso. No es maravilla que su humanidad temblara en esa hora terrible. Los ángeles fueron testigos asombrados de la desesperada agonía del Hijo de Dios, mucho mayor que su dolor físico que casi no sentía. Las huestes celestiales se cubrieron el rostro para no ver algo tan terrible.

La naturaleza inanimada manifestó simpatía hacia su agonizante e insultado Autor. El sol no quiso contemplar la terrible escena. La plenitud de sus rayos resplandecientes estaba iluminando la tierra a mediodía, cuando de repente pareció desaparecer. Espesas tinieblas, como si fueran un sudario, rodearon la cruz y toda la zona circundante. Las tinieblas duraron tres horas completas. A la hora nona la terrible oscuridad desapareció para la gente, pero siguió envolviendo al Salvador como si fuera un manto. Los furiosos relámpagos parecían dirigidos contra él mientras yacía colgado de la cruz. Entonces "Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama

sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Marcos 15:34.

Consumado es

En silencio la gente contempló el final de esa impresionante escena. De nuevo el sol resplandeció, pero la cruz siguió rodeada de [235] tinieblas. De repente la oscuridad se apartó de la cruz, y con tonos claros, como de trompeta, que parecían proyectar sus ecos por toda la creación, Jesús exclamó: “¡Consumado es!” “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Lucas 23:46. Un halo luminoso circundó la cruz, y el rostro del Salvador brilló con una gloria semejante a la del sol. Entonces inclinó la cabeza sobre el pecho y murió.

Cuando Cristo falleció, había sacerdotes que servían en el templo delante del velo que separaba el lugar santo del santísimo. De repente sintieron que la tierra temblaba bajo sus pies, y el velo del templo, una cortina fuerte y de buena calidad, que se renovaba cada año, fue rasgada de alto a bajo por la misma mano exangüe que escribió las palabras condenatorias sobre los muros del palacio de Belsasar.

Jesús no depuso su vida hasta haber cumplido la obra que había venido a hacer; y exclamó con su último suspiro: “¡Consumado es!” Los ángeles se regocijaron cuando escucharon esas palabras, porque el gran plan de redención había sido llevado a cabo triunfalmente. Hubo gozo en el cielo porque los hijos de Adán, de allí en adelante, y gracias a una vida de obediencia, podrían ser llevados finalmente a la presencia de Dios. Satanás fue derrotado y sabía que su reino estaba perdido.

La sepultura

Juan no sabía qué medidas había que tomar con respecto al cuerpo de su amado Maestro. Temblaba al pensar que podría ser manoseado por soldados rudos e insensibles, y depositado en un sepulcro indigno. Sabía que no podría conseguir favores de las autoridades judías, y muy pocos de Pilato. Pero José y Nicodemo [236] hicieron frente a esa emergencia. Los dos eran miembros del Sanedrín y conocían a Pilato. Ambos eran ricos e influyentes. Estaban

decididos a conseguir que el cuerpo de Jesús tuviera una sepultura honorable.

José enfrentó osadamente a Pilato, y le pidió que le diera el cuerpo de Jesús para sepultarlo. Este dio entonces una orden oficial para que le fuera entregado. Mientras Juan, el discípulo, estaba ansioso y perturbado por los sagrados restos de su amado Maestro, José de Arimatea volvió con la autorización del gobernador; y Nicodemo, anticipándose al resultado de la entrevista de José con Pilato, vino con una costosa mezcla de mirra y áloes de unos cincuenta kilos de peso. Los más honrados de Jerusalén no hubieran recibido mayores muestras de respeto en ocasión de su muerte.

Con suavidad y reverencia estos hombres retiraron con sus propias manos el cuerpo de Jesús del instrumento de tortura, mientras lágrimas de simpatía rodaban por sus mejillas al contemplar el cuerpo lacerado del Señor, que bañaron y limpiaron cuidadosamente de toda mancha de sangre. José era dueño de una tumba, cavada en la roca, que estaba reservando para sí mismo; estaba cerca del Calvario, y allí preparó sepulcro para Jesús. El cuerpo, junto con las sustancias aromáticas traídas por Nicodemo, fue envuelto cuidadosamente en un lienzo de lino, y los tres discípulos llevaron su preciosa carga a ese sepulcro nuevo, donde nadie había yacido todavía. Extendieron los magullados miembros y doblaron las contusas manos para colocarlas sobre el pecho inmóvil. Las mujeres galileas se aproximaron para verificar que se hubiera hecho todo lo que se podía hacer para el cuerpo sin vida de su amado Maestro. Vieron entonces cómo se
[237] colocaba la pesada piedra a la entrada del sepulcro, y el Hijo de Dios quedó descansando allí. Las mujeres se quedaron hasta el final junto a la cruz y junto a la tumba de Cristo.

Aunque los dirigentes judíos habían llevado a cabo su malvado propósito de dar muerte al Hijo de Dios, su aprensión no disminuyó ni murió su envidia. Mezclado con el gozo de la venganza satisfecha, se hallaba siempre presente el temor de que su cadáver, que yacía en la tumba de José, surgiera de nuevo a la vida. Por lo tanto "los principales sacerdotes y los fariseos [comparecieron] ante Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los

muertos. Y será el postrer error peor que el primero”. Mateo 27:62-64. Pilato, tal como los judíos, tenía muy pocos deseos de que Jesús se levantara con poder para castigar a los que le habían dado muerte, de modo que puso un grupo de soldados romanos a las órdenes de los sacerdotes. Les dijo: “Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia”. Mateo 27:65, 66.

Los judíos comprendieron la ventaja de tener esa guardia junto a la tumba de Jesús. Pusieron un sello en la piedra que cerraba el sepulcro, de manera que nadie pudiera moverla sin que se supiera, y tomaron todas las precauciones necesarias para que los discípulos no pudieran llevar a cabo ningún engaño con respecto a su cuerpo. Pero todos sus planes y precauciones sirvieron sólo para que el triunfo de la resurrección fuera más completo, y para que la verdad quedara más plenamente establecida. [238]

Capítulo 30—La resurrección de Cristo

Los disípulos reposaron el sábado, apenados por la muerte de su Señor, en tanto Jesús, el Rey de gloria, permanecía en la tumba. Mientras la noche transcurría, había soldados que montaban guardia junto al lugar de descanso del Salvador, y al mismo tiempo los ángeles, invisibles, se reunían en ese sagrado lugar. La noche seguía lentamente su curso, y mientras aún estaba oscuro, los ángeles guardianes se dieron cuenta de que casi había llegado el momento de la liberación del amado Hijo de Dios, su querido Comandante. Mientras aguardaban con profunda emoción la hora de su triunfo, un poderoso ángel vino volando velozmente desde el cielo. Su rostro era como el relámpago y sus vestiduras blancas como la nieve. Su luz disipó las tinieblas a su paso, e hizo que los ángeles malos, que con voz de triunfo habían reclamado el cuerpo de Jesús, huyeran aterrorizados ante el resplandor de su gloria. Uno de los ángeles que habían sido testigos de las escenas de la humillación de Cristo, y que habían montado guardia junto a su lugar de descanso, se unió al ángel del cielo y juntos descendieron al sepulcro. La tierra tembló cuando ellos se acercaron, y se produjo un gran terremoto.

El terror, se apoderó de la guardia romana. ¿Dónde estaba su poder para conservar el cuerpo de Jesús? No pensaron ni en su deber
[239] ni en la posibilidad de que los discípulos se lo llevaran. Cuando la luz de los ángeles resplandeció alrededor de ellos, con un brillo mayor que el del sol, la guardia romana cayó al suelo como muerta. Uno de los ángeles retiró la gran piedra que cubría la puerta del sepulcro y se sentó sobre ella. El otro entró en la tumba y desató los vendajes que cubrían la cabeza de Jesús.

“Tu padre te llama”

Entonces el ángel del cielo, con una voz que hizo temblar la tierra, exclamó: “¡Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama! ¡Sal fuera!” La muerte ya no podía ejercer más dominio sobre él. Jesús se levan-

tó de entre los muertos triunfante y vencedor. La hueste angélica contempló la escena con solemne reverencia. Y cuando el Señor salió del sepulcro, los ángeles resplandecientes se postraron en tierra y lo adoraron y lo alabaron con himnos de victoria y de triunfo.

Los ángeles de Satanás se habían visto obligados a huir en presencia de la luz resplandeciente y penetrante de los ángeles celestiales, y amargamente se quejaron a su rey de que su presa les había sido violentamente arrebatada, y que Aquel a quien tanto odiaban se había levantado de entre los muertos. Satanás y su hueste se habían regocijado de que su poder sobre el hombre caído había logrado que el Señor de la vida yaciera en la tumba, pero su triunfo infernal fue de breve duración. Porque cuando Jesús salió de su cárcel como majestuoso vencedor, Satanás sabía que en poco tiempo más tendría que morir, y que su reino pasaría a Aquel a quien le correspondía. Se lamentó con ira porque a pesar de todos sus esfuerzos el Señor no había sido vencido, sino que había abierto un camino de salvación para el hombre, de manera que todo aquel que quisiera podía avanzar [240]
por él y salvarse.

Los ángeles malos y su comandante se reunieron en concilio para considerar de qué manera podían seguir trabajando contra el gobierno de Dios. Satanás ordenó a sus servidores que se pusieran en contacto con los principales sacerdotes y ancianos. Les dijo: "Tuvimos éxito al engañarlos, cegando sus ojos y endureciendo sus corazones contra Jesús. Les hicimos creer que era un impostor. La guardia romana va a llevar la odiosa noticia de que Cristo ha resucitado. Conseguimos que los sacerdotes y los ancianos aborrecieran a Jesús y le dieran muerte. Hagámosles entender ahora que si se llega a saber que Jesús resucitó serán apedreados por el pueblo por haber enviado a la muerte a un hombre inocente".

El informe de la guardia romana

Cuando la hueste de ángeles celestiales se apartó del sepulcro y se disiparon la luz y la gloria, los guardias romanos se atrevieron a levantar la cabeza y a mirar a su alrededor. Se llenaron de asombro cuando vieron que la gran piedra había sido retirada de la puerta del sepulcro y que el cuerpo de Jesús no estaba más allí. Se apresuraron a ir a la ciudad para dar a conocer a los sacerdotes y ancianos lo

que habían visto. Cuando esos asesinos escucharon el maravilloso informe, sus rostros empalidecieron. El horror se apoderó de ellos cuando se dieron cuenta de lo que habían hecho. Si el informe era correcto, estaban perdidos. Por unos momentos se sentaron en silencio contemplándose los unos a los otros sin saber qué hacer ni
[241] qué decir. Aceptar el informe equivalía a condenarse a sí mismos. Salieron para consultarse en cuanto a lo que se debería hacer. Se dijeron que si el informe traído por la guardia comenzaba a circular entre la gente, los que dieron muerte a Cristo serían condenados como sus asesinos.

Decidieron pagar a los soldados para que guardaran el secreto. Los sacerdotes y ancianos les ofrecieron una gran suma de dinero diciéndoles: "Decid vosotros: sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos". Mateo 28:13. Y cuando los miembros de la guardia les preguntaron qué iba a pasar con ellos por quedarse dormidos en sus puestos, los dirigentes judíos les prometieron persuadir al gobernador y asegurar de ese modo su tranquilidad. Por causa del dinero la guardia romana decidió vender su honra y estuvo de acuerdo en seguir el consejo de los sacerdotes y ancianos.

Los primeros frutos de la redención

Cuando Cristo pendía de la cruz y exclamó: "¡Consumado es!" las rocas se partieron, la tierra tembló y algunas tumbas se abrieron. Al levantarse como triunfador sobre la muerte y el sepulcro, mientras la tierra se sacudía y la gloria del cielo resplandecía en torno del lugar sagrado, muchos de los justos muertos, obedientes a su llamamiento, salieron como testigos de que había resucitado. Esos santos favorecidos y resucitados surgieron glorifidos de la tumba. Eran escogidos y santos de todas las edades, desde la Creación hasta los días de Cristo. De manera que mientras los dirigentes judíos tra-
[242] taban de ocultar el hecho de que Jesús había resucitado, Dios decidió hacer salir a un grupo de personas de sus tumbas para que dieran testimonio de que Jesús había resucitado y para que declararan su gloria.

Estos seres resucitados eran de diferente estatura y forma, algunos de más noble aspecto que otros. Se me informó que los

habitantes de la tierra se habían degenerado, y que habían perdido su fortaleza y su gracia. Satanás tiene poder sobre la enfermedad y la muerte, y en todas las edades los efectos de la maldición han sido cada vez más visibles, y el poder de Satanás más plenamente evidente. Los que vivieron en los días de Noé y de Abrahán se parecían a los ángeles por su forma, su apariencia y su fortaleza. Pero cada generación sucesiva ha sido más y más débil, y más sometida a la enfermedad, y su vida ha sido de más corta duración. Satanás ha ido aprendiendo cómo perturbar y debilitar a la especie.

Los que salieron de sus tumbas después de la resurrección de Jesús se aparecieron a muchos diciéndoles que se había completado el sacrificio en favor del hombre, que Jesús, a quien los judíos habían crucificado, había resucitado de entre los muertos, y como prueba de sus palabras declararon: "Nosotros resucitamos con él". Dieron testimonio en el sentido de que por el poder de Jesús habían sido llamados a salir de la tumba. A pesar de los informes mentirosos que comenzaron a circular, la resurrección de Cristo no pudo ser escondida por Satanás, sus ángeles o los principales sacerdotes. Porque este grupo santo surgido de la tumba diseminó las maravillosas y gozosas noticias. El mismos Jesús se manifestó también a sus apenados y quebrantados discípulos, para disipar sus temores e infundirles gozo y alegría. [243]

Las mujeres en el sepulcro

Muy temprano en la mañana del primer día de la semana, antes que amaneciera, las santas mujeres acudieron a la tumba con especias aromáticas para ungir el cuerpo de Jesús. Descubrieron que la pesada piedra había sido retirada de la puerta del sepulcro, y que el cuerpo de Jesús no estaba allí. Sus corazones se conmovieron y temieron que sus enemigos hubieran retirado el cuerpo. Repentinamente vieron a dos ángeles recubiertos de blanco atuendo, con sus rostros resplandecientes. Estos seres celestiales comprendieron el motivo de la presencia de las mujeres e inmediatamente les dijeron que Jesús no estaba allí; había resucitado, pero podían contemplar el lugar donde había sido puesto. Les indicaron que dijeran a sus discípulos que él se había adelantado para encontrarse con ellos en Galilea. Con temor y gran alegría las mujeres se apresuraron a

encontrarse con los apesadumbrados discípulos y les dijeron lo que habían visto y oído.

Estos no podían creer que Cristo hubiera resucitado, pero se apresuraron a ir al sepulcro con las mujeres que habían traído ese informe. Descubrieron que Jesús no estaba allí; vieron los lienzos, pero no creyeron las buenas noticias de que hubiera resucitado de entre los muertos. Regresaron maravillados por lo que habían visto, y por el informe que les habían dado las mujeres.

Pero María decidió quedarse cerca del sepulcro, meditando en lo que había visto y preocupada por el pensamiento de que podría haber sido engañada. Presentía que le aguardaban nuevas pruebas. Sus penas renacieron y explotó en amargo llanto. Se aproximó para
[244] ver una vez más el sepulcro, y vio a dos ángeles vestidos de blanco. Uno estaba sentado donde había reposado la cabeza de Jesús, y el otro donde habían estado sus pies. Le hablaron tiernamente y le preguntaron por qué lloraba. Ella replicó: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto". Juan 20:13.

"No me toques"

Al apartarse del sepulcro vio a Jesús de pie cerca de allí, pero no lo conoció. Le habló con ternura, preguntándole por qué estaba triste y a quién buscaba. Supuso que era el jardinero, y le rogó que si se había llevado a su Señor, le dijera dónde lo había puesto, para que ella se lo pudiera llevar. Jesús le habló con su voz celestial y le dijo: "¡María!" Ella conocía muy bien los matices de esa voz amada, y le respondió con prontitud: "¡Maestro!" e impulsada por su gozo estuvo a punto de abrazarlo; pero Jesús le dijo: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios". Juan 20:17. Gozosamente se apresuró a llevar las buenas nuevas a los discípulos. Jesús rápidamente ascendió a su Padre para oír de su labios que había aceptado su sacrificio y para recibir toda potestad en los cielos y en la tierra.

Una nube de ángeles rodeó al Hijo de Dios y ordenó a las puertas eternas que se abrieran paraque pudiera entrar el rey de gloria. Vi que mientras Jesús estaba con esa resplandeciente hueste celestial en presencia de Dios y rodeado por su gloria, no se olvidó de sus

discípulos en la tierra sino que recibió potestad de su Padre para regresar y darles poder. Ese mismo día regresó y se manifestó a sus [245] discípulos. Les permitió que lo tocaran, porque había ascendido a su Padre y había recibido poder.

Tomás y sus dudas

Tomás no estuvo presente en esa ocasión. No quiso recibir con humildad el informe de los discípulos, sino que insistió con firmeza y confianza propia que no creería a menos que pusiera sus dedos en las señas de los clavos en sus manos y en su costado, donde había penetrado ese lanzazo cruel. De este modo manifestó falta de confianza en sus hermanos. Si todos pretendieran que se les diera esta misma evidencia, nadie recibiría ahora a Jesús ni creería en su resurrección. Pero era la voluntad de Dios que los que no pudieron ver ni oír por sí mismos al Salvador resucitado, recibieran el informe de los discípulos.

La incredulidad de Tomás no fue del agrado de Dios. Cuando Jesús se encontró de nuevo con los discípulos, Tomás estaba con ellos; y cuando vio a Jesús, creyó. Pero había afirmado que no se sentiría satisfecho si en la evidencia no participaba otro sentido además de la vista, y Jesús le dio lo que deseaba. Tomás exclamó: "¡Mi Señor y mi Dios!" pero Jesús lo reprendió por su incredulidad y le dijo: "Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron". Juan 20:28, 29.

El desconcierto del asesino de Cristo

Cuando las noticias se diseminaron de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, los judíos a su vez temieron por sus vidas y ocultaron el odio que sentían por los discípulos. Su única esperanza consistía [246] en esparcir su informe mentiroso. Y los que querían que esa mentira fuera verdad, lo aceptaron. Pilato tembló cuando oyó decir que Cristo había resucitado. No podía albergar dudas acerca del testimonio que se había dado, y desde ese momento la paz lo abandonó para siempre. Por causa del honor mundanal, por temor de perder su autoridad y su vida, había entregado a Jesús a la muerte. Ahora se convenció plenamente de que era culpable no sólo de la sangre de un hombre

inocente, sino de la del Hijo de Dios. La vida de Pilato fue miserable hasta el mismo fin. La desesperación y la angustia desmenuzaron cada sentimiento de esperanza y de alegría. No quiso ser consolado y murió una muerte miserable.

Cuarenta días con sus discípulos

Jesús permaneció con sus discípulos cuarenta días, provocándoles gozo y alegría de corazón al abrirles más plenamente las realidades del reino de Dios. Los comisionó para que dieran testimonio de las cosas que habían visto y oído concernientes a sus sufrimientos, su muerte y su resurrección, que había hecho un sacrificio por causa del pecado, y que todos los que quisieran podían acudir a él y encontrar vida. Con fiel ternura les dijo que serían perseguidos y pasarían por pruebas, pero que encontrarían alivio al recordar su experiencia y las palabras que él les había dicho. Les dijo que él había vencido las tentaciones de Satanás y logrado la victoria por medio de pruebas y sufrimientos. El enemigo no tendría más poder sobre él, por lo que lanzaría sus tentaciones más directas sobre ellos y sobre los que creyeran en su nombre. Pero podrían
[247] vencer como él había vencido. Jesús dotó a sus discípulos de poder para obrar milagros, y les dijo que aunque fueran perseguidos por los hombres impíos, de vez en cuando les enviaría sus ángeles para que los libraran; nadie les quitaría la vida hasta que su misión no estuviera terminada; entonces se les podría requerir que sellaran con su sangre el testimonio que habían dado.

Sus ansiosos seguidores escuchaban con alegría sus enseñanzas, disfrutando de cada palabra que surgía de sus santos labios. Ahora sabían ciertamente que era el Salvador del mundo. Sus palabras penetraron profundamente en su corazón, y comenzaron a apesadumbrarse de que pronto tendrían que separarse de su Maestro celestial para no oír más las palabras consoladoras y llenas de gracia que procedían de sus labios. Pero una vez más sus corazones se llenaron de amor y de suprema alegría, cuando Jesús les dijo que iría a preparar mansiones para ellos y vendría otra vez para recibirlos con el fin de que estuvieran para siempre con él. También les prometió enviarles el Consolador, el Espíritu Santo, para que los guiara a toda
[248] verdad. “Y alzando sus manos, los bendijo”. Lucas 24:50.

Capítulo 31—La ascensión de Cristo

Todo el cielo estaba esperando la hora de victoria cuando Jesús ascendería a su Padre. Los ángeles acudieron a recibir el Rey de gloria para escoltarlo en triunfo en su camino al cielo. Cuando Jesús bendijo a sus discípulos se separó de ellos y fue arrebatado hacia las alturas. Y cuando ascendía lo siguió la multitud de cautivos que se había levantado en ocasión de su resurrección. Lo aguardaba un enorme grupo de ángeles, mientras en el cielo un innumerable conjunto de seres angelicales aguardaba su llegada.

Al ascender hacia la Santa Ciudad los ángeles que escoltaban a Jesús clamaron: "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". Los ángeles que se encontraban en la ciudad exclamaron con entusiasmo: "¿Quién es este Rey de gloria?" Los ángeles de la escolta respondieron en triunfo: "Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". De nuevo los ángeles que aguardaban preguntaron: "¿Quién es este Rey de gloria?" Y los ángeles de la escolta respondieron melodiosamente: "Jehová de los ejércitos, él es el Rey de la gloria". Salmos 24:7-10. Y la procesión celestial entró en la ciudad de Dios.

Entonces toda la hueste celestial rodeó a su majestuoso Comandante, y con la más profunda adoración se inclinaron ante él [249]
y depusieron sus coronas resplandecientes poniéndolas a sus pies. A continuación pulsaron sus arpas de oro, y en acordes dulces y melodiosos llenaron el cielo con rica música e himnos en honor del Cordero que fue inmolado y que no obstante vive otra vez en majestad y gloria.

La promesa del regreso

Mientras los discípulos contemplaban apenados hacia el cielo para captar la última visión de su Señor que se remontaba en las

alturas, dos ángeles vestidos de blanco se pusieron junto a ellos y les dijeron: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo". Hechos 1:11. Los discípulos y la madre de Jesús, que con ellos había sido testigo de la ascensión del Hijo de Dios, pasaron la noche siguiente conversando sobre sus maravillosos actos y los extraños y gloriosos acontecimientos que habían ocurrido en tan corto tiempo.

La ira de Satanás

Satanás nuevamente se reunió en consejo con sus ángeles, y con amargo odio contra el gobierno de Dios les dijo que mientras retuviera su poder y su autoridad sobre la tierra, sus esfuerzos debían decuplicarse contra los seguidores de Jesús. No habían logrado prevalecer contra Cristo, pero debían derrotar a sus seguidores, de ser posible. En cada generación debían tratar de entrampar a los que creyeran en Jesús. Comunicó a sus ángeles que el Señor había dado a sus discípulos potestad para reprenderlos y desalojarlos, y para curar
[250] a los que ellos afligieran. Entonces los ángeles de Satanás salieron como leones rugientes para tratar de destruir a los seguidores de
[251] Cristo.

Capítulo 32—El Pentecostés

Este capítulo está basado en Hechos 2.

Cuando Jesús abrió el entendimiento de los discípulos al significado de las profecías relativas a él mismo, les aseguró que toda potestad le había sido dada en los cielos y en la tierra, y les ordenó predicar el Evangelio a toda criatura. Estos, al renovarse repentinamente su antigua esperanza de que el Señor ocupara su lugar en el trono de David en Jerusalén, le preguntaron: "¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?" Hechos 1:6. El Salvador infundió incertidumbre en sus mentes con respecto a ese tema al replicarles que no les correspondía "saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad". Hechos 1:7.

Con el poder del Pentecostés

Los discípulos comenzaron a alentar la esperanza de que el maravilloso descenso del Espíritu Santo podría influir sobre el pueblo judío para que aceptara a Jesús. El Salvador no tomó tiempo para darles más explicaciones porque sabía que cuando el Espíritu Santo descendiera sobre ellos plenamente, sus mentes se iluminarían y comprenderían en todo sentido la obra que se desplegaría ante ellos, y la emprenderían justamente donde él la había dejado. [252]

Se reunieron entonces en el aposento alto, para unirse en oración con las mujeres creyentes y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos. Estos, que habían sido incrédulos, estaban ahora plenamente arraigados en su fe gracias a las escenas que habían presenciado de la crucifixión, la resurrección y la ascensión del Señor. El número de los reunidos era de unos ciento veinte.

El derramamiento del Espíritu Santo

"Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos, y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento

recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen". El Espíritu Santo, que apareció bajo la forma de lenguas de fuego partidas en su extremo, y que reposaron sobre los que allí se hallaban reunidos, eran un emblema del don que se les concedería de hablar con fluidez varios diferentes idiomas que antes desconocían. El hecho de que fueran de fuego simbolizaba el celo ferviente con el cual trabajarían y el poder que acompañaría a sus palabras.

Como resultado de esta iluminación celestial las Escrituras que Cristo les había explicado surgieron en sus mentes con el vívido lustre y la gracia de las verdades nítidas y poderosas. El velo que les había impedido ver el fin de lo que tenía que ser abolido desapareció entonces, y el objeto de la misión de Cristo y la naturaleza de su
[253] reino alcanzaron para ellos perfecta comprensión y claridad.

Los judíos habían sido diseminados por casi todos los países, y hablaban diversos idiomas. Habían venido desde lugares lejanos a Jerusalén, y temporalmente estaban morando allí para permanecer en ese lugar mientras duraran las festividades religiosas en curso y para observar sus requerimientos. Cuando se reunían, hablaban todas las lenguas conocidas. Esta diversidad de idiomas era un gran obstáculo para las labores de los siervos de Dios que querían publicar la doctrina de Cristo hasta los confines de la tierra. El hecho de que Dios quisiera suplir las deficiencias de los-apóstoles en forma milagrosa era para la gente la confirmación más perfecta del testimonio de esos testigos de Cristo. El Espíritu Santo hizo por ellos lo que no podrían haber logrado en toda una vida; ahora podían diseminar la verdad del Evangelio hablando con perfección el idioma de aquellos en cuyo favor trabajaban. Este don milagroso era la más decisiva evidencia que podían presentar al mundo de que su comisión llevaba el sello del cielo.

"Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad,

¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?”

Los sacerdotes y dirigentes estaban sumamente indignados por esta maravillosa manifestación, cuya noticia se difundió por toda Jerusalén y su vecindario, pero no se atrevían a dar rienda suelta a su maldad por temor de exponerse al odio del pueblo. Habían dado muerte al Maestro, pero allí estaban sus servidores, gente ig- [254]
norante de Galilea, que presentaba el maravilloso cumplimiento de las profecías y enseñaba la doctrina de Jesús en todos los idiomas que se hablaban en esa época. Hablaban con poder de las extraordinarias obras del Salvador y desplegaban ante sus oyentes el plan de salvación basado en la misericordia y el sacrificio del Hijo de Dios. Sus palabras convencían y convertían a miles de sus oyentes. Las tradiciones y las supersticiones inculcadas por los sacerdotes desaparecían de sus mentes, y aceptaban las puras enseñanzas de la Palabra de Dios.

El sermón de Pedro

Pedro les mostró que esta manifestación era el directo cumplimiento de la profecía de Joel, mediante la cual este profeta preanunció que este poder descendería sobre los hombres de Dios con el fin de prepararlos para realizar una tarea especial.

Pedro trazó el linaje de Cristo y lo vinculó directamente con la honorable casa de David. No empleó ninguna de las enseñanzas de Jesús para probar esta verdad, porque sabía que sus prejuicios eran muy grandes y por lo tanto no tendrían ningún efecto. Pero se refirió a David, a quien los judíos consideraban un venerable patriarca de su nación. Por eso dijo:

“Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aún mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu santo vea corrupción”.

Pedro demostró que aquí David no se estaba refiriendo a sí mismo, sino definidamente a Jesucristo. El rey murió de muerte natural [255]
como otros hombres; su sepulcro, con el venerable polvo que contenía, había sido cuidadosamente guardado hasta ese momento. David,

como rey de Israel, y también como profeta, había sido especialmente honrado por Dios. Se le mostró en visión profética la vida y el ministerio futuros de Cristo. Vio su rechazamiento, su juicio, su crucifixión, su sepultura, su resurrección y su ascensión.

David dio testimonio de que el alma de Cristo no quedaría en el Hades (la tumba), y que su carne no vería corrupción. Pedro comprobó que esta profecía se cumplió en Jesús de Nazaret. Efectivamente Dios lo levantó de la tumba antes que su cuerpo viera corrupción. Era entonces el Exaltado en el cielo de los cielos.

En esa memorable ocasión mucha gente que hasta ese entonces se había reído de la idea de que una persona tan humilde como Jesús fuera el Hijo de Dios, se convenció cabalmente de la verdad y lo reconoció como su Salvador. Tres mil almas se añadieron a la iglesia. Los apóstoles hablaron impulsados por el Espíritu Santo; y sus palabras no podían ser contradichas porque las confirmaban extraordinarios milagros llevados a cabo gracias al derramiento del Espíritu de Dios. Los discípulos mismos se asombraron de los resultados de esta manifestación, y de la rapidez y la abundancia de la cosecha de almas. Todos se llenaron de asombro. Los que no quisieron abandonar sus prejuicios y su fanatismo se sintieron tan abrumados que no se atrevieron a oponerse a esa poderosa obra ni por palabras ni por actos de violencia, y por el momento su oposición cesó.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y
[256] convincentes, no habrían sido capaces de eliminar los prejuicios de los judíos que se habían opuesto a muchísima evidencia. Pero el Espíritu Santo introdujo esos argumentos con poder divino en sus corazones. Eran como agudas flechas del Todopoderoso, que los convencieron de su terrible culpa al rechazar y crucificar al Señor de gloria. "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo".

Pedro recalcó ante la gente convencida el hecho de que habían rechazado a Cristo porque habían sido engañados por los sacerdotes y gobernantes; y si continuaban esperando su consejo, y aguardaban a que esos gobernantes reconocieran a Cristo antes de atreverse

a hacerlo, nunca lo aceptarían. Esos hombres poderosos, aunque hicieran una profesión de santidad, eran ambiciosos y ansiaban las riquezas y la gloria terrenales. Nunca acudirían a Cristo para recibir luz. Jesús predijo que una terrible retribución recaería sobre esa gente por su obstinada incredulidad, a pesar de que se les dieron las más poderosas evidencias de que Jesús era el Hijo de Dios.

Desde ese momento en adelante el lenguaje de los discípulos fue puro, sencillo y exacto tanto en palabra como en acento, ya sea que se expresaran en su lengua nativa o en un idioma extranjero. Estos hombres humildes, que nunca habían estado en la escuela de los profetas, presentaban verdades tan elevadas y puras que asombraban a los que las escuchaban. No podían ir en persona hasta los últimos confines de la tierra; pero había hombres en la fiesta procedentes de todos los rincones del mundo, y las verdades recibidas por ellos [257] fueron llevadas a sus diversos hogares y publicadas entre la gente, y ganaron almas para Cristo.

Una lección para nuestros días

Este testimonio con respecto a la fundación de la iglesia cristiana se nos da no solamente como una importante porción de la historia sagrada, sino también como lección. Todos los que profesan el nombre de Cristo deben estar esperando, aguardando y orando en unidad de corazón. Debieran abandonarse todas las diferencias, y la unidad y el tierno amor debieran llenarlo todo. Entonces nuestras oraciones ascenderían juntas a nuestro Padre celestial basadas en una fe fuerte y amorosa. Entonces podríamos aguardar con paciencia y esperanza el cumplimiento de la promesa.

La respuesta nos puede llegar con súbita velocidad y poder abrumador, o puede demorarse por días y semanas para probar nuestra fe. Pero Dios sabe cómo y cuándo contestar nuestras oraciones. Es *nuestra* parte de la obra ponernos en relación con el canal divino. Dios es responsable por su parte de la obra. Fiel es el que prometió. Lo grande e importante para nosotros consiste en ser de un solo corazón y mente, para poner a un lado toda envidia y malicia, y vigilar y aguardar como humildes suplicantes. Jesús, nuestro representante y cabeza, está listo para hacer en favor de nosotros lo que hizo por los que oraban y vigilaban en el día de Pentecostés. [258]

Capítulo 33—El sanamiento del paralítico

Este capítulo está basado en Hechos 3 Y 4.

Poco después del derramamiento del Espíritu Santo, e inmediatamente después de un período de ferviente oración, Pedro y Juan habían ido al templo para rendir culto a Dios, y vieron a un paralítico pobre y angustiado, de cuarenta años de edad, que no había conocido otra cosa en la vida que el dolor y la enfermedad. Este infortunado había deseado por mucho tiempo ir a Jesús para recibir sanidad, pero estaba desamparado y vivía muy lejos del escenario de las labores del gran Médico. Finalmente sus fervorosos ruegos indujeron a algunas personas bondadosas a llevarlo a la puerta del templo. Pero al llegar allí descubrió que el Sanador, en quien se habían concentrado sus esperanzas, había sido entregado a una cruel muerte.

Su desilusión provocó la piedad de los que sabían por cuánto tiempo había esperado con ansias ser sanado por Jesús, de manera que lo traían cada día al templo para que los que por allí pasaban pudieran darle una limosna que aliviara en algo sus actuales necesidades. Cuando Pedro y Juan pasaron por allí, les pidió que tuvieran caridad con él. Los discípulos lo contemplaron con compasión. “Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos... No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de
[259] Nazaret, levántate y anda”.

El rostro del pobre hombre se demudó cuando oyó decir a Pedro que también era pobre, pero resplandeció con fe y esperanza cuando el discípulo terminó su sentencia. “Y tomándole por la mano derecha le levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos; y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios. Y todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios. Y le reconocían que era el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo, la Hermosa; y se llenaron de asombro y espanto por lo que le había sucedido”.

Los judíos se asombraron de que los discípulos pudieran llevar a cabo milagros semejantes a los de Jesús. Suponían que estaba muerto, y esperaban que en ese caso todas esas maravillosas manifestaciones habrían cesado con él. No obstante aquí estaba ese hombre que había permanecido desamparado y paralítico durante cuarenta años, en pleno uso de sus miembros, libre de todo dolor, y feliz en su fe en Jesús.

Los apóstoles vieron el asombro de la gente, y preguntaron por qué se asombraban del milagro que habían presenciado, y los contemplaban con espanto como si lo hubieran llevado a cabo por su propio poder. Pedro les aseguró que lo habían hecho por los méritos de Jesús de Nazaret, a quien ellos habían rechazado y crucificado, pero a quien Dios había levantado de entre los muertos al tercer día. "Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre, y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros. Más ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes. Pero Dios ha cumplido así lo que había antes [260]
anunciado por boca de todos sus profetas, que Jesucristo había de padecer".

Después de este milagro la gente se reunió en el templo, y Pedro le dirigió la palabra en una parte del recinto sagrado, mientras Juan le hablaba en otra. Los apóstoles, después de manifestarles con claridad el gran crimen de los judíos al rechazar y dar muerte al Príncipe de la vida, tuvieron cuidado de no conducirlos a la ira o a la desesperación. Pedro estaba dispuesto a aminorar al máximo la atrocidad de su culpa presumiendo que la cometieron por ignorancia. Les dijo que el Espíritu Santo los invitaba a arrepentirse de sus pecados y a convertirse; que no había esperanza para ellos aparte de la misericordia de ese Cristo a quien habían crucificado; sus pecados podían ser cancelados por su sangre solamente por fe en él.

Detención y juicio de los apóstoles

La predicación de la resurrección de Cristo y que por medio de su muerte y resurrección finalmente todos los muertos saldrían de sus tumbas, conmovió profundamente a los saduceos. Creyeron que su doctrina favorita estaba en peligro y que su reputación había sido

puesta en tela de juicio. Algunos de los funcionarios del templo y el capitán de la guardia de ese recinto eran saduceos. El capitán, con la ayuda de algunos saduceos, detuvo a los dos apóstoles y los puso en la cárcel puesto que era demasiado tarde para que sus casos fueran considerados esa noche.

Al día siguiente Anás y Caifás, con otros dignatarios del templo, se reunieron para juzgar a los prisioneros, que les fueron traídos a
[261] su presencia. En esa misma estancia, y en presencia de esos mismos hombres, Pedro había negado vergonzosamente a su Señor. Todo ello apareció nítidamente en su memoria mientras el discípulo comparecía para hacer frente a su propio juicio. Ahora tenía la oportunidad de redimir la malvada cobardía de entonces.

El grupo que se hallaba allí presente recordó la parte que había desempeñado Pedro en el juicio de su Maestro, y se alegró con el pensamiento de que podrían intimidarlo con amenazas de prisión y muerte. Pero el hombre que había negado a Cristo en la hora de su mayor necesidad era el discípulo impulsivo y confiado en sí mismo, muy distinto del Pedro que se encontraba ahora frente al Sanedrín para ser examinado ese día. Se había convertido; desconfiaba de sí mismo y ya no era más el orgulloso fanfarrón de otrora. Estaba lleno del Espíritu Santo y por medio de su poder había llegado a ser firme como una roca, valiente aunque modesto al magnificar a Cristo. Estaba listo para hacer desaparecer la mancha de su apostasía al honrar el nombre que una vez había negado.

La osada defensa de Pedro

Hasta ese momento los sacerdotes habían evitado mencionar la crucifixión o la resurrección de Jesús; pero ahora, para cumplir su propósito, se vieron obligados a interrogar al acusado acerca del poder mediante el cual habían llevado a cabo la notable curación del paralítico. Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, dirigiéndose respetuosamente a los sacerdotes y ancianos, declaró lo siguiente: “Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesús de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a
[262] quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún

otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".

Las palabras de Pedro tenían el sello de Cristo, y su rostro estaba iluminado por el Espíritu Santo. Muy cerca de él, como testigo viviente, se hallaba el hombre que había sido milagrosamente curado. El aspecto de ese hombre, que sólo pocas horas antes era un desamparado paralítico, pero que ahora había sido restaurado a la plena sanidad de su cuerpo, y había sido iluminado con respecto a Jesús de Nazaret, le añadía peso al testimonio de las palabras de Pedro. Los sacerdotes, los gobernantes y el pueblo guardaron silencio. Los gobernantes no tenían poder para refutar esa declaración. Se vieron obligados a escuchar lo que menos querían oír, es a saber, el hecho de la resurrección de Jesucrito y su poder de llevar a cabo milagros desde el cielo por medio de sus apóstoles en la tierra.

La defensa de Pedro, que reconoció valerosamente de dónde procedía el poder que había obtenido, los dejó abrumados. Se había referido a la piedra desechada por los edificadores, una alusión directa a las autoridades de la iglesia que debieran haber percibido el valor de Aquel a quien rechazaron, no obstante lo cual había llegado a ser cabeza del ángulo. Con estas palabras se refirió directamente a Cristo, la piedra fundamental de la iglesia.

La gente estaba asombrada de la valentía de los discípulos. Suponían, puesto que eran ignorantes pescadores, que podían ser aplastados y confundidos al comparecer ante los sacerdotes, escribas y ancianos. Pero tomaron nota de que habían estado con Jesús. Los [263]
apóstoles hablaron como él lo hubiera hecho, con un poder convincente que sometió al silencio a sus adversarios. Para ocultar su perplejidad los sacerdotes y gobernantes ordenaron que los apóstoles salieran de la habitación, para discutir juntos el asunto.

Todos estuvieron de acuerdo en que era inútil negar que el hombre había sido sanado mediante el poder que recibieron los apóstoles en el nombre de Jesús, el crucificado. De buena gana hubieran tratado de cubrir el milagro mediante falsedades; pero esta obra fue hecha a plena luz del día y en presencia de una multitud, y ya había llegado al conocimiento de miles. Llegaron a la conclusión de que había que detener esa obra inmediatamente, pues en caso contrario Jesús lograría muchos creyentes, a lo que seguiría su propia desgracia, y serían culpables del asesinato del Hijo de Dios.

A pesar de su disposición a destruir a los discípulos, no se atrevieron a hacer nada más grave que amenazarlos con los más tremendos castigos si seguían enseñando o haciendo obras en el nombre de Jesús. A lo que Pedro y Juan declararon osadamente que su obra les había sido confiada por Dios, y que no podían hacer otra cosa que hablar de lo que habían visto y oído. De buena gana los sacerdotes hubieran castigado a estos nobles hombres por su inquebrantable fidelidad a su sagrada vocación, pero temían al pueblo, "porque todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho". De modo que después de repetir sus amenazas y prohibiciones, dejaron a los
[264] apóstoles en libertad.

Capítulo 34—Leales a Dios en medio de la persecución

Este capítulo está basado en Hechos 5:12-42.

Los Apostulos continuaron con gran poder su obra de misericordia, de sanar a los afligidos y proclamar al Salvador crucificado y resucitado. Muchos se añadían continuamente a la iglesia por medio del bautismo, pero nadie se atrevía a hacerlo si no estaba unido de corazón y mente con los creyentes en Cristo. Multitudes acudieron a Jerusalén para traer a los enfermos y a los que estaban poseídos por espíritus inmundos. Muchos dolientes eran depositados en las calles por donde Pedro y Juan pasaban, para que sus sombras cayeran sobre ellos y los sanaran. El poder del resucitado Salvador ciertamente había descendido sobre los apóstoles, y éstos llevaban a cabo señales y milagros que diariamente aumentaban el número de creyentes.

Estas cosas llenaban de gran perplejidad a los sacerdotes y gobernantes, especialmente a los saduceos. Se dieron cuenta de que si se permitía que los apóstoles predicaran a un Salvador resucitado e hicieran milagros en su nombre, pronto todos rechazarían su doctrina de que no hay resurrección y su secta pronto se extinguiría. Los fariseos percibían que la tendencia de su predicación pronto socavaría las ceremonias judaicas y quitaría todo significado a los sacrificios. Sus primeros esfuerzos para suprimir a estos predicado- [265]
res habían sido vanos, pero ahora estaban decididos a terminar con ese entusiasmo.

Librado por un ángel

De acuerdo con esto los apóstoles fueron arrestados y puestos en prisión, y se convocó al Sanedrín para que tratara su caso. Una gran cantidad de eruditos, además de los miembros regulares del concilio, fueron convocados también, y deliberaron juntos en cuanto a lo que se podía hacer con estos perturbadores de la paz. “Mas un ángel

del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos, dijo: Id, y puestos en pie en el templo anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida. Habiendo oído esto, entraron de mañana en el templo, y enseñaban".

Cuando los apóstoles aparecieron entre los hermanos y les contaron cómo los había conducido el ángel directamente entre los soldados que guardaban la prisión y les habían dado orden de reasumir la tarea que había sido interrumpida por los sacerdotes y gobernantes, aquéllos se llenaron de gozo y asombro.

Los sacerdotes y gobernantes reunidos en concilio decidieron acusarlos de insurrección y de asesinar a Ananías y Safira (Hechos 5:1-11), y de conspirar para privar a los sacerdotes de su autoridad y darles muerte. Confiaban en que la muchedumbre se sentiría entusiasmada para tomar el asunto en sus manos y tratar a los apóstoles como habían tratado a Jesús. Eran conscientes de que muchos de los que no habían aceptado la doctrina de Cristo estaban cansados con el gobierno arbitrario de las autoridades judías y ansiosos de que se produjera algún cambio definido. Si estas personas llegaban
[266] a interesarse en las creencias de los apóstoles, y las aceptaban, y reconocían a Jesús como Mesías, temían que la ira de todo el pueblo se suscitara contra los sacerdotes, y los hicieran responsables del asesinato de Cristo. Decidieron tomar medidas enérgicas para impedirlo. Finalmente mandaron comparecer ante ellos a los supuestos prisioneros. Grande fue su asombro cuando recibieron el informe de que las puertas de la prisión estaban firmemente cerradas, que los guardias estaban en su sitio, pero que a los prisioneros no se los podía encontrar por ninguna parte.

Pronto llegó el informe: "He aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo". Aunque los apóstoles fueron milagrosamente librados de la prisión, no se los eximió del juicio y el castigo. Cristo había dicho cuando estaba entre ellos: "Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios". Mateo 10:17. Dios les había dado una muestra de su cuidado y una seguridad de su presencia al enviarles al ángel; ahora les tocaba sufrir por causa de Cristo, a quien predicaban. La gente estaba tan impresionada por lo que había visto y oído que los sacerdotes realmente sabían que era imposible ponerlos en contra de los apóstoles.

El segundo juicio

“Entonces fue el jefe de la guardia con los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo. Cuando los trajeron, los presentaron ante el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en este nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese [267]
hombre”. En ese momento no estaban tan dispuestos a llevar la culpa de asesinar a Jesús, como cuando se unieron a la turba degradada para gritar: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”. Mateo 27:25.

Pedro, con los otros apóstoles, asumió la misma estrategia defensiva que en su juicio anterior: “Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”. Un ángel enviado por Dios los libro de la prisión y les mandó enseñar en el templo. Al seguir sus indicaciones estaban obedeciendo el mandato divino, y debían continuar haciéndolo no importaba cuánto les costara. Pedro continuó: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen”.

El Espíritu de la inspiración descendió sobre los apóstoles, y los acusados se convirtieron en acusadores, y cargaron el asesinato de Cristo sobre los sacerdotes y gobernantes que componían el concilio. Los judíos se enfurecieron tanto que decidieron tomar la ley en sus manos, sin continuar el juicio y sin tener la autorización de los funcionarios romanos, para dar muerte a sus prisioneros. Culpables ya de la sangre de Cristo, estaban ansiosos ahora de manchar sus manos con la sangre de los apóstoles. Pero había entre ellos un hombre erudito y de elevada posición, cuya clara inteligencia previó las terribles consecuencias de un paso tan violento. Dios suscitó un hombre del mismo concilio para detener la violencia de los [268]
sacerdotes y gobernantes.

Gamaliel, docto fariseo, hombre de gran reputación, era extremadamente cauto, y después de hablar en favor de los prisioneros

pidió que los retiraran de la sala. Entonces dijo cuidadosamente y con mucha calma: "Varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer con respecto a estos hombres. Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero él fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada. Después de éste, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados. Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podéis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios".

Lo menos que podían hacer los sacerdotes era verificar cuán razonable era esta opinión; se vieron obligados a estar de acuerdo con él, y muy a su pesar dejaron libres a los prisioneros, después de azotarlos con varas y de encomendarles una y otra vez que no predicaran más en el nombre de Jesús, o pagarían con sus vidas la culpa de su osadía. "Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo".

Bien podían los perseguidores de los apóstoles sentirse perturbados cuando se dieron cuenta de su incapacidad para aplastar a estos
[269] testigos de Cristo, que tenían fe y valor suficiente para convertir la vergüenza en gloria y el dolor en alegría por causa de su Maestro, que había sufrido humillación y agonía antes que ellos. De modo pues que los valientes discípulos continuaron enseñando en público, y secretamente también en las casas por pedido de sus habitantes que no se atrevían a confesar abiertamente su fe, por temor de los
[270] judíos.

Capítulo 35—Organización evangélica

Este capítulo está basado en Hechos 6:1-7.

"En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria". Estos griegos procedían de otros países, donde se hablaba el griego. La mayor parte de los conversos eran judíos que hablaban hebreo; pero éstos vivían en el Imperio Romano y sólo hablaban griego. Comenzaron a suscitarse murmuraciones entre ellos de que las viudas de lengua griega no recibían una ayuda tan generosa como las indigentes hebreas. Cualquier parcialidad de esta clase hubiera sido ofensiva para Dios; y rápidamente se tomaron medidas para restaurar la paz y la armonía entre los creyentes.

El Espíritu Santo sugirió un método por medio del cual los apóstoles podrían ser aliviados de la tarea de distribuir ayudas a los pobres, y otras responsabilidades similares, de manera que pudieran estar libres para predicar a Cristo. "Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio [271]
de la Palabra".

De acuerdo con esto la iglesia seleccionó siete hombres llenos de fe y de la sabiduría del Espíritu de Dios, para que atendieran los asuntos relativos a la causa. Se eligió primero a Esteban; era judío de nacimiento y religión, pero hablaba griego y estaba bien versado en las costumbres y las maneras de los griegos. Se consideró que era la persona más apropiada para estar al frente de la tarea de supervisar y distribuir los fondos destinados a las viudas, los huérfanos y los pobres. Esta selección satisfizo a todos, de modo que se calmaron la insatisfacción y las murmuraciones.

Los siete elegidos fueron solemnemente separados para el cumplimiento de sus deberes mediante la oración y la imposición de manos. Los que fueron así ordenados no quedaron excluidos por ello de la enseñanza de la fe. Por el contrario, se nos dice que "Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo". Estaban plenamente capacitados para dar instrucción con respecto a la verdad. Eran también hombres de juicio sereno y discreción, bien calculados para tratar casos difíciles de pruebas, murmuraciones o celos.

La elección de estos hombres para que trataran los asuntos de la iglesia, de manera que los apóstoles quedaran libres para llevar a cabo su tarea especial de enseñar la verdad, recibió en gran medida la bendición de Dios. La iglesia progresó en cantidad y fortaleza. "Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe".

Es necesario que el mismo orden y sistema se mantengan en la
[272] iglesia ahora como en los días de los apóstoles. La prosperidad de la causa depende en gran medida de que sus diversos departamentos estén a cargo de hombres hábiles bien capacitados para ocupar sus puestos. Los elegidos de Dios para ser dirigentes en su causa, para supervigilar los intereses espirituales de la iglesia, debieran ser aliviados, tanto como resulte posible, de los cuidados y perplejidades de naturaleza temporal. Los llamados por Dios para ministrar en palabra y doctrina debieran disponer de tiempo para la meditación, la oración y el estudio de las Escrituras. Su fino discernimiento espiritual se embota cuando se explayan en los detalles menores de los negocios y tienen que ver con los diversos temperamentos de los que participan en las actividades de la iglesia. Es adecuado que todos los asuntos de naturaleza temporal sean sometidos a la consideración de los administradores correspondientes para que les den el curso conveniente. Pero si son tan difíciles que su sabiduría no alcanza para resolverlos, debieran ser sometidos al consejo de los
[273] que tienen la misión de sobrevigilar la obra de la iglesia entera.

Capítulo 36—La muerte de Esteban

Este capítulo está basado en Hechos 6:8 a 7:60.

Esteban era muy activo en la causa de Dios y compartía su fe valerosamente. "Entonces se levantaron unos de la sinagoga llamada de los libertos, y de los de Sirene, de Alejandría, de Silicia y de Asia, disputando con Esteban. Pero no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba". Estos discípulos de los grandes rabinos confiaban en que en un debate público podrían obtener una victoria completa sobre Esteban basándose en su supuesta ignorancia. Pero no solamente hablaba éste con el poder del Espíritu Santo, sino que resultó evidente para toda esa vasta asamblea que también era un estudioso de las profecías y versado en todos los asuntos relativos a la ley. Defendió con capacidad las verdades que profesaba, y derrotó totalmente a sus oponentes.

Los sacerdotes y gobernantes que fueron testigos de la maravillosa manifestación de poder que acompañaba el ministerio de Esteban se llenaron de amargo odio. En lugar de ceder al peso de la evidencia que él presentaba, decidieron silenciar su voz dándole muerte.

Por lo tanto prendieron a Esteban y lo hicieron comparecer delante del Sanedrín para someterlo a juicio. [274]

Se convocó a eruditos judíos de los países circunvecinos con el propósito de que refutaran los argumentos del acusado. Saulo, que se había distinguido como celoso oponente de la doctrina de Cristo y perseguidor de todos los que creían en él, también se hallaba presente. Este erudito se puso en contra de Esteban en forma destacada. Empleó todo el peso de la elocuencia y la lógica de los rabinos en este caso, para convencer a la gente de que Esteban predicaba doctrinas engañosas y peligrosas.

Pero Saulo encontró en Esteban a alguien tan educado como él mismo, y que tenía una plena comprensión de los propósitos de Dios al diseminar el Evangelio por todas las naciones. Creía en el Dios

de Abrahán, Isaac y Jacob, y estaba sumamente bien fundado con respecto a los privilegios de los judíos; pero su fe era más amplia, y sabía que había llegado el tiempo cuando los verdaderos creyentes adorarían no sólo en templos hechos por manos de hombres, sino en todo el mundo los hombres podrían adorar a Dios en espíritu y en verdad. Había caído la venda de los ojos de Esteban, y percibía el propósito por el cual tantas cosas habían sido abolidas con la muerte de Cristo.

Los sacerdotes y gobernantes no podían prevalecer contra esta nítida y tranquila sabiduría, aunque eran vehementes en su oposición. Se decidieron emplear a Esteban para hacer un escarmiento, y mientras de ese modo satisfacían su odio vengativo, impedían que otros, por temor, adoptaran sus creencias. Se lanzaron cargos contra él en forma impresionante. Contrataron testigos falsos para que dijeran que lo habían oído pronunciar palabras blasfemas contra el templo y la ley. Dijeron: "Le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos
[275] dio Moisés". Mientras Esteban permanecía frente a sus jueces para responder por el delito de blasfemia, un santo resplandor irradió de su rostro. "Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel". Muchos de los que vieron el rostro resplandeciente de Esteban temblaron y se cubrieron, pero la persistente incredulidad y el prejuicio no vacilaron.

La defensa de Esteban

Se interrogó a Esteban en cuanto a la verdad de los cargos que se le hacían, y él asumió su defensa con voz clara y conmovedora que resonó por todo el recinto del concilio. Procedió a repasar la historia del pueblo elegido de Dios con palabras qué mantuvieron en suspenso a la audiencia. Puso en evidencia un conocimiento cabal de todo lo relativo al pueblo judío, y de la interpretación espiritual de ello puesta de manifiesto por Cristo. Comenzó con Abrahán y procedió a repasar la historia de generación en generación, recorriendo todos los anales de la nación desde Israel hasta Salomón, y recurriendo a sus aspectos más impresionantes para vindicar su causa.

Aclaró su propia lealtad a Dios y a la fe judaica, mientras ponía de manifiesto que la ley en la cual confiaban para salvación no había sido capaz de salvar a Israel de la idolatría. Relacionó a Jesucristo con toda la historia judaica. Se refirió a la construcción del templo de Salomón con las palabras de este rey y de Isaías: "Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano". "El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificareis? dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?" El lugar más elevado para el culto de Dios está [276]
en el cielo.

Cuando Esteban llegó a este punto hubo un tumulto entre la gente. El prisionero leyó su destino en los rostros que tenía ante sí. Se dio cuenta de la oposición que habían encontrado sus palabras, pronunciadas bajo el impulso del Espíritu Santo. Supo que estaba dando su último testimonio. Pocos de los que leen este discurso de Esteban lo aprecian adecuadamente. La ocasión, el momento y el lugar debieran tenerse presentes, para que las palabras adquieran su pleno significado.

Cuando relacionó a Jesucristo con las profecías y habló del templo como lo hizo, el sacerdote, simulando caer presa del horror, rasgó sus vestiduras. Este acto fue para Esteban la señal de que su voz pronto sería silenciada para siempre. Aunque se hallaba en la mitad de su sermón, lo terminó abruptamente apartándose en forma repentina de la cadena histórica, y dirigiéndose a sus jueces enfurecidos les dijo: "¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis".

La muerte de un mártir

Al llegar a este punto los sacerdotes y los gobernantes estaban fuera de sí por causa de su ira. Se parecían más a bestias feroces que a seres humanos. Se abalanzaron sobre Esteban en medio de un [277]
crujir de dientes. Pero no lo intimidaron; él esperaba esto. Su rostro

estaba sereno y resplandeció con una luz angelical. Los furiosos sacerdotes y la multitud enardecida no lo asustaban. "Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios".

La escena que lo rodeaba desapareció de su vista; los portales del cielo se abrieron de par en par y Esteban, al contemplar en su interior, vio la gloria de la corte de Dios y a Cristo, como si acabara de levantarse de su trono, que estaba de pie listo para sostener a su siervo que estaba a punto de sufrir el martirio por su nombre. Cuando Esteban describió en alta voz la gloriosa escena que se extendía ante él, sus perseguidores llegaron a la conclusión de que era mucho más de lo que podían soportar. Se taparon los oídos para no escuchar sus palabras, y profiriendo agudos gritos corrieron furiosamente al unísono. "Y apedrearon a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió".

En medio de las agonías de una muerte tan cruel el fiel mártir, como su divino Maestro, oró por sus asesinos. Se pidió a los testigos que habían acusado a Esteban que lanzaran las primeras piedras. Estos hombres pusieron sus ropas a los pies de Saulo, que había tomado parte activa en el debate y que había consentido en la muerte del prisionero.

El martirio de Esteban causó una profunda impresión en todos
[278] los que fueron testigos del hecho. Significó una dura prueba para la iglesia, pero dio como resultado la conversión de Saulo. La fe, la constancia y la glorificación del mártir no pudieron desaparecer de su memoria. El sello de Dios estampado en su rostro, sus palabras, que alcanzaron a cada alma de todos los que lo escucharon, excepto de los que se endurecieron por resistir la luz, permanecieron en la memoria de los presentes y dieron testimonio de la verdad de lo que él había proclamado.

No se pronunció sentencia legal en el caso de Esteban, pero las autoridades romanas recibieron grandes sumas de dinero para no investigar el caso. Saulo parecía imbuido de un celo frenético en ocasión del juicio y la muerte de Esteban. Parecía enfurecido por su

secreta convicción de que Esteban había sido honrado por Dios en el mismo momento cuando los hombres lo deshonraban.

Continuó persiguiendo a la iglesia de Dios, lanzando cacerías contra sus miembros, prendiéndolos en las casas y entregándolos a los sacerdotes y gobernantes para que los encerraran en la cárcel y les dieran muerte. El celo con que lanzó esta persecución constituyó un terror para los cristianos de Jerusalén. Las autoridades romanas no hicieron esfuerzos especiales para detener esta cruel obra y, por el contrario, en secreto ayudaron a los judíos con el fin de reconciliarse con ellos y asegurarse sus favores.

El erudito Saulo fue un instrumento poderoso en manos de Satanás para llevar adelante su rebelión contra el Hijo de Dios; pero Alguien más poderoso que Satanás había seleccionado a Saulo para que ocupara el lugar del mártir Esteban y trabajara y sufriera por su nombre. Saulo era muy estimado por los judíos tanto por
su erudición como por su celo para perseguir a los creyentes. No [279]
fue miembro del Sanedrín hasta después de la muerte de Esteban, cuando se lo eligió para ocupar un lugar en ese cuerpo teniendo en
cuenta la parte que había desempeñado en esa oportunidad. [280]

Capítulo 37—La conversión de Saulo

Este capítulo está basado en Hechos 9:1-22.

La mente de Saulo fue sumamente conmovida por la muerte triunfante de Esteban. Sus prejuicios fueron sacudidos; pero las opiniones y los argumentos de los sacerdotes y gobernantes finalmente lo convencieron de que Esteban era blasfemo; que Jesucristo a quien él predicaba era un impostor y que los que desempeñaban oficios sagrados debían tener razón. Puesto que era un hombre de mente decidida y firmes propósitos, su oposición al cristianismo fue sumamente incisiva una vez que se convenció de que las opiniones de los sacerdotes y escribas eran correctas. Su celo lo indujo a dedicarse voluntariamente a perseguir a los creyentes. Logró que algunos santos fueran arrastrados ante los concilios, encarcelados o condenados a muerte sin ninguna evidencia de ofensa, salvo su fe en Jesús. De un carácter similar, aunque orientado en otra dirección, era el celo de Santiago y Juan cuando querían que descendiera fuego del cielo y consumiera a los que habían despreciado y se habían burlado de su Maestro.

Saulo estaba por hacer un viaje a Damasco para atender negocios particulares, pero estaba decidido también a cumplir un doble
[281] propósito al buscar, de paso, a los creyentes en Cristo. Con este fin consiguió cartas del sumo sacerdote para ser leídas en la sinagoga, mediante las cuales se lo autorizaba a prender a todos los que fueran sospechosos de creer en Jesús, para enviarlos por manos de mensajeros a Jerusalén donde serían juzgados y castigados. Se puso en camino lleno de la fortaleza y el vigor de la virilidad, e impulsado por el fuego de un celo equivocado.

Cuando los cansados viajeros se acercaban a Damasco, los ojos de Saulo descansaron con placer sobre la fértil tierra, los hermosos jardines, los huertos cargados de fruta y las frescas corrientes que avanzaban murmurando entre el verdor de los arbustos. Resultaba refrigerante contemplar tal escena después de un viaje largo y can-

sador en medio de un desolador desierto. Mientras Saulo con sus compañeros contemplaban todo llenos de admiración, de repente una luz más brillante que la del sol resplandeció en torno de ellos "y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón".

La visión de Cristo

Todo quedó transformado en una tremenda confusión. Los compañeros de Saulo estaban presas del terror y casi enceguecidos por la intensidad de la luz. Oyeron la voz pero no vieron a nadie y lo que siguió les resultó ininteligible y misterioso. Pero Saulo, que yacía postrado en tierra, entendió las palabras pronunciadas y vio claramente delante de él al Hijo de Dios. Una mirada a ese glorioso ser bastó para imprimir su imagen para siempre en el alma del conmovido judío. Las palabras penetraron con fuerza arrolladora [282] hasta su corazón. Un torrente de luz llenó las oscuras cámaras de su mente, revelándole su ignorancia y su error. Vio que mientras se imaginaba que era muy celoso en su servicio a Dios al perseguir a los seguidores de Cristo, en realidad había estado haciendo la obra de Satanás.

Vio su insensatez al depositar su fe en las seguridades dadas por los sacerdotes y gobernantes, cuyos cargos sagrados habían ejercido una gran influencia sobre su mente, y lo habían inducido a creer que la historia de la resurrección era un invento artero de los discípulos de Jesús. Ahora que Cristo se había manifestado a Saulo, el sermón de Esteban surgió con fuerza en su mente. Esas palabras que los sacerdotes habían calificado de blasfemia, ahora le parecieron la pura verdad. En ese momento, cuando se produjo esa maravillosa iluminación, su mente trabajó con notable rapidez. Al recapitular la historia profética vio que el rechazamiento de Jesús por parte de los judíos, su crucifixión, su resurrección y su ascensión, habían sido predichas por los profetas y constituían pruebas de que era el prometido Mesías. Recordó las palabras de Esteban: "Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios" (Hechos 7:56), y se dio cuenta de que ese santo, en el momento de morir, había contemplado el reino de gloria.

¡Qué revelación era todo esto para el perseguidor de los creyentes! Una luz nítida y terrible había irrumpido en su alma. Cristo se le reveló como Aquel que había venido a la tierra para cumplir su misión, había sido rechazado, maltratado, condenado y crucificado por aquellos a quienes vino a salvar, y habiendo resucitado de entre los muertos había ascendido a los cielos. En ese terrible momento
[283] recordó que Esteban, el santo, había sido sacrificado con su consentimiento, y que por su intermedio muchos santos meritorios habían encontrado la muerte y habían sido objeto de cruel persecución.

"El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer". En la mente de Saulo no había ahora la menor duda de que Quien le había hablado era el verdadero Jesús de Nazaret, y que ciertamente era el tan esperado Mesías, la consolación y el Redentor de Israel.

Cuando se disipó la resplandeciente gloria, y Saulo se levantó, se encontró totalmente privado de la vista. La brillantez de la gloria de Cristo había sido demasiado intensa para sus ojos mortales, y cuando desapareció, las tinieblas de la noche tomaron posesión de ellos. Creyó que esta ceguera era el castigo de Dios por su cruel persecución de los seguidores de Jesús. Avanzó a tientas en medio de una terrible oscuridad, y sus compañeros, atemorizados y asombrados, lo condujeron de la mano hasta Damasco.

En contacto con la iglesia

La respuesta a la pregunta de Saulo fue: "Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer". Jesús puso en contacto con su iglesia al perplejo judío, para que recibiera información acerca de su deber. Cristo llevó a cabo la obra de la revelación y la convicción; y ahora el penitente estaba en condiciones de aprender de aquellos a quienes Dios había ordenado que enseñaran su verdad. De ese modo Jesús sancionó la autoridad de su iglesia organizada, y puso
[284] a Saulo en contacto con sus representantes en la tierra. La luz de la iluminación celestial privó de vista a Saulo, pero Jesús, el gran Sanador, no se la restauró inmediatamente. Todas las bendiciones proceden de Cristo, pero él ha establecido ahora una iglesia que es su representante en la tierra, y a ella le corresponde la obra de conducir

al pecador arrepentido por el camino de la vida. Los mismos hombres a quienes Saulo se había resuelto destruir, iban a ser sus instructores en la religión que había despreciado y perseguido.

La fe de Saulo fue tremendamente probada durante los tres días de ayuno y oración que pasó en la casa de Judas en Damasco. Estaba totalmente ciego, y completamente a oscuras en cuanto a lo que se esperaba de él. Se le había indicado que fuera a Damasco, donde se le diría qué debía hacer. En su incertidumbre y su angustia clamó fervientemente a Dios. "Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista".

Ananías apenas podía dar crédito a las palabras del ángel mensajero, porque las noticias de la terrible persecución a que Saulo había sometido a los santos de Jerusalén se había diseminado por los lugares lejanos y distantes. Pretendió discutir y dijo: "Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aún aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre". Pero la orden que se dio a Ananías era imperativa: "Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de [285]
reyes, y de los hijos de Israel".

El discípulo, obediente a la indicación del ángel, buscó al hombre que hasta poco tiempo antes había respirado amenazas contra todos los que creían en el nombre de Jesús. Se dirigió a él de este modo: "Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado".

Cristo nos da aquí un ejemplo de cómo obra para la salvación de los hombres. Podría haber hecho todo esto directamente en favor de Saulo; pero eso no estaba de acuerdo con su plan. Sus bendiciones debían impartirse por medio de los instrumentos ordenados por él. Saulo tenía algo que hacer con respecto a la confesión que debía presentar a aquellos cuya destrucción había planeado; y Dios quería

que los hombres a quienes había autorizado para que obraran en su lugar, llevaran a cabo esa obra con responsabilidad.

Saulo se convirtió en un alumno de los discípulos. A la luz de la ley comprendió que era pecador. Vio que Jesús, a quien en su ignorancia había considerado impostor, era el Autor y el Fundamento de la religión del pueblo de Dios desde los días de Adán, y el Consumador de la fe que ahora iluminaba su visión con tanta claridad; vio además que era el vindicador de la verdad y el cumplimiento de las profecías. El había creído que Jesús anulaba la ley de Dios; pero cuando el dedo del Altísimo tocó su visión espiritual, se dio cuenta de que él era el originador de todo el sistema de sacrificios
[286] de los judíos; que había venido al mundo con el expreso propósito de vindicar la ley de su Padre; y que con su muerte los símbolos de la ley se habían encontrado con la realidad. A la luz de la ley moral, que él creía guardar celosamente, Saulo se vio como pecador de pecadores.

De perseguidor a apóstol

Pablo fue bautizado por Ananías en el río que pasa cerca de Damasco. Se fortaleció mediante el alimento e inmediatamente comenzó a predicar a Jesús a los creyentes de la ciudad, a los mismos para cuya destrucción había salido de Jerusalén. También enseñó en las sinagogas que el Jesús que había sido enviado a la muerte era ciertamente el Hijo de Dios. Sus argumentos, basados en las profecías, eran tan concluyentes, y sus esfuerzos contaban de tal modo con el poder de Dios, que los judíos opositores se confundieron y no pudieron responderle. La educación rabínica y farisea de Pablo debía ser empleada entonces en beneficio de la predicación del Evangelio, y para sostener la causa que antes se había esforzado en destruir.

Los judíos quedaron totalmente sorprendidos y confundidos ante la conversión de Pablo. Estaban perfectamente al tanto del puesto que ocupaba en Jerusalén, y sabían cuál era el principal motivo de su viaje a Damasco, y que había sido comisionado por el sumo sacerdote que lo había autorizado para prender a los creyentes en Jesús con el fin de enviarlos detenidos a Jerusalén; no obstante, ahora lo veían predicando el Evangelio de Cristo, fortaleciendo a los que

ya eran sus discípulos y ganando constantemente nuevos conversos a la fe que una vez había tenido que sufrir su fiera oposición. Pablo demostró a todos los que lo escuchaban que su cambio de fe no era el [287]
fruto del impulso ni del fanatismo, sino que se basaba en evidencias incontestables.

Mientras trabajaba en las sinagogas su fe se fortaleció; su celo en sostener que Jesús era el Hijo de Dios aumentó frente a la fiera oposición de los judíos. No podía permanecer por más tiempo en Damasco, porque después que estos se recuperaron de la sorpresa que les produjeron su maravillosa conversión y sus labores subsiguientes, se apartaron resueltamente de las aplastantes evidencias que les presentaba en favor de la doctrina de Cristo. Su asombro frente a la conversión de Pablo se transformó en un intenso odio semejante al que habían manifestado contra Jesús.

Preparación para el servicio

La vida de Pablo estaba en peligro, y recibió una comunicación en el sentido de salir de Damasco por un tiempo. Se fue a Arabia; y allí, en medio de una relativa soledad, tuvo amplia oportunidad de ponerse en comunión con Dios y de dedicarse a la contemplación. Quería estar solo con el Señor para escudriñar su propio corazón, profundizar su arrepentimiento y prepararse mediante la oración y el estudio para dedicarse a esa tarea que le parecía demasiado grande y demasiado importante para que él la llevara a cabo. Era un apóstol no elegido por los hombres, sino por Dios, y su obra, claramente establecida, consistía en trabajar en favor de los gentiles.

Mientras estuvo en Arabia no se puso en comunicación con los apóstoles; buscó a Dios fervorosamente con todo su corazón, decidido a no descansar hasta tener la certidumbre de que su arrepen- [288]
timiento había sido aceptado y que había sido perdonado su enorme pecado. No iba a abandonar el conflicto hasta tener la seguridad de que Jesús estaría con él en su futuro ministerio. Siempre había de llevar en su cuerpo las señales de la gloria de Cristo, en sus ojos, que fueron enceguecidos por la luz celestial, y deseaba llevar con él constantemente la seguridad de la gracia sostenedora del Señor. Pablo se puso en íntima relación con el cielo, y Jesús comulgó con él, lo afirmó en la fe, y le concedió su sabiduría y su gracia. [289]

Capítulo 38—Los comienzos del ministerio de Pablo

Este capítulo está basado en Hechos 9:23-31; 22:17-21.

Pablo regresó después a Damasco y predicó osadamente en el nombre de Jesús. Los judíos no podían contrarrestar la sabiduría de sus argumentos, y por lo tanto celebraron consejo para decidir silenciar su voz por la fuerza, el único argumento que le quedaba a una causa derrotada. Decidieron asesinarlo. El apóstol se enteró de sus propósitos. Las puertas de la ciudad fueron puestas bajo vigilancia, de día y de noche, para cortarle toda salida. La ansiedad de los discípulos los indujo a orar a Dios; durmieron muy poco mientras se hallaban atareados ideando modos y maneras para lograr la huida del apóstol escogido. Finalmente concibieron el plan de bajarlo de noche mediante una canasta que descolgaron desde una ventana. En esa forma humillante Pablo pudo escapar de Damasco.

Se dirigió entonces a Jerusalén, con el deseo de conocer a los apóstoles y especialmente a Pedro. Estaba ansioso de ponerse en contacto con el pescador de Galilea que había vivido, orado y conversado con Jesús aquí en la tierra. Con corazón anhelante deseaba conocer al principal apóstol. Al llegar a Jerusalén, Pablo contempló con un enfoque diferente la ciudad y el templo. Se dio cuenta
[290] entonces de que los juicios retributivos de Dios pendían sobre ellos.

El pesar y la ira de los judíos por causa de la conversión de Pablo no conocía límites. Pero él era firme como una roca, y se ilusionaba con la idea de que cuando relatara su maravillosa experiencia a sus amigos, cambiarían de fe como él lo había hecho, y creerían en Jesús. Había sido estrictamente consecuente en su oposición a Cristo y sus seguidores, pero cuando fue detenido y convencido de su pecado inmediatamente abandonó sus malos caminos y profesó la fe de Jesús. Creía plenamente entonces que cuando sus amigos y ex asociados escucharan las circunstancias de su maravillosa conversión, y vieran la transformación que se había producido en el orgulloso fariseo que perseguía y entregaba a la muerte a los que creían que Jesús era el

Hijo de Dios, ellos también se convencerían de su error y se unirían a las filas de los creyentes.

Trató de reunirse con sus hermanos, los discípulos; pero grande fue su pesar y su desilusión cuando descubrió que no estaban dispuestos a recibirlo como uno de ellos. Recordaban sus antiguas persecuciones, y sospechaban de que estuviera fingiendo para engañarlos y destruirlos. Es verdad que habían oído hablar de su maravillosa conversión, pero como inmediatamente después él se retiró a Arabia y no habían oído nada definido de él desde entonces, no daban crédito al rumor de su gran transformación.

Encuentro con Pedro y Santiago

Bernabé, que había contribuido generosamente con su dinero para sostener la causa de Cristo y aliviar las necesidades de los pobres, se había relacionado con Pablo cuando éste se oponía a los creyentes. Se adelantó entonces y renovó su relación, y escuchó el testimonio de Pablo con respecto a su milagrosa conversión y [291] a su experiencia de allí en adelante. Creyó plenamente que Pablo decía la verdad, lo recibió, y lo llevó de la mano a la presencia de los apóstoles. Relató entonces el incidente que acababa de escuchar, es a saber, que Jesús había aparecido personalmente ante Pablo mientras éste se encontraba en camino a Damasco. Que había hablado con él; que Pablo había recobrado la vista en respuesta a las oraciones de Ananías, y que de allí en adelante había sostenido en las sinagogas de esa ciudad que Jesús era el Hijo de Dios.

Los apóstoles no vacilaron más; no podían oponerse a Dios. Pedro y Santiago, que en ese momento eran los únicos apóstoles que quedaban en Jerusalén, le tendieron la diestra de la comunión al que había sido fiero perseguidor de su fe; y ahora fue tan amado y respetado como antes había sido temido y evitado. Entonces se reunieron los dos grandes personajes de la nueva fe, es a saber, Pedro, uno de los compañeros elegidos de Cristo mientras estuvo en la tierra, y Pablo, el fariseo, que después de la ascensión de Jesús lo vio cara a cara y habló con él, y también lo vio en visión y se enteró de la naturaleza de su obra en el cielo.

La primera entrevista fue de mucha importancia para ambos apóstoles, pero fue de corta duración, porque Pablo estaba ansioso

de dedicarse a los negocios de su Maestro. Pronto la voz que había disputado tan vigorosamente con Esteban se escuchó en la misma sinagoga mientras proclamaba osadamente que Jesús era el Hijo de Dios, abogando de ese modo por la misma causa que Esteban había muerto por vindicar. Relató su propia maravillosa experiencia, y con el corazón lleno de ansiedad por sus hermanos y ex asociados, presentó las evidencias de las profecías, tal como lo había hecho
[292] Esteban, de que Jesús, el que había sido crucificado, era el Hijo de Dios.

Pero Pablo no había entendido bien el espíritu que animaba a sus hermanos judíos. La misma furia que se desató sobre Esteban se manifestó hacia él también. Vio que tenía que separarse de sus hermanos, y el pesar inundó su corazón. Habría dado con gusto la vida si por ese medio le hubiera sido posible traerlos al conocimiento de la verdad. Los judíos comenzaron a trazar planes para asesinarlo, y los discípulos lo instaron a salir de Jerusalén; pero él se demoró porque no quería irse, y estaba ansioso por trabajar un poco más en favor de sus hermanos judíos. Había tomado una parte tan activa en el martirio de Esteban que sentía el profundo anhelo de borrar esa mancha mediante su valiente defensa de la verdad que le había costado la vida al diácono. Le parecía cobardía huir de Jerusalén.

La huida de Jerusalén

Mientras Pablo, desafiando todas las consecuencias de tal acto, se hallaba orando fervorosamente a Dios en el templo, se le apareció el Salvador en visión para decirle: "Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí". Aún entonces vaciló Pablo pues no quería dejar Jerusalén sin convencer a los obstinados judíos de la verdad de su fe; creía que aunque sacrificara su vida por causa de la verdad, ni siquiera eso podía cancelar la terrible cuenta que había abierto contra sí mismo por la muerte de Esteban. Respondió: "Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba
[293] presente, y consentí en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban". Pero la respuesta que recibió fue más definida que la declaración anterior: "Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles".

Cuando los hermanos se enteraron de la visión de Pablo, y del cuidado que Dios manifestaba por él, su ansiedad aumentó. Porque se dieron cuenta de que ciertamente era vaso escogido del Señor para llevar la verdad a los gentiles. Aceleraron sus planes de huir de Jerusalén por temor a que fuera asesinado por los judíos. La partida de Pablo suspendió por un tiempo la violenta oposición de éstos, y la iglesia gozó de un período de descanso, en el cual muchos se añadieron al número de los creyentes. [294]

Capítulo 39—El ministerio de Pedro

Este capítulo está basado en Hechos 9:32 a 11:18.

Pedro, al proseguir sus tareas, visitó a los santos de Lida. Allí curó a Eneas, que había quedado confinado en su lecho por ocho años por causa de una parálisis. “Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y haz tu cama. Y en seguida se levantó. Y le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor”.

Jope estaba cerca de Lida, y en ese entonces Tabita -la traducción de cuyo nombre es Dorcasyacía allí muerta. Había sido una digna discípula de Jesucristo, y su vida se había caracterizado por actos de caridad y bondad en favor de los pobres y de los dolientes, y por su celo en la causa de la verdad. Su muerte constituía una gran pérdida. La iglesia naciente no podía prescindir de sus nobles esfuerzos. Cuando los creyentes se enteraron de las maravillosas curaciones efectuadas por Pedro en Lida, manifestaron su intenso deseo de que viniera a Jope. Se enviaron mensajeros para solicitar su presencia allí.

“Levantándose entonces Pedro, fue con ellos; y cuando llegó, le llevaron a la sala, donde le rodearon todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas”. Pedro solicitó que sus amigas, que lloraban y clamaban,
[295] salieran de la habitación. Se arrodilló entonces y oró fervientemente a Dios para que restaurara la vida y la salud al cuerpo inerte de Dorcas; “y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó. Y él, dándole la mano, la levantó; entonces, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva”. Esta gran obra de traer a la vida a esta muerta fue el medio por el cual muchos se convirtieron en Jope a la fe de Cristo.

El centurión

“Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana, piadoso y temeroso de Dios con

toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre”. Aunque Cornelio era romano, había llegado a conocer al Dios verdadero, y había renunciado a la idolatría. Era obediente a la voluntad de Dios y lo adoraba con corazón sincero. No se había relacionado con Jesús, pero conocía la ley moral y la obedecía. No había sido circuncidado ni participaba de los sacrificios y las ofrendas; por lo tanto, según los judíos, era impuro. No obstante, apoyaba la causa de los judíos mediante donativos generosos, y era conocido en todo lugar por sus actos de caridad y benevolencia. Su vida recta le dio una buena reputación tantos entre los judíos como entre los gentiles.

Cornelio no comprendía cabalmente la fe de Cristo, aunque creía en las profecías y estaba esperando al Mesías venidero. Mediante su amor y su obediencia a Dios se había acercado a él y estaba preparado para recibir al Salvador cuando se le revelara. La condenación se produce cuando se rechaza la luz que Dios da. El centurión pertenecía a una noble familia y ocupaba un cargo de mucha responsabilidad [296]
y honor; pero esas circunstancias no pervirtieron los atributos de su carácter. La verdadera bondad y la grandeza se unían en él para darle una elevada condición moral. Su influencia era benficiosa para todos los que se ponían en contacto con él.

Creía en el Dios único, Creador del cielo y de la tierra. Lo reverenciaba, reconocía su autoridad, y procuraba su consejo en todas las transacciones de su vida. Era fiel a sus deberes hogareños como asimismo a sus responsabilidades oficiales, y había levantado un altar para Dios en su casa. No se atrevía a llevar a cabo sus planes y asumir el peso de sus responsabilidades sin la ayuda de Dios: por eso oraba mucho y con fervor para recibir esa ayuda. La fe caracterizaba todas sus obras, y Dios lo consideraba por la pureza de sus actos, por su generosidad, y se acercó a él en palabra y en espíritu.

Un ángel visita a Cornelio

Mientras Cornelio se encontraba orando, Dios envió un mensajero celestial que lo llamó por su nombre. El centurión se asustó, pero se dio cuenta de que se trataba de un ángel enviado por Dios para instruirlo, y dijo: “¿Qué es, Señor? Y le dijo: Tus oraciones

y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro. Este posa en casa de cierto Simón curtidor, que tiene su casa junto al mar; él te dirá lo que es necesario que hagas”.

Nuevamente el Señor puso de manifiesto su consideración por el ministerio evangélico y por su iglesia organizada. No era el ángel
[297] quien debía relatar la historia de la cruz a Cornelio. Un hombre, sujeto a las mismas debilidades y tentaciones, debía instruirlo con respecto al Salvador crucificado, resucitado y ascendido al cielo. El mensajero celestial fue enviado con el expreso propósito de poner a Cornelio en contacto con el ministro de Dios, quien había de enseñarle, juntamente con su casa, cómo se podía salvar.

Cornelio obedeció alegremente esta comunicación, y envió mensajeros en seguida para que buscaran a Pedro, de acuerdo con las indicaciones del ángel. Lo detallado de estas instrucciones, en las cuales incluso se mencionó la ocupación del hombre en cuya casa moraba Pedro, pone en evidencia que el Cielo conoce la historia y las actividades de los hombres en todos los aspectos de la vida. Dios está enterado del trabajo diario del humilde labrador, como asimismo de lo que hace el rey en el trono. Y le son conocidos la avaricia, la crueldad, los crímenes secretos y el egoísmo de los hombres, como asimismo sus buenas obras, su caridad, su generosidad y su bondad. Nada está oculto a la vista de Dios.

La visión de Pedro

Inmediatamente después de su entrevista con Cornelio el ángel se fue junto a Pedro, quien, cansado y hambriento por causa del viaje, se hallaba orando en la terraza de la casa. Mientras oraba se le dio una visión, “y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo.

“Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come. Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he
[298] comido jamás. Volvió la voz a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. Esto se hizo tres veces; y aquel lienzo volvió a ser cogido en el cielo”.

En este caso percibimos nosotros el funcionamiento del plan de Dios para poner en marcha su organización, por medio de la cual su voluntad se hace en la tierra así como se hace en el cielo. Pedro todavía no había predicado el Evangelio a los gentiles. Muchos de ellos habían sido oyentes atentos de las verdades que enseñaba, pero la pared divisoria, que la muerte de Cristo había derribado, todavía existía en la mente de los apóstoles, y excluía a los gentiles de los privilegios del Evangelio. Los judíos de origen griego habían recibido los beneficios de las labores de los apóstoles, y muchos de ellos habían respondido a esos esfuerzos abrazando la fe de Jesús; pero la conversión de Cornelio iba a ser la primera de importancia entre los gentiles.

Mediante la visión del lienzo y su contenido, que descendió del cielo, se iba a librar a Pedro de sus arraigados prejuicios contra los gentiles; debía comprender que por medio de Cristo las naciones paganas llegaban a ser participantes de las bendiciones y los privilegios de los judíos, y que junto con ellos debían ser igualmente beneficiadas. Algunos han sostenido que esta visión significa que Dios eliminó la prohibición de usar la carne de animales que anteriormente habían sido considerados inmundos, y que por lo tanto la carne de cerdo es apta para el consumo. Esta es un interpretación estrecha y completamente errónea, y contradice flagrantemente el relato bíblico de la visión y sus consecuencias.

La visión de todos esos animales vivos, que se hallaban en el lienzo, y acerca de los cuales se dio la orden a Pedro de que matara
y comiese, para asegurarle que lo que Dios limpió no debiera ser [299]
llamado común o impuro, era simplemente una ilustración que se empleó para presentar a su mente la verdadera situación de los gentiles, que por la muerte de Cristo llegaban a ser coherederos con el Israel de Dios. Para Pedro era a la vez una reprensión y una instrucción. Hasta ese momento sus labores se habían confinado totalmente a los judíos; y había considerado a los gentiles como una raza impura, excluida de las promesas del Señor. Entonces se lo indujo a comprender la amplitud del plan de Dios.

Incluso mientras consideraba la visión se le dio una explicación acerca de ella. “Y mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por Cornelio, los cuales, preguntando por

la casa de Simón, llegaron a la puerta y llamando, preguntaron si moraba allí un Simón que tenía por sobrenombre Pedro. Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende, y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado".

Era una orden que para Pedro era difícil de cumplir; pero no se atrevió a obrar de acuerdo con sus propios sentimientos, y por lo tanto descendió desde donde estaba para recibir a los mensajeros enviados por Cornelio. Estos comunicaron su extraño pedido al apóstol y éste, de acuerdo con las instrucciones que acababa de recibir de Dios, accedió a acompañarlos al día siguiente. Los atendió cortésmente esa noche, y a la mañana siguiente salió con ellos rumbo a Cesarea, acompañado de seis hermanos que habían de ser testigos de todo lo que se dijera e hiciese mientras se hallaba visitando a los gentiles; porque sabía que se lo llamaría a rendir cuentas por actuar
[300] en una forma tan contraria a la fe y a las enseñanzas de los judíos.

Transcurrieron casi dos días antes que el viaje terminara, y Cornelio tuvo el grato privilegio de abrir las puertas a un ministro del Evangelio quien, de acuerdo con la seguridad que Dios le dio, le enseñaría, juntamente a él y su casa, cómo podría salvarse. Mientras los mensajeros hallaban el camino, el centurión había reunido a tantos de sus parientes como pudo para que ellos, juntamente con él, pudieran ser instruidos en la verdad. Cuando Pedro llegó un gran grupo se hallaba reunido allí, esperando con ansias escuchar sus palabras.

La visita a Cornelio

Cuando Pedro entró en la casa del gentil, Cornelio no lo saludó como si fuera un visitante común, sino como alguien honrado por el cielo y enviado por Dios. Es una costumbre oriental inclinarse delante de los príncipes u otros dignatarios que ocupan una elevada posición, y también que los hijos se inclinen delante de sus padres que han sido honrados con cargos de confianza. Pero Cornelio, abrumado de reverencia por el apóstol que había sido enviado por Dios, cayó a sus pies y lo adoró.

Pedro se apartó horrorizado al ver que el centurión hacía esto, y levantándolo le dijo: "Levántate, pues yo mismo también soy

hombre". Entonces comenzó a conversar con él familiarmente, para eliminar del centurión ese sentimiento de pavor y extrema reverencia que manifestaba hacia él.

Si Pedro hubiera estado investido de la autoridad y la posición que le atribuye la Iglesia Católica, habría animado la veneración de Cornelio en lugar de refrenarla. Los así llamados sucesores de Pedro exigen que los reyes y emperadores se arrodillen a sus pies, mientras Pedro mismo insistió en que sólo era un hombre falible y sujeto a error. [301]

Pedro habló con Cornelio y con los que se hallaban reunidos en su casa con respecto a las costumbres de los judíos; que se consideraba ilegal que se relacionaran socialmente con los gentiles, y que ello implicaba contaminación ceremonial. No estaba prohibido por la ley de Dios, pero la tradición de los hombres había hecho de esto una costumbre imperativa. Dijo entonces: "Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo; por lo cual, al ser llamado, vine sin replicar. Así que pregunto: ¿Por qué causa me habéis hecho venir?"

Acto seguido Cornelio relató su experiencia y las palabras del ángel que se le había aparecido en visión. En conclusión dijo: "Así que luego envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado. Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia". Aunque Dios había favorecido a los judíos por encima de todas las naciones, si rechazaban la luz y no vivían de acuerdo con su profesión de fe, no serían más estimados por él que otras naciones. Los gentiles que, como Cornelio, temían a Dios y practicaban justicia, y vivían de acuerdo con la luz que tenían, era bondadosamente considerados por Dios, quien aceptaba sus sinceros servicios.

Pero la fe y la justicia de Cornelio no podían ser perfectas sin un conocimiento de Cristo; por eso Dios le envió luz y conocimiento para que desarrollara más aún su carácter recto. Muchos rehúsan recibir la luz que Dios les envía en su providencia, y se excusan para hacerlo citando las palabras de Pedro a Cornelio y a sus amigos: [302]
"Sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia".

Sostienen que no importa lo que el hombre crea mientras sus obras sean buenas. Los tales están equivocados; la fe debe concordar con las obras. Deben avanzar de acuerdo con la luz que han recibido. Si Dios los pone en relación con sus siervos que recibieron nuevas verdades, fundadas en la Palabra del Señor, debieran aceptarlas gozosamente. La verdad siempre se dirige hacia adelante y hacia arriba. Por otra parte, los que pretenden que sólo su fe los salva, están confiando en una cuerda de arena, porque la fe se fortalece y se perfecciona únicamente mediante las obras.

Los gentiles reciben el Espíritu Santo

Pedro predicó a Jesús frente a ese grupo de atentos oyentes: su vida, su ministerio, sus milagros, su traición, su crucifixión, su resurrección y su ascensión, y su obra en el cielo como Representante y Abogado del hombre, para suplicar en favor del pecador. Mientras el apóstol hablaba, su corazón se llenaba de gozo por la verdad que el Espíritu de Dios le estaba ayudando a presentar a esa gente. Sus oyentes estaban encantados con la doctrina que escuchaban, porque sus corazones habían sido preparados para recibir la verdad. El apóstol fue interrumpido por el descenso del Espíritu Santo que se manifestó como en el día de Pentecostés. "Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el
[303] agua, para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en nombre del Señor Jesús. Entonces le rogaron que se quedase por algunos días".

El descenso del Espíritu Santo sobre los gentiles no equivalía al bautismo. Los pasos requeridos en el proceso de la conversión, en todos los casos, son fe, arrepentimiento y bautismo. Por eso la verdadera iglesia cristiana está unida; tiene un Señor, una fe y un bautismo. Los diversos temperamentos se modifican por virtud de la gracia santificante, y los mismos principios distintivos regulan la vida de todos. Pedro accedió a los ruegos de los creyentes gentiles, y permaneció con ellos por un tiempo, para predicar a Jesús a todos los paganos de la comarca.

Cuando los hermanos de Judea se enteraron de que Pedro había predicado a los gentiles, se había encontrado con ellos y había comido con ellos en sus casa, se sintieron sorprendidos y ofendidos por esas extrañas actitudes de su parte. Temían que tal conducta, que les parecía presuntuosa, tendiera a contradecir sus propias enseñanzas. Tan pronto como Pedro se encontró con ellos lo recibieron con una severa censura diciéndole: "¿Por qué has entrado en casas de hombres incircuncisos, y has comido con ellos?"

Se amplía la visión de la iglesia

Entonces Pedro expuso con candidez todo el asunto en presencia de ellos. Relató su experiencia con respecto a la visión, y les aseguró que ésta lo amonestaba a no mantener más la distinción ceremonial entre circuncisos e incircuncisos, ni a considerar a los gentiles como inmundos, porque Dios no hace acepción de personas. Les informó [304]
del mandato de Dios de ir a ver a los gentiles, de la llegada de los mensajeros, de su viaje a Cesarea y de la reunión que celebró en casa de Cornelio con todos los que se hallaban reunidos allí. Su cautela se puso de manifiesto ante los hermanos por el hecho de que, aunque había recibido una orden de Dios de ir a casa de los gentiles, había llevado con él a seis discípulos que se encontraban allí presentes, para que fueran testigos de todo lo que se dijese o hiciese mientras estuviesen allí. Resumió su entrevista con Cornelio en cuyo transcurso aquél le contó su visión, de cómo Dios le había ordenado que enviara mensajeros a Jope para que trajesen a Pedro, quien habría de pronunciar palabras para que él y toda su casa pudiesen ser salvos.

Recapituló los acontecimientos de esa primera reunión con los gentiles diciendo: "Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?"

Los discípulos, al escuchar ese informe, quedaron en silencio, convencidos de que la conducta de Pedro estaba plenamente de

acuerdo con el plan de Dios, y que sus antiguos prejuicios y su exclusividad debían ser totalmente desarraigados por el Evangelio de Cristo. “Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios
[305] arrepentimiento para vida!”

Capítulo 40—Pedro librado de la prisión

Este capítulo está basado en Hechos 12:1-23.

Herodes profesaba ser prosélito de la fe judía, y aparentemente era muy celoso en la preservación de las ceremonias de la ley. El gobierno de Judea estaba en sus manos, como súbdito de Claudio, el emperador romano; también desempeñaba el cargo de tetrarca de Galilea. Este gobernante procuraba ansiosamente obtener el favor de los judíos, con la esperanza de asegurarse de ese modo sus cargos y honores. Comenzó entonces a cumplir los deseos de éstos al perseguir a la iglesia de Cristo. Empezó por saquear las casas y los bienes de los creyentes; continuó mandando a la cárcel a los principales de entre ellos. Prendió a Santiago y lo mandó a prisión, y mientras se hallaba allí envió a alguien que lo matara con la espada, así como otro Herodes había ordenado que Juan fuera decapitado. Cuando vio que sus actos agradaban a los judíos, se volvió más osado y envió a Pedro a la cárcel. Esas crueldades se llevaron a cabo durante la sagrada ocasión de la Pascua.

La gente aplaudió a Herodes por provocar la muerte de Santiago, aunque algunos se quejaron de que esto se hubiera hecho en privado, [306] y sostuvieron que una ejecución pública habría tenido un efecto mayor, y habría intimidado más a los creyentes y simpatizantes. Herodes entonces mantuvo a Pedro en custodia con el propósito de agradar a los judíos mediante el espectáculo público de su muerte. Pero se sugirió al gobernante que no sería prudente ejecutar al veterano apóstol delante de la gente que se había reunido en Jerusalén en ocasión de la Pascua. Temían que su venerable aspecto provocara la piedad y el respeto de la multitud; también temieron que podría hacer una de esas poderosas invitaciones que frecuentemente habían inducido a la gente a investigar la vida y el carácter de Jesucristo, y que ellos, con todas sus artimañas, eran totalmente incapaces de contrarrestar. Los judíos temieron que en tal caso la gente solicitara al rey que soltara al apóstol.

Mientras la ejecución de Pedro se postergaba mediante varios pretextos, hasta que pasara la Pascua, la iglesia de Cristo tuvo tiempo para hacer un profundo examen de conciencia y para dedicarse fervientemente a la oración. Se mezclaron entonces las sinceras peticiones, las lágrimas y los ayunos. Oraban sin cesar en favor de Pedro; creían que no debían cesar sus labores cristianas; y sentían que habían llegado a un punto donde, sin la ayuda especial de Dios, la iglesia de Cristo se extinguiría.

Por fin se fijó la fecha para la ejecución de Pedro; pero las oraciones de los creyentes seguían ascendiendo al cielo. Y mientras se recurría a todas las energías y simpatías para elevar fervientes peticiones, los ángeles de Dios montaban guardia junto al encarcelado apóstol. La hora de crisis del hombre es el momento de oportunidad para Dios. Pedro se encontraba entre dos soldados, asegurado por
[307] dos cadenas cada una de las cuales estaba unida a la muñeca de uno de sus guardianes. Por lo tanto, le era imposible moverse sin que éstos lo supieran. Las puertas de la prisión estaban bien cerradas, y se había puesto una poderosa guardia ante ellas. Toda oportunidad de rescate o de huida, desde el punto de vista humano, era imposible.

El apóstol no estaba atemorizado por su situación. Desde su restablecimiento después de su negación de Cristo, había desafiado el peligro sin vacilar, y había manifestado una noble osadía al predicar a un Salvador crucificado, resucitado y ascendido a los cielos. Creía que había llegado el momento cuando debía deponer su vida por causa de Cristo.

La víspera del día de su ejecución, Pedro, encadenado, dormía como de costumbre entre los dos soldados. Herodes, al recordar la huida de Pedro y Juan de la prisión, donde habían sido confinados por causa de su fe, duplicó sus precauciones en esa oportunidad. Se hizo responsables a los soldados de la salvaguardia del prisionero, con el propósito de asegurarse de que extremaran su vigilancia. Estaba encadenado, como ya dijimos, en una celda cavada en la roca viva, cuyas puertas estaban cerradas con barrotes y cerrojos. Dieciséis hombres habían sido destacados para montar guardia junto a esta celda, y se relevaban a intervalos regulares. En cada turno había cuatro guardianes. Pero los barrotes, los cerrojos y la guardia romana, que efectivamente le cortaban al prisionero toda posibilidad de ayuda, solamente contribuirían a que el triunfo de Dios fuera más

completo al liberar a Pedro de la prisión. Herodes estaba alzando su mano contra el Omnipotente, y había de ser totalmente humillado y derrotado en su intento de atentar contra la vida del siervo de Dios. [308]

Librado por un ángel

En esa última noche, antes del día de la ejecución, un ángel poderoso, enviado desde el cielo, descendió para rescatarlo. Las macizas puertas que encerraban al santo de Dios se abrieron sin la intervención de manos humanas; el ángel del Altísimo entró, y sin hacer ruido se cerraron de nuevo tras él. Llegó a la celda cavada en la roca viva, donde yacía Pedro durmiendo el bendito y apacible sueño de la inocencia con perfecta confianza en Dios, mientras permanecía encadenado a dos poderosos guardianes, uno a cada lado. La luz que circundaba al ángel iluminó la cárcel pero no despertó al dormido apóstol. Gozaba del reposo completo que vigoriza y renueva, y que es el fruto de una buena conciencia.

Pedro no se despertó hasta que sintió el toque de la mano del ángel y escuchó su voz que le decía: "Levántate pronto". Vio su celda, que nunca había recibido la bendición de un rayo de sol, iluminada entonces por la luz del cielo, y a un ángel revestido de resplandeciente gloria de pie ante él. Obedeció mecánicamente la voz del ángel; y al ponerse de pie levantó las manos, y descubrió que las cadenas se habían desprendido de sus muñecas. Nuevamente escuchó la voz del ángel: "Cíñete, y átate las sandalias".

De nuevo Pedro obedeció mecánicamente, mientras mantenía la vista fija en su visitante celestial, convencido de que estaba soñando o se encontraba en visión. Los soldados armados estaban tan inmóviles que parecían estatuas de mármol mientras el ángel seguía dando órdenes: "Envuélvete en tu manto, y sígueme". Inmediatamente el ser celestial se dirigió hacia la puerta, y Pedro, generalmente tan locuaz, lo siguió mudo de asombro. Pasaron junto al inmóvil guar- [309]
dia y llegaron hasta la puerta llena de barrotes y cerrojos, que se abrió espontáneamente, y de nuevo se cerró de inmediato, mientras los guardias de adentro y de afuera permanecían inmóviles en sus puestos.

Llegaron a la segunda puerta, que también estaba resguardada por dentro y por fuera. Se abrió como la primera, sin rechinar de

goznes ni ruido de cerrojos. Cuando ellos salieron se cerró de nuevo sin el menor ruido. Pasaron de la misma manera por la tercera puerta, y por fin se encontraron en la calle. No se pronunció palabra alguna; no se escuchó el ruido de pisadas. El ángel se deslizó hacia adelante rodeado por una luz resplandeciente, y Pedro siguió a su libertador confundido y convencido de que estaba soñando. Así recorrieron calle tras calle, y de repente, puesto que la misión del ángel había terminado, éste desapareció.

Cuando la luz celestial se disipó, Pedro se encontró envuelto por espesas tinieblas; pero gradualmente la oscuridad fue disminuyendo, a medida que él se iba acostumbrando a ella, y se encontró solo en una calle silenciosa, y sintió el aire fresco de la noche que la acariciaba la frente. Se dio cuenta entonces de que lo que le había ocurrido no era un sueño ni una visión. Se hallaba libre, en una parte conocida de la ciudad; descubrió que era un lugar que había visitado a menudo, por donde esperaba pasar por última vez al día siguiente en su camino al escenario de su presunta muerte. Trató de rememorar los acontecimientos de los últimos momentos. Recordaba haberse quedado dormido, unido a los dos soldados, sin sandalias y sin túnica. Se examinó y descubrió que estaba completamente
[310] vestido y cubierto por la túnica.

Sus muñecas, hinchadas por causa de sus crueles cadenas, estaban libres ahora, y se dio cuenta de que su libertad no era una ilusión, sino una bendita realidad. Al día siguiente debería haber sido conducido a la muerte; pero un ángel lo había librado de la prisión y de la muerte. “Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado a su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba”.

La respuesta a la oración

El apóstol se encaminó directamente a la casa donde se encontraban reunidos sus hermanos, y los encontró dedicados a orar fervientemente por él en ese momento. “Cuando llamó Pedro a la puerta del patio, salió a escuchar una muchacha llamada Rode, la cual, cuando reconoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, dio la nueva de que Pedro estaba a la

puerta. Y ellos le dijeron: Estás loca. Pero ella aseguraba que así era. Entonces ellos decían: ¡Es su ángel! Mas Pedro persistía en llamar; y cuando abrieron y le vieron, se quedaron atónitos. Pero él, haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y salió, y se fue a otro lugar".

El gozo y la alabanza llenaron los corazones de los creyentes que ayunaban y oraban, porque Dios había escuchado y respondido sus plegarias, y había librado a Pedro de la mano de Herodes. A la mañana siguiente la gente se reunió para presenciar la ejecución del apóstol. Herodes envió algunos funcionarios para que trajeran
a Pedro de la prisión, y lo hizo con un gran despliegue de armas y [311]
guardianes, a fin de asegurarse de que no huyera, y para intimidar a todos sus simpatizantes, y para manifestar su propio poder. Estaba la guardia frente a la puerta de la prisión, los cerrojos y los barrotes estaban firmemente en su sitio, la guardia interior también estaba en su lugar, las cadenas estaban unidas a las muñecas de los soldados, pero el prisionero había desaparecido.

La retribución de Herodes

Cuando Herodes recibió el informe de estas cosas, se exasperó, y acusó de infidelidad a los guardianes de la prisión. En consecuencia, fueron condenados a muerte por el presunto crimen de dormirse en su puesto. Al mismo tiempo el rey se dio cuenta de que el poder que rescató a Pedro no era humano. Pero estaba decidido a no reconocer que un poder divino se había interpuesto para desvirtuar sus indignos designios. No quería humillarse de esa manera, sino por el contrario levantarse en osado desafío contra Dios.

Herodes, no mucho después de la liberación de Pedro de la cárcel, viajó de Judea a Cesarea y allí permaneció un tiempo. Hizo un gran festival con el propósito de suscitar la admiración y al aplauso de la gente. Los amantes de los placeres, de todos los orígenes, se reunieron allí, y hubo mucha fiesta y se bebió mucho vino. El rey hizo una suntuosa presentación delante del pueblo. Se había puesto una túnica que resplandecía con el oro y la plata que tenía, y que captaba los rayos del sol en sus pliegues brillantes, y que encantaba a los que la contemplaban. Con gran pompa y ceremonia se puso

de pie delante de la multitud, y pronunció ante ellos un discurso
[312] elocuente.

La majestad de su aspecto y la fuerza de sus bien elegidas palabras cautivaron a la asamblea con una poderosa influencia. Sus sentidos ya estaban pervertidos por la fiesta y el vino; se hallaban bajo el encanto de sus resplandecientes adornos, de su majestuoso porte y sus elocuentes palabras; y locos de entusiasmo lo cubrieron con un diluvio de adulaciones y lo proclamaron dios declarando que ningún hombre mortal podía presentarse con tal apariencia o expresarse con un lenguaje tan sorprendente y elocuente. Declararon además que hasta ese momento lo habían respetado como gobernante, pero que de allí en adelante lo adorarían como a un dios.

Herodes sabía que no merecía ni esa alabanza ni ese homenaje; pero no reprendió la idolatría de la gente, sino que la aceptó como si la mereciera. El resplandor del orgullo satisfecho se manifestó en su rostro al oír el clamor que ascendía hasta él: "¡Voz de Dios, y no de hombre!" Las mismas voces que glorificaron entonces a un vil pecador, se habían alzado pocos años antes para lanzar el grito frenético de "¡Fuera Jesús! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!" Herodes recibió con gran placer esa adoración y ese homenaje, y su corazón se ensanchó por causa del triunfo logrado; pero repentinamente un cambio terrible y veloz se produjo en él. Su rostro manifestó la palidez de la muerte y se desfiguró como consecuencia de la agonía; gruesas gotas de transpiración surgieron de sus poros. Permaneció un momento como transfigurado por el dolor y el terror; y entonces, mientras dirigía su rostro exangüe y mortecino hacia sus amigos transidos de horror, clamó con voz hueca y desesperada: "¡Aquel a
[313] quien habéis exaltado como a un dios, ha sido herido por la muerte!"

Fue retirado en un estado de angustia lascinante de la escena de malvada francachela, regocijo, pompa y ostentación que en ese momento abominaba su alma. Poco antes había sido el orgulloso destinatario de la alabanza y la adoración de la vasta multitud, pero ahora se sentía en las manos de un Gobernante más poderoso que él. El remordimiento se apoderó de su ser. Recordó su cruel orden de dar muerte al inocente Santiago. Recordó su implacable persecución de los seguidores de Cristo, y su intención de dar muerte al apóstol Pedro, a quien Dios había librado de sus manos. Recordó también cómo en medio de su mortificación, su frustración y su ira, se había

vengado insensatamente de los guardianes encargados del prisionero, y los había ejecutado sin piedad. Se dio cuenta entonces de que Dios, que había rescatado al apóstol de la muerte, le estaba pidiendo que rindiera cuentas a él, el implacable perseguidor. No encontraba alivio para su dolor corporal ni para su angustia mental, ni las esperaba tampoco. Herodes conocía la ley de Dios que dice: "No tendrás dioses ajenos delante de mí". Y sabía que al aceptar la adoración de la gente había llenado la medida de su iniquidad y había acarreado sobre sí mismo la justa ira de Dios.

El mismo ángel que había dejado las cortes reales del cielo para rescatar a Pedro del poder de su perseguidor, había sido mensajero de ira y juicio para Herodes. Tocó a Pedro para despertarlo de su somnolencia; pero era diferente el toque con que hirió al malvado rey, provocándole una enfermedad mortal. Dios ahogó en desprecio el orgullo de Herodes, y su persona, que había exhibido revestida de resplandeciente atuendo delante de la mirada llena de admiración de la gente, fue pasto de los gusanos, y entró en putrefacción cuando aún se hallaba con vida. Herodes murió presa de gran agonía física [314]
y mental, como consecuencia de la justicia retributiva de Dios.

Esta manifestación del juicio divino ejerció una poderosa influencia sobre la gente. Mientras el apóstol de Cristo había sido milagrosamente librado de la prisión y la muerte, su perseguidor había sido herido por la maldición de Dios. Las noticias se diseminaron por todas las comarcas, y fueron el medio para atraer a muchos a fin de que creyeran en Cristo. [315]

Capítulo 41—En las regiones distantes

Este capítulo está basado en Hechos 13:1-4; 15:1-31.

Los Apóstoles y discípulos que abandonaron Jerusalén durante la terrible persecución que se desató allí después del martirio de Esteban, predicaron a Cristo en las ciudades circunvecinas, limitando sus labores a los judíos de origen hebreo y griego. "Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor". Hechos 11:21.

Cuando los creyentes en Jerusalén escucharon las buenas nuevas, se regocijaron; y Bernabé, "un hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe", fue enviado a Antioquía, la metrópolis de Siria, para ayudar a la iglesia en ese lugar. Trabajó allí con gran éxito. Al crecer la obra, solicitó la ayuda de Pablo y la obtuvo; y los dos discípulos trabajaron juntos en esa ciudad durante un año, enseñando a la gente y contribuyendo para que aumentara el número de miembros de la iglesia de Cristo.

Antioquía tenía una gran población tanto de judíos como de gentiles; era un importante lugar de reunión para los amantes de la comodidad y el placer por causa de lo saludable de su ubicación, sus hermosos paisajes, su riqueza, su cultura y el refinamiento que se concentraba allí. Su amplio comercio hacía de ella un lugar
[316] de gran importancia, donde se podía encontrar gente de todas las nacionalidades. Era por lo tanto una ciudad de lujo y vicio. La retribución de Dios finalmente descendió sobre Antioquía por causa de la maldad de sus habitantes.

Allí por primera vez se llamó cristianos a los discípulos. Se les dio ese nombre porque Cristo era el principal tema de su predicación, su enseñanza y su conversación. Continuamente repasaban los incidentes de su vida acaecidos durante el tiempo cuando los apóstoles recibieron la bendición de gozar de su compañía personal. Incansablemente se espaciaban en sus enseñanzas, sus milagros de curación de los enfermos, la expulsión de demonios y la resurrec-

ción de muertos. Con labios temblorosos y ojos humedecidos por las lágrimas hablaban de su agonía en el jardín, su traición, su juicio y su ejecución, la paciencia y la humildad con que soportó los insultos y la tortura que le impusieron sus enemigos, y la piedad divina con que oró por los que lo perseguían. Su resurrección, su ascensión y su obra en los cielos como Mediador del hombre caído eran temas gozosos para ellos. Bien podían los paganos llamarlos cristianos, puesto que predicaban a Cristo y dirigían sus plegarias a Dios por medio de él.

Pablo encontró en la populosa ciudad de Antioquía un excelente campo de labor, donde su gran erudición, su sabiduría y se celo combinados ejercieron una poderosa influencia sobre los habitantes y los visitantes de esa culta ciudad.

Entre tanto la obra de los apóstoles se concentraba en Jerusalén, donde judíos de todas las lenguas y de todos los países venían a adorar al templo durante las fiestas establecidas. En esas ocasiones los apóstoles predicaban a Cristo con valor inquebrantable, aunque sabían que al hacerlo sus vidas estaban en constante peligro. Muchos se convirtieron a la fe, y al diseminarse por sus hogares en diferentes [317] partes de la tierra, dispersaron las semillas de la verdad por todas las naciones y entre todas las clases de la sociedad.

Pedro, Santiago y Juan confiaban en que Dios los había apartado para que predicaran a Cristo entre sus propios compatriotas en su país. Pero Pablo había recibido su comisión de Dios mientras oraba en el templo, y su vasto campo misionero apareció delante de él con notable nitidez. Con el fin de prepararlo para su amplia e importante tarea, Dios lo puso en íntima relación con él y presentó ante sus asombrados ojos una vislumbre de la belleza y la gloria del cielo.

La ordenación de Pablo y Bernabé

Dios se puso en contacto con los devotos profetas y maestros de la iglesia de Antioquía. “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Estos apóstoles fueron dedicados a Dios entonces con la mayor solemnidad, con ayuno y oración, y con la imposición de manos, y fueron enviados a su campo de labor entre los gentiles.

Tanto Pablo como Bernabé habían estado trabajando como ministros de Cristo, y el Señor había bendecido abundantemente sus esfuerzos, pero ninguno de ellos había sido ordenado formalmente para el ministerio evangélico por medio de la oración y la imposición de manos. Fueron autorizados entonces por la iglesia no solamente para enseñar la verdad sino para bautizar y organizar iglesias, investidos, pues, de plena autoridad eclesiástica. Este fue un acon-
[318] tecimiento importante para la iglesia. Aunque la pared medianera que separaba a los judíos de los gentiles había sido derribada por la muerte de Cristo, permitiendo que éstos gozaran plenamente de los privilegios del Evangelio, todavía no había caído la venda que cubría los ojos de muchos de los creyentes judíos, y aún no podían distinguir con claridad la caducidad de lo que había sido abolido por el Hijo de Dios. La obra debía proseguir entonces con vigor entre los gentiles, y debía dar como resultado el fortalecimiento de la iglesia para una gran afluencia de almas.

Los apóstoles, al desempeñar esta tarea especial, iban a quedar expuestos a la sospecha, el prejuicio y los celos. Como consecuencia natural de su apartamiento del exclusivismo judío, su doctrina y sus opiniones podían ser tildadas de herejía, y sus credenciales de ministros del Evangelio serían puestas en tela de juicio por muchos celosos creyentes judíos. Dios previó todas las dificultades que iban a enfrentar sus siervos, y en su sabia providencia permitió que fueran investidos de autoridad incuestionable por parte de la iglesia establecida de Dios, para que su obra estuviera por encima de toda discusión.

La ordenación mediante la imposición de manos fue sometida a mucho abuso en épocas posteriores; se asignó una importancia infundada al acto, como si algún poder especial descendiera sobre los que recibían la ordenación de ese modo, calificándolos inmediatamente para cualquiera y toda tarea ministerial; como si residiera alguna virtud en el acto de imponer las manos. En la historia de estos dos apóstoles tenemos un simple relato de la imposición de manos y de sus consecuencias sobre su obra. Tanto Pablo como Bernabé ya habían recibido su comisión de Dios mismo; y la ceremonia de
[319] la imposición de manos no les daba ninguna nueva gracia o virtud. Únicamente aplicaba el sello de la iglesia a la obra de Dios, como una manera de reconocer su designación para un oficio ya señalado.

El primer congreso de la asociación general

Algunos judíos de Judea produjeron una consternación general entre los creyentes gentiles al agitar el asunto de la circuncisión. Afirmaban con gran seguridad que nadie se salvaría si no era circuncidado ni guardaba toda la ley ceremonial.

Este era un asunto importante que afectaba en gran medida a la iglesia. Pablo y Bernabé lo enfrentaron con prontitud y se opusieron a la introducción del asunto entre los gentiles. Tenían la oposición de los creyentes judíos de Antioquía que estaban de parte de los de Judea. El problema produjo mucha discusión y falta de armonía en la iglesia, hasta que finalmente los hermanos de Antioquía, temerosos de que pudiera producirse una división entre ellos como resultado de discutir más este asunto, decidieron enviar a Pablo y Bernabé, junto con algunos hombres responsables de Antioquía, a Jerusalén, para presentar la situación delante de los apóstoles y ancianos. Allí deberían encontrarse con delegados de diferentes iglesias, y con los que vendrían para asistir a las próximas festividades anuales. Mientras tanto debía cesar toda discusión hasta que los hombres responsables de la iglesia hicieran una decisión final. Esta decisión debía ser aceptada universalmente entonces por todas las iglesias de la comarca.

Al llegar a Jerusalén los delegados de Antioquía relataron a la asamblea de las iglesias el éxito que había acompañado a su mi- [320]
nisterio y la confusión resultante del hecho de que ciertos fariseos convertidos afirmaban que los conversos gentiles debían circuncidarse y guardar la ley de Moisés para salvarse.

Los judíos se habían enorgullecido de sus ceremonias divinamente señaladas; y habían llegado a la conclusión de que si Dios en una oportunidad había determinado cómo debía ser el culto hebreo, era imposible que autorizara jamás cambio alguno en cualquiera de sus detalles. Resolvieron que la cristiandad observara las leyes y ceremonias judías. Eran lentos para darse cuenta del fin de lo que había sido abolido por el deceso de Cristo, y para comprender que todos los sacrificios prefiguraban la muerte del Hijo de Dios, en la cual el tipo se había encontrado con su antitipo, quitándole todo valor a las ceremonias divinamente señaladas y a los sacrificios de la religión judía.

Pablo se había enorgullecido de su estrictez farisaica; pero después de la revelación de Cristo en el camino a Damasco la misión del Salvador y su propia obra para la conversión de los gentiles irrumpió con claridad en su mente, y comprendió en su plenitud la diferencia que existe entre una fe viviente y un muerto formalismo. Pablo seguía creyendo que era hijo de Abrahán, y guardaba los Diez Mandamientos, tanto en la letra como en el espíritu, tan fielmente como lo había hecho antes de su conversión al cristianismo. Pero sabía que las ceremonias típicas debían cesar totalmente y bien pronto, puesto que lo que prefiguraban ya había acontecido, y la luz del Evangelio estaba difundiendo su gloria sobre la religión judía,
[321] proporcionándole un nuevo significado a sus antiguos ritos.

El asunto sometido a la consideración del concilio parecía presentar dificultades insuperables desde cualquier ángulo que se lo estudiara. Pero el Espíritu Santo en realidad ya había zanjado este problema, y de su decisión dependían la prosperidad y hasta la existencia de la iglesia cristiana. Se dio a los apóstoles gracia, sabiduría y juicio santificado para decidir este asunto tan difícil.

El caso de Cornelio

Pedro explicó que el Espíritu Santo ya lo había decidido al descender con el mismo poder sobre los gentiles incircuncisos que sobre los circuncidados judíos. Recordó su visión, mediante la cual Dios le presentó un lienzo lleno de toda clase de cuadrúpedos y le ordenó matar y comer; y que cuando rehusó, afirmando que nunca había comido nada que fuera común o inmundo, el Señor le dijo: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común”.

Dijo: “Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?”

Ese yugo no era la ley de los Diez Mandamientos, como lo afirman los que se oponen a la vigencia de la ley, pues Pedro se refería a la ley ceremonial que quedó nula y sin valor gracias a la crucifixión de Cristo. Este discurso de Pedro preparó a la asamblea para que

escuchara razonablemente a Pablo y Bernabé cuando relataron su experiencia al trabajar entre los gentiles. [322]

La decisión

Santiago dio su testimonio definidamente: Dios había decidido aceptar a los gentiles para que gozaran de todos los privilegios de los judíos. El Espíritu Santo no vio conveniente imponer la ley ceremonial a los conversos de origen gentil; y los apóstoles y ancianos, después de estudiar cuidadosamente el tema, vieron el asunto desde el mismo ángulo, y su opinión concordó con la del Espíritu de Dios. Santiago presidía el concilio, y su última decisión fue: “Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios”.

Su sentencia fue que la ley ceremonial, y en especial el rito de la circuncisión, de ninguna manera fuera impuesto a los gentiles ni siquiera a título de recomendación. Santiago trató de que sus hermanos comprendieran el hecho de que los gentiles, al volverse a Dios apartándose de la idolatría, experimentaban un gran cambio de fe, y que debería ejercerse mucho cuidado para no perturbar sus mentes con asuntos dudosos capaces de causar perplejidad, no fuera que se desanimaran de seguir a Cristo.

Los gentiles, sin embargo, no debían seguir ningún tipo de conducta que se opusiera sustancialmente a las opiniones de sus hermanos judíos, o que suscitara prejuicios en sus mentes contra ellos. Los apóstoles y ancianos concordaron por lo tanto en instruir a los gentiles por medio de cartas que se abstuvieran de carnes ofrecidas a los ídolos, de fornicación, de animales ahogados o estrangulados, y del consumo de sangre. Se les requirió guardar los mandamientos y vivir vidas santas. Se aseguró a los gentiles que los hombres que los habían instado a circuncidarse lo habían hecho sin la autorización [323]
de los apóstoles.

Les recomendaron a Pablo y Bernabé como hombres que habían expuesto sus vidas por causa del Señor. Judas y Silas fueron enviados juntamente con los apóstoles para declarar a los gentiles de viva voz la decisión del concilio. Los cuatro siervos de Dios fueron enviados a Antioquía con la carta y el mensaje que ponía fin a la discusión; porque era la voz de la más alta autoridad sobre la tierra.

El concilio que decidió este caso estaba compuesto por los fundadores de las iglesias cristianas de origen judío y gentil. Los ancianos de Jerusalén y los representantes de Antioquía estuvieron presentes, como asimismo estuvieron representadas las iglesias más influyentes. El concilio no pretendió infalibilidad en sus deliberaciones, sino que actuó bajo las indicaciones de un juicio iluminado y con la dignidad de una iglesia establecida por la voluntad de Dios. Vieron que Dios mismo había decidido este asunto al favorecer a los gentiles con el Espíritu Santo, y que se los debía dejar que siguieran la dirección del Espíritu.

No se llamó a todo el conjunto de cristianos para que votara sobre estos asuntos. Los apóstoles y ancianos, hombres de influencia y juicio, dieron forma al decreto y lo promulgaron, a consecuencia de lo cual fue generalmente aceptado por todas las iglesias cristianas. No todos se sintieron contentos, sin embargo, con esta decisión; hubo una facción de falsos hermanos que pretendieron consagrarse a cierta obra bajo su propia responsabilidad. Se dedicaron a murmurar y a buscar faltas, proponiendo nuevos planes y tratando de derribar
[324] la tarea realizada por hombres experimentados a quienes Dios había ordenado para que enseñaran la doctrina de Cristo. La iglesia tuvo que enfrentar tales obstáculos desde el mismo principio, y tendrá
[325] que seguir haciéndolo hasta el fin del tiempo.

Capítulo 42—Los años de ministerio de Pablo

Pablo era un obrero incansable. Viajaba constantemente de lugar en lugar, a veces por regiones inhóspitas, otras por mar, en medio de tormentas y tempestades. No permitía que nada le impidiera llevar a cabo su obra. Era el siervo de Dios y debía cumplir su voluntad. De viva voz y por medio de sus cartas comunicó un mensaje que desde entonces ha ayudado y fortalecido a la iglesia del Señor. Para nosotros, los que vivimos al final de la historia de la tierra, el mensaje que dio nos habla claramente de los peligros que amenazarían a la iglesia, y de las falsas doctrinas que el pueblo de Dios tendría que enfrentar.

Pablo fue de país en país y de ciudad en ciudad predicando a Cristo y fundando iglesias. Donde podía encontrar oyentes, trabajaba para contrarrestar el error y dirigir por la senda recta las pisadas de hombres y mujeres. A los que por sus labores, en cualquier lugar, aceptaban a Cristo, los organizaba en iglesias. No importaba cuán poco numerosos fueran, lo hacía. Y Pablo no olvidó las iglesias que había fundado así. Por pequeñas que fueran, eran objeto de su cuidado y su interés.

La vocación de Pablo requería de él servicios de diversas clases: trabajaba con las manos para ganarse la vida, fundaba iglesias y escribía cartas a las iglesias ya establecidas. No obstante, en medio de estas diversas labores, declaró: "Una cosa hago". Filipenses 3:13. [326]
Un propósito permanecía constantemente delante de él en todas sus tareas: ser fiel a Cristo quien, cuando él blasfemaba su nombre y empleaba toda clase de medios disponibles para que otros blasfemaran también, se le reveló. El gran propósito de su vida consistía en servir y honrar a Aquel cuyo nombre antes había despreciado tanto. Su gran deseo consistía en ganar almas para el Salvador. Los judíos y gentiles podían oponerse y perseguirlo, pero nada lo haría apartarse de ese propósito.

Pablo recuerda su experiencia

Al escribir a los filipenses describió su experiencia antes y después de su conversión. “Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible”. Filipenses 3:4-6.

Después de su conversión su testimonio fue: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”. Filipenses 3:8, 9.

La justicia que hasta ese momento había creído que era tan valiosa, ahora le parecía carente de valor. El anhelo de su alma era: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación
[327] de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual también fui asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. Filipenses 3:10-14.

Un obrero capaz de adaptarse

Veámoslo en la celda de Filipos donde a pesar de que su cuerpo estaba traspasado de dolor, su himno de alabanza interrumpió el silencio de la medianoche. Cuando el terremoto abrió las puertas de la cárcel, nuevamente se escuchó su voz en las palabras llenas de gozo que dirigió al carcelero pagano: “No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí”. Hechos 16:28. Todos en su sitio, contenidos por la presencia de un compañero de prisiones. El carcelero, convencido de la realidad de la fe que sostenía Pablo, interrogó acerca del camino

de la salvación y se unió con toda su familia al grupo de perseguidos discípulos de Cristo.

Veamos a Pablo en Atenas frente al concilio del Areópago cuando enfrentó la ciencia con la ciencia, la lógica con la lógica y la filosofía con la filosofía. Notemos como con tacto nacido del amor divino señaló a Jehová como el "Dios desconocido" que sus oyentes estaban adorando sin saberlo; y con palabras escritas por uno de sus poetas les presentó al Padre, de quien ellos eran hijos. En una época cuando se daba tanto valor a las castas, cuando los derechos [328]
del hombre como tal eran totalmente desconocidos, escuchémoslo presentar la gran verdad de la fraternidad humana, cuando declaró que Dios "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra". Y a continuación mostró cómo en todo el trato de Dios con los hombres corre como un hilo de oro su propósito de gracia y misericordia. "Y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros". Hechos 17:26, 27.

Escuchémoslo en la corte de Festo, cuando el rey Agripa, convencido de la verdad del Evangelio, exclamó: "Por poco me persuades a ser cristiano". Con qué gentil cortesía respondió Pablo señalando sus propias cadenas: "¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!" Hechos 26:28, 29.

Y así pasó su vida, según su propia descripción: "En caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez". 2 Corintios 11:26, 27.

"Nos maldicen -dijo-, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos". "Como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo". 1 Corintios 4:12, 13; 2 Corintios 6:10. [329]

Ministerio en cadenas

Aunque estuvo preso por muchísimo tiempo, el Señor llevó adelante su obra especial por medio de él. Sus cadenas debían ser el medio de diseminar el conocimiento de Cristo para glorificar de este modo a Dios. Al ir de ciudad en ciudad para ser sometido a juicio, su testimonio con respecto a Jesús, y a los interesantes incidentes de su propia conversión que relataba ante reyes y gobernantes, los dejaba sin excusa con respecto a Jesús. Miles y miles creyeron en el Señor y se regocijaron en su nombre.

Vi que el propósito especial de Dios se cumplió en el viaje que Pablo hizo por mar: era su plan que la tripulación del barco pudiera presenciar el poder de Dios manifestado por medio del apóstol, y que los paganos también oyeran el nombre de Jesús, y que muchos se convirtieran por las enseñanzas del discípulo y al presenciar los milagros que llevó a cabo. Los reyes y gobernantes se sentían encantados por sus razonamientos, y cuando con celo y con el poder del Espíritu Santo predicaba a Jesús y relataba los acontecimientos interesantes de su propia experiencia, la convicción
[330] se apoderaba de ellos de que Jesús era el Hijo de Dios.

Capítulo 43—El martirio de Pablo y Pedro

Los apóstoles Pablo y Pedro trabajaron por muchos años muy separados el uno del otro, puesto que la obra de Pablo consistía en llevar el Evangelio a los gentiles, mientras Pedro trabajaba especialmente para los judíos. Pero en la providencia de Dios ambos debían dar testimonio de Cristo en la metrópoli del mundo, y debían derramar su sangre sobre el mismo suelo como señal de una vasta cosecha de santos y mártires.

En torno de la época del segundo arresto de Pablo, Pedro también fue detenido y enviado a prisión. Se había hecho especialmente odioso para las autoridades por su celo y su éxito al exponer los engaños y al derrotar las maquinaciones de Simón el mago, que lo había seguido a Roma para oponérsele y obstaculizar la obra del Evangelio. Nerón creía en la magia y había patrocinado a Simón. Estaba por lo tanto sumamente enojado con el apóstol, y por eso dio la orden de que se lo detuviera.

La mala voluntad del emperador hacia Pablo subió de punto por el hecho de que algunos miembros de la familia imperial, como asimismo otras personas distinguidas, se habían convertido al cristianismo durante su primera prisión. Por eso contribuyó a que su segundo encarcelamiento fuera mucho más severo que el primero, le dio muy poca oportunidad de predicar el Evangelio y decidió [331]
terminar con esa vida tan pronto como pudiera encontrar un pretexto plausible para hacerlo. La mente de Nerón fue tan impresionada por la fuerza de las palabras del apóstol en su último juicio que postergó la decisión acerca del caso sin dejarlo en libertad ni condenarlo. Pero la sentencia sólo fue diferida. No pasó mucho tiempo hasta que se dio a conocer la decisión que destinaba a Pablo a ocupar la tumba de un mártir. Puesto que era ciudadano romano, no podía ser sujeto a tortura, y por lo tanto se lo sentenció a ser decapitado.

Pedro, judío y extranjero, fue condenado a ser azotado y crucificado. Mientras esperaba su temible muerte, el apóstol recordó su gran pecado al negar a Jesús en la hora de su prueba, y su único

pensamiento era que no era digno del inmenso honor de morir tal como murió su Maestro. Se había arrepentido sinceramente de su pecado, y Cristo se lo había perdonado, lo que queda de manifiesto por la importante comisión que le dio de alimentar a las ovejas y los corderos del rebaño. Pero él mismo nunca se pudo perdonar. Ni siquiera el pensamiento de las agonías de la última terrible escena podían aminorar la amargura de su pesar y su arrepentimiento. Como un último favor solicitó a sus verdugos que lo clavaran en la cruz cabeza abajo. Se le concedió lo que pedía y así murió el gran apóstol Pedro.

El último testimonio de Pablo

Pablo fue conducido en privado al lugar de su ejecución. Sus perseguidores, alarmados por la amplitud de su influencia, temían que algunos pudieran convertirse al cristianismo aun como resultado de la escena de su muerte. Por eso se permitió a muy pocos es-
[332] pectadores que estuvieran presentes. Pero los endurecidos soldados destacados para asistirlo, escucharon sus palabras, y con asombro vieron que manifestaba alegría y hasta gozo frente a semejante muerte. Su actitud de perdón hacia sus asesinos y de invariable confianza en Cristo hasta el mismo fin fueron un sabor de vida para vida para algunos de los que fueron testigos de su martirio. Más de uno aceptó después al Salvador que Pablo predicaba, e impávidamente selló su fe con su propia sangre.

La vida de Pablo, hasta su última hora, da testimonio de la verdad de sus palabras que aparecen en la segunda epístola a los Corintios: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jessucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados, perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos". 2 Corintios 4:6-10. Su suficiencia no residía en sí mismo sino en la presencia y en la actividad del Espíritu divino que llenaba su alma y que ponía todo

pensamiento en sujeción a la voluntad de Cristo. El hecho de que su propia vida ejemplificaba la verdad que proclamaba proporcionó un poder convincente tanto a su predicación como a su apariencia personal. Dice el profeta: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”. Isaías 26:3. Esta paz celestial, manifestada en su rostro, ganó a muchas almas para el Evangelio. [333]

El apóstol contemplaba el gran más allá, no con incertidumbre o temor, sino con gozosa esperanza y anhelante expectación. Mientras estaba de pie en el lugar de su martirio no vio el resplandor de la espada del verdugo ni la verde tierra que pronto recibiría su sangre. A través del apacible azul de ese día de verano contempló el trono del Eterno. Sus palabras fueron: “¡Oh Señor! Tú eres mi consuelo y mi porción. ¿Cuándo estaré en tus brazos? ¿Cuándo te contemplaré yo mismo, sin velo oscurecedor que nos separe?”

Pablo llevaba consigo durante su vida en la tierra la misma atmósfera del cielo. Todos los que se relacionaban con él experimentaban la influencia de su contacto con Cristo y su comunión con los ángeles. En esto reside el poder de la verdad. La influencia espontánea e inconsciente de una vida santa es el sermón más convincente que se puede predicar en favor del cristianismo. Los argumentos, aunque sean incontestables, pueden provocar sólo oposición; pero un ejemplo piadoso tiene un poder que es imposible resistir del todo.

Mientras el apóstol perdía de vista sus propios sufrimientos inmediatos, sentía una profunda preocupación por los discípulos a quienes dejaría para que hicieran frente al prejuicio, el odio y la persecución. Al tratar de fortalecer y animar a los pocos cristianos que lo acompañaron al lugar de su ejecución, les repitió las sumamente preciosas promesas que se dan a los que son perseguidos por causa de la justicia. Les aseguró que nada dejaría de cumplirse de todo lo que el Señor ha dicho con respecto a los que son probados y son fieles. Se levantarán y resplandecerán, porque la luz del Señor aparecerá sobre ellos. Se revestirán de hermosas vestiduras cuando se revele la gloria de Jehová. Por un poco de tiempo podrán pasar [334]
por dificultades provocadas por numerosas tentaciones, podrán estar destituidos de las comodidades de la tierra; pero deben animar sus corazones al decir: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es

poderoso para guardar mi depósito". 2 Timoteo 2:12. Su reprensión concluirá, y llegará la alegre mañana de la paz y el día perfecto.

El Capitán de nuestra salvación había preparado a su siervo para el último gran conflicto. Redimido por el sacrificio de Cristo, purificado de sus pecados por su sangre y revestido de su justicia, Pablo llevaba el testimonio en sí mismo de que su alma era preciosa a la vista de su Redentor. Su vida estaba escondida con Cristo en Dios, y él estaba persuadido de que el que había vencido a la muerte era capaz de guardar lo que le había confiado. Su mente captó la promesa del Salvador: "Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero". Juan 6:40. Sus pensamientos y esperanzas estaban concentrados en la segunda venida de su Señor. Y cuando la espada del verdugo descendió y las sombras de la muerte invadieron el alma del mártir, surgió su último pensamiento, que será el primero que tendrá en ocasión del gran despertar, de salir al encuentro del Dador de la vida para recibir la bienvenida al gozo de los bienaventurados.

Casi veinte siglos han pasado desde el momento cuando el anciano Pablo derramó su sangre para ser testigo de la Palabra de Dios y del verdadero testimonio de Cristo. Ninguna mano fiel registró para las generaciones venideras las últimas escenas de la vida de este santo; pero la inspiración ha conservado para nosotros su tes-
[335] timonio de moribundo. Como sonido de trompeta ha resonado su voz a través de las edades, infundiendo su propio valor a miles de testigos de Cristo, y despertando a miles de corazones angustiados con el eco de su propio clamor de triunfo: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos
[336] los que aman su venida". 2 Timoteo 4:6-8.

Capítulo 44—La gran apostasía

Cuando Jesús reveló a sus discípulos el destino de Jerusalén y las escenas relativas a su segundo advenimiento, predijo también la experiencia de su pueblo desde el momento cuando se separaría de ellos hasta su regreso con poder y gloria para librarlos. Desde el monte de los Olivos el Salvador contempló la tormenta que estaba por caer sobre la iglesia apostólica y, al penetrar más profundamente en el futuro, su ojo distinguió la fiera y devastadora tempestad que azotaría a sus seguidores en las edades venideras de oscuridad y persecución. En pocas y breves palabras de terrible significado, predijo la porción que los gobernantes de este mundo asignarían a la iglesia de Dios. Los seguidores de Cristo debían transitar la misma senda de humillación, reproche y sufrimiento que había recorrido su Maestro. La enemistad que se había manifestado hacia el Redentor del mundo se manifestaría también contra todos los que creyeran en su nombre.

La historia de la iglesia primitiva da testimonio del cumplimiento de las palabras del Salvador. Los poderes de la tierra y el infierno se coligaron contra Cristo en la persona de sus seguidores. El paganismo previó que si el Evangelio triunfaba, sus templos y altares serían barridos; por lo tanto, reunió sus fuerzas para destruir a la cristiandad. Se encendieron los fuegos de la persecución. Se expro- [337]
piaron las posesiones de los cristianos y se los arrojó de sus hogares. "Soportaron gran lucha y aflicción". "Experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles". Hebreos 11:36. Muchos de ellos sellaron su testimonio con su sangre. Los nobles y los esclavos, los ricos y los pobres, los eruditos y los ignorantes fueron igualmente asesinados sin misericordia.

Vanos fueron los esfuerzos de Satanás para destruir a la iglesia de Cristo por medio de la violencia. El gran conflicto en cuyo transcurso los discípulos de Jesús rindieron sus vidas no cesó porque estos fieles portaestandartes cayeron en sus puestos. Triunfaron por medio de la derrota. Los obreros de Dios fueron asesinados, pero su

obra siguió firmemente adelante. El Evangelio se siguió esparciendo, y el número de sus adherentes creció. Llegó a regiones inaccesibles: hasta las águilas de Roma. Un cristiano, que discutía con los gobernantes paganos que fomentaban la persecución, dijo lo siguiente: “Podéis matarnos, torturarnos, condenarnos... Vuestra injusticia es la prueba de que somos inocentes... Vuestra crueldad... no os servirá de nada”. Era una poderosa invitación más para atraer a otros a su fe. “Mientras más a menudo nos aplastáis, más rápidamente crece nuestro número; la sangre de los cristianos es una semilla”.

Miles fueron encarcelados y asesinados; pero otros surgieron para ocupar sus lugares. Y los que sufrieron el martirio por su fe quedaron seguros con Cristo, y él los considera vencedores. Pelearon la buena batalla, y recibirán la corona de gloria cuando Cristo venga. Los sufrimientos que soportaron acercaron a los cristianos los unos a los otros y a su Redentor. El ejemplo de los vivos y el testimonio
[338] de los muertos era un constante apoyo de la verdad; y donde menos se lo esperaba los súbditos de Satanás abandonaban su servicio y se alistaban bajo la bandera de Cristo.

Se transige con el paganismo

Satanás por lo tanto trazó planes para tener más éxito contra el gobierno de Dios clavando su estandarte en el seno de la iglesia cristiana. Si los seguidores de Cristo podían ser engañados e inducidos a desagradar a Dios, su fortaleza y su firmeza fallarían, y serían una fácil presa para él.

El gran adversario trató entonces de obtener por medio de la astucia lo que no había logrado por medio de la fuerza. La persecución cesó, y su lugar lo ocuparon las peligrosas tentaciones de la prosperidad temporal y los honores mundanos. Se indujo a los idólatras a aceptar parte de la fe cristiana mientras rechazaban otras verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús como Hijo de Dios y crecer en su muerte y su resurrección; pero no estaban convencidos de pecado y no sentían necesidad de arrepentirse ni de cambiar su corazón. Con algunas concesiones de su parte propusieron que los cristianos también las hicieran para que todos se pudieran unir sobre la plataforma de la fe en Cristo.

La iglesia, entonces, se encontró en un terrible peligro. Las prisiones, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación de esto. Algunos cristianos se mantuvieron firmes y declararon que no podían transigir. Otros razonaron que si cedían o modificaban algunas de las características de su fe, y se unían con los que habían aceptado parcialmente el cristianismo, por ese medio se podría lograr su plena conversión. Fue un período de profunda angustia para los fieles seguidores de Cristo. Bajo el manto de un pretendido [339] cristianismo Satanás mismo se estaba insinuando en la iglesia para corromper su fe y apartar las mentes de la palabra de verdad.

Por fin la mayor parte de los cristianos rebajaron sus normas, y se estableció una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaron estar convertidos y unidos con la iglesia, seguían aferrados a su idolatría; sólo mudaron el objeto de su adoración a imágenes de Jesús e incluso de María y los santos. La inmunda levadura de la idolatría, introducida de este modo en la iglesia, continuó su obra funesta. Doctrinas sin fundamento, ritos supersticiosos y ceremonias idolátricas se incorporaron a su fe y su culto. A medida que los seguidores de Cristo se unían con los idólatras, la religión cristiana se corrompió y la iglesia perdió su pureza y su poder. Hubo algunos, sin embargo, que no fueron desviados por esos engaños. Conservaron su fidelidad al Autor de la verdad y sólo adoraban a Dios.

Siempre ha habido dos clases entre los que profesan ser seguidores de Cristo. Mientras una clase estudia la vida del Salvador y trata fervorosamente de corregir sus defectos y conformarse al Modelo, otra descarta las verdades claras y prácticas que exponen sus errores. Aún en su mejor condición la iglesia no ha estado plenamente formada por los leales, puros y sinceros. Nuestro Salvador enseñó que los que se entregan voluntariamente al pecado no deben ser recibidos en la iglesia; no obstante, él relacionó consigo mismo a hombres de carácter defectuoso y les concedió los mismos beneficios de sus enseñanzas y su ejemplo, para que tuvieran la oportunidad de ver sus errores y corregirlos. [340]

Pero no hay comunión entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas, y no la puede haber entre sus seguidores. Cuando los cristianos consintieron en unirse con los paganos semiconvertidos, se introdujeron en una senda que los apartaría más y más de la

verdad. Satanás gozaba al ver que había tenido éxito en engañar a un tan gran número de seguidores de Cristo. Entonces logró que su poder se manifestara más plenamente sobre ellos, y los inspiró a perseguir a los que permanecían fieles a Dios. Nadie podía saber mejor cómo oponerse a la verdadera fe cristiana que los que habían sido sus defensores; y esos cristianos apóstatas, unidos con compañeros semipaganos, se dedicaron a atacar los aspectos más esenciales de la doctrina de Cristo.

Se necesitaba una lucha desesperada por parte de los que querían ser fieles para mantenerse firmes contra los engaños y abominaciones cubiertos de ropaje sacerdotal que se introdujeron en la iglesia. No se aceptó la Biblia como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada de herejía, y sus sostenedores aborrecidos y proscriptos.

Retirada de los fieles

Después de un largo y severo conflicto los pocos fieles decidieron separarse completamente de la iglesia apóstata si ésta continuaba rehusando apartarse de la falsedad y la idolatría. Se dieron cuenta de que la separación era una necesidad imprescindible si querían obedecer la Palabra de Dios. No se atrevieron a tolerar errores fatales para sus propias almas y dar un ejemplo que podría poner en peligro la fe de sus hijos y la de los hijos de ellos. Para asegurar la paz y la unidad estaban dispuestos a hacer cualquier concesión que estuviera
[341] de acuerdo con la fidelidad a Dios; pero creían que ni siquiera la paz debiera ser conseguida al precio tan exorbitante del sacrificio de los principios. Si la unidad sólo se podía obtener mediante el abandono de la verdad y la justicia, entonces decidieron que hubiera diferencia, e incluso guerra. ¡Cuán bueno sería para la iglesia y el mundo si los principios que inspiraron a estas almas fieles revivieran en los corazones de los profesos hijos de Dios!

El apóstol Pablo declara que “todos los que quieren vivir píamente en Cristo Jesús, sufrirán persecución”. 2 Timoteo 3:12. ¿Por qué, entonces, parece que la persecución estuviera sumida en una somnolencia tan grande? La única razón de ello es que la iglesia se ha conformado a las normas del mundo, y por lo tanto no suscita oposición. La religión corriente en nuestros días no participa de la

naturaleza pura y santa que caracterizaba la fe cristiana en los días de Cristo y sus apóstoles. Sólo por causa de la actitud de transigencia con el pecado, porque las grandes verdades de la Palabra de Dios se consideran con tanta indiferencia, porque hay tan poca piedad vital en la iglesia, el cristianismo es aparentemente tan popular en el mundo. Si hubiera un reavivamiento de la fe y el poder de la iglesia primitiva, el espíritu de persecución se reavivaría y sus fuegos volverían a encenderse. [342]

Capítulo 45—El misterio de la iniquidad

El apostol Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses, predijo la gran apostasía que daría como resultado el establecimiento del poder papal. Declaró que el día de Cristo no vendría, "sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios". Y más adelante advirtió a sus hermanos acerca de que "ya está en acción el misterio de la iniquidad". 2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7. Ya en aquella época vio cómo se introducían subrepticiamente en la iglesia los errores que habrían de preparar el camino para el desarrollo del papado.

Poco a poco, al principio con cautela y en silencio, y más tarde en forma más abierta, el misterio de la iniquidad llevó a cabo su obra engañosa y blasfema, y aumentó su fortaleza para lograr el dominio de las mentes de los hombres. Casi imperceptiblemente las costumbres paganas se introdujeron en la iglesia cristiana. El espíritu de transigencia y conformidad fue restringido por un tiempo por causa de la fiera persecución que sufrió la iglesia bajo el paganismo. Pero cuando la persecución cesó, y el cristianismo entró en las cortes y los palacios de los reyes, la iglesia puso a un lado la
[343] humilde sencillez de Cristo y los apóstoles, para adoptar la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos; y en lugar de los mandamientos de Dios puso teorías y tradiciones humanas. La conversión nominal de Constantino a principios del siglo IV causó gran regocijo, y el mundo, recubierto con el manto de la justicia, se introdujo en la iglesia. De allí en adelante la obra corruptora progresó rápidamente. El paganismo, vencido en apariencias, fue realmente el vencedor. Su espíritu dominó a la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones llegaron a formar parte de la fe y el culto de los profesos seguidores de Cristo.

Esta mezcla de paganismo y cristianismo dio como resultado el desarrollo del hombre de pecado predicho en la profecía, que habría

de oponerse a Dios y exaltarse sobre él. Ese gigantesco sistema de religión falsa es la obra maestra del poder de Satanás; un monumento a sus esfuerzos por ocupar el trono y gobernar la tierra de acuerdo con su voluntad.

Con el fin de obtener ventajas y honores mundanos, la iglesia procuró el favor y el apoyo de los grandes hombres de la tierra, y al rechazar de ese modo a Cristo, fue inducida a rendir lealtad al representante de Satanás, es a saber, al obispo de Roma.

Una de las doctrinas cardinales del catolicismo es que el papa es la cabeza visible de la iglesia universal de Cristo, investido con autoridad suprema sobre los obispos y los pastores en todo el mundo. Más aún, el papa se ha arrogado los mismos títulos de la Divinidad.

Satanás sabía muy bien que las Sagradas Escrituras capacitarían a los hombres para descubrir sus engaños y resistir su poder. Incluso el Salvador del mundo resistió sus ataques por medio de la Palabra. [344]
En cada uno de sus asaltos Cristo empleó el escudo de la verdad eterna al decir: "Escrito está". A cada sugerencia del adversario opuso la sabiduría y el poder de la Palabra. Para que Satanás pudiera conservar su dominio sobre los hombres y afirmar la autoridad del usurpador papal, debía mantenerlos ignorantes acerca de las Escrituras. La Biblia exalta a Dios y pone al hombre finito en su correcta ubicación; por lo tanto, sus sagradas verdades deben mantenerse ocultas y mejor suprimidas. Esa fue la lógica adoptada por la Iglesia de Roma. Por cientos de años impidió la circulación de la Biblia. Se prohibía a la gente que la leyera o que la tuviera en sus hogares, y sacerdotes y prelados carentes de principios interpretaban sus enseñanzas de manera que apoyaran sus pretensiones. De esa manera el papa llegó a ser casi universalmente reconocido como representante de Dios en la tierra, dotado de autoridad suprema sobre la iglesia y el estado.

La mudanza de los tiempos y la ley

Al eliminar el detector de errores, Satanás obró de acuerdo con su voluntad. La profecía declaraba que el papado pensaría en "cambiar los tiempos y la ley". Daniel 7:25. No se demoró en intentar esa obra. Para permitir que los paganos se convirtieran y encontraran un sustituto de los ídolos que adoraban, y para promover de ese modo

la aceptación nominal del cristianismo, se introdujo gradualmente en el culto cristiano la adoración de imágenes y reliquias. El decreto de un concilio general finalmente confirmó ese sistema de idolatría papal. Para completar su obra impía, Roma pretendió eliminar el
[345] segundo mandamiento de la ley de Dios, que prohíbe la adoración de imágenes, y dividió el décimo mandamiento en dos para conservar el número exacto.

Esa actitud de retroceso ante el paganismo abrió el camino para apartarse aún más de la autoridad del cielo. Satanás atacó al cuarto mandamiento también, y trató de poner a un lado el antiguo sábado, que Dios había bendecido y santificado, para exaltar en su lugar la fiesta que guardaban los paganos con el nombre de "venerable día del sol". Al principio ese cambio no se llevó a cabo abiertamente. En los primeros siglos todos los cristianos guardaban el sábado. Cuidaban celosamente el honor de Dios, y como creían que su ley era inmutable, conservaban religiosamente el carácter sagrado de sus preceptos. Pero con gran sutileza Satanás obró por medio de sus instrumentos para lograr sus propósitos. Para que la atención de la gente se dirigiera al domingo, lo convirtió en una festividad en honor de la resurrección de Cristo. Se celebraban servicios religiosos ese día; no obstante, se lo consideraba aún como un día de recreación, y el sábado seguía siendo guardado religiosamente.

Constantino, pagano aún, promulgó un decreto para apoyar la observancia general del domingo como una festividad pública en todo el Imperio Romano. Después de su conversión siguió siendo un ferviente abogado del domingo, y su edicto pagano fue puesto en vigencia en provecho de su nueva fe. Pero el honor manifestado hacia ese día no era suficiente para impedir que los cristianos consideraran que el sábado era el día santo del Señor. Había que dar otro paso más; el falso día de reposo debía ser exaltado para lograr su igualdad con el verdadero. Pocos años después de la promulgación del decreto de Constantino, los obispos de Roma le confirieron al domingo el título
[346] de día del Señor. De ese modo se indujo a la gente gradualmente a que considerara que poseía un cierto grado de santidad. No obstante, se seguía guardando el sábado original.

El archiengañador no había terminado su obra. Estaba resuelto a reunir al mundo cristiano bajo su estandarte, y a ejercer su poder por medio de su representante, el orgulloso pontífice que pretendía

ser el representante de Cristo. Logró cumplir sus propósitos por medio de paganos semiconvertidos, prelados ambiciosos y miembros de iglesia mundanos. Se celebraron grandes concilios, de vez en cuando, a los que concurrían dignatarios de la iglesia procedentes de todas partes del mundo. En casi cada uno de ellos se degradaba un poco más el sábado que Dios había instituido, mientras en forma proporcional se exaltaba el domingo. De ese modo la festividad pagana finalmente llegó a ser honrada como una institución divina, mientras al sábado de la Biblia se lo declaró reliquia del judaísmo, y se insistió en que su observancia era maldita.

El gran apóstata logró éxito al exaltarse a sí mismo "contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto". 2 Tesalonicenses 2:4. Se había atrevido a cambiar el único precepto de la ley divina que en forma inconfundible señala a todas la humanidad al Dios verdadero y viviente. En el cuarto mandamiento el Señor se presenta como Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto como distinto de todos los dioses falsos. El séptimo día fue santificado para que fuera un día de reposo para el hombre, como un monumento de la obra de la creación. Se lo instituyó para que mantuviera al Dios viviente siempre delante de las mentes como la fuente de todo ser y objeto de reverencia y culto. Satanás trató de desviar a los hombres para que no manifestaran lealtad a Dios ni rindieran obediencia a su ley; por lo tanto dirigió sus esfuerzos especialmente contra ese mandamiento [347]
que señala a Dios como Creador.

Los protestantes insisten ahora en que la resurrección de Cristo en domingo es el origen del día de reposo cristiano. Pero no hay evidencias bíblicas para esto. Ni Cristo ni los apóstoles le dieron tal honor a ese día. La observancia del domingo como institución cristiana tiene sus orígenes en el "misterio de la iniquidad" que, ya en los días de Pablo, había comenzado a obrar. ¿Dónde y cuándo adoptó el Señor a este hijo del papado? ¿Qué razones valederas se pueden presentar para justificar un cambio acerca del cual las Escrituras guardan silencio?

En el siglo VI el papado ya estaba firmemente establecido. La sede de su poder se hallaba en la ciudad imperial, y se declaró que el obispo de Roma era la cabeza de toda la iglesia. El paganismo había cedido su lugar al papado. El dragón había dado a la bestia "su poder y su trono, y grande autoridad". Apocalipsis 13:2. Y

entonces comenzaron los 1.260 años de opresión papal predichos en las profecías de Daniel y Juan. Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7. Los cristianos se vieron obligados a elegir entre renunciar a su integridad y aceptar las ceremonias y el culto católico, o pasarse la vida en las mazmorras, o morir en el potro, entre rejas o víctimas del hacha del verdugo. Entonces se cumplieron las palabras de Jesús: "Mas seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre". Lucas 21:16, 17. La persecución se desató sobre los fieles con mayor furia que antes, y el mundo se convirtió en un vasto campo de batalla. Por cientos de años la iglesia de Cristo encontró refugio escondiéndose y en la oscuridad. Así dice
[348] el profeta: "Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días". Apocalipsis 12:6.

La edad media

La ascensión de la Iglesia Católica al poder señaló el principio de la Edad Media. A medida que su poder aumentaba, las tinieblas se hacían más intensas. La fe se trasladó de Cristo, su verdadero fundamento, al papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para obtener el perdón de los pecados y la salvación eterna, la gente recurría al papa, y los sacerdotes y los prelados en quienes éste delegaba su autoridad. Se les enseñó que el papa era su mediador, y que sólo podían acercarse a Dios a través de él, y más aún, que estaba en lugar de Dios para ellos, y por lo tanto debía ser obedecido sin vacilar. Cualquier desviación de sus requerimientos era causa suficiente para que se lanzaran los más severos castigos sobre los cuerpos y las almas de los ofensores. De ese modo la atención de la gente se desvió de Dios para dirigirse a hombres falibles y sujetos a error; todavía más, al mismo príncipe de las tinieblas que ejercía su poder por medio de ellos. El pecado se cubrió con un manto de santidad. Cuando se suprimen las Escrituras y el hombre se considera supremo, todo lo que podemos esperar es fraude, engaño y degradante iniquidad. Con la elevación de las leyes y tradiciones humanas, se manifestó la corrupción que siempre resulta cuando se pone a un lado la ley de Dios.

Días de peligro

Eran días de peligro para la iglesia de Cristo. Los fieles portaestandartes eran pocos ciertamente. Aunque la verdad no quedó [349] sin testigos, había momentos cuando parecía que el error y la superstición prevalecerían por completo, y la verdadera religión sería erradicada de la tierra. Se perdió de vista el Evangelio, pero en cambio las formas de la religión se multiplicaron, y la gente recibía la carga de rigurosas exacciones.

No sólo se les enseñó que recurrieran al papa como mediador, sino también a confiar en sus propias obras para expiar sus pecados. Largos peregrinajes, actos de penitencia, el culto a las reliquias, la construcción de iglesias, capillas y altares, el pago de grandes sumas a la iglesia, éstos y muchos actos similares se fomentaban para apaciguar la ira de Dios u obtener su favor. ¡Como si Dios fuera hombre, que se enojara por nimiedades o a quien se puede pacificar con ofrendas y penitencias!

Los siglos subsiguientes fueron testigos de un constante aumento del error en las doctrinas enseñadas por Roma. Aun antes del establecimiento del papado las enseñanzas de los filósofos paganos habían recibido la atención de la iglesia y habían ejercido influencia sobre ella. Muchos que profesaban estar convertidos seguían aferrados a sus dogmas paganos, y no sólo continuaban estudiándolos ellos mismos, sino que instaban a otros a hacerlo como un medio de ejercer más influencia sobre los paganos. De ese modo se introdujeron graves errores en la fe cristiana. Entre ellos sobresale la creencia en la inmortalidad natural del hombre y en el estado consciente de los muertos. Esta doctrina constituye el fundamento sobre el cual Roma estableció la invocación de los santos y la adoración de la Virgen María. De ella surgió también la doctrina errónea del tormento eterno para los que finalmente resulten impenitentes, que fue [350] incorporada bien al principio de la fe católica.

Después se preparó el camino para la introducción de otra invención pagana, que Roma denominó purgatorio, y que se empleó para aterrorizar a las multitudes crédulas y supersticiosas. Mediante ese error se afirma la existencia de un lugar de tormento en el cual las almas de los que no han merecido la condenación eterna sufrirán un

castigo por sus pecados, después del cual, una vez librados de toda impureza, serán admitidos en el cielo.

Otra invención más se necesitaba para que Roma pudiera aprovecharse de los temores y vicios de sus adherentes. Fue provista por la doctrina de las indulgencias. Se prometía total remisión de pecados, pasados, presentes y futuros, y la liberación de todas las sanciones y penalidades en que se incurriera, a los que se alistaban en las guerras del pontífice para extender sus dominios temporales y castigar a sus enemigos, o para exterminar a los que se atrevían a negar su supremacía espiritual. También se enseñó a la gente que mediante el pago de ciertas sumas de dinero a la iglesia podía librarse del pecado y salvar también las almas de sus amigos fallecidos que se encontraban confinados en medio de las llamas del tormento. Mediante esos procedimientos Roma llenó sus cofres y sostuvo la magnificencia, el lujo y el vicio de los pretendidos representantes del que no tenía dónde reclinar la cabeza.

El rito bíblico de la Cena del Señor fue reemplazado por el sacrificio de la misa. Los sacerdotes católicos pretendían que mediante sus ceremonias podían convertir el pan y el vino en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo. Con presunción pretendían disponer abiertamente de poder para "crear a su Creador". Se re-
[351] quería que todos los cristianos, so pena de muerte, manifestaran su aceptación de ese terrible error que ofende al cielo. Los que rehusaban eran entregados a las llamas.

El mediodía del papado fue la medianoche espiritual del mundo. Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas, no sólo por la gente, sino por los sacerdotes también. Tal como los fariseos de la antigüedad, los dirigentes católicos aborrecían la luz que habría puesto en evidencia sus pecados. Con la ley de Dios—la norma de la justicia—fuera de quicio, ejercieron un poder ilimitado, y practicaron el vicio sin restricción alguna. Prevalecían el fraude, la avaricia y la lascivia. No había crimen que no se cometiera para obtener riquezas o escalar posiciones. Los palacios de los papas y los prelados eran escenarios del libertinaje más degradante. Algunos de los pontífices reinantes cometieron crímenes tan repugnantes que los gobernantes seculares trataron de deponer a esos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados sobre el trono. Por siglos no pro-

gresaron la ciencia, las artes ni la civilización. Una parálisis moral e intelectual se apoderó de la cristiandad. [352]

Capítulo 46—Los primeros reformadores

En medio de las penumbras que cubrieron la tierra durante el largo período de supremacía papal, la luz de la verdad no fue totalmente extinguida. En todas las edades hubo testigos de Dios: hombres que albergaron fe en Cristo como el único mediador entre el Señor y los hombres, que se aferraron a la Biblia como la única norma de vida, y que santificaron el sábado. Cuánto debe el mundo a esos hombres, la posteridad jamás lo sabrá. Se los calificó de herejes, se tergiversaron sus motivos, se falseó su carácter, sus escritos fueron prohibidos, mal interpretados o mutilados. Sin embargo, ellos se mantuvieron firmes, y a través de las edades conservaron su fe y su pureza, como una herencia sagrada para las generaciones venideras.

Tan terrible fue la guerra lanzada contra la Biblia que hubo ocasiones cuando existían muy pocos ejemplares de ella; pero Dios no permitió que su Palabra fuera totalmente destruida. Sus verdades no debían permanecer ocultas para siempre. Con la misma facilidad con que podía abrir las puertas de la prisión y descorrer los cerrojos de hierro para que sus siervos salieran libres, el Señor podía liberar también las palabras de vida. En diferentes países de Europa el Espíritu Santo impulsó a distintos hombres para que investigaran la verdad como si fuera un tesoro escondido. Guiados providencial-
[353] mente hacia las Sagradas Escrituras, estudiaron sus santas páginas con profundo interés. Estaban dispuestos a aceptar la verdad no importaba cuánto les costara. Aunque no percibían con claridad todas las cosas, pudieron descubrir numerosas verdades sepultadas desde hacía mucho tiempo. Como mensajeros enviados por el cielo salieron para quebrantar las cadenas del error y la superstición, e invitar a los que por largo tiempo habían sido esclavizados con el fin de que se levantaran y aprovecharan su libertad.

Había llegado el momento cuando las Escrituras deberían ser traducidas y dadas a la gente de los diferentes países en sus propios idiomas nativos. La medianoche del mundo había pasado. Las horas

de tinieblas estaban terminando, y en muchos países aparecieron las señales de un nuevo amanecer.

La estrella matutina de la reforma

En el siglo XIV surgió en Inglaterra "la estrella matutina de la Reforma". John Wycliffe fue el heraldo de la Reforma, no sólo para Inglaterra, sino para toda la cristiandad. Fue el precursor de los puritanos; su época constituyó un oasis en medio del desierto.

El Señor consideró apropiado confiar la obra de reforma a alguien cuya capacidad intelectual le daría carácter y dignidad a sus labores. Así se silenció el menosprecio y se impidió que los adversarios de la verdad trataran de desacreditar su causa, ridiculizando la ignorancia de su abogado. Cuando Wycliffe llegó a dominar todo lo que se enseñaba en las escuelas, se dedicó al estudio de las Escrituras. En ellas encontró lo que antes había buscado en vano. Vio allí una revelación del plan de salvación, y a Cristo como el único Abogado del hombre. Descubrió que Roma había abandonado el [354]
sendero señalado por la Biblia para seguir las tradiciones humanas. Se entregó a sí mismo al servicio de Cristo, y se decidió a proclamar las verdades que había descubierto.

La mayor obra de su vida fue la traducción de las Escrituras al inglés. Esa fue la primera traducción completa de la Biblia a ese idioma que se haya hecho jamás. Como todavía el arte de imprimir era desconocido, sólo mediante una labor lenta y cansadora se podían conseguir ejemplares adicionales de la obra; pero eso fue lo que se hizo, y la gente de Inglaterra recibió la Biblia en su propio idioma. De ese modo la luz de la Palabra de Dios comenzó a proyectar sus brillantes rayos en medio de las tinieblas. Una mano divina estaba preparando el camino para la gran Reforma.

La apelación que se hizo a la razón humana levantó a los hombres de la pasiva sumisión a los dogmas del papado. Las Escrituras fueron recibidas con beneplácito por los miembros de las clases altas de la sociedad, que eran las únicas que en aquella época tenían cierto conocimiento de las letras. En ese entonces Wycliffe enseñó las doctrinas características del protestantismo, es a saber, la salvación por la fe en Cristo y la infalibilidad de las Escrituras solamente. Muchos sacerdotes se unieron a él para distribuir ejemplares de la

Biblia y predicar el Evangelio, y tan grande fue el efecto de esas labores y de sus escritos que la nueva fe fue aceptada por casi la mitad de los habitantes de Inglaterra. El reino de las tinieblas tembló.

Los esfuerzos de sus enemigos para detener sus labores y destruir su vida fueron en ambos casos fracasos completos, y al cumplir 61
[355] años falleció en paz mientras servía junto al altar.

La reforma se difunde

Gracias a los escritos de Wycliffe, Juan Huss de Bohemia se sintió inducido a renunciar a muchos de los errores del catolicismo y a dedicarse a la obra de la Reforma. Como Wycliffe, Huss era un noble cristiano, un hombre de cultura y de devoción inquebrantable a la verdad. Su invitación a escudriñar las Escrituras y sus osadas denuncias de la vida escandalosa e inmoral del clero despertaron amplio interés y miles aceptaron alegremente una fe más pura. Eso excitó la ira del papado, los prelados, los sacerdotes y los monjes, y se intimó a Huss a comparecer ante el concilio de Constanza para defenderse de la acusación de herejía. El emperador alemán le concedió un salvoconducto, y al llegar a Constanza el papa personalmente le aseguró que no se cometería ninguna injusticia con él.

Después de un largo juicio, durante el cual se aferró a la verdad, se requirió de Huss que eligiera entre abandonar sus doctrinas o ser condenado a muerte. Aceptó el destino de los mártires, y después de ver cómo se entregaban sus libros a las llamas él mismo fue quemado en la hoguera. En presencia de los dignatarios de la iglesia y el estado reunidos en esa ocasión, el siervo de Dios elevó una solemne y fiel protesta contra las corrupciones de la jerarquía papal. Su ejecución, en vergonzosa violación de las más solemnes y públicas promesas de protección, pusieron en evidencia ante todo el mundo la pérfida crueldad de Roma. Los enemigos de la verdad, aunque sin saberlo, estaban fomentando la causa que vanamente procuraban destruir.

A pesar de esa violenta persecución, una protesta tranquila, devota y fervorosa contra la corrupción prevaleciente de la fe religiosa
[356] continuó manifestándose después de la muerte de Wycliffe. Tal como los creyentes de los días apostólicos, muchos sacrificaban generosamente sus posesiones mundanales por la causa de Cristo.

Se hacían enérgicos esfuerzos para fortalecer y extender el poder papal, pero mientras los papas seguían pretendiendo que eran los representantes de Cristo, sus vidas eran tan corrompidas que disgustaban a la gente. Mediante la ayuda del invento de la imprenta las Escrituras circularon con mayor amplitud, y muchos fueron inducidos a ver que las doctrinas del papado no tenían apoyo en la Palabra de Dios.

Cuando un testigo se veía obligado a deponer la antorcha de la verdad, otro la tomaba de su mano y con valor indomable la mantenía en alto. La batalla que comenzaba daría como resultado la emancipación, no sólo de individuos e iglesias, sino de naciones también. A través del abismo constituido por centenares de años los hombres extendieron las manos para aferrarse de la de los lolardos de la época de Wycliffe. Con Lutero comenzó la reforma en Alemania. Calvino predicó el Evangelio en Francia; Zwinglio lo hizo en Suiza. El mundo despertó de su sopor secular, y de país en país resonaron las mágicas palabras: “Libertad religiosa”. [357]

Capítulo 47—Lutero y la gran reforma

Entre los que fueron llamados a conducir a la iglesia de las tinieblas papales a la luz de un fe más pura, descuella Martín Lutero. Celoso, ardiente y consagrado, sin conocer otro temor que el temor de Dios, y sin aceptar otro fundamento para la fe religiosa que las Sagradas Escrituras, Lutero era el hombre para su época. Por su intermedio Dios llevó a cabo una gran obra para la reforma de la iglesia y la iluminación del mundo.

En cierta oportunidad, mientras examinaba los libros de la biblioteca de la universidad, Lutero descubrió una Biblia en latín. Antes había escuchado algunos fragmentos de los Evangelios y de las epístolas en el culto público, y llegó a la conclusión de que eso debía ser toda la Palabra de Dios. Ahora, por primera vez, veía una Biblia completa. Con una mezcla de temor y admiración hojeó las páginas sagradas; con pulso acelerado y corazón conmovido leyó por sí mismo las palabras de vida, deteniéndose de vez en cuando para exclamar: "¡Oh, si Dios me diera este libro para tenerlo yo mismo para mí!" Los ángeles del cielo estaban a su lado, y los rayos de luz procedentes del trono de Dios revelaron tesoros de verdad a su entendimiento. Siempre temió ofender a Dios, pero entonces la profunda convicción de su condición pecaminosa se apoderó de
[358] él como nunca antes. Un ferviente deseo de ser libre del pecado y encontrar paz con Dios lo indujo finalmente a entrar al claustro y dedicarse a la vida monacal.

Todo momento libre que le permitían sus deberes cotidianos los empleaba en estudiar, privándose del sueño y aún sacando tiempo de los momentos que dedicaba a sus humildes comidas. Sobre todas las cosas se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Descubrió una Biblia encadenada al muro del convento, y a menudo acudía a ella.

Lutero fue ordenado sacerdote y se lo llamó desde el claustro para que ejerciera un profesorado en la universidad de Wittenberg. Allí se dedicó al estudio de las Escrituras en sus idiomas originales.

Comenzó a dar conferencias acerca de la Biblia; y el libro de los Salmos, los evangelios y las epístolas se abrieron a la comprensión de multitudes de gozosos oyentes. Era poderoso en las Escrituras y la gracia de Dios descansaba sobre él. Su elocuencia cautivaba a sus oyentes, la claridad y el poder con que presentaba la verdad convencían sus entendimientos, y su profundo fervor tocaba sus corazones.

El guía de la reforma

Como resultado de la Providencia de Dios, decidió visitar Roma. El papa había prometido una indulgencia a todos los que ascendieran de rodillas lo que se conocía con el nombre de la escalera de Pilato. Lutero se encontraba cierto día llevando a cabo ese acto, cuando repentinamente una voz semejante a un trueno pareció decirle: "¡El justo por la fe vivirá!" Se puso de pie avergonzado y horrorizado, y huyó del escenario de su insensatez. Ese texto jamás perdió el poder que ejerció sobre su alma. De allí en adelante comprendió con [359] mayor claridad que nunca el error de confiar en obras humanas para obtener la salvación, y la necesidad de ejercer fe constante en los méritos de Cristo. Sus ojos se abrieron para no cerrarse nunca más a los errores del papado. Cuando apartó su rostro de Roma también separó su corazón, y desde ese momento la separación se hizo cada vez más grande, hasta que cortó toda relación con la Iglesia Católica.

Al regresar de Roma, Lutero recibió por parte de la universidad de Wittenberg el título de doctor en teología. Entonces se sintió en entera libertad para dedicarse como nunca antes a las Escrituras que tanto amaba. Había formulado solemnemente el voto de estudiar con cuidado la Palabra de Dios y de predicarla con fidelidad todos los días de su vida, y no los dichos y las doctrinas de los papas. Ya no era más meramente un monje o profesor, sino el heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado para pastorear y alimentar la grey de Dios, que se hallaba hambrienta y sedienta de la verdad. Declaró con firmeza que los cristianos no deben recibir otra doctrina fuera de la que se basa en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Esas palabras sacudieron los mismos fundamentos de la supremacía papal. Contenían los principios vitales de la Reforma.

Lutero entonces se dedicó de lleno a su obra como campeón de la verdad. Su voz, en fervorosa y solemne advertencia, se escuchó desde el púlpito. Presentó delante de la gente el carácter ofensivo del pecado y enseñó que es imposible para el hombre por sus propias obras disminuir su culpa o evitar el castigo. Sólo el arrepentimiento ante Dios y la fe en Cristo pueden salvar al pecador. La gracia del
[360] Señor no puede ser comprada; es un don gratuito. Aconsejó a la gente a que no comprara indulgencias, sino que mirara con fe al Redentor crucificado. Se refirió a su propia dolorosa experiencia al tratar vanamente de obtener la salvación por medio de humillaciones y penitencias, y aseguró a sus oyentes que al apartar la vista de sí mismos y al creer en Cristo encontrarían paz y alegría.

Las enseñanzas de Lutero atrajeron la atención de la gente que pensaba en toda Alemania. De sus sermones y escritos surgían rayos de luz que despertaban e iluminaban a miles de personas. Una fe viviente ocupó el lugar del muerto formalismo en el que había yacido por tanto tiempo la iglesia. La gente cada día perdía confianza en las supersticiones del catolicismo. Las barreras del prejuicio se comenzaron a quebrantar. La Palabra de Dios, por medio de la cual probaba Lutero toda doctrina y toda pretensión, era como una espada de dos filos que penetraba hasta el corazón de los hombres. Por todas partes surgía el deseo de progresar espiritualmente. Por todas partes había un hambre y una sed de justicia que no se había visto por siglos. Los ojos de los seres humanos, que por tanto tiempo habían sido dirigidos a los ritos y a los mediadores humanos, se volvieron entonces arrepentidos y con fe a Cristo, y a Cristo crucificado.

Los escritos y las doctrinas del reformador se diseminaron por todas las naciones de la cristiandad. Su obra se extendió por Suiza y Holanda. Copias de sus escritos llegaron a Francia y España. En Inglaterra se recibieron sus enseñanzas como la Palabra de vida. La verdad también se extendió a Bélgica e Italia. Miles despertaron de su sopor mortal para participar de la alegría y la esperanza de una
[361] vida de fe.

Lutero se separa de Roma

Roma decidió destruir a Lutero, pero Dios era su defensor. Sus doctrinas se escuchaban en todas partes: en los conventos, las caba-

ñas, los castillos de los nobles, las universidades y los palacios de los reyes; y hombres nobles surgieron por todas partes para apoyar sus esfuerzos.

En una invitación al emperador y a la nobleza de Alemania en favor de la Reforma del cristianismo, Lutero escribió lo siguiente con respecto al papa: "Es horrible contemplar al hombre que pretende ser vicario de Cristo, mientras ostenta una magnificencia que ningún emperador puede igualar. ¿Es esto ser semejante al pobre Jesús o al humilde Pedro? ¡Es, nos dicen, el Señor del mundo! Pero Cristo, de quien se vanagloria de ser vicario, dijo: 'Mi reino no es de este mundo'. ¿Pueden los dominios de un vicario superar a los de su superior?"

Escribió lo que sigue acerca de las universidades: "Temo muchísimo que las universidades lleguen a ser la gran puerta del infierno, a menos que trabajen con diligencia para explicar las Sagradas Escrituras, y las graben en el corazón de la juventud. No aconsejo a nadie que envíe a sus hijos donde las Escrituras no reinen supremamente. Toda institución en la cual los hombres no estén ocupados incesantemente por la Palabra de Dios, se corromperá".

Este llamamiento circuló rápidamente por toda Alemania, y ejerció una poderosa influencia sobre la gente. Toda la nación se levantó para unirse bajo el estandarte de la Reforma. Los opositores de Lutero, que ardían con el deseo de vengarse, instaron al papa para que tomara medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas fueran condenadas inmediatamente. Se le dieron sesenta días al re- [362]
formador y a sus adherentes, después de los cuales, si no abjuraban, serían excomulgados.

Cuando la bula papal llegó a manos de Lutero, éste dijo: "La desprecio y ataco como impía y falsa... Es *Cristo* mismo quien aparece condenado allí... Me alegro de tener que soportar todos estos males por la mejor de las causas. Ya siento más libertad en mi corazón; porque por fin me doy cuenta de que el papa es el anticristo, y de que su trono es el de Satanás mismo".

Pero las palabras del pontífice de Roma todavía tenían poder. La prisión, la tortura y la espada eran armas poderosas para imponer sumisión. Todo parecía indicar que la obra del reformador estaba por terminar. Los débiles y supersticiosos temblaron ante el decreto del papa; y aunque había simpatía general por Lutero, muchos creyeron

que la vida era demasiado cara para arriesgarla por la causa de la
[363] Reforma.

Capítulo 48—Los progresos de la reforma

Un nuevo emperador, Carlos V, había ascendido al trono de Alemania, y los emisarios de Roma se apresuraron a presentarle sus felicitaciones y a inducir al monarca a que empleara sus poderes contra la Reforma. Por otra parte, el elector de Sajonia, a quien Carlos en gran medida debía su corona, le suplicó que no diera ningún paso hasta conceder a Lutero la oportunidad de comparecer ante una audiencia.

La atención de todos los partidos se dirigió entonces a la asamblea de los estados alemanes que fue convocada en Worms poco después de la ascensión de Carlos al trono imperial. Había importantes asuntos e intereses políticos que considerar en ese concilio nacional; pero parecían de poca importancia al compararlos con la causa del monje de Wittenberg.

Previamente Carlos había ordenado al elector que trajera a Lutero con él a la Dieta, asegurándole que el reformador sería protegido de toda violencia, y que se le permitiría conversas libremene con una persona competente para discutir los asuntos controvertidos. Lutero estaba ansioso de comparecer ante el emperador.

Los amigos de Lutero estaban aterrorizados y confundidos. Conocedores de los prejuicios y la enemistad que había contra él, temían que su salvoconducto no fuera respetado, y le rogaron que [364] no pusiera en peligro su vida. Replicó: "Los católicos no desean que vaya a Worms; por el contrario, quieren mi condenación y mi muerte. No importa. No oren por mí, sino por la Palabra de Dios".

Lutero ante el concilio

Por fin Lutero compareció ante el concilio. El emperador estaba en su trono, rodeado de los más ilustres personajes del imperio. Nunca ningún hombre había comparecido ante una asamblea tan imponente como aquella ante la cual compareció Martín Lutero para responder por su fe.

La mera presencia del reformador en esa ocasión era un victoria incontestable de la verdad. El hecho de que un hombre a quien el papa había condenado fuera juzgado por otro tribunal, era virtualmente una negación de la suprema autoridad del pontífice. El reformador, puesto en entredicho, y a quien el papa había prohibido que se relacionara con otros seres humanos, recibió seguridad de protección, y se le concedió una audiencia ante los más altos dignatarios de la nación. Roma le había ordenado guardar silencio, pero estaba a punto de hablar en presencia de miles de personas procedentes de todas partes de la cristiandad. Con calma y espíritu pacífico, pero con un valor inmenso y noble, se puso de pie como testigo de Dios entre los grandes de la tierra. Lutero formuló sus respuestas con un tono de voz respetuoso y humilde, sin manifestaciones de violencia o pasión. Sus modales eran discretos y respetuosos; no obstante lo cual manifestó una confianza y un gozo que sorprendieron a la asamblea.

Los que decididamente cerraron los ojos a la luz, y decidieron no dejarse convencer por la verdad, se enfurecieron ante el poder de las
[365] palabras de Lutero. Cuando terminó de hablar el vocero de la Dieta dijo con ira: "No has contestado la pregunta que se te formuló... Se te ordena dar una respuesta clara y precisa... ¿Quieres retractarte o no?"

El reformador contestó: "Puesto que vuestra majestad serenísima y vuestra alteza suprema requieren de mí una respuesta clara, sencilla y precisa, os voy a dar una, que es ésta: No puedo someter mi fe ni al papa ni a los concilios, porque es tan claro como la luz del día que con frecuencia han errado y se han contradicho mutuamente. A menos, por supuesto, que se me convenza mediante el testimonio de la Escritura o por medio de un razonamiento claro, a menos que sea persuadido por medio de los pasajes que he citado, y a menos que de ese modo se ate mi conciencia a la Palabra de Dios, *no quiero ni puedo retractarme,* porque no es prudente que un cristiano hable en contra de su conciencia. Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa; Dios me ayude. Amén".

De esa manera este justo se mantuvo sobre el seguro fundamento de la Palabra de Dios. La luz del cielo iluminaba su rostro. La grandeza y la pureza de su carácter, su paz y su alegría de corazón,

eran evidentes para todos mientras él daba testimonio contra el poder del error y en favor de la superioridad de la fe que vence al mundo.

Se mantuvo firme como una roca mientras las poderosas olas del poder mundanal lo azotaban inmisericordemente. La sencilla fuerza de sus palabras, su impavidez, su mirada serena y elocuente, y la inalterable determinación manifestada en cada palabra y cada acto produjeron una profunda impresión en la asamblea. Era evidente que no se lo podía obligar, ni mediante promesas ni amenazas, a someterse a las órdenes de Roma. [366]

Cristo habló por medio del testimonio de Lutero con un poder y una majestad tales que en ese momento inspiraron tanto a amigos como a enemigos con un sentimiento de reverencia y admiración. El Espíritu de Dios estuvo presente en ese concilio, e impresionó los corazones de los dignatarios del imperio. Varios príncipes reconocieron abiertamente la justicia de la causa de Lutero. Muchos se convencieron de la verdad, pero en algunos las impresiones recibidas no fueron duraderas. Hubo otros que en ese momento no manifestaron sus convicciones pero que, después de escudriñar las Escrituras por sí mismos, en el futuro se pusieron osadamente de parte de la Reforma.

El elector Federico aguardó con ansiedad la aparición de Lutero ante la Dieta y escuchó su discurso con profunda emoción. Se regocijó ante el valor, la firmeza y el dominio propio del doctor, y se sintió orgulloso de ser su protector. Comparó los distintos partidos que participaron en la contienda, y vio que la sabiduría de los papas, los reyes y los prelados quedaba reducida a nada frente al poder de la verdad. El papado había experimentado una derrota que se sentiría en todas las naciones y en todos los tiempos.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus huestes habrían ganado la victoria. Pero mediante su inquebrantable firmeza la iglesia se emancipó y—comenzó una era nueva y mejor. La influencia de ese hombre solitario, que se atrevió a pensar y a actuar por sí mismo con respecto a asuntos religiosos, debía afectar a la iglesia y al mundo no sólo en su propia época, sino también en todas las generaciones futuras. Su firmeza y su fidelidad fortalecerían a todos los que pasaran por una experiencia similar, hasta el fin del tiempo. El poder y la majestad de Dios prevalecerán sobre las ideas [367] de los hombres, y sobre el extraordinario poder de Satanás.

Vi que Lutero era ardiente y celoso, impávido y osado al reprobar el pecado y al defender la verdad. No temía ni a los impíos ni a los demonios; sabía que tenía a su lado a Alguien más poderoso que todos ellos. Lutero poseía celo, valor y osadía, y a veces estaba en peligro de irse a los extremos. Pero Dios suscitó a Melanchton, que tenía un carácter totalmente opuesto, para que ayudara a Lutero a llevar adelante la obra de la Reforma. Melanchton era tímido, temeroso, cauteloso y poseía una tremenda paciencia. Dios lo amaba mucho. Poseía un gran conocimiento de las Escrituras, y su juicio y su sabiduría eran excelentes. Su amor por la causa de Dios se equiparaba con el de Lutero. El Señor unió los corazones de estos dos hombres; eran amigos inseparables. Lutero resultó de gran ayuda para Melanchton cuando éste se hallaba en peligro de ser temeroso y lento, y Melanchton a su vez fue de gran ayuda para Lutero cuando éste se encontraba ante el peligro de avanzar con demasiada rapidez.

La previsora cautela de Melanchton a menudo evitó los problemas que podrían haber sobrevenido a la causa si la obra hubiera sido dejada en manos de Lutero; y de vez en cuando la obra no hubiera avanzado con suficiente rapidez si se la hubiera dejado sólo a Melanchton. Se me mostró la sabiduría de Dios al elegir a estos dos hombres para que llevaran a cabo la obra de la Reforma.

Inglaterra y escocia iluminadas

Mientras Lutero abría la Biblia que había estado cerrada hasta
[368] entonces ante la gente de Alemania, Tyndale se sintió impulsado por el Espíritu de Dios para hacer lo mismo en Inglaterra. Era un diligente estudioso de las Escrituras, y predicaba impávidamente sus convicciones acerca de la verdad, insistiendo en que todas las doctrinas debían ser probadas por la Palabra de Dios. Su celo sólo podía provocar la oposición de los partidarios del papa. Un erudito doctor católico, que entró en controversia con él, exclamó: "Sería mejor para nosotros no tener la ley de Dios que no tener la ley del papa". A lo que Tyndale replicó: "Desafío al papa y todas sus leyes; y si Dios me da vida suficiente, dentro de algunos años voy a lograr que un niño que maneja el arado sepa más de las Escrituras que ustedes".

El propósito que había comenzado a albergar, es a saber, dar a la gente el Nuevo Testamento en su propio idioma, se confirmó entonces, y se dedicó inmediatamente a la tarea. Al parecer toda Inglaterra se cerró contra él, por lo que resolvió buscar refugio en Alemania. Allí comenzó a imprimir el Nuevo Testamento en inglés. Pronto se terminaron los tres mil ejemplares impresos del Nuevo Testamento, y una nueva edición se produjo ese mismo año.

Finalmente dio testimonio de su fe mediante su muerte como mártir, pero las armas que había preparado capacitaron a otros soldados para librar batalla a través de los siglos e incluso hasta nuestro tiempo.

En Escocia el Evangelio encontró un campeón en la persona de John Knox. Este sincero reformador no temía a nadie. Los fuegos del martirio, que ardían a su alrededor, sólo servían para avivar su celo y darle mayor intensidad. Con el hacha del tirano pendiendo amenazadoramente sobre su cabeza, se mantuvo firme, dando golpes definidos a diestra y a siniestra para demoler la idolatría. Así se [369] mantuvo fiel a su propósito, orando y librando las batallas del Señor, hasta que Escocia logró su libertad.

En Inglaterra Latimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debía ser leída en el idioma de la gente. Decía que el Autor de las Sagradas Escrituras "es Dios mismo"; y que esta Escritura proviene del poder y la eternidad de su Autor. "No hay rey, emperador, magistrado y gobernante... que no esté obligado a obedecer... su Santa Palabra". "No tomemos ningún atajo; dejemos que Dios nos dirija; no caminemos tras... nuestros antepasados, y no busquemos lo que ellos buscaron, sino lo que debieran haber hecho".

Barnes y Frith, los fieles amigos de Tyndale, se levantaron para defender la verdad. Los Ridley y los Cranmer prosiguieron con la tarea. Estos dirigentes de la Reforma inglesa eran hombres eruditos, y muchos de ellos habían sido sumamente estimados por su celo y su piedad en la iglesia de Roma. Su oposición al papado era el resultado de su verificación de los errores de la Santa Sede. Su conocimiento de los misterios de Babilonia le dio más poder a su testimonio contra ella.

El gran principio sostenido por Tyndale, Frith, Latimer y los Ridley fue la divina autoridad y la suficiencia de las Sagradas Escrituras. Rechazaron la supuesta autoridad de los papas, concilios,

padres y reyes para gobernar la conciencia en asuntos relativos a la fe religiosa. La Biblia era su norma, y a ella sometían todas las doctrinas y todas las pretensiones. La fe en Dios y en su Palabra sostuvieron a estos santos hombres cuando rindieron sus vidas en la
[370] hoguera.

Capítulo 49—No se avanza como se debe

La reforma no terminó con Lutero, como algunos suponen. Debe continuar hasta el fin de la historia del mundo. El reformador tenía una gran obra que hacer al reflejar sobre los demás la luz que Dios había permitido que resplandeciera sobre él; pero no recibió toda la luz que se debía dar al mundo. Desde esa época hasta ahora continuamente ha estado brillando nueva luz sobre las Escrituras, y se han ido desarrollando constantemente nuevas verdades.

Lutero y sus colaboradores llevaron a cabo una noble tarea en favor de Dios; pero como salieron de la Iglesia Católica, como habían creído ellos mismos sus doctrinas y las habían defendido, no se podía esperar que descubrieran de golpe todos sus errores. Su obra consistió en quebrantar las cadenas de Roma y dar la Biblia al mundo; pero había importantes verdades que no descubrieron, y graves errores a los que no renunciaron. La mayor parte de ellos continuaron guardando el domingo junto con otras festividades católicas. Es verdad que consideraron que su observancia no se basaba en autoridad divina alguna, pero creyeron que había que guardarlo por ser un día de culto generalmente aceptado. Hubo algunos entre ellos, sin embargo, que honraron el sábado del cuarto mandamiento.
Entre los reformadores de la iglesia debe darse un lugar de honor a [371]
los que se levantaron para vindicar una verdad generalmente ignorada, incluso por los protestantes, es a saber, los que sostuvieron la validez del cuarto mandamiento y la obligación de guardar el sábado de la Biblia. Cuando la Reforma rechazó las tinieblas que habían reposado sobre toda la cristiandad, aparecieron en muchos lugares los observadores del sábado.

Los que recibieron las grandes bendiciones de la Reforma no avanzaron por la senda tan noblemente trazada por Lutero. De cuando en cuando surgieron unos pocos fieles para proclamar nuevas verdades y poner en evidencia errores acariciados por largo tiempo, pero la mayoría, como los judíos de los días de Cristo o los católicos de los tiempos de Lutero, se contentaron con creer como sus padres

y vivir como ellos vivieron. Por eso mismo la religión de nuevo degeneró en formalismo, y se retuvieron y albergaron algunos errores y supersticiones que debieran haber sido eliminados si la iglesia hubiera continuado avanzando a la luz de la Palabra de Dios. De ese modo el epíritu suscitado por la Reforma gradualmente murió, hasta que llegó a haber tanta necesidad de reforma en las iglesias protestantes como la había habido en la iglesia católica en tiempos de Lutero. Se manifestó el mismo espíritu de somnolencia, el mismo respeto por las opiniones de los hombres, la misma actitud de mundanalidad, el mismo reemplazo de las enseñanzas de la Palabra de Dios por teorías humanas. Se fomentaron el orgullo y la ostentación cubriéndolos con la capa de la religión. Las iglesias se corrompieron al aliarse con el mundo. De ese modo se degradaron los grandes principios por los cuales Lutero y sus colaboradores hicieron tanto y
[372] sufrieron tanto.

Cuando Satanás se dio cuenta de que había fracasado en su intento de aplastar la verdad por medio de la persecución, de nuevo recurrió al mismo plan de transigencia por medio del cual había producido la gran apostasía y la formación de la iglesia de Roma. Indujo a los cristianos a aliarse, esta vez no con los paganos, sino con quienes, al adorar al dios de este mundo, demostraron ser idólatras también.

Satanás ya no pudo mantener más la Biblia fuera del alcance de la gente; había sido puesta al alcance de todos. Pero indujo a miles a aceptar falsas interpretaciones y teorías carentes de fundamento, sin escudriñar las Escrituras para aprender la verdad por sí mismos. Corrompió las doctrinas de la Biblia, y logró que se arraigaran tradiciones que iban a provocar la ruina de millones. La iglesia sostenía y defendía esas tradiciones en lugar de luchar por la fe que una vez fue entregada a los santos. Y mientras permanecían totalmente inconscientes con respecto a su condición y a su peligro, la iglesia y el mundo rápidamete comenzaron a aproximarse al período más solemne e importante de la historia de la tierra, es a
[373] saber, el período de la manifestación del Hijo del hombre.

Capítulo 50—El mensaje del primer ángel

La profecía del mensaje del primer ángel, revelada en la visión de (Apocalipsis 14), encontró su cumplimiento en el movimiento adventista de 1840 a 1844. Tanto en Europa como en América algunos hombres de fe y oración se sintieron profundamente conmovidos cuando su atención se concentró en las profecías y, al examinar el registro inspirado, descubrieron evidencias convincentes de que el fin de todas las cosas estaba cerca. El Espíritu de Dios instó a sus siervos a dar la advertencia. El mensaje del Evangelio eterno se esparció por todas partes: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado". Apocalipsis 14:7.

Doquiera aparecieron los misioneros, se proclamaron también las buenas nuevas del pronto regreso de Cristo. En diferentes lugares se encontraron grupos aislados de cristianos que, únicamente por medio del estudio de las Escrituras, creyeron que el advenimiento del Salvador estaba próximo. En algunos lugares de Europa, cuyas leyes eran tan opresivas que prohibían la predicación de la doctrina adventista, los niños fueron impulsados a declararla, y muchos escucharon la solemne advertencia.

A Guillermo Miller y sus colaboradores les fue confiada la predicación del mensaje en los Estados Unidos, y la luz que encendieron sus labores resplandeció hasta en tierras distantes. El Señor envió a [374] su ángel para que tocara el corazón de un granjero que no creía en la Biblia, a fin de inducirlo a escudriñar las profecías. Los ángeles de Dios repetidas veces visitaron a aquel escogido para guiar su mente y abrir a su comprensión las profecías que siempre habían sido oscuras para el pueblo de Dios. Se le concedió descubrir el comienzo de la cadena de la verdad, y se lo indujo a buscar eslabón tras eslabón, hasta que pudo contemplar maravillado y admirado la Palabra de Dios. Vio la perfecta cadena de la verdad. La Palabra que según él no era inspirada, ahora se abría ante sus ojos con su belleza y su gloria. Descubrió que una porción de las Escrituras explica la otra, y que cuando un pasaje le resultaba incomprensible,

otra porción de la Palabra se lo explicaba. Consideró la Palabra de Dios con gozo, y con el más profundo respeto y reverencia.

Al continuar su examen de las profecías, descubrió que los habitantes de la tierra estaban viviendo en las horas finales de la historia de este mundo, pero que no lo sabían. Observó las iglesias, y vio que estaban corrompidas, que habían trasladado sus afectos de Jesús al mundo, que estaban buscando honores mundanales en vez de los honores que vienen de lo alto, que luchaban por las riquezas terrenales en vez de depositar sus tesoros en el cielo. Pudo ver hipocresía, oscuridad y muerte por todas partes. Su espíritu se conmovió en su interior. Dios lo llamó para que abandonara su granja, así como llamó a Eliseo para que dejara sus bueyes en el campo de labor a fin de seguir a Elías.

Con temor Guillermo Miller comenzó a presentar ante la gente los misterios del reino de Dios, conduciendo a sus oyentes a lo largo de las profecías hasta el segundo advenimiento de Cristo. El
[375] testimonio de las Escrituras que señalaban la venida de Cristo en 1843 despertó gran interés. Muchos se convencieron de que los argumentos basados en los períodos proféticos eran correctos y, sacrificando su orgullo y su opinión personal, recibieron con gozo la verdad. Algunos ministros dejaron a un lado sus sentimientos e ideas sectarias, sus salarios y sus iglesias, y se unieron a los que proclamaban la venida de Jesús.

Hubo pocos ministros, sin embargo, que aceptaron este mensaje; por eso mismo fue confiado mayormente a humildes laicos. Los granjeros dejaron sus campos, los mecánicos sus herramientas, los comerciantes sus mercaderías, los profesionales sus tareas; y a pesar de ello la cantidad de obreros era pequeña en comparación con la obra que se debía realizar. La condición de una iglesia impía en un mundo sumido en la maldad abrumaba el alma de los verdaderos atalayas. Y por eso voluntariamente soportaron trabajos, privaciones y sufrimientos para poder invitar a los hombres a fin de que se arrepintieran para salvación. Aunque sufrió la oposición de Satanás, la obra avanzó decididamente, y muchos miles aceptaron la verdad del advenimiento.

Un gran reavivamiento religioso

Por todas partes se oyó el penetrante testimonio que advertía a los pecadores, tanto mundanos como miembros de iglesia, para que huyeran de la ira venidera. Como Juan el Bautista, el precursor de Cristo, los predicadores hincaron el hacha en la raíz del árbol e instaron a todos a dar frutos dignos de arrepentimiento. Sus conmovedores llamados contrastaban señaladamente con las afirmaciones de paz y seguridad que se escuchaban desde los púlpitos populares, [376] y doquiera se daba el mensaje conmovía a la gente.

El sencillo y directo testimonio de las Escrituras, introducido en el alma por el poder del Espíritu Santo, resultaba tan convincente que pocos eran capaces de resistirlo totalmente. Los que profesaban ser religiosos descubrían que estaban confiando en una falsa seguridad. Vieron su apostasía, su mundanalidad, su incredulidad, su orgullo y su egoísmo. Muchos buscaron al Señor arrepentidos y humillados. Los afectos que por tanto tiempo habían depositado en las cosas terrenales los depositaron entonces en el cielo. El Espíritu de Dios descendió sobre ellos, y con corazones ablandados y subyugados se unieron con los que proclamaban: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado". Apocalipsis 14:7.

Los pecadores preguntaban llorando: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Aquellos cuyas vidas estaban manchadas por la deshonestidad anhelaban hacer restitución. Todos los que encontraban paz en Cristo ansiaban que otros compartieran esa bendición. Los corazones de los padres se volvieron a los hijos, y los de éstos a sus padres. Las barreras del orgullo y la reserva desaparecieron. Se hicieron confesiones sinceras, y los miembros de la familia trabajaron para la salvación de sus seres queridos.

A menudo se oían fervorosas intercesiones. Por todas partes había almas profundamente angustiadas que intercedían ante Dios. Muchos lucharon toda la noche en oración para estar seguros de que sus pecados habían sido perdonados, o por la conversión de parientes y vecinos. La fe ferviente y decidida lograba sus propósitos. Si el pueblo de Dios hubiera continuado siendo tan importuno en la oración, para presentar sus peticiones ante el trono de la gracia, [377] tendría una experiencia mucho más rica de la que ahora posee. Hay muy poca oración, muy poca comprensión verdadera de pecado, y

la falta de una fe viviente deja a muchos destituidos de la gracia tan ricamente provista por nuestro misericordioso Redentor.

Toda clase de gente se congregaba en las reuniones adventistas. Los ricos y los pobres, los encumbrados y los humildes estaban, por diversos motivos, ansiosos de escuchar por sí mismos la doctrina del segundo advenimiento. El Señor mantenía en jaque el espíritu de oposición mientras sus siervos exponían las razones de su fe. A veces los instrumentos eran débiles; pero el Espíritu de Dios daba poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se sentía en esas reuniones, y muchos se unían diariamente a los creyentes. Cuando se repetían las evidencias del pronto regreso de Cristo, vastas multitudes escuchaban esas solemnes palabras en completo silencio. Parecía que el cielo y la tierra se acercaban. El poder de Dios se manifestaba entre los jóvenes, los ancianos y la gente madura. Regresaban a sus hogares con alabanzas en los labios, y alegres voces resonaban en el aire tranquilo de la noche. Ninguno de los que asistió a esas reuniones podrá olvidar jamás esas escenas tan profundamente interesantes.

La oposición

La proclamación de un momento definido para la venida de Cristo despertó la gran oposición de mucha gente de todas las clases, desde el ministro en el púlpito hasta el más osado pecador. "¡Nadie sabe ni el día ni la hora!" decía a la vez el hipócrita ministro y el
[378] burlador más atrevido. Cerraron sus oídos a las claras y armoniosas explicaciones del texto que daban los que se referían al fin de los períodos proféticos y a las señales que Cristo mismo había anunciado como pruebas de su advenimiento.

Muchos de los que profesaban amar al Salvador declararon que no se oponían a la predicación de su venida; sólo objetaban la fijación de un momento definido. El ojo de Dios que todo lo ve leía lo que había en los corazones. No querían escuchar que Cristo vendría para juzgar al mundo con justicia. Habían sido siervos infieles, sus obras no podrían resistir la inspección del Dios que escudriña los corazones, y temían encontrarse con su Señor. Como los judíos en ocasión del primer advenimiento de Cristo, no estaban preparados para dar la bienvenida a Jesús. Satán y sus ángeles se regocijaron y

vituperaron a Cristo y a sus santos ángeles porque su profeso pueblo lo amaba tan poco que no deseaba que regresara.

Los atalayas infieles estorbaban el progreso de la obra de Dios. Cuando la gente comenzaba a inquietarse, y a buscar el camino de la salvación, esos dirigentes se interponían entre ellos y la verdad y trataban de calmar sus temores mediante falsas interpretaciones de la Palabra de Dios. A esa obra se unieron Satanás y los ministros no consagrados para clamar: "¡Paz, paz!" cuando Dios no había hablado de paz. Como los fariseos de los días de Cristo muchos no quisieron entrar en el reino de los cielos y se lo impidieron a los que estaban por entrar. La sangre de esas almas les será requerida.

Por donde se proclamaba el mensaje de la verdad, los miembros de iglesia más humildes y consagrados eran los primeros en recibirlo. Los que estudiaban la Biblia por sí mismos no podían dejar de verificar el carácter antibíblico de las ideas populares acerca de [379]
la profecía, y donde la gente no era engañada por los esfuerzos del clero para confundir y pervertir la fe, sólo había que comparar la doctrina del advenimiento con las Escrituras para establecer su divina autoridad.

Muchos fueron perseguidos por sus hermanos incrédulos. Para conservar sus cargos en la iglesia algunos resolvieron mantener su esperanza en silencio, pero otros creyeron que la lealtad a Dios no les permitía ocultar las verdades que el Señor les había confiado. No pocos fueron separados de la comunión de la iglesia solamente por manifestar su creencia en la venida de Cristo. Muy preciosas fueron las palabras del profeta para quienes soportaron la prueba de su fe: "Vuestros hermanos que os aborrecen, y os echan fuera por causa de mi nombre, dijeron: Jehová sea glorificado. Pero él se mostrará para alegría vuestra, y ellos serán confundidos". Isaías 66:5.

Los ángeles de Dios observaron con profundo interés cuál sería el resultado de esta amonestación. Cuando las iglesias en conjunto rechazaron el mensaje, éstos se apartaron de ellas con tristeza. Pero había numerosos miembros que aún no habían sido probados en cuanto a la verdad del advenimiento. Muchos fueron engañados por sus esposos, esposas, padres o hijos, y fueron inducidos a creer que era pecado escuchar las herejías que enseñaban los adventistas. Los ángeles recibieron la orden de velar fielmente por esas almas, porque otra luz había de brillar sobre ellos proveniente del trono de Dios.

Preparándose para salir al encuentro del señor

Con inefable anhelo los que habían recibido el mensaje aguar-
[380] daban la venida de su Salvador. El tiempo cuando lo esperaban ya estaba cerca. Se aproximaron a esa hora con calma y solemnidad. Descansaron en dulce comunión con Dios, como un anticipo de la paz que gozarían en el glorioso porvenir. Ninguno de los que experimentó esa esperanza y esa confianza podrá olvidar esas preciosas horas de espera. En la mayor parte de los casos los negocios mundanales fueron puestos a un lado por algunas semanas. Los creyentes examinaron cuidadosamente cada pensamiento y cada emoción de sus corazones como si estuvieran en sus lechos de muerte y en pocas horas debieran cerrar los ojos a las escenas terrenales. No se hicieron "vestidos de ascensión", pero todos sintieron la necesidad de gozar de una evidencia interna de que estaban preparados para encontrarse con su Salvador; sus vestiduras blancas eran la pureza del alma y los caracteres limpios de pecado gracias a la sangre expiatoria de Cristo.

Dios quiso probar a su pueblo. Su mano ocultó un error en el cómputo de los períodos proféticos. Los adventistas no lo descubrieron, ni tampoco lo hicieron sus más instruidos oponentes. Estos decían: "El cálculo de los períodos proféticos es correcto. Un gran acontecimiento está a punto de ocurrir, pero no es lo que el señor Miller predice; es la conversión del mundo, y no el segundo advenimiento de Cristo".

El momento de la expectativa pasó, y Cristo no apareció para liberar a su pueblo. Los que con fe sincera y amor esperaron a su Salvador sufrieron una amarga desilusión. Pero el Señor había cumplido su propósito: había probado los corazones de los que profesaban esperar su venida. Muchos entre ellos habían actuado por un motivo que no era más elevado que el temor. Su profesión
[381] de fe no había afectado ni sus corazones ni sus vidas. Cuando el acontecimiento esperado no ocurrió, declararon que no estaban chasqueados; nunca habían creído que Cristo pudiera venir. Fueron los primeros en reírse de la pena de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial consideró con amor y simpatía a los probados aunque decepcionados fieles. Si se hubiera podido descorrer el velo que separa el mundo visible del invisible, habrían

visto a los ángeles aproximándose a esas almas perseverantes para
protegerlas de los dardos de Satanás. [382]

Capítulo 51—El mensaje del segundo ángel

Las iglesias que no quisieron recibir el mensaje del primer ángel rechazaron la luz del cielo. El mensaje fue enviado misericordiosamente a fin de despertarlas para que vieran su verdadera condición de mundanalidad y apostasía y trataran de prepararse para salir al encuentro del Señor.

El mensaje del primer ángel se dio para separar a la iglesia de Cristo de la influencia corruptora del mundo. Pero para la multitud, incluso de profesos cristianos, las ligaduras que los ataban a la tierra eran más fuertes que los atractivos celestiales. Decidieron escuchar la voz de la sabiduría mundanal y rechazaron el mensaje de la verdad, que escudriña el corazón.

El Señor concede luz para que sea apreciada y obedecida, no para que sea despreciada y rechazada. La luz que él envía se transforma en tinieblas para quienes la rechazan. Cuando el Espíritu de Dios no imprime más la verdad en los corazones humanos, escucharla es superfluo y lo es también toda predicación.

Cuando las iglesias desdeñaron el consejo de Dios al rechazar el mensaje adventista, el Señor a su vez las rechazó. El primer ángel fue seguido por un segundo que proclamaba: "Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las na-
[383] ciones del vino del furor de su fornicación". Apocalipsis 14:8. Los adventistas entendieron que este mensaje era un anunció de la caída moral de las iglesias como consecuencia de su rechazamiento del primer mensaje. La proclama: "Ha caído Babilonia" se dio en el verano de 1844, y como resultado de ella cerca de cincuenta mil personas abandonaron esas iglesias.

Los que predicaron el primer mensaje no tenían ni el propósito ni el deseo de causar división en las iglesias o de formar organizaciones separadas. "En todas mis labores—dijo Guillermo Miller—nunca tuve el deseo o el pensamiento de fundar una organización separada de las ya existentes, o de beneficiar a una en detrimento de otra. Quería beneficiar a todas. Puesto que suponía que todos los cris-

tianos se regocijarían ante la perspectiva de la venida de Cristo, y que los que no opinaran como yo no por eso amarían menos a los que abrazaran esta doctrina, nunca pensé que hubiera necesidad de celebrar reuniones separadas. Mi único objeto era convertir almas a Dios, notificar al mundo acerca del juicio venidero, e inducir a mis hermanos a preparar sus corazones para salir en paz al encuentro del Señor. La gran mayoría de los que se convirtieron como resultado de mis labores se unieron a las diversas iglesias ya existentes. Cuando algunos vinieron a preguntarme con respecto a su deber, siempre les dije que fueran adonde se sintieran en casa; y nunca favorecí a una denominación en particular en mis consejos a tales personas".

Por algún tiempo muchas iglesias aceptaron su obra, pero cuando rechazaron la verdad del advenimiento intentaron eliminar toda disensión al respecto. Los que habían abrazado la doctrina fueron puestos de esa manera en una situación de gran prueba y perplejidad. Amaban sus iglesias y no querían separarse de ellas; pero cuando se [384] los ridiculizó y se los oprimió, y se les negó el privilegio de hablar de su esperanza, o de asistir a las reuniones donde se predicaba acerca de la venida del Señor, muchos finalmente se levantaron y se liberaron del yugo que se les había impuesto.

Los adventistas, cuando vieron que las iglesias rechazaban el testimonio de la Palabra de Dios, no pudieron considerarlas más como parte de la iglesia de Cristo, "columna y baluarte de la verdad", y cuando el mensaje de la caída de Babilonia comenzó a anunciarse, se sintieron justificados al separarse de sus antiguas relaciones.

Desde que se rechazó el primer mensaje, un cambio lamentable ha ocurrido en las iglesias. Puesto que la verdad ha sido menospreciada, se ha recibido el error y se lo ha alentado. El amor por Dios y la fe en su Palabra se han enfriado. Las iglesias contristaron al Espíritu de Dios, y en gran medida éste se retiró de ellas.

La tardanza

Cuando el año 1843 pasó sin que se hubiera producido el advenimiento de Jesús, los que habían esperado con fe su aparición quedaron por un tiempo con dudas y perplejidades. Pero a pesar de su chasco muchos continuaron investigando las Escrituras, examinaron nuevamente las evidencias de su fe, y estudiaron cuidadosamente

las profecías para tener más luz. El testimonio de la Biblia en apoyo de su posición, parecía claro y concluyente. Ciertas señales que no se podían interpretar mal indicaban que la venida de Cristo estaba cerca. Los creyentes no podían explicar su desilusión; no obstante, se sentían seguros de que Dios los había conducido en su experiencia
[385] pasada.

Su fe se fortaleció muchísimo mediante la aplicación directa y poderosa de los pasajes que indicaban que habría un período de tardanza. Ya en 1842 el Espíritu de Dios había inducido a Carlos Fitch a preparar un diagrama profético, lo que fue generalmente considerado por los adventistas como el cumplimiento de la orden dada al profeta Habacuc de escribir la visión y declararla por medio de tablas. Sin embargo, nadie vio en ese entonces la tardanza que se presentaba en la misma profecía. Después de la desilusión resultó claro el significado completo de ese texto. Esto es lo que dice el profeta: "Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará". Habacuc 2:2, 3.

Los que esperaban se regocijaron porque Quien conoce el fin desde el principio había proyectado su mirada a través de las edades y, previendo su desilusión, les había dado palabras de ánimo y esperanza. Si no hubiera sido por tales porciones de la Escritura, que les mostraban que estaban en el buen camino, su fe habría fallado en esa hora de prueba.

En la parábola de las diez vírgenes de Mateo 25 se ilustra la experiencia de los adventistas mediante los incidentes de una boda oriental. "Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo". "Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron". Vers. 1, 5.

El vasto movimiento que se produjo como resultado de la proclamación del primer mensaje correspondió a la salida de las vírgenes, mientras que el tiempo de espera, la desilusión y la demora estaban
[386] representados por la tardanza del novio. Después que pasó la fecha señalada los verdaderos creyentes seguían unidos en su creencia de que el fin de todas las cosas estaba a las puertas; pero pronto se hizo evidente que estaban perdiendo de alguna manera su celo y su

devoción, y que estaban cayendo en el estado de sopor descripto en la parábola, en que cayeron las vírgenes durante la tardanza.

En ese tiempo comenzó a surgir el fanatismo. Algunos que profesaban creer celosamente el mensaje rechazaron la Palabra de Dios como guía infalible, y pretendiendo ser guiados por el Espíritu se entregaron al dominio de sus propios sentimientos, impresiones e imaginaciones. Hubo quienes manifestaron un celo ciego y fanático, y denunciaron a todos los que no sancionaban su proceder. Sus ideas y prácticas fanáticas no contaron con la simpatía de la mayor parte de los adventistas; pero sirvieron para acarrear oprobio a la causa de la verdad.

La predicación del primer mensaje en 1843 y el clamor de medianoche en 1844 tendieron directamente a reprimir el fanatismo y la disensión. Los que participaron en esos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor mutuo y de amor por Jesús, a quien esperaban ver muy pronto. La fe única, la bendita esperanza, los elevaron por encima del dominio de cualquier influencia humana, y demostraron que eran un escudo contra los ataques de Satanás. [387]

Capítulo 52—El clamor de medianoche

“Y tardandose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas”. Mateo 25:5-7.

En el verano de 1844 los adventistas descubrieron el error cometido en su anterior cálculo de los períodos proféticos, y llegaron a la conclusión correcta. Los 2.300 días de Daniel 8:14, que todos creían llegaban hasta la segunda venida de Cristo, se creía que terminaban en la primavera de 1844; pero entonces se vio que ese período se extendía hasta el otoño de ese mismo año, y la mente de los adventistas se fijó en esa fecha como el momento de la aparición del Señor. La proclamación de este mensaje, relativo a un tiempo definido, fue otro paso en el cumplimiento de la parábola de las bodas, cuya aplicación a la experiencia de los adventistas ya ha sido claramente demostrada.

Así como en la parábola el clamor se oyó a medianoche anunciando la proximidad del esposo, lo mismo ocurrió en el cumplimiento, entre la primavera de 1844, cuando se supuso primeramente que terminarían los 2.300 días, y el otoño de 1844, cuando se verificó posteriormente que en efecto ocurriría. Se levantó entonces un clamor con las mismas palabras de la Escritura: “¡Aquí viene el
[388] esposo; salid a recibirle!”

Como una marea el movimiento avanzó por todo el país. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, fue hasta los lugares más remotos de la nación, hasta que el expectante pueblo de Dios se despertó plenamente. El fanatismo desapareció ante esa proclamación, como la helada matutina ante el sol naciente. Los creyentes una vez más verificaron que su convicción, su esperanza y su valor animaban sus corazones.

La obra estaba libre de los extremismos que siempre se manifiestan cuando la excitación humana no está bajo la influencia dominante de la Palabra y el Espíritu de Dios. Se parecía a esos

períodos de humillación y de vuelta al Señor que se manifestaban en el Antiguo Israel después de los mensajes de reprobación de los siervos de Dios. Tenía las características que han distinguido a la obra de Dios en todas las épocas. No había mucho éxtasis gozoso, pero sí mucho profundo examen de conciencia, confesión de pecados y abandono del mundo. La preparación para salir al encuentro del Señor era la grave preocupación de los espíritus agonizantes. Había oración perseverante y consagración a Dios sin reservas.

El clamor de medianoche no se basaba tanto en los argumentos, aunque la prueba bíblica era clara y concluyente. Avanzó con un impulso poderoso que conmovía el alma. No había duda ni discusión. En ocasión de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, la gente que se había reunido de todas partes del país para celebrar la fiesta se dirigió al Monte de las Olivas y, al reunirse con la multitud que escoltaba a Jesús, se dejó posesionar por la inspiración del momento y contribuyó a ampliar el clamor que decía: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" Mateo 21:9. De la misma manera los incré- [389]
dulos que se congregaban en las reuniones adventistas—algunos por curiosidad, otros sólo para reírse—sintieron el poder convincente que acompañaba a este mensaje: "¡Aquí viene el esposo!"

En aquel tiempo se manifestó tal fe que las oraciones obtenían respuesta, una fe que se aferraba a la recompensa. Como lluvia sobre la tierra sedienta, el Espíritu de gracia descendió sobre los fervorosos buscadores. Los que esperaban encontrarse pronto frente a su Redentor experimentaron una solemne e indecible alegría. El poder suavizante y subyugador del Espíritu Santo enternecía los corazones a medida que cada onda de la gloria de Dios descendía sobre los fieles creyentes.

Cuidadosa y solemnemente los que recibían el mensaje llegaron al momento cuando esperaban encontrarse con su Señor. Creían que su primer deber consistía en asegurarse cada mañana de que habían sido aceptados por Dios. Sus corazones estaban estrechamente unidos y oraban mucho los unos por los otros. A menudo se encontraban en lugares aislados para estar en comunión con el Señor, y la oración intercesora ascendía al cielo desde los campos y huertas. La seguridad de la aprobación del Salvador era más necesaria para ellos que su alimento diario, y si una nube oscurecía sus mentes no descansaban hasta disiparla. Al experimentar el testimonio de la

gracia perdonadora deseaban contemplar a Aquel a quien sus almas amaban.

Desilusionados pero no abandonados

Pero nuevamente tendrían que soportar una desilusión. El tiempo de espera pasó, y el Salvador no vino. Con inconmovible confianza habían esperado su venida, y ahora se sentían como María cuando
[390] al llegar a la tumba del Salvador y al encontrarla vacía exclamó: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto". Juan 20:13.

Un sentimiento de temor, un miedo de que el mensaje pudiera ser verdadero, sirvió por un tiempo para refrenar al mundo incrédulo. Cuando pasó el tiempo ese miedo no desapareció inmediatamente; no se atrevieron a manifestar su triunfo sobre los desilusionados, pero como no vieron señales de la ira de Dios, se recuperaron de sus temores y reiniciaron sus ataques y sus burlas. Una gran cantidad de los que había profesado creer en el pronto retorno del Señor renunció a su fe. Algunos, que habían tenido mucha confianza, se sintieron tan profundamente heridos en su orgullo que les parecía que lo mejor era huir del mundo. Como Jonás se quejaron de Dios, y querían morir y no seguir viviendo. Los que habían basado su fe en las opiniones de los demás y no en la Palabra del Señor, estaban igualmente dispuestos ahora a cambiar de opinión. Los burladores lograron que los débiles y cobardes se unieran a sus filas, y todos se juntaron para afirmar que ya no había motivos para temer ni esperar nada. El momento había pasado, el Señor no había venido, y el mundo seguiría como siempre por miles de años más.

Los creyentes fervorosos y sinceros habían abandonado todo por Cristo, y habían compartido su presencia como nunca antes. Como creían que habían dado el último mensaje de amonestación al mundo y esperaban que pronto serían recibidos para gozar de la compañía de su divino Maestro y los ángeles del cielo, se habían apartado en gran medida de la multitud incrédula. Con intenso anhelo habían orado: "¡Ven, Señor Jesús, ven pronto!" Pero él no
[391] había venido. Y ahora tener que aceptar la pesada carga nuevamente de los cuidados y perplejidades de la vida, y soportar las burlas de un mundo escarnecedor, era sin duda una prueba terrible de fe y paciencia.

Sin embargo, esta desilusión no era tan grande como la que experimentaron los discípulos en ocasión del primer advenimiento de Cristo. Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén sus seguidores creyeron que estaba a punto de ascender al trono de David y librar a Israel de sus opresores. Llenos de esperanza y gozo anticipado competían unos con otros en rendir honores a su Rey. Muchos, a su paso, tendían sus mantos como una alfombra, o extendían ante él frondosas ramas de palmera. En su entusiasmo y su alegría se unían en esta festiva aclamación: "¡Hosanna al Hijo de David!"

Cuando los fariseos, perturbados y airados por esa manifestación de júbilo, querían que Jesús reprendiera a sus discípulos, él respondió: "Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían". Lucas 19:40. La profecía debía cumplirse. Los discípulos estaban llevando a cabo el propósito de Dios; pero estaban condenados a experimentar un amargo desengaño. Sólo pasaron unos pocos días y ya tuvieron que presenciar la dolorosa muerte de su Salvador y llevarlo hasta la tumba. Sus expectativas no se habían cumplido en absoluto, y sus esperanzas murieron con Jesús. Sólo cuando el Señor salió triunfante de la tumba pudieron darse cuenta de que todo había sido predicho por la profecía, y "que era necesario que Cristo padeciese, y resucitase de los muertos". Hechos 17:3. De igual manera se cumplió la profecía en los mensajes del primer ángel y del segundo. Fueron dados en el momento preciso, y cumplieron la obra que Dios les había asignado. [392]

El mundo había estado observando con la esperanza de que si el momento pasaba y Cristo no venía toda la estructura del adventismo se desmoronaría. Pero si bien es cierto muchos abandonaron su fe bajo la fuerte presión de la tentación, hubo algunos que permanecieron firmes. No podían descubrir ningún error en su cálculo de los períodos proféticos. Sus opositores más capaces no habían logrado que depusieran su actitud. A decir verdad, había habido una falla en relación con el acontecimiento esperado, pero ni siquiera eso podía sacudir su fe en la Palabra de Dios.

El Señor no abandonó a su pueblo; su Espíritu siguió acompañando a los que no negaron temerariamente la luz que habían recibido, ni atacaron al movimiento adventista. El apóstol Pablo, al dirigir su mirada a través de las edades, escribió palabras de ánimo y advertencia para los fieles y expectantes probados en esa hora

de crisis: "No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma". Hebreos 10:35-39.

Su única conducta segura consistía en conservar la luz que ya habían recibido de Dios, aferrarse firmemente a sus promesas, y seguir escudriñando las Escrituras, y esperar y velar pacientemente
[393] para recibir más luz.

Capítulo 53—El santuario celestial

El pasaje que sobre todos los demás había sido el fundamento y la columna de la fe adventista, es esta declaración: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Daniel 8:14. Esas habían sido palabras familiares para todos los creyentes en la pronta venida del Señor. Miles de labios repitieron gozosamente esta profecía como si fuera el santo y seña de su fe. Todos creían que de los acontecimientos predichos por ella dependían sus más brillantes expectativas y sus esperanzas más acariciadas. Se demostró ya que esos días proféticos terminaron en el otoño de 1844. En concordancia con el resto del mundo cristiano, los adventistas sostenían entonces que la tierra—o a lo menos una porción de ella—era el santuario, y que la purificación del santuario era la de la tierra por medio de los fuegos del gran día final. Creían que eso ocurriría en ocasión de la segunda venida de Cristo. De allí la conclusión de que Jesús volvería a la tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado llegó, y el Señor no apareció. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar equivocada; pero, ¿cuál era el error? Muchos cortaron temerariamente el nudo de la dificultad negando que los 2.300 días terminaran en 1844. Ninguna razón se podía dar para asumir esa actitud, excepto que Cristo no había venido en el momen- [394]
to cuando se lo esperaba. Argumentaron que si los días proféticos hubieran terminado en 1844, Cristo habría venido para limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra con fuego; y puesto que no había venido, los días no podía haber terminado.

Aunque la mayor parte de los adventistas abandonó sus antiguos cálculos de los períodos proféticos y por lo tanto negó la validez del movimiento que se basaba en ellos, unos pocos no estuvieron dispuestos a renunciar a puntos de fe y a una experiencia que tenían el apoyo de las Escrituras y del testimonio especial del Espíritu de Dios. Creían que habían adoptado sanos principios de interpretación en su estudio de las Escrituras, y que era su deber aferrarse

firmemente a las verdades que ya habían obtenido, y continuar en el mismo plan de investigación bíblica. Con ferviente oración revisaron sus convicciones, y estudiaron las Escrituras para descubrir su error. Como no encontraron error alguno en su explicación de los períodos proféticos, se decidieron a examinar más cuidadosamente el tema del santuario.

El santuario terrenal y el celestial

Al investigar descubrieron que el santuario terrenal construído por Moisés por orden de Dios de acuerdo con el modelo que se le mostró en el Monte, era "símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios"; que sus dos lugares santos eran "figuras de las cosas celestiales"; que Cristo, nuestro gran sumo sacerdote, es "ministro del santuario y de aquel verdadero
[395] tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre"; y que "no entró Cristo en el Santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios". Hebreos 9:9, 23; 8:2; 9:24.

El santuario que está en el cielo, en el cual oficia Jesús en nuestro favor, es el gran original, del cual el santuario construído por Moisés era una copia. Así como el santuario terrenal tenía dos compartimentos, el lugar santo y el lugar santísimo, también hay dos lugares santos en el santuario celestial. Y el arca que contenía la ley de Dios, el altar del incienso y otros instrumentos de servicio que encontramos en el santuario terrenal, tenían su contraparte en el santuario celestial. En santa visión se le permitió al apóstol Juan entrar en los cielos, y allí vio el candelabro y el altar del incienso, "y el templo de Dios fue abierto", y él vio "el arca de su pacto". Apocalipsis 4:5; 8:3; 11:19.

Los que estaban buscando la verdad encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un santuario en el cielo. Moisés hizo el santuario terrenal de acuerdo con el modelo que se le mostró. Pablo declaró que ese modelo es el verdadero santuario que está en el cielo. Hebreos 8:2, 5. Juan da testimonio de que lo vio en el cielo.

Cuando terminaron los 2.300 días en 1844, por muchos siglos no había habido santuario en la tierra; por lo tanto, el santuario de los cielos es el que debe de haber sido mencionado en la declaración:

"Hasta 2.300 tardes y mañanas; luego el santuario será purificado". Pero, ¿cómo podía necesitar purificación el santuario celestial? Al volver a las Escrituras, los estudiosos de la profecía descubrieron que esa purificación no se refería a impurezas materiales, puesto que se lo debía hacer con sangre, y por consiguiente debía de ser una purificación del pecado. Así dice el apóstol: "Fue, pues, necesario [396]
que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así [con sangre de animales]; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos [la misma preciosa sangre de Cristo]". Hebreos 9:23.

Para saber más acerca de la purificación señalada por la profecía, era necesario comprender el ministerio que se lleva a cabo en el santuario celestial. Esto se podía lograr sólo estudiando el ministerio que se realizaba en el santuario terrenal, pues Pablo declara que los sacerdotes que oficiaban allí servían "a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales". Hebreos 8:5.

La purificación del santuario

Así como los pecados del pueblo eran transferidos antiguamente, en forma figurada, al santuario terrenal, por medio de la sangre de la ofrenda por el pecado, así nuestros pecados son, de hecho, transferidos al santuario celestial por medio de la sangre de Cristo. Y así como la purificación típica del santuario terrenal se llevaba a cabo mediante la remoción de los pecados que lo habían contaminado, así la limpieza real del santuario celestial se cumplirá mediante la remoción de los pecados que están registrados allí. Esto requiere un examen de los libros de registro para determinar quiénes, por medio del arrepentimiento del pecado y la fe en Cristo, están en condiciones de recibir los beneficios de su expiación. La purificación del santuario por lo tanto implica un juicio investigador. Esa obra debe realizarse antes de la venida de Cristo para redimir a su pueblo, porque cuando él venga traerá su galardón con él "para recompensar a cada uno según sea su obra". Apocalipsis 22:12. [397]

Así los que siguieron la luz de la palabra profética vieron que en vez de venir a la tierra al término de los 2.300 días en 1844, Cristo había entrado en el lugar santísimo del santuario celestial, a la pre-

sencia de Dios, para realizar la obra final de expiación, preparatoria
[398] para su venida.

Capítulo 54—El mensaje del tercer ángel

Cuando Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial para realizar la obra final de la expiación, encomendó a sus siervos el último mensaje de misericordia que habría de darse al mundo. Esa es la advertencia del tercer ángel de Apocalipsis 14. Inmediatamente después de esa proclamación el profeta ve al Hijo del hombre que viene en gloria para segar la mies de la tierra.

Tal como fue predicho en las Escrituras, el ministerio de Cristo en el lugar santísimo comenzó al final de los días proféticos en 1844. A ese momento se aplican las palabras del revelador: "El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo". Apocalipsis 11:19. El arca del testamento de Dios está en el segundo compartimento del santuario. Cuando Cristo entró allí, para oficiar en favor de los pecadores, el templo interior fue abierto, y el arca de Dios quedó a la vista. La majestad y el poder de Dios fueron revelados a quienes por la fe contemplaban al Salvador mientras llevaba a cabo su obra de intercesión. Cuando la estela de su gloria llenaba el templo, una luz procedente del lugar santísimo se esparció sobre su pueblo que aguardaba en la tierra.

Habían seguido por fe a su Sumo Sacerdote desde el lugar santo hasta el lugar santísimo, y lo vieron invocando su sangre para suplicar ante el arca de Dios. Dentro de esa arca sagrada está la [399] ley, que fue promulgada por el Señor mismo entre los truenos del Sinaí, y fue escrita con su propio dedo en tablas de piedra. Ni un solo mandamiento ha sido anulado; ni una jota ni un tilde han sido cambiados. Cuando el Altísimo dio a Moisés la copia de su ley, conservó el gran original en el santuario de arriba. Al examinar sus santos preceptos, los buscadores de la verdad encontraron en el mismo seno del Decálogo el cuarto mandamiento, tal como fue proclamado en un principio: "Acuérdate del día de reposo [sábado] para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo [sábado] para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu

bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó". Éxodo 20:8-11.

El Espíritu de Dios impresionó los corazones de esos estudiosos de su Palabra. Se convencieron de que habían transgredido por ignorancia el cuarto mandamiento al no tomar en cuenta el día de descanso del Creador. Comenzaron a examinar las razones por las cuales observaban el primer día de la semana en vez del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar evidencias en las Escrituras de que el cuarto mandamiento hubiera sido abolido, o de que el sábado hubiese sido cambiado; la bendición que había santificado en un principio al séptimo día nunca había sido eliminada. Habían estado tratando honestamente de conocer la voluntad de Dios y ahora, al comprender que eran transgresores de su ley, el pesar
[400] llenó su corazones. Inmediatamente pusieron en evidencia su lealtad a Dios guardando su santo sábado.

Muchos y tenaces fueron los esfuerzos que se hicieron para derribar su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era una exacta transcripción de la ley que se encontraba en el arca en los cielos, y que la aceptación de la verdad concerniente al santuario celestial implicaba un reconocimiento de los requisitos de la ley de Dios, y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento.

Los que habían aceptado la luz relativa a la mediación de Cristo y la perpetuidad de la ley de Dios, descubrieron que ésas eran las verdades presentadas en el tercer mensaje. El ángel declara: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Apocalipsis 14:12. Esta declaración está precedida por una solemne y temible advertencia: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira". Apocalipsis 14:9, 10. Se necesitaba una interpretación de los símbolos empleados aquí para poder comprender el mensaje. ¿Qué representan la bestia, la imagen y la marca? Nuevamente los que estaban buscando la verdad volvieron al estudio de las profecías.

La bestia y su imagen

Mediante esa primera bestia se representa a la Iglesia Romana, una organización eclesiástica investida de poder civil, con autoridad para castigar a los disidentes. La imagen de la bestia representa otra [401] organización religiosa investida de poderes similares. La formación de esa imagen es obra de la bestia cuyo pacífico surgimiento y disposición aparentemente bondadosa hacen de ella un notable símbolo de los Estados Unidos. Aquí se puede encontrar una imagen del papado. Cuando las iglesias de nuestro país, al unirse en puntos de fe que les son comunes, influyan sobre el estado para que imponga sus decretos y apoye sus instituciones, entonces los Estados Unidos, país protestante, habrán formado una imagen de la jerarquía romana. Entonces la verdadera iglesia será objeto de persecución, como lo fue el antiguo pueblo de Dios.

La bestia con los cuernos de cordero ordena que "a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre". Apocalipsis 13:16, 17. Esta es la marca acerca de la cual el tercer ángel pronuncia su advertencia. Es la marca de la primera bestia, o sea el papado, y por lo tanto hay que buscarla entre las características distintivas de ese poder. El profeta Daniel declaró que la Iglesia Romana, simbolizada por el cuerno pequeño, pensaría en cambiar los tiempos y la ley (Daniel 7:25), mientras Pablo la presenta por medio del hombre de pecado (2 Tesalonicenses 2:3, 4), que habría de exaltarse por encima del Señor. Sólo al cambiar la ley de Dios podía el papado exaltarse por encima del Altísimo; todo el que a sabiendas se sometiera a la ley cambiada, estaría rindiendo supremo honor al poder que llevó a cabo el cambio.

El cuarto mandamiento, que Roma ha tratado de poner a un lado, es el único precepto del Decálogo que señala a Dios como Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto distingue al verdadero Dios [402] de los dioses falsos. El sábado fue instituido para conmemorar la obra de la Creación, y dirigir las mentes de los hombres al Dios vivo y verdadero. Su poder creador se menciona a lo largo de las Escrituras como prueba de que el Dios de Israel es superior a las

deidades paganas. Si siempre se hubiera guardado el sábado, los pensamientos y los afectos del hombre se hubieran dirigido a su Hacedor como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría existido ni un idólatra, ni un ateo ni un infiel.

Esta institución, que señala a Dios como el Creador, es una señal de su legítima autoridad sobre los seres que creó. El traslado del día de reposo del sábado al domingo es la señal o la marca de la autoridad de la Iglesia Romana. Los que, cuando comprenden los requerimientos del cuarto mandamiento deciden observar el falso día de reposo en lugar del verdadero, están de esa manera rindiendo homenaje al único poder que lo autoriza.

Un solemne mensaje

La más temible amenaza jamás dirigida a los mortales está contenida en el mensaje del tercer ángel. Debe ser un pecado terrible el que acarrea la ira de Dios sin mezcla de misericordia. No se debe dejar en tinieblas a los hombres con respecto a este importante asunto; la amonestación contra tal pecado debe darse al mundo antes de la caída de los juicios de Dios, para que todos sepan por qué se los inflige y tengan la oportunidad de escapar de ellos.

En el transcurso de esa gran controversia se desarrollan dos clases de personas distintas y opuestas. Una "adora a la bestia y a su
[403] imagen, y recibe la marca", y por lo tanto acarrea sobre sí misma los terribles juicios anunciados por el tercer ángel. La otra, en marcado contraste con el mundo, guarda "los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Apocalipsis 14:9, 12.

Esas fueron las trascendentales verdades que se abrieron ante los ojos de los que recibieron el mensaje del tercer ángel. Al recapitular su experiencia desde la primera proclamación del segundo advenimiento hasta que pasó el momento esperado en 1844, descubrieron la explicación de su desilusión, y la esperanza y el gozo animaron nuevamente sus corazones. La luz del santuario iluminó el pasado, el presente y el futuro, y comprendieron que Dios los había conducido mediante su infalible providencia. Entonces, con nuevo ánimo y con fe más firme, se unieron para proclamar el mensaje del tercer ángel. Desde 1844, en cumplimiento de la profecía contenida en ese mensaje, la atención del mundo ha sido atraída al verdadero día de

reposo, y un número creciente está volviendo a la observancia del día santo de Dios. [404]

Capítulo 55—Una firme plataforma

Vi un grupo que se mantenía en pie, en guardia y en posición firme, sin apoyar a los que querían perturbar la definida fe del cuerpo de Cristo. Dios los consideró con aprobación. Se me mostraron tres peldaños: los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero. Mi ángel acompañante dijo: "¡Ay de aquel que mueva una porción o sacuda un alfiler de estos mensajes! La correcta comprensión de ellos es de vital importancia. El destino de las almas depende de cómo sean recibidos".

Nuevamente se me llamó la atención a los mensajes, y vi cuánto le había costado al pueblo de Dios obtener esta experiencia. La logró por medio de mucho sufrimiento y duro conflicto. Dios los condujo paso a paso, hasta que los puso sobre una plataforma firme e inconmovible. Vi que algunos se acercaban a la plataforma para examinar su fundamento. Algunos, con regocijo, subieron inmediatamente. Otros comenzaron a encontrarle fallas. Querían que se le introdujeran mejoras para perfeccionar la plataforma y lograr que la gente fuera mucho más feliz.

Algunos se bajaban para examinarla, y afirmaban que estaba mal ubicada. Pero vi que casi todos permanecían firmemente sobre ella y exhortaban a los que habían descendido para que dejaran de quejarse
[405] porque Dios era el gran Arquitecto y estaban luchando contra él. Recordaban la obra maravillosa de Dios, que los había conducido a esa firme plataforma, y al unísono alzaban los ojos al cielo y con voz sonora glorificaban al Señor. Esto afectó a algunos de los que se habían quejado y habían descendido y éstos, con aspecto humilde, volvieron a subir.

La experiencia de los judíos se repite

Se me señaló la proclamación del primer advenimiento de Cristo. Juan fue enviado con el Espíritu y el poder de Elías para que preparara el camino de Jesús. Los que rechazaron el testimonio de Juan

no fueron beneficiados por las enseñanzas del Señor. Su oposición al mensaje que anunciaba su venida los ubicó donde no podían recibir fácilmente las evidencias más concluyentes de que él era el Mesías. Satanás indujo a los que rechazaron el mensaje de Juan a que avanzaran aún más, es a saber, que rechazasen y crucificasen a Cristo. Al hacerlo, se situaron donde no pudieron recibir la bendición de Pentecostés, que les habría enseñado el camino al santuario celestial.

El rasgamiento del velo del templo demostró que los sacrificios y los ritos judaicos ya no serían aceptados. El gran Sacrificio ya había sido ofrecido y aceptado, y el Espíritu Santo que descendió en el día de Pentecostés apartó la atención de los discípulos del santuario terrenal para dirigirla al celestial, donde Jesús entró por medio de su propia sangre, para derramar sobre sus discípulos los beneficios de su expiación. Pero los judíos fueron abandonados en medio de las tinieblas más completas. Perdieron toda la luz que podrían haber tenido acerca del plan de salvación, y siguieron confiando [406] en sus inútiles sacrificios y ofrendas. El santuario celestial había reemplazado al terrenal, pero ellos no se dieron cuenta del cambio. Por lo tanto no podían beneficiarse con la mediación de Cristo en el lugar santo.

Muchos consideran con horror la conducta seguida por los judíos al rechazar a Cristo y crucificarlo; y cuando leen la historia del trato vergonzoso que recibió, creen que lo aman, y que no lo habrían negado como Pedro, ni lo habrían crucificado como los judíos. Pero Dios, que lee los corazones de todos, probó el amor a Jesús que ellos profesaban tener.

Todo el cielo observó con el más profundo interés la recepción que se dio al mensaje del primer ángel. Pero muchos de los que profesaban amar al Señor, y que derramaban lágrimas al leer la historia de la cruz, se burlaron de las buenas nuevas de su venida. En vez de recibir el mensaje con alegría, afirmaron que era un engaño. Aborrecieron a los que amaban su aparición y los expulsaron de las iglesias. Los que rechazaron el primer mensaje no se pudieron beneficiar con el segundo; tampoco pudieron beneficiarse con el clamor de medianoche, que había de prepararlos para entrar con Jesús por la fe en el lugar santísimo del santuario celestial. Y al rechazar los dos mensajes anteriores entenebrecieron de tal manera

su entendimiento que no pudieron ver luz alguna en el mensaje del
[407] tercer ángel, que muestra el camino que lleva al lugar santísimo.

Capítulo 56—Los engaños de Satanás

Satanás comenzó con sus engaños en el Edén. Dijo a Eva: "No moriréis". Esa fue su primera lección acerca de la inmortalidad del alma, y ha continuado difundiendo ese engaño desde entonces hasta hoy, y seguirá haciéndolo hasta que termine el cautiverio de los hijos de Dios. Se me señaló a Adán y Eva en el Edén. Comieron del árbol prohibido, y entonces la espada de fuego fue puesta en torno del árbol de la vida, y fueron expulsados del huerto para que no comieran de ese árbol y llegaran a ser pecadores inmortales. Ese fruto debía perpetuar la inmortalidad. Oí que un ángel preguntaba: "¿Qué miembro de la familia de Adán ha pasado a través de la espada de fuego y ha comido del árbol de la vida?" Oí que otro ángel contestaba: "Ni uno solo de los miembros de la familia de Adán ha pasado a través de esa espada de fuego ni ha comido del fruto de aquel árbol; por lo tanto no hay un solo pecador inmortal". El alma que pecare, morirá de muerte eterna, una muerte en la cual no hay esperanza de resurrección; y entonces la ira de Dios se apaciguará.

Me asombraba que Satanás pudiera tener tanto éxito e hiciese creer a los hombres que las palabras de Dios que dicen: "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel 18:4), significan que el alma que pecare no morirá, sino que vivirá eternamente sometida a tormentos. [408]
Dijo el ángel: "La vida es vida, ya sea que se la viva en medio del dolor o de la felicidad. En la muerte no hay dolor, ni gozo ni odio".

Satanás ordenó a sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para difundir la mentira que fue dicha por primera vez a Eva en el Edén: "No moriréis". Y como la gente aceptó ese error, y fue inducida a creer que el hombre es inmortal, Satanás le hizo creer además que el pecador habría de vivir sometido a tormentos eternos. Entonces quedó preparado el camino para que el enemigo obrara por medio de sus representantes y presentase a Dios ante la gente como un tirano vengativo, que sumerge en el infierno a todos los que no le agradan, y les hace sentir eternamente su ira; y que mientras sufren indecible angustia y se retuercen en medio de las llamas

eternas, los mira con satisfacción. Satanás sabía que si se aceptaba ese error, muchos odiarían a Dios en vez de amarlo y adorarlo, y que muchos serían inducidos a creer que las amonestaciones de la Palabra de Dios no se cumplirían literalmente, porque sería contrario a su carácter bondadoso y amante arrojar al tormento eterno a los seres que creó.

Otra idea extremista que Satanás ha logrado que la gente adopte es la de pasar por alto totalmente la justicia de Dios y las advertencias de su Palabra, para presentarlo lleno de misericordia, de manera que finalmente nadie perezca, sino que todos, santos y pecadores, se salven en su reino.

Como consecuencia de los errores populares acerca de la inmortalidad del alma y el infierno eterno, Satanás se aprovecha de otra clase de gente y la induce a creer que la Biblia no es un libro inspirado. Creen que enseña muchas cosas buenas; pero no pueden
[409] confiar en ella ni amarla, porque se les ha enseñado que presenta la doctrina del tormento eterno.

A otra clase de gente Satanás la lleva aún más lejos: a negar la existencia de Dios. Les parece que no hay compatibilidad entre el carácter del Dios de la Biblia y el hecho de que inflija horribles torturas por toda la eternidad a una porción de la familia humana. Por lo tanto rechazan la Biblia y a su Autor, y consideran que la muerte es un sueño eterno.

Hay todavía otra clase de seres humanos temerosa y tímida. Satanás los induce a cometer pecados, y después insiste en que la paga del pecado no es muerte, sino vida en medio de horribles tormentos que tendrán que soportar por los siglos sin fin de la eternidad. Al magnificar así ante sus débiles inteligencias los horrores de un infierno inacabable, se posesiona de sus mentes y entonces pierden la razón. A continuación el enemigo y sus ángeles se regocijan, y el incrédulo y el ateo se unen para cubrir de oprobio al cristianismo. Sostienen que esos males son resultados lógicos de creer en la Biblia y en su Autor, cuando son la consecuencia de aceptar errores populares.

Las escrituras son una salvaguardia

Vi que la hueste celestial se indignó frente a esta actitud tan descarada de Satanás. Pregunté por qué se permitía que todos esos engaños causaran sus efectos en la mente humana cuando los ángeles de Dios eran poderosos y, si se les ordenaba, podían fácilmente quebrantar el poder del enemigo. Entonces vi que Dios sabía que Satanás iba a poner en práctica todas sus tretas para destruir al hombre. Por eso permitió que se escribiera su Palabra, para presentar [410]
sus propósitos acerca de la raza humana con tanta claridad que ni los más débiles necesitaran errar. Después de dar su Palabra a los hombres, la preservó cuidadosamente de la destrucción por parte de Satanás y sus ángeles, o por parte de cualquiera de sus agentes o representantes. Mientras otros libros podían ser destruidos, éste debía ser inmortal. Y cerca del fin del tiempo, cuando los engaños del enemigo aumentaran, se iba a multiplicar de tal manera que todos los que lo quisieran podrían obtener un ejemplar, y si estaban dispuestos podían armarse contra los engaños y los prodigios mentirosos de Lucifer.

Vi que Dios había protegido la Biblia en forma especial; sin embargo, cuando sólo había pocos ejemplares, algunos eruditos en ciertos casos modificaron las palabras con la idea de aclarar su sentido, pero en realidad estaban confundiendo lo que era claro al torcer su significado para que concordara con sus opiniones establecidas, condicionadas a su vez por la tradición. Pero vi que la Palabra de Dios, en conjunto, es una cadena perfecta, y que una porción se ensambla con la otra y la explica. Los verdaderos buscadores de la verdad no necesitan errar; porque la Palabra de Dios no es sólo clara y sencilla al presentar el camino de la vida, sino que se da el Espíritu Santo como guía para comprender el camino de la vida que ella revela.

Vi que los ángeles de Dios nunca deben dominar la voluntad. Dios pone delante del hombre la vida y la muerte. El puede elegir. Muchos desean la vida, pero siguen avanzando por el camino ancho. Deciden rebelarse contra el gobierno de Dios, a pesar de su gran misericordia y la compasión que manifestó al dar a su Hijo para que muriera por ellos. Los que no aceptan la salvación adquirida a un precio tan exorbitante serán castigados. Pero vi que Dios no [411]

los confinará en el infierno para que sufran eternamente, ni tampoco los llevará al cielo; porque si los pusiera en contacto con los puros y santos serían sumamente desgraciados. En cambio, los destruirá por completo y serán como si nunca hubieran existido; entonces su justicia quedará satisfecha. Hizo al hombre del polvo de la tierra, y los desobedientes e impíos serán consumidos por fuego y volverán a ser polvo. Vi que la bondad y la compasión de Dios con respecto a este asunto debieran inducir a todos a admirar su carácter y a adorar su santo nombre. Cuando los impíos hayan sido raídos de la tierra, toda la hueste celestial dirá: "¡Amén!"

Satanás observa con gran satisfacción a los que profesan el nombre de Cristo y sin embargo se aferran tenazmente a los engaños que él mismo ha originado. Sigue siendo su tarea elucubrar nuevos engaños, y su poder y su arte en este sentido aumentan continuamente. Indujo a sus representantes, los papas y sacerdotes, a exaltarse a sí mismos y a incitar al pueblo a perseguir acerbamente y destruir a los que no querían aceptar sus errores. ¡Oh! ¡Cuántos sufrimientos y agonías tuvieron que soportar los preciosos seguidores de Cristo! Los ángeles han llevado un registro exacto de todo esto. Con regocijo Satanás y sus demonios dijeron a los ángeles que servían a los santos que sufrían que todos ellos iban a ser muertos para que no quedara un solo cristiano verdadero en la tierra. Vi que entonces la iglesia de Dios era pura. No había peligro de que entraran en ella hombres de corazón corrupto, porque el verdadero cristiano, que se atrevía a declarar su fe, corría peligro de ser llevado al potro, a la hoguera y a la tortura que Satanás y sus malos ángeles podían
[412] inventar o inspirar a la mente humana.

Capítulo 57—El espiritismo

La doctrina de la inmortalidad del alma ha preparado el camino para el espiritismo moderno. Si se admite a los muertos ante la presencia de Dios y de los santos ángeles, y se les da el privilegio de disponer de un conocimiento muy superior al que antes poseían, ¿por qué no podrían regresar a la tierra para iluminar e instruir a los vivientes? ¿Cómo pueden rechazar los que creen que los muertos son conscientes lo que les llega como luz divina transmitida por medio de espíritus glorificados? Este es una canal que se considera sagrado, por cuyo medio Satanás obra para cumplir sus propósitos. Los ángeles caídos que ejecutan sus órdenes aparecen como mensajeros del mundo de los espíritus. Mientras pretende poner a los vivos en comunicación con los muertos, el enemigo ejerce sobre sus mentes su mágica influencia.

Tiene poder incluso para hacer surgir delante de los hombres la apariencia de sus amigos fallecidos. La falsificación es perfecta: la expresión familiar, las palabras, el tono de la voz, son reproducidos con maravillosa nitidez. Muchos se consuelan con la seguridad de que sus amados están disfrutando de las venturas celestiales, y sin sospechar del peligro prestan oídos a espíritus seductores y a doctrinas de demonios.

Cuando se los convence de que los muertos en realidad regresan para comunicarse con ellos, Satanás hace aparecer a los que [413]
descendieron a la tumba sin estar preparados. Dicen que están felices en el cielo, e incluso que ocupan puestos elevados allí; y así se enseña por todas partes el error de que no hay diferencia entre los justos y los impíos. Los pretendidos visitantes del mundo de los espíritus algunas veces formulan advertencias o amonestaciones que resultan correctas. Entonces, cuando han logrado infundir confianza, presentan doctrinas que minan directamente la fe en las Escrituras. Al aparentar profundo interés en el bienestar de sus amigos de la tierra, insinúan los más peligrosos errores. El hecho de que dicen algunas verdades, y a veces son capaces de predecir eventos futuros,

da a sus declaraciones una apariencia de veracidad; y las multitudes aceptan tan rápidamente esas falsas enseñanzas, como si fueran las más sagradas verdades de la Biblia. Se pone a un lado la ley de Dios, se desprecia el Espíritu de gracia y se desconoce la santidad de la sangre del pacto. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo e incluso ponen al Creador a su misma altura. De este modo, bajo un nuevo disfraz, el gran rebelde prosigue su lucha contra Dios, que comenzó en el cielo, y que por casi seis mil años ha continuado en la tierra.

Muchos tratan de explicar las manifestaciones espiritistas atribuyéndolas enteramente a fraudes y prestidigitación por parte del médium. Aunque es cierto que numerosas veces se han presentado trucos como si fueran manifestaciones genuinas, tambien ha habido señaladas demostraciones de poder sobrenatural. Los ruidos misteriosos con los cuales comenzó el espiritismo moderno no fueron el resultado de trucos o habilidades humanos, sino obra directa de ángeles malignos, que de ese modo introdujeron uno de los engaños
[414] más eficaces para la destrucción de las almas. Muchos serán entrampados gracias a su opinión de que el espiritismo es sólo impostura humana; cuando se enfrenten con manifestaciones evidentemente sobrenaturales serán engañados e inducidos a aceptarlas como el gran poder de Dios.

Esas personas pasan por alto el testimonio de las Escrituras con respecto a las maravillas realizadas por Satanás y sus instrumentos. Con la ayuda del enemigo los magos de Egipto pudieron falsificar la obra de Dios. El apóstol Juan, al describir el poder milagroso que se manifestará en los últimos días, dice: "También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer". Apocalipsis 13:13, 14. No se trata aquí de meras imposturas. Se engaña a los hombres mediante los milagros que los intrumentos de Satanás pueden realizar, y no por los que pretenden hacer.

Una forma moderna de hechicería

La sola palabra hechicería ahora provoca desprecio. La pretensión de que los hombres puedan comunicarse con los espíritus se

considera una fábula de la Edad Media. Pero el espiritismo, ese engaño colosal cuyos conversos se cuentan por centenares de miles, e incluso de millones, que ha incursionado en los círculos científicos, que ha invadido las iglesias, que ha sido recibido en los cuerpos legislativos e incluso en las cortes de los reyes, es sólo un reavivamiento, con un nuevo disfraz, de la hechicería condenada y prohibida en la antigüedad.

Satanás seduce a los hombres hoy, como lo hizo con Eva en el Edén, mediante el deseo de obtener conocimiento prohibido. "Seréis [415]
como Dios -dijo-, sabiendo el bien y el mal". Génesis 3:5. Pero la sabiduría que imparte el espiritismo es la que describe el apóstol Santiago, "que [no] desciende de lo alto... terrenal, animal, diabólica". Santiago 3:15.

El príncipe de las tinieblas tiene una mente maestra, y adapta con habilidad sus tentaciones a los hombres de acuerdo con sus diversas condiciones y su nivel cultural. Obra "con todo engaño de iniquidad" (2 Tesalonicenses 2:10) para dominar a los hijos de los hombres, pero sólo puede conseguir sus fines si ellos se entregan voluntariamente a sus tentaciones. Los que se someten a su poder mediante la complacencia de sus malos rasgos de carácter, no se dan cuenta adónde los va a llevar su conducta. El tentador logra su ruina, y entonces los utiliza para arruinar a otros.

Nadie necesita ser engañado

Pero nadie necesita ser engañado por las pretensiones mentirosas del espiritismo. Dios ha dado al mundo luz suficiente para que pueda descubrir su trampa. Si no hubiera otra evidencia, bastaría para el creyente el hecho de que los espíritus no hacen diferencia entre la justicia y el pecado, entre los más nobles y puros apóstoles de Cristo y los más corruptos siervos de Satanás. Al presentar a los hombres más viles como si estuvieran en el cielo sumamente encumbrados allí, Satanás virtualmente le dice al mundo: "No importa cuán impío eres; no importa si crees o no en Dios y en la Biblia. Vive como quieras: el cielo es tu hogar".

Aún más, los apóstoles, tales como los representan esos espíritus mentirosos, contradicen lo que escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo cuando estaban en la tierra. Niegan el origen divino [416]

de la Biblia, y con ello destruyen el fundamento de la esperanza cristiana y apagan la luz que señala el camino al cielo.

Satanás está haciendo creer al mundo que la Biblia es pura ficción, o en el mejor de los casos un libro apropiado para la infancia de la especie, pero al que ahora no hay que darle tanta importancia o hay que ponerlo a un lado porque está pasado de moda. Y en lugar de la Palabra de Dios ofrece manifestaciones espiritistas. Ese es un instrumento que está totalmente bajo su dominio; por ese medio logra que el mundo crea lo que él quiere. Pone en las sombras, donde quiere que esté, el Libro que lo va a juzgar junto con sus seguidores; y del Salvador del mundo hace un hombre común. Y así como la guardia romana que vigilaba la tumba de Jesús difundió las noticias falsas que los sacerdotes y ancianos le pusieron en los labios para negar la resurrección, los creyentes en las manifestaciones espiritistas tratan de hacernos creer que no hay nada milagroso en las circunstancias de la vida de nuestro Salvador. Después de tratar de poner a la sombra a Jesús, llaman la atención hacia sus propios milagros, y afirman que éstos exceden en mucho a los de Cristo.

El profeta Isaías dice: "Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido". Isaías 8:19, 20. Si los hombres hubieran estado dispuestos a recibir la verdad tan claramente expuesta en las Escrituras, de que los muertos nada saben, verían en las pretensiones y manifestaciones del espiritismo la obra de Satanás,
[417] que obra con poder y señales y prodigios mentirosos. Pero, antes de renunciar a esa libertad tan agradable para el corazón carnal, como asimismo a los pecados que aman, las multitudes cierran los ojos a la luz, y siguen su camino, sin importarles las advertencias, mientras Satanás tiende sus redes alrededor de ellas y las apresa. "Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira". 2 Tesalonicenses 2:10, 11.

Los que se oponen a las enseñanzas del espiritismo están atacando no sólo a los hombres, sino a Satanás y a sus ángeles. Han entrado en lucha contra principados, potestades y huestes de maldad en las regiones celestes. Satanás no cederá un centímetro de terreno

a menos que tenga que retroceder gracias al poder de los mensajeros celestiales. El pueblo de Dios debería estar en condiciones de enfrentarlo, como nuestro Salvador, con las palabras: "Escrito está". Satanás puede citar ahora las Escrituras como en los días de Cristo, y pervertirá sus enseñanzas para apoyar sus engaños. Pero las claras afirmaciones de la Biblia serán armas poderosas en todo conflicto.

Los que quieran estar en condiciones de resistir en los momentos de peligro, necesitan comprender el testimonio de las Escrituras con respecto a la naturaleza del hombre y al estado de los muertos, porque en un futuro cercano muchos tendrán que enfrentar a espíritus de demonios mientras representan a parientes o amigos amados, y declaran las más peligrosas herejías. Esos visitantes apelarán a nuestras más tiernas simpatías y obrarán milagros para sostener sus pretensiones. Debemos estar preparados para hacerles frente con la verdad bíblica de que los muertos nada saben, y de que los que aparecen son espíritus de demonios. [418]

Satanás se ha estado preparando hace mucho tiempo para la ofensiva final que va a lanzar con el fin de engañar al mundo. Puso el fundamento de su obra cuando le djo a Eva en el Edén: "No moriréis... el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal". Génesis 3:4, 5. Poco a poco ha preparado el camino para su obra maestra de engaño: el desarrollo del espiritismo. Aún no ha logrado el pleno cumplimiento de sus designios; pero lo conseguirá en los últimos tiempos, y el mundo será incorporado en las filas de este engaño. Rápidamente se están adormeciendo como consecuencia de una fatal seguridad, para despertar solamente cuando se derrame la ira de Dios. [419]

Capítulo 58—El fuerte clamor

VI ANGELES que apresuradamente iban y venían de uno a otro lado del cielo, descendían a la tierra y volvían a subir al cielo, como si se prepararan para el cumplimiento de algún notable acontecimiento. Después vi a otro ángel poderoso, al que se ordenó que descendiera a la tierra y uniese su voz con la del tercer ángel para dar fuerza y vigor a su mensaje. Ese ángel recibió gran poder y gloria, y al descender iluminó toda la tierra con su resplandor. La luz que lo acompañaba penetraba por doquier mientras clamaba con fuerte voz: "Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible". Apocalipsis 18:2.

Aquí se repite el mensaje de la caída de Babilonia, tal como lo dio el segundo ángel, con la mención adicional de las corrupciones que se han introducido en las iglesias desde 1844. La obra de ese ángel comienza a tiempo para unirse a la última magna tarea del mensaje del tercer ángel, cuando éste se intensifica hasta convertirse en un fuerte pregón. Así se prepara el pueblo de Dios para afrontar la hora de la prueba que muy pronto ha de sobrevenir. Vi que sobre ellos reposaba una luz vivísima, y que se unían para proclamar sin
[420] temor el mensaje del tercer ángel.

Otros ángeles fueron enviados para ayudar al poderoso ángel del cielo, y oí voces que parecía resonaban por doquier y que decían: "Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, y ni recibáis parte en sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades". Apocalipsis 18:4, 5. Este mensaje parecía ser un complemento del tercer mensaje, que se le unía así como el clamor de medianoche se unió en 1844 al mensaje del segundo ángel. La gloria de Dios reposaba sobre los santos pacientes y expectantes, que valerosamente daban la postrera y solemne amonestación, para proclamar la caída de Babilonia y exhortar al pueblo de Dios a que saliera de ella a fin de huir de su terrible condenación.

La luz derramada sobre los fieles penetraba por doquier, y los que estaban en las iglesias, si tenían alguna luz todavía, y no habían oído ni rechazado los tres mensajes, obedecieron la exhortación y abandonaron las iglesias caídas. Muchos conservaron por años en reserva su responsabilidad frente a estos mensajes, desde que se proclamaron, hasta que la luz brilló sobre ellos dándoles el privilegio de escoger entre la vida y la muerte. Algunos escogieron la vida y se unieron con los que esperaban a su Señor y guardaban todos sus mandamientos. El tercer mensaje tenía que efectuar su obra. Todos iban a ser probados por él, y las almas preciosas iban a recibir la invitación a salir de las congregaciones religiosas.

Una fuerza impelente movía a los sinceros, mientras la manifestación del poder de Dios infundía temor y respeto a los incrédulos parientes y amigos para que no se atrevieran a estorbar a quienes sentían en sí mismos la obra del Espíritu de Dios, ni pudieran hacerlo. El postrer llamamiento llegó hasta los infelices esclavos, y los [421]
más piadosos de ellos prorrumpieron en cánticos de inefable gozo ante la perspectiva de su feliz liberación.* Sus amos no los pudieron dominar, porque el asombro y el temor los mantenían en silencio. Se realizaron grandes milagros. Sanaban los enfermos, y señales y prodigios acompañaban a los creyentes. Dios colaboraba con la obra, y todos los santos, sin temor de las consecuencias, obedecieron la convicción de su conciencia, y se unieron con los que guardaban todos los mandamientos de Dios, y proclamaron con poder y por doquiera el tercer mensaje. Vi que este mensaje terminaría con una fuerza y un vigor muy superiores al clamor de medianoche.

Los siervos de Dios, dotados del poder del cielo, con sus semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, salieron a proclamar el mensaje celestial. Muchas almas diseminadas entre todas las congregaciones religiosas aceptaron la invitación, y las almas preciosas salieron apresuradamente de las iglesias condenadas, como Lot cuando salió presuroso de Sodoma antes que fuera destruida. El pueblo de Dios se fortaleció con la gloria excelsa que reposaba sobre él en gran abundancia, ayudándolo a soportar la hora

*Juan nos dice claramente en Apocalipsis 6:15, 16 que habrá esclavos en ocasión de la segunda venida de Cristo. En efecto, su vívida descripción se refiere a “todo siervo y todo libre” que imploran “a los montes y a las peñas” que caigan sobre ellos y los oculten “del rostro de aquel que está sentado sobre el trono”.—*Los compiladores*.

de la tentación. Oí por todas partes multitud de voces que exclamaban: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los
[422] mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Apocalipsis 14:12.

Capítulo 59—El fin del tiempo de prueba

Se me señalo el momento cuando terminaría el mensaje del tercer ángel. El poder de Dios había reposado sobre sus hijos; habían terminado su obra y estaban preparados para la hora de prueba que les aguardaba. Habían recibido la lluvia tardía o refrigerio de la presencia del Señor, y el testimonio viviente se había reavivado en ellos. Por todas partes había resonado la postrera gran amonestación, agitando y enfureciendo a los moradores de la tierra que no habían querido recibir el mensaje.

Vi ángeles que iban presurosos de un lado al otro en el cielo. Un ángel con tintero de escribano en la cintura regresó de la tierra y comunicó a Jesús que había cumplido su encargo, y que los santos estaban sellados y numerados. Entonces vi a Jesús, que había estado oficiando ante el arca que contiene los Diez Mandamientos, cuando volcó el incensario. Levantó entonces las manos y en alta voz exclamó: *"Consumado es"*. Y toda la hueste angélica depuso sus coronas cuando Jesús formuló esta solemne declaración: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía". Apocalipsis 22:11. [423]

Cada caso había sido decidido ya para vida o para muerte. Mientras Jesús oficiaba en el santuario, había proseguido el juicio de los justos muertos y luego el de los justos vivos. Cristo había recibido su reino, puesto que había hecho expiación por su pueblo y había borrado sus pecados. Estaba completo el número de súbditos del reino. Se habían consumado las bodas del Cordero. Y el reino y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo fueron dados a Jesús y a los herederos de la salvación, y el Señor había de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando Jesús salió del lugar santísimo, oí el tintineo de las campanillas de su túnica, y al salir, una nube tenebrosa envolvió a los habitantes de la tierra. Ya no había mediador entre el hombre culpable y un Dios ofendido. Mientras Jesús se interpuso entre Dios y el

pecador, la gente tenía un freno; pero cuando dejó de interponerse entre el hombre y el Padre, el freno desapareció y Satanás ejerció un dominio completo sobre los que finalmente quedaron impenitentes.

Era imposible que las plagas fueran derramadas mientras Jesús oficiaba en el santuario; pero cuando terminó su obra allí y cesó su intercesión, nada detuvo ya la ira de Dios que descendió furiosamente sobre las desamparadas cabezas de los culpables pecadores, que descuidaron la salvación y aborrecieron las reprensiones. En ese terrible momento, después que terminó la mediación de Jesús, los santos tuvieron que vivir sin intercesor en presencia del Dios santo. Cada caso ya estaba decidido y cada joya numerada. Jesús se detuvo un momento en la parte exterior del santuario celestial, y los pecados que habían sido confesados mientras estaba en el lugar
[424] santísimo fueron depositados sobre Satanás, originador del pecado, que debe sufrir su castigo.*

Entonces vi que Jesús se despojaba de sus vestiduras sacerdotales y se revestía de sus más regias galas. Llevaba en la cabeza muchas coronas, una corona dentro de otra. Rodeado de la hueste angélica, dejó el cielo. Las plagas estaban cayendo sobre los moradores de la tierra. Algunos acusaban a Dios y lo maldecían. Otros acudían presurosos al pueblo de Dios para suplicarle que les enseñara cómo escapar de los juicios divinos. Pero los santos no tenían nada que decirles. La última lágrima había sido derramada en favor de los pecadores, había sido ofrecida la última angustiosa oración, se había soportado la última carga y se había dado el postrer aviso. La dulce voz de la misericordia ya no había de invitarlos. Cuando los santos y el cielo entero se interesaban por su salvación, ellos no se habían interesado en sí mismos. La vida y la muerte estuvieron frente a ellos. Muchos deseaban la vida, pero no se esforzaron por obtenerla. No escogieron la vida, y ya no había sangre expiatoria para purificar a los

*Este sufrimiento de Satanás no es, de ningún modo, una expiación vicaria. Tal como se declara en un capítulo anterior: "En su condición de sustituto y seguridad del hombre, la iniquidad de éste fue depositada sobre Cristo". (Véase la página 233.) Pero después que hayan sido redimidos los que aceptaron el sacrificio de Cristo, ciertamente es justo que Satanás, el originador del pecado, sufra un castigo final. La Hna. White lo aclara en otra parte: "Cuando el servicio de propiciación haya terminado en el santuario celestial, entonces, en presencia de Dios y de los santos ángeles y de la hueste de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán puestos sobre Satanás; se lo declarará culpable de todo el mal que les ha hecho cometer". El Conflicto de los Siglos, 716.—*Los compiladores*.

culpables ni Salvador compasivo que abogara por ellos y exclamase: “¡Dale al pecador un poco de tiempo todavía!” Todo el cielo se unió a Jesús cuando oyó estas palabras: “Hecho está. Consumado es”. El plan de salvación se había cumplido, pero pocos habían querido [425]
aceptarlo. Y cuando se silenció la dulce voz de la misericordia, el miedo y el horror invadieron a los malvados. Con terrible claridad oyeron estas palabras: “¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!”

Los que no habían apreciado la Palabra de Dios corrían azorados de un lado a otro, errantes de mar a mar y de norte a oriente en busca de la Palabra del Señor. Dijo el ángel: “No la hallarán. Hay hambre en la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír las palabras del Señor. ¡Qué no darían por una palabra de aprobación de parte de Dios! Pero no; han de seguir hambrientos y sedientos. Día tras día descuidaron la salvación, estimando más las riquezas y los placeres de la tierra que los tesoros y alicientes del cielo. Rechazaron a Jesús y menospreciaron a sus santos. Los inmundos seguirán siendo inmundos para siempre”.

Muchos de los impíos se enfurecieron en gran manera al sufrir los efectos de las plagas. Ofrecían el espectáculo de una terrible agonía. Los padres recriminaban amargamente a sus hijos y los hijos a sus padres. Los hermanos a sus hermanas y las hermanas a sus hermanos. Por todas partes se oían estos lamentos y clamores: “¡Tú me impediste recibir la verdad que me hubiera salvado de este terrible momento!” La gente se volvía contra sus ministros con acerbo odio y los reconvenía diciendo: “No nos advirtieron. Nos dijeron que el mundo entero se iba a convertir, y clamaron: ‘¡Paz, paz!’ para disipar nuestros temores. No nos hablaron de esta hora, y de los que nos amonestaban dijeron que eran fanáticos y malvados que querían nuestra ruina”. Pero vi que los ministros no se librarían de la ira de Dios. Sus sufrimientos serán diez veces mayores que los de sus feligreses. [426]

Capítulo 60—La angustia de Jacob

Vi que los Santos abandonaban las ciudades y los pueblos para reunirse en grupos con el fin de vivir en los lugares más apartados. Los ángeles les proporcionaban alimento y agua mientras los impíos sufrían hambre y sed. Acto seguido vi que los grandes hombres de la tierra consultaban entre sí, y vi a Satanás y sus ángeles atareados en torno de ellos. Vi un edicto, del que se distribuyeron copias por distintas partes del país, mediante el cual se ordenaba que a menos que los santos renunciaran a su fe peculiar y pusieran a un lado el sábado para observar el primer día de la semana, después de cierto tiempo la gente quedaría en libertad para darles muerte. Pero en esa hora de prueba los santos estaban tranquilos y serenos, confiando en Dios y descansando en su promesa de que se les abriría un camino de salvación.

En algunos lugares, antes que venciera el plazo señalado en el edicto, los impíos se abalanzaron sobre los santos para darles muerte; pero ángeles con apariencia de guerreros lucharon por ellos. Satanás quería tener el privilegio de exterminar a los santos del Altísimo, pero Jesús ordenó a sus ángeles que los protegieran. Dios se sentirá honrado al hacer un pacto con los que guardaron su ley en presencia de los paganos que los rodeaban; y será para honra de Jesús trasladar
[427] sin pasar por la muerte a los fieles expectantes que durante tanto tiempo lo aguardaron.

Poco después vi que los santos sufrían gran angustia mental. Parecía que estaban rodeados por los malvados moradores de la tierra. Las apariencias estaban en su contra. Algunos empezaron a temer que Dios los hubiera abandonado para que perecieran a manos de los impíos. Pero si sus ojos se hubieran abierto, se hubiesen visto rodeados por los ángeles de Dios. Después llegó la airada multitud de los impíos, y en seguida un conjunto de ángeles malignos que los incitaban para que mataran a los santos. Pero para poder acercarse al pueblo de Dios era necesario que éstos pasaran entre ese conjunto de ángeles santos y poderosos. Eso era imposible. Los ángeles de

Dios los hacían retroceder y también rechazaban a los ángeles malos que los rodeaban.

El clamor por liberación

Era una hora de tremenda y terrible agonía para los santos. De día y de noche clamaban a Dios para que los librara. A juzgar por las apariencias, no había posibilidad de huir Los impíos ya habían comenzado a saborear su triunfo y exclamaban: "¿Por qué no os levantáis y salváis vuestra vida?" Pero los santos no los escucharon. Como Jacob, estaban luchando con Dios. Los ángeles anhelaban liberarlos; pero debían esperar un poco más; el pueblo de Dios debía apurar el cáliz y recibir ese bautismo. Los ángeles, fieles a su misión, siguieron velando. Dios no quería que su nombre fuera deshonrado entre los paganos. Ya casi había llegado el tiempo cuando iba a manifestar su formidable poder e iba a librar gloriosamente a sus santos. Para honra de su nombre iba a librar a todos los que lo habían esperado pacientemente y cuyos nombres estaban escritos en [428]
el libro.

Se me señaló al fiel Noé. Cuando cayó la lluvia y vino el diluvio, Noé y su familia ya estaban en el arca y Dios los había encerrado en ella. Noé había amonestado fielmente a los moradores del mundo antediluviano mientras se mofaban y lo escarnecían. Pero cuando las aguas cayeron sobre la tierra, y uno tras otro se ahogaba, vieron que el arca de la que tanto se habían burlado flotaba con toda seguridad sobre las olas y protegía al fiel Noé y a su familia. Vi que de la misma manera será librado el pueblo de Dios que fielmente amonestó al mundo acerca de la ira venidera. El Señor no consentirá que los malvados exterminen a los que esperaron la traslación y no se sometieron al decreto de la bestia ni recibieron su marca. Vi que si se permitía que los malvados exterminaran a los santos, Satanás se alegraría con sus malignas huestes y todos cuantos odian a Dios. Y ¡oh, qué triunfo sería para su majestad satánica ejercer poder en el tramo final de la lucha sobre los que durante tanto tiempo esperaron ver a quien tanto amaron! Los que se burlaron de la idea de la ascensión de los santos presenciarán la solicitud de Dios por su pueblo y contemplarán su gloriosa liberación.

Cuando los santos salieron de las ciudades y los pueblos, los malvados los persiguieron para darles muerte. Pero las espadas que se levantaron contra el pueblo de Dios se quebraron y cayeron tan impotentes como la paja. Los ángeles de Dios escudaron a los santos. El clamor por liberación que ascendía de día y de noche, llegó hasta
[429] el Señor.

Capítulo 61—La liberación de los santos

Dios escogió la medianoche para librar a su pueblo. Mientras los malvados se burlaban de ellos, de pronto apareció el sol en todo su esplendor y la luna se detuvo. Los impíos observaron con asombro el espectáculo, mientras los santos consideraban con solemne júbilo las pruebas de su liberación. Señales y maravillas se produjeron en rápida sucesión. Todo parecía estar fuera de quicio. Los ríos dejaron de fluir. Aparecieron densas y oscuras nubes que chocaban las unas con las otras. Pero había un lugar luminoso de serena gloria, de donde procedía la voz de Dios como el sonido de muchas aguas que sacudían los cielos y la tierra. Hubo un tremendo terremoto. Se abrieron los sepulcros, y se levantaron glorificados de sus polvorientos lechos los que habían muerto en la fe del mensaje del tercer ángel y que guardaron el sábado, para escuchar el pacto de paz que Dios va a hacer con los que guardaron su ley.

El cielo se abría y se cerraba y estaba en conmoción. Las montañas se sacudían como cañas movidas por el viento, y depedían peñascos por todas partes. El mar hervía como una caldera y arrojaba piedras que caían en la tierra. Y cuando Dios anunció el día y la hora de la venida de Jesús, y promulgó el pacto eterno con su pueblo, pronunciaba una frase y hacía una pausa mientras sus palabras [430] avanzaban retumbando por toda la tierra. El Israel de Dios estaba de pie con los ojos fijos en el cielo, mientras escuchaba las palabras que procedían de los labios de Jehová y que avanzaban por toda la tierra con el estruendo de poderosos truenos. Todo era tremendamente solemne. Al final de cada frase los santos exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" Sus semblantes estaban iluminados por el resplandor de Dios, y refulgían como el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. Los impíos no los podían mirar por causa de ese fulgor. Y cuando se pronunció la sempiterna bendición sobre los que habían honrado a Dios al guardar el sábado, hubo un potente clamor de victoria sobre la bestia y su imagen.

Entonces comenzó el jubileo, durante el cual la tierra descansará. Vi al piadoso esclavo ponerse de pie triunfalmente y victorioso, mientras sacudía las cadenas que lo aherrojaban, y su malvado amo permanecía confuso y sin saber qué hacer, porque los impíos no podían comprender las palabras de Dios.

La segunda venida de Cristo

Pronto apareció la gran nube blanca sobre la que reposaba el Hijo del hombre. Cuando apareció primero a la distancia parecía muy pequeña. El ángel dijo que era la señal del Hijo del hombre. Cuando se acercó a la tierra pudimos contemplar la excelsa gloria y la majestad de Jesús que avanzaba como vencedor. Una comitiva de ángeles ceñidos de brillantes coronas lo escoltaba en su camino.

No hay palabras para describir la magnificencia de este espectáculo. Cuando se acercó la nube viviente de insuperable gloria y majestad, pudimos contemplar con nitidez la amable figura de Jesús. [431] No llevaba una corona de espinas; ceñía su santa frente en cambio una corona de gloria. Sobre sus vestidos y su muslo había un nombre escrito: Rey de reyes y Señor de señores. Su rostro resplandecía más que el sol al mediodía, sus ojos eran como llama de fuego y sus pies tenían el aspecto del bronce bruñido. Su voz tenía el sonido de numerosos instrumentos musicales. La tierra tembló delante de él; los cielos se desvanecieron como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla se removió de su lugar. "Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?" Apocalipsis 6:15-17.

Los que poco antes habrían eliminado de la tierra a los fieles hijos de Dios, vieron entonces la gloria del Señor que reposaba sobre ellos. Y en medio de su terror escucharon las voces de los santos que en gozosa melodía decían: "He aquí, este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará". Isaías 25:9.

La primera resurrección

La tierra se estremeció violentamente cuando la voz del Hijo de Dios llamó a los santos que dormían. Respondieron a esa invitación y surgieron revestidos de gloriosa inmortalidad exclamando: "¡Victoria! ¡Victoria! sobre la muerte y el sepulcro. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" Véase 1 Corintios 15:55. Entonces los santos vivos y los resucitados elevaron sus voces en un prolongado y arrobador grito de triunfo. Los cuerpos [432] que habían descendido a la tumba con los estigmas de la enfermedad y la muerte, resucitaron dotados de salud y vigor inmortales. Los santos vivos fueron transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, y junto con los resucitados ascendieron juntos para recibir al Señor en el aire. ¡Oh, qué glorioso encuentro! Los amigos desunidos por la muerte volvieron a reunirse para no separarse nunca más.

A cada lado del carro de nubes había alas, y debajo, ruedas vivas. Al girar, las ruedas clamaban: "¡Santo!" y las alas al batir, repetían: "¡Santo!" Y la comitiva de ángeles que rodeaba la nube decía en voz alta: "¡Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso!" Y los redimidos que estaban en la nube exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" Y el carro ascendía hacia la Santa Ciudad. Antes de entrar en ella, los rescatados se ordenaron en un cuadro perfecto con Jesús en el centro. Su cabeza y sus hombros sobresalían por encima de los salvados y los ángeles. Su majestuosa figura y su amable rostro podían ser vistos por todos los que formaban el cuadro. [433]

Capítulo 62—La recompensa de los santos

Vi después un gran número de ángeles que traían de la ciudad brillantes coronas, una para cada santo, con el nombre de cada uno escrito en ellas. Cuando Cristo pidió las coronas, los ángeles se las trajeron, y con su propia diestra el amable Jesús ciñó con ellas la frente de los santos. De la misma manera los ángeles trajeron arpas, y el Señor se las dio a los redimidos. Los ángeles directores dieron primero el tono, y luego toda voz se elevó en agradecida y feliz alabanza, y todas las manos pulsaron hábilmente las cuerdas de las arpas y dejaron oír una música melodiosa que se desgranaba en ricos y perfectos acordes.

Después vi que Jesús conducía a los redimidos a la puerta de la ciudad. La asió y la hizo girar sobre sus resplandecientes goznes, y ordenó que entraran las naciones que habían guardado la verdad. Dentro de la ciudad había de todo lo que podía agradar a la vista. Por todas partes podían ver gloria en abundancia. El Señor miró entonces a sus santos redimidos cuyos semblantes irradiaban luz, y fijando en ellos su mirada bondadosa les dijo con voz rica y musical: "Veo el trabajo de mi alma, y estoy satisfecho. Vuestra es esta excelsa gloria para que la disfrutéis eternamente. Terminaron vuestros pesares. No habrá más muerte, ni llanto ni pesar, ni habrá más dolor". Vi que la
[434] hueste de los redimidos se postró y depositó sus brillantes coronas a los pies de Jesús; y cuando su bondadosa mano los puso de pie, pulsaron sus áureas arpas y llenaron el cielo con su deleitosa música y sus himnos al Cordero.

Vi luego que Jesús conducía a su pueblo al árbol de la vida, y nuevamente oímos que su hermosa voz, más sonora que cualquier música escuchada alguna vez por oídos mortales, decía entonces: "Las hojas de este árbol son para la sanidad de las naciones. Comed todos de él". En el árbol de la vida había hermosísimos frutos, de los cuales los santos podían servirse libremente. En la ciudad había un trono sumamamente glorioso, del que manaba un río puro de agua viva, clara como el cristal. A cada lado del río estaba el árbol de

la vida, y en las márgenes había otros hermosos árboles que daban frutos buenos para comer.

Las palabras son demasiado pobres para intentar una descripción del cielo. Cuando la escena aparece delante de mí, me abruma el asombro. Arrobada por ese resplandor insuperable y esa excelsa gloria, dejo caer la pluma y exclamo: "¡Oh, qué amor, qué maravilloso amor!" Las palabras más sublimes no alcanzan a describir la gloria del cielo ni las incomparables profundidades del amor del Salvador. [435]

Capítulo 63—El milenio

Mi atención se dirigió nuevamente a la tierra. Los impíos habían sido destruidos y sus cadáveres yacían sobre ella. La ira de Dios, manifestada mediante las siete plagas, se había derramado sobre los habitantes de la tierra, induciéndolos a morderse las lenguas de dolor y a maldecir a Dios. Los falsos pastores habían sido objeto especial de la ira de Jehová. Sus ojos se habían consumido en sus órbitas y sus lenguas en sus bocas mientras aún estaban de pie. Después que los santos fueron librados por la voz de Dios, los impíos encauzaron sus iras los unos contra los otros. La tierra parecía inundada de sangre y cubierta de cadáveres desde uno al otro confín.

El planeta parecía a un desolado desierto. Las ciudades y los pueblos, sacudidos por el terremoto, yacían en ruinas. Las montañas, removidas de sus lugares, habían dejado en su sitio grandes cavernas. Sobre toda la superficie de la tierra estaban esparcidos los peñascos que había lanzado el mar o que había arrojado la tierra misma. Corpulentos árboles desarraigados estaban tendidos por el suelo. Este será por mil años el hogar de Satanás y de sus ángeles malos. Allí quedará confinado para recorrer la destruida superficie de la tierra y para evaluar las consecuencias de su rebelión contra la ley de Dios. Durante mil años podrá gozar del fruto de la maldición que
[436] ha producido.

Sin poder salir de la tierra, no tendrá el privilegio de ir a otros planetas para tentar y molestar a los que no han caído. Durante ese tiempo Satanás sufrirá muchísimo. Desde la caída sus malos rasgos han estado en constante ejercicio. Pero entonces será privado de su poder y abandonado para reflexionar en el papel que ha desempeñado, y para presentir con temor y temblor su espantoso porvenir, cuando tendrá que sufrir por todo el mal que llevó a cabo y ser castigado por todos los pecados que hizo cometer.

Oí exclamaciones de triunfo de parte de los ángeles y de los santos redimidos, que resonaban como diez mil instrumentos musicales, porque ya Satanás no los molestaría ni los tentaría más, y porque los

habitantes de los otros mundos habían sido librados de él y de sus tentaciones.

Después vi tronos, y vi que Jesús y los redimidos se sentaban en ellos, y que los santos reinaban como reyes y sacerdotes de Dios. Cristo, junto con su pueblo, juzgó a los impíos muertos, comparando sus acciones con el libro de estatutos, la Palabra de Dios, y fallando cada caso según lo hecho en el cuerpo. Después sentenciaron a los impíos a la pena que debían sufrir de acuerdo con sus obras, la que quedó escrita frente a sus nombres en el libro de la muerte. También el diablo y sus ángeles fueron juzgados por Jesús y los santos. El castigo de Satanás debía ser mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Su sufrimiento será tan grande que no se podrá establecer comparación alguna con el de ellos. Después que perezcan todos los que engañó, el enemigo continuará viviendo para sufrir por mucho tiempo más.

Cuando terminó el juicio de los impíos muertos, al final del milenio, Jesús salió de la ciudad seguido por los santos y una comitiva de [437]
ángeles. Descendió sobre una gran montaña que, tan pronto como él posó los pies en ella, se partió convirtiéndose en una dilatada llanura. Entonces alzamos los ojos y vimos la grande y hermosa ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada lado, y un ángel en cada una. Exclamamos: "¡La ciudad! ¡La gran ciudad! Está descendiendo del cielo, de Dios". Y bajó con todo su esplendor y deslumbrante gloria, y se asentó en la vasta llanura que Jesús había preparado para ella. [438]

Capítulo 64—La segunda resurrección

Entonces Jesús, acompañado de su comitiva de ángeles y de los santos redimidos, salió de la ciudad. Los ángeles rodearon a su Comandante y lo escoltaron durante el viaje, y el cortejo de los rescatados los seguía. Después, con terrible y pavorosa majestad, el Señor llamó a los impíos muertos, que resucitaron con los mismos cuerpos débiles y enfermizos con que habían descendido al sepulcro. ¡Qué espectáculo! ¡Qué escena! En la primera resurrección todos surgieron revestidos de inmortal lozanía, pero en la segunda se veían en todos los estigmas de la maldición. Los reyes y los nobles de la tierra, los ruines y los miserables, los eruditos y los ignorantes, todos resucitaron juntos. Todos contemplaron al Hijo del hombre; y los mismos que lo despreciaron y escarnecieron, los que ciñeron con corona de espinas su santa frente y lo golpearon con la caña, lo vieron entonces revestido de toda su regia majestad. Los que le escupieron el rostro en ocasión de su juicio rehuyeron entonces su penetrante mirada y el resplandor de su semblante. Los que traspasaron con clavos sus manos y sus pies vieron en ese momento las marcas de la crucifixión. Los que introdujeron la lanza en su costado vieron en su cuerpo la señal de su crueldad. Y sabían que era el mismo a quien ellos crucificaron y escarnecieron durante su
[439] agonía. Se escuchó entonces un prolongado gemido de angustia, cuando huyeron a esconderse de la presencia del Rey de reyes y Señor de señores.

Todos trataron de ocultarse tras las rocas o escudarse de la terrible gloria de Aquel a quien una vez despreciaron. Y abrumados y afligidos por su majestad y su excelsa gloria, alzaron unánimemente la voz y exclamaron con terrible claridad: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"

Después Jesús y los santos ángeles, acompañados por todos los santos, regresaron a la ciudad mientras los amargos lamentos y el llanto de los impíos condenados saturaba el aire. Vi que Satanás reanudaba entonces su obra. Recorrió las filas de sus súbditos y for-

taleció a los débiles diciéndoles que él y sus ángeles eran poderosos. Señaló los incontables millones que habían resucitado. Había entre ellos poderosos militares y reyes expertos en el arte de la guerra, que habían conquistado reinos. Había también gigantes fornidos y hombres valientes que nunca habían perdido una batalla. Allí estaba el soberbio y ambicioso Napoleón, cuya presencia había hecho temblar reinos. Allí había hombres de destacada estatura y digno porte que murieron en medio de la batalla sedientos de conquistas.

Al salir de la tumba reanudaron el curso de sus pensamientos donde lo había interrumpido la muerte. Conservaban el mismo afán de vencer que los había dominado cuando cayeron. Satanás consultó a sus ángeles, y después con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Entonces contempló ese vasto ejército, y les dijo que los habitantes de la ciudad eran pocos y débiles, por lo que podían subir contra ella y tomarla, arrojar a sus habitantes y adueñarse de sus riquezas y su gloria. [440]

Satanás logró engañarlos, e inmediatamente todos se dispusieron para la batalla. En aquel vasto ejército había muchos hombres hábiles que construyeron toda clase de pertrechos de guerra. Entonces, con Satanás a la cabeza, la multitud se puso en marcha. Reyes y guerreros iban muy cerca de Satanás, y la multitud seguía formando grupos. Cada grupo tenía su jefe, y marchaba en orden sobre la fragmentada superficie de la tierra en dirección a la Santa Ciudad. Jesús cerró las puertas y el vasto ejército la rodeó y se dispuso para la batalla a la espera del fiero conflicto. [441]

Capítulo 65—La coronación de Cristo

De nuevo apareció Cristo a la vista de sus enemigos. Por encima de la ciudad, sobre fundamentos de oro bruñido, había un trono alto y sublime. Sobre ese trono se sentó el Hijo de Dios, y a su alrededor estaban los súbditos de su reino. No hay lengua ni pluma que puedan describir el poder y la majestad de Cristo. La gloria del Padre eterno envolvía a su Hijo. El resplandor de su presencia invadía la ciudad de Dios y trasponía sus puertas, inundando toda la tierra con sus rayos.

Junto al trono estaban los que antes habían sido celosos promotores de la causa de Satanás pero que, rescatados como tizones arrebatados del incendio, habían seguido al Salvador con profunda e intensa devoción. Detrás estaban los que perfeccionaron caracteres cristianos en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró nula, y los millones de todas las épocas que cayeron como mártires por causa de su fe. Y más atrás aún estaba la "gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas... estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos". Apocalipsis 7:9. Su lucha había concluido, su victoria ya había sido lograda. Habían
[442] corrido la carrera y habían alcanzado el premio. La palma que tenían en la mano era el símbolo de su triunfo, la vestidura blanca era un emblema de la justicia inmaculada de Cristo, que entonces les pertenecía.

Los redimidos elevaron un himno de alabanza que sonó y resonó por la bóveda celeste: "La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero". Los ángeles y los serafines unieron sus voces en adoración. Puesto que los redimidos habían experimentado el poder y la maldad de Satanás, se dieron cuenta, como nunca antes, que sólo el poder de Cristo podía darles la victoria. En toda esa resplandeciente multitud nadie se adjudicó la salvación a sí mismo, ni creyó que había triunfado gracias a su propio poder y

su voluntad. Nada dijeron con respecto a lo que hicieron o sufrieron; por el contrario, el tema de cada cántico, la nota tónica de cada himno era: "La salvación pertenece a nuestro Dios... y al Cordero". Apocalipsis 7:10.

Ante la presencia de los habitantes del cielo y la tierra reunidos, se llevó a cabo finalmente la coronación del Hijo de Dios. Y entonces, investido de majestad y poder supremos, el Rey de reyes pronunció su sentencia sobre los que se rebelaron contra su gobierno, y la ejecutó contra los que transgredieron su ley y oprimieron a su pueblo. El profeta de Dios dice: "Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras". Apocalipsis 20:11, 12.

Tan pronto como los libros fueron abiertos, y los ojos de Jesús contemplaron a los impíos, éstos fueron conscientes de cada pecado [443] que alguna vez cometieron. Vieron con exactitud dónde se apartaron sus pies del camino de la pureza y la santidad, y cuán lejos los llevaron el orgullo y la rebelión en la violación de la ley de Dios. Las seductoras tentaciones que ellos alentaron por su complacencia con el pecado, las bendiciones pervertidas, las ondas de gracia rechazadas por el corazón obstinado e impenitente, todo apareció como si estuviera escrito con letras de fuego.

Panorama del gran conflicto

Sobre el trono apareció la cruz; y como en una escena panorámica aparecieron también las escenas de la tentación y la caída de Adán, y los pasos sucesivos del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; sus primeros años señalados por la sencillez y la obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y las tentaciones en el desierto; su ministerio público, mediante el cual presentó a la humanidad preciosas bendiciones celestiales; los días repletos de actos de amor y misericordia; las noches de oración y vigilia en la soledad de las montañas; las maquinaciones de la envidia, el odio y la maldad con que se pagaron sus beneficios; la

horrenda y misteriosa agonía del Getsemaní, bajo el peso aplastante de los pecados de todo el mundo; su traición a manos de la turba asesina; los temibles acontecimientos de aquella noche de horror: el pacífico Prisionero, abandonado hasta por sus más amados discípulos, arrastrado violentamente por las calles de Jerusalén; el Hijo de Dios presentado con voces de júbilo ante Anás, llevado al palacio del sumo sacerdote, ante el tribunal de Pilato, frente al cobarde y cruel
[444] Herodes, escarnecido, insultado, torturado y condenado a muerte -todo eso apareció con nitidez.

Y entonces, delante de la agitada multitud aparecieron las escenas finales: la paciente Víctima que recorre el camino del Calvario; el Príncipe del cielo colgado de la cruz; los altivos sacerdotes y la plebe bullanguera que se burla de su agonía mortal; las tinieblas sobrenaturales; la tierra que tiembla, las rocas que se parten, las tumbas abiertas que señalan el momento cuando el Redentor del mundo entregó su vida.

El terrible espectáculo apareció exactamente como fue. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no pudieron apartarse de la descripción de su propia obra. Cada actor recordó la parte que desempeñó. Herodes, que mató a los niños inocentes de Belén para destruir al Rey de Israel; la vil Herodías, sobre cuya alma culpable reposa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, siervo de las circunstancias; los soldados burlones; los sacerdotes y gobernantes y la multitud furiosa que clamaba: "¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" Todos consideraron la enormidad de su crimen. En vano trataron de ocultarse de la divina majestad de su rostro, más resplandeciente que el sol, mientras los redimidos depositaban sus coronas a los pies del Salvador exclamando: "¡El murió por mí!"

Entre la multitud de rescatados se encontraban los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardoroso Pedro, el amado y amante Juan y sus fieles hermanos, y con ellos el vasto ejército de los mártires; mientras fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, estaban los que los persiguieron, encarcelaron y dieron muerte. Allí estaba Nerón, ese monstruo de crueldad y vicio, considerando la
[445] alegría y la exaltación de los que torturó, y en cuyas terribles aflicionó encontró deleite satánico. Su madre también estaba allí para verificar el resultado de su propia obra; para ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos a su hijo, las pasiones alentadas y

desarrolladas por su influencia y ejemplo, dieron como fruto una cantidad de crímenes que hicieron estremecer al mundo.

Había sacerdotes y prelados, que pretendieron ser embajadores de Cristo, y que emplearon la tortura, la mazmorra y la hoguera para dominar la conciencia del pueblo de Dios. Estaban los orgullosos pontífices que se exaltaron por sobre Dios y pretendieron cambiar la ley del Altísimo. Esos pretendidos padres de la iglesia tenían una cuenta que dar ante Dios de la cual de buena gana habrían querido librarse. Demasiado tarde se dieron cuenta que el Omnisapiente es celoso de su ley, y que de ninguna manera justificará al culpable. Entonces entendieron que para Cristo los intereses de su pueblo sufriente son suyos; y experimentaron la fuerza de sus palabras: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". Mateo 25:40.

Ante el tribunal

Todo el mundo impío compareció ante el tribunal de Dios, acusado de alta traición contra el gobierno del Cielo. No tenían quien defendiera su causa; estaban sin excusa; y la sentencia de muerte eterna se pronunció contra ellos.

Entonces fue evidente para todos que la paga del pecado no es noble independencia y vida eterna, sino esclavitud, ruina y muerte. Los impíos vieron lo que perdieron por causa de su vida rebelde.
Despreciaron el más excelente y eterno peso de gloria cuando éste [446]
les fue ofrecido; pero cuán deseable les parecía entonces. "Todo esto -clamaba el alma perdida—habría sido mío, pero decidí poner lejos de mí todas estas cosas. ¡Oh, qué extraña infatuación! He entregado la paz, la felicidad y el amor a cambio de la miseria, la infamia y la desesperación". Todos se dieron cuenta de que su exclusión del cielo era justa. Mediante sus vidas manifestaron que no querían que Jesús reinara sobre ellos.

Como en trance, los impíos fueron testigos de la coronación del Hijo de Dios. Vieron en sus manos las tablas de la ley divina, los estatutos que despreciaron y transgredieron. Fueron testigos de las explosiones de admiración, éxtasis y adoración de los salvados, y cuando la onda melodiosa se propagó hasta la multitud que estaba fuera de la ciudad, todos exclamaron a una voz: "Grandes y maravi-

llosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos" (Apocalipsis 15:3), y cayeron
[447] postrados para adorar al Príncipe de la vida.

Capítulo 66—La segunda muerte

Satanás causaba la impresión de estar paralizado al contemplar la gloria y la majestad de Cristo. Quien fue una vez un querubín cubridor recordaba de dónde había caído. Era un serafín resplandeciente, "hijo de la mañana" ¡Cómo cambió! ¡Cuánto se degradó!

Se dio cuenta de que su rebelión voluntaria lo había inhabilitado para el cielo. Adiestró sus facultades para guerrear contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del cielo serían para él supremas torturas. Sus acusaciones contra la misericordia y la justicia de Dios habían sido silenciadas. El vituperio que se esforzó por lanzar contra Jehová recayó plenamente sobre él. Y entonces se inclinó y reconoció que su sentencia era justa.

Quedó aclarada toda duda relativa a la verdad y el error en el largo conflicto. La justicia de Dios quedó plenamente vindicada. Ante todo el mundo se presentó claramente el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en favor del hombre. Llegó el momento cuando Cristo ocupó el lugar que le correspondía, y se le glorificó por encima de los principados y las potestades, y sobre todo nombre que se nombra.

A pesar de que Satanás se había visto obligado a reconocer la justicia de Dios y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter no cambió. El espíritu de rebelión, como un torrente poderoso, [448]
nuevamente explotó. Lleno de frenesí se decidió a no capitular en el gran conflicto. Había llegado el momento de lanzar un último y desesperado ataque contra el Rey del cielo. Se lanzó en medio de sus súbditos y trató de inspirarlos con su propia furia e incitarlos a librar batalla inmediatamente. Pero de todos los incontables millones que indujo a rebelarse, nadie reconoció entonces su supremacía. Su poder había llegado a su fin. Los impíos estaban llenos del mismo odio a Dios que inspiró a Satanás; pero se dieron cuenta de que su caso era desesperado, que no podían prevalecer contra Jehová. Su ira se encendió contra el ángel caído y los que fueron sus instrumentos de

engaño. Con furia demoníaca se volvieron contra ellos, y se produjo en ese momento una escena de conflicto universal.

Fuego del cielo

Entonces se cumplieron las palabras del profeta: “Porque Jehová está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas; las destruirá y las entregará al matadero”. Isaías 34:2. “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrazador será la porción del cáliz de ellos”. Salmos 11:6. Descendió fuego del cielo. La tierra se resquebrajó. Aparecieron las armas escondidas en sus profundidades. Llamas devoradoras irrumpieron de los abismos. Hasta las rocas ardieron. Había llegado el día “ardiente como un horno”. Malaquías 4:1. Los elementos se fundieron por el calor, y también se quemaron la tierra y las obras que había en ella. 2 Pedro 3:10. El fuego de Tofet estaba preparado para el rey, el jefe de la rebelión; su pira era profunda y
[449] ancha, y “el soplo de Jehová, como torrente de azufre, la enciende”. Isaías 30:33. La superficie de la tierra parecía una masa fundida, un vasto e hirviente lago de fuego. Era el momento del juicio y la perdición de los hombres impíos, “es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion”. Isaías 34:8.

Los impíos recibieron su recompensa en la tierra. “Serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Malaquías 4:1. Algunos fueron destruidos en un momento, mientras que otros sufrieron muchos días. Todos fueron castigados según sus acciones. Los pecados de los justos fueron transferidos a Satanás, el originador del mal, quien debió sufrir su castigo.* Tuvo que sufrir entonces, no solamente por su propia rebelión, sino por todos los pecados que hizo cometer a los hijos de Dios. Su castigo, entonces, será mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después que perezcan todos los que cayeron por causa de sus engaños, deberá seguir viviendo y sufriendo. Las llamas purificadoras finalmente destruyeron a los impíos, raíz y ramas, Satanás la raíz, sus seguidores las ramas. La justicia de Dios fue satisfecha, y los santos y toda la hueste angélica dijeron en alta voz: “¡Amén!”

*Véase la nota al pie de la página 424.

Mientras la tierra quedará envuelta por el fuego de la venganza de Dios, los justos morarán seguros en la Santa Ciudad. Para los que tuvieron parte en la primera resurrección, la segunda muerte no tendrá poder alguno. Apocalipsis 20:6. Mientras Dios será para los impíos un fuego consumidor, para su pueblo será un sol y un escudo. Salmos 84:11. [450]

Capítulo 67—La tierra nueva

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron”. Apocalipsis 21:1. El fuego que consume a los malvados purifica la tierra. Todo rasgo de maldición desaparece. Ningún infierno eterno mostrará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado. Sólo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre las marcas de su crucifixión. En su frente herida, sus manos y sus pies, se encuentran los únicos vestigios de la cruel obra que el pecado realizó.

“Oh torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sion, hasta ti vendrá el señorío primero”. Miqueas 4:8. El reino perdido por el pecado fue recuperado por Cristo, y los redimidos lo poseerán juntamente con él. “Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella”. Salmos 37:29. El temor de materializar demasiado la herencia de los santos ha inducido a muchos a espiritualizar las mismas verdades que nos permiten considerar que la nueva tierra es nuestro hogar. Cristo aseguró a sus discípulos que había ido a preparar moradas para ellos. Los que aceptan las enseñanzas de la Palabra de Dios no serán totalmente ignorantes acerca de las mansiones celestiales. Y sin embargo el apóstol Pablo declaró: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios
[451] ha preparado para los que le aman”. 1 Corintios 2:9. El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. Sólo podrá ser conocida por los que la contemplen. Ninguna mente finita puede comprender la gloria del paraíso de Dios.

En la Biblia a la heredad de los salvados se la llama patria. Hebreos 11:14-16. Allí el gran Pastor conduce a su rebaño a fuentes de aguas vivas. El árbol de vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones. Hay ríos de aguas corrientes, claras como el cristal, y en sus márgenes los árboles que siempre se mecen proyectan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las amplias planicies desembocan en colinas hermosas, y las montañas de Dios yerguen sus elevados picos.

En esas pacíficas planicies, junto a las corrientes vivas, el pueblo de Dios, por tanto tiempo peregrino y errante, encontrará un hogar.

La nueva Jerusalén

Allí está la nueva Jerusalén, que tiene "la gloria de Dios", y su fulgor "semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal". Apocalipsis 21:11. Dijo el Señor: "Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo". Isaías 65:19. "El tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron". Apocalipsis 21:3, 4.

En la ciudad de Dios ya no habrá noche. Nadie necesitará descansar ni deseará hacerlo. Nadie se cansará de hacer la voluntad de Dios ni de ofrecer alabanzas a su nombre. Siempre sentiremos la [452] frescura de la mañana, y siempre estaremos lejos de su terminación. "Y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará". Apocalipsis 22:5. La luz del sol será sobrepujada por un resplandor que no causará daño, pero que sobrepasará inconmensurablemente al fulgor de nuestro sol al mediodía. La gloria de Dios y del Cordero inundará la Santa Ciudad con luz inextinguida. Los redimidos caminarán a la luz de un día perpetuo en el cual no habrá sol.

"Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero". Apocalipsis 21:22. El pueblo de Dios tendrá el privilegio de mantener estrecha comunión con el Padre y el Hijo. "Ahora vemos por espejo, oscuramente". 1 Corintios 13:12. Contemplamos la imagen de Dios reflejada, como en un espejo, en las obras de la naturaleza y en su trato con los hombres; pero entonces lo veremos cara a cara, sin un velo oscurecedor de por medio. Estaremos ante su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro.

Allí las mentes inmortales estudiarán con deleite inextinguible las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. No habrá ningún adversario cruel y engañador para tentarnos a olvidarnos de Dios. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad

aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la mente ni desgastará las energías. Se llevarán a cabo las más grandes empresas, se alcanzarán las más elevadas aspiraciones, se realizarán las más elevadas ambiciones; y aún surgirán nuevas alturas que alcanzar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos propósitos para ocupar las facultades de la mente, el alma y
[453] el cuerpo.

Y al transcurrir los años de la eternidad, ofrecerán más ricas y gloriosas revelaciones de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, también el amor, la reverencia y la felicidad aumentarán. Cuanto más aprendan los hombres acerca de Dios, más admirarán su carácter. Al revelarles Jesús las riquezas de la redención y las sorprendentes realizaciones logradas en el gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos latirán con más ferviente devoción, y tañerán las arpas de oro con mano segura. Y entonces diez mil, y miles de miles de voces se unirán para incrementar el poderoso coro de alabanza.

"Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y en todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos". Apocalipsis 5:13.

El pecado y los pecadores no existen más. Todo el universo de Dios está purificado. El gran conflicto ha terminado para siempre.